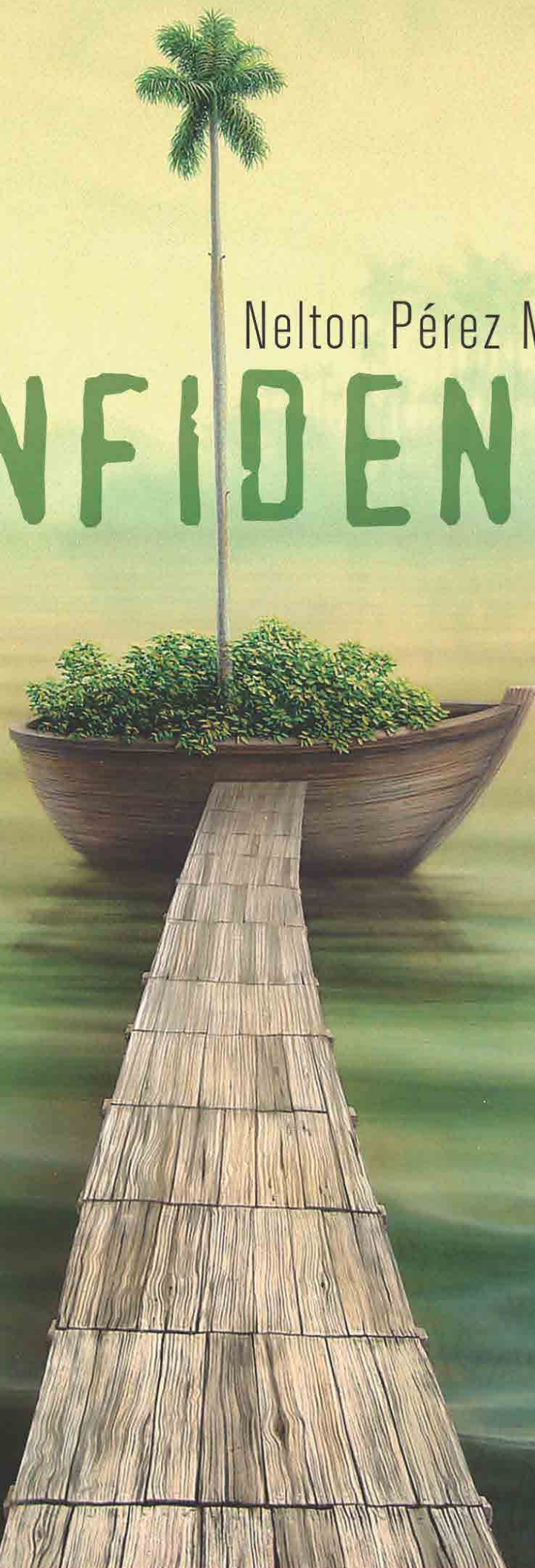


NOVELA

Nelton Pérez Martínez

# INFIDENTE



EDICIONES  
CUBANAS  
LITERATURA

# INFIDENTE

Nelton Pérez Martínez



EDICIONES  
**CUBANAS**

ARTEX

**Edición:** Mónica Gómez López

**Diseño y realización:** Lisvette Monnar Bolaños

**Imagen de cubierta:** *Ustedes saben el camino que lleva a donde yo voy. San Juan 14. 4. (II)*, obra del pintor cubano Alan Manuel González.  
140 x 92, Acrílico / Lienzo, 2009.

**Conversión a E-book y dirección de arte:** Rafael Lago Sarichev

© Nelton Pérez Martínez, 2020

© Sobre la presente edición:

Ediciones Cubanas ARTex, *Infidente*, 2020

ISBN 978-959-314-095-9

Sin la autorización de la editorial Ediciones Cubanas  
queda prohibido todo tipo de reproducción o distribución de contenido.  
Ediciones Cubanas

5ta. Ave., no. 9210, esquina a 94, Miramar, Playa

e-mail: [editorialec@edicuba.artex.cu](mailto:editorialec@edicuba.artex.cu)

Telef (53) 7207-5492, 7204-3585, 7204-4132

# Sinopsis

La estancia de José Martí en Isla de Pinos y la historia de Mandy, estudiante que realiza su tesis sobre ese período de la vida martiana, se entrelazan en la novela *Infidente*, galardona en 2015 con el Premio Alejo Carpentier. Estructurada a partir de la correspondencia que sostiene José Julián con sus padres y hermanas; de los apuntes entregados a Mandy por Carmen, trabajadora del museo El Abra; de la inclusión como personaje de Raúl García, sobrino del Apóstol; y de retrospectivas que nos presentarán los anhelos y convicciones de uno de los pensadores más grandes de Nuestra América. Además, las contradicciones de La Habana de 1870 con su Cuerpo de Voluntarios, así como la de 1980 con los sucesos de la embajada del Perú y el Mariel intentarán que reflexionemos sobre el poder y la libertad.

*a Carmen Cadenas, por el Martí que yo desconocía  
a Julio César Sánchez Guerra por la amistad y la poesía  
a Wiltse Peña Hijuelos, por el chispazo histórico de sus crónicas pineras  
a Miriam Martínez y Pedro Juan, «tiita y tiito», por los libros de Boloña  
a mis hermanos: Ángel Santiesteban por la revisión antes del premio Alejo Carpentier  
y a Iris Cano, Conrado, y Rosita Martínez in memoriam, por estar siempre  
a Eduardo Heras León e Ivonne Galeano, Francisco López Sacha y  
Amir Valle: el Centro Onelio Jorge Cardoso en sus inicios  
a Daniel Zayas Aguilera y Ailín G. García, a Randy González y  
Yeri Ramírez, colegas y cómplices, y la AHS pinera  
a Jaime Prendes, artista fotógrafo, y Bellazoe Cobas, poeta, porque imprimieron mi novela  
al jurado de este premio, gracias  
a las niñas de mis ojos: Camila y Claudia. A mi papá Neyton y mi mamá  
Rosa Martínez, y mi hermana Rosa María. A la grande legión de tías y  
tíos, y primos y primas, y abuelos y abuelas que me dio la vida.  
a abuela Lila en sus cien años  
a toda mi gran familia y amigos y amigas, por su amor  
a los escritores manatienses y Lucy Araujo, mi Gertrude Stein  
a mi secreta y mejor amiga M  
a Guillermo Vidal que andará por el paraíso  
a Manatí, querido Manatí y Las Tunas esta novela pinera...  
a la Isla, por la magia y los secretos  
a los que me lean que ojalá disfruten...*

*Las dulces costas de la patria mía...*

JOSÉ MARÍA HEREDIA

El sillón, poco a poco, dejaba de columpiarse en sus balancines, y en el alargado portal de la casona podía escucharse solo aquella voz. ¿Qué magia? ¿Tenía como una seducción de Padre Nuestro o sabe Dios qué...?, así decían con veneración los que alguna vez le escucharon. La finca quedaba en silencio, se acallaban los trinos de los pájaros, el vocerío en lontananza de los labriegos y el trajinar de ollas y calderos por las negras en la cocina. No ladraban ni los perros. Pasaba de puntillas una legión de ángeles para escucharlo. Hablaba, y sus palabras pareciera que enamoraban al viento. Eso, dejó hasta hoy un borboteo de manantial, rondando en todos los rincones de finca El Abra, una especie de murmullo que atraviesa las paredes y los árboles como si por siempre fuera a estar allí, Pepe. Mi tío, el infidente...

RAÚL GARCÍA MARTÍ

Doña Trinidad Valdés quedaba alelada las mañanas en que el señorito Pepe leía para ella, con voz aún de adolescente, alguna de las cartas recién escritas, que cada domingo enviaba a La Habana. Siempre lo hacía antes de mandarlas por deferencia con la familia, para guardar la forma hasta el detalle con sus hospedadores.

Pero no era doña Trinidad quien único se embriagaba con la lectura del correo o el comentario de un libro. Dolores, la negrita de pelo azabache que ayudaba en la cocina más de una vez, trastabilló al entrar a la sala de la casa vivienda y casi derrama las limonadas que traía en la bandeja para refrescarlos. Se disculpaba llamándose torpe y víctima de la miel que rimaba en las palabras del señorito Pepe. Doña Trinidad asentía indulgente pues Dolores, aunque mucho más oscura de piel, le recordaba a ella misma cuando vivía en la Casa de Beneficencia habanera y los ardores de la juventud la descolocaban ante la presencia masculina.

Era un huésped joven, del que tiempo atrás, antes de conocerlo, receló por las ideas separatistas que lo habían llevado a presidio. Dudó del buen acierto de su señor, el catalán don José María Sardá.

—Mal negocio. ¿Pero, cómo accediste a traerlo para acá? ¿Qué ejemplo van a tener nuestros pequeños al convivir con un infidente? ¿Cómo vas a traernos a casa a un laborante, José María?

—Lo que hizo fue una niñada: firmó una carta y luego en el juicio salió un poco respondón. Y además el muchacho es hijo de españoles, mujer —la tranquilizó el marido—. Es solo por un tiempo, ya se hacen trámites para que vaya a España que me han dicho era muy bueno en sus estudios antes que le diera por lo de ser mártir. Es muy pronto, pero posible que tengamos obra en El Progreso, ese balneario nuevo de El Vedado de don Ramón Miguel que está tan de moda. Lo ayudamos a curarse, que a eso ha venido de La Habana y me lo han encargado y a su padre quiero cumplirle. He dado mi palabra. Si vieras lo maltrecho que salió de las canteras cuando lo hice trasladar a la cigarrería; ahí sí, cundió de llagas hasta el hueso. ¡Me conmovió, me conmovió que ese dolor se lo aguantara tan bien! Lo recibimos como a un huésped y luego ya veremos, ¿eh?

—¿Y en dónde dormirá? El muchacho...

—¿Dónde...? Trina, vamos a acomodarlo en el cobertizo. Encárgate tú de que le preparen el cuarto de las visitas.

Un ciclón pospuso la llegada en los primeros días de octubre al embarcadero de La Guásima en Nueva Gerona. La cordillera de presos prolongó su estancia en



Bejucal por el mal clima. Sardá, amigo personal del Capitán General y que gracias a sus prerrogativas había logrado el indulto del reo que ya a fines de septiembre vivía en La Cabaña donde disfrutaba de mayor salubridad y descanso, resolvió un salvoconducto para trasladarlo por su convalecencia y debilidad física. En Bejucal le retiraron el grillete al infidente y el catalán hizo valer el permiso para traerlo consigo y pernoctar varios días en una casa de huéspedes en Batabanó hasta que otra vez se restablecieron los viajes de barco.

—José María. ¿Y cuándo es que llegará?

—Lo dejé esta mañana en el Ayuntamiento, Trina. El comandante ya les habrá leído la cartilla a todos los nuevos. Pronto vendrá a casa. Casimiro ha de estar de vuelta.

—¿Hoy es jueves trece?

La mujer detuvo el balancín de la mecedora donde tejía sentada en el amplio comedor de la vivienda, frente al portón abierto de la casa y esos ventanales que parecían puertas con barrotes, y calculó de prisa:

—Ves, José María, lo que te digo. Hoy es jueves trece de octubre, ¡trece!

—¡Bah, mujer!, esas son tonterías, y además es jueves y no martes ni viernes.

Sardá movió la cabeza a los lados con suavidad, tenía los ojos lejos, sus ideas andaban allá al frente donde acababa el faldazo en abanico de ese abra encumbrado entre dos montañas y cruzando el río en Brazo Fuerte. Las lluvias del temporal habían retrasado muchísimo el trabajo en la ladrillera y el tejar. En La Habana esperaban varias obras de construcción. Trinidad, adivinando que su marido le prestaba poca atención a sus réplicas, concluyó:

—Mal tiempo, José María, para andarse jugando el pellejo por calderilla. Dios nos asista y ampare. Viene este muchacho después de un temporal y mira como vuelve a estar el cielo, que hoy no ha salido el sol. Casi me desespero, todos estos días pensando que te había ocurrido algo malo... Pero tú...

Y tras persignarse volvió a balancearse y espadear con las agujetas y el hilo con la sincronización perfecta y precisa aprendida de las monjas que le habían educado.

Fue una mañana nubosa, muy húmeda por lo mucho que llovió en más de una semana. La tierra, cual barro preparado para moldear vasijas, se aferraba a los zapatos, los cascos de las bestias y las ruedas de madera de la calesa que llegaba serpenteando por la falda de la sierra. La calesa traqueteaba quejumbrosa, y salpicaba barro, se limpiaba las ruedas gemidoras como sillón viejo, luego de atravesar por más de una vez las aguas de un riachuelo rápido y cristalino que maravillaron al joven.

—¿Y el arroyo viene de arriba de la sierra?

---

—¡De ahí *mismito* de esas lomas, señorito! —dijo el calesero sin desatender las riendas y azuzar al caballo, volviéndose a su pasajero—. Los manantiales nacieron encaramados allá arriba, adentro de cuevas.

—¿Y cómo se llama?

—Casimiro, mi nombre es Casimiro.

—Sí, eso lo recuerdo bien, señor Casimiro —dijo Pepe sonriendo—. Yo le preguntaba por el nombre de este arroyo que baja de la sierra.

—¡Ah, *cará*, disculpe usted! Señorito, la gente de por aquí vea que lo llaman el riachuelo de la magnesia, pero yo no sé por qué... Eso no sé decírselo. ¡Caballo...! Este caballo haragán ya *etá cansao*...

Los sudores espumosos del caballo bajo los arreos y las correas de cuero junto a su aliento de bestia esforzada endulzaron las tiras del aire húmedo. Era un aroma noble que se le había dormido en el recuerdo.

—Yo tuve un caballo con bríos que enseñé a andar enfrenado y tenía un trote bonito como los caballos de los desfiles y revistas militares. Daba paseos con él por las tardes, sin, y con montura yo daba unos tremendos brincos sobre su grupa, no aprendí mucho a ser buen jinete y ya no creo..., disfrutaba bañarlo en el río y peinar sus crines, olía así —y aspiró profundo, sonriendo a medias y sosteniéndose bien en el pescante de la calesa—. También me acuerdo de un gallo fino, giro, que valía su peso en onzas de oro y de sus espuelas con estocadas mortales; ya teníamos casada una gran pelea en la valla para el 28 de diciembre con los hermanos Díaz, que esos odiaban a mi padre porque antes él les había embargado sus bienes por un asunto ilegal de tráfico de esclavos. Don Lucas de Sotolongó temía que pasara algo grave en esa pelea, él mismo me había regalado el gallo siendo un pollo crestudo y sin preparar, apenas cantaba ronco entonces. La pelea yo creo que íbamos a ganarla, señor Casimiro, pero en eso estábamos cuando llegó en navidad la orden de traslado urgente para mi padre. Vendimos mi potro y el gallo por menos de la mitad de las onzas que valían allá en Nueva Bermeja a un cantor de espinelas nombrado José o Manuel Espino. Le cobramos así poco porque andábamos de apuro al tren y el hombre de pelo rojizo regateaba bien, era poeta y al principio nos agradó con sus rimas. Rimaba muy bien... a la vez que hacía cuentas con mi padre.

*Al gallo después de mesarle las plumas, una, dos veces desde la cabeza a la cola y verle si tenía entero el pico, lo puso con esmero bajo su brazo izquierdo. Y volvió a acariciarle la cabeza. El gallo cloqueó molesto, receloso.*

—*Ve, que es bueno mi gallo y pica duro, ya verá usted señor Espino —dijo el niño con pesar de no poder llevárselo a La Habana y agregó casi sin voz, entristecido—. Y tiene patas de bronce bruñido, cuando lo pelee sus espuelas serán como sables del mejor acero —y rodó sus manos por la crin del caballo*

---

que piafaba cerca del muchacho como si entendiera también que allí se despedían sus destinos.

Don Mariano se embolsilló las onzas de la venta y mirando en derredor suyo, se dijo en voz alta como para darle ánimos al hijo:

—Todo en orden hijo mío, ¡pues a La Habana!

El cantador improvisó una espinela mirándole muy fijo a los ojos de Pepe, como en trance espiritual que no comprendía bien del todo, pero sus versos salían en tropel. Y de repente, sudaba mucho ante el muchacho que había espoleado su lengua con: Patas de bronce bruñido, había dicho el niño, acongojado, cuando se despedía de su gallo y él, enrojeció más de lo que ya era, sudaba helado y la voz le tembló un instante como si adivinara que estaba frente a un cachorro de poeta, a un iluminado por las palabras. Entonces ocurrió algo de lo que el niño y su padre no se olvidarían jamás y estuvieron lejos de entender: cuando finalizó su improvisación casi convulsionaba de la emoción y apenas si recordaba los versos que allí acababa de regalarle al viento, y atrajo vecinos a escucharle en su cantoría que tenían la mirada colmada de lágrimas. ¿Qué fue aquello, por Dios santo? ¿Adónde, lejos en el futuro lo llevaron a asomarse ante los ojos del muchacho? ¿A qué abismo insondable, y tan raro, aquel simple remate de animales? ¿Del futuro..., eso pensó? ¿Enloqueció de pronto señor Espino que se ha quedado para siempre tan rojo...? Y no se había bebido aún ni una jarra de vino aquella mañana de tan extraño accidente. Ese niño..., balbuceó colmado por las lágrimas.

—Vaya con suerte, buen hombre —dijo don Mariano y acarreó con un abrazo protector a su muchacho que a punto de lágrimas miraba perplejo al hombre con quien había negociado su gallo y potro—. ¡Vamos Pepe, anda! Quedan en buenas manos.

—¿Y por qué el señor Espino me llamó maestro?

—No sé. Quizá no está bien de su cabeza. Anda tú a saber, vayamos a la estación que el tren nunca espera por nadie. ¡Vamos, maestro! —bromeó don Mariano para despabilar a su muchacho y no se lo pensó más. ¿Ese coplero debía de andar un poco mal de la cabeza como todos los poetas? ¿Y estar enfermo también por la mucha sangre que tenía a flor de piel? De repente, no sabían qué le ocurrió al buen hombre, parecía loco, ¿no? ¿Y lucía tan niño como su Pepe por aquellos ojos cuajados en lagrimones?

Habían dado la espalda y echado a andar cuando escucharon de nuevo al cantor de espinelas decir con la voz temblorosa, en un tono de voz rajada y de viejo, y feliz y ahogado en lágrimas que ya le corrían por sus mejillas más que sonrosadas, de color sangre. Y también con un hilillo de risa aniñado en la mirada y con un último esfuerzo en la voz:

---

—*Buen viaje, maestro...*

*Y padre e hijo se encogieron de hombros y siguieron camino. ¿Habían hecho negocios con un desequilibrado de los nervios? Allí, con semejante apostura, tenía toda la apariencia de un saltimbanqui de esos que van de pueblo en pueblo con teatro de títeres. ¿Un artista en Nueva Bermeja? Qué rareza, tan grande y colorado, y tras improvisar los versos ya no fue el mismo. El padre volvió a mover sus hombros, resignado a no entender semejante acontecimiento. El niño de vez en vez se volvía para ver a su gallo y potro al lado de tan singular personaje que hacía adiós con la mano libre como si les conociera de hace mucho, más, como si fuera pariente. Lejos aún, pero ya se escuchaba en los rieles, y en la floresta de la muy verde llanura que bebía del río Hanabanilla, tintinear en las hojas de los árboles el ronquido metálico del tren que ellos aguardaban para el regreso a San Cristóbal de La Habana.*

Y ahora, después de recordar para sí aquel raro suceso acontecido tras haber poco menos que regalado su potro y gallo, continuaba con su plática al negro. El calesero Casimiro, ojos grandes, asintiendo al señorito conversador, con la saliva casi seca en los labios, que lo traía de brincos en la calesa y por tan irregular camino luego del desembarco en esta isla. Soportaba, sin hallar acomodo en el pescante de ruda madera, el hincón en la ingle, los jalones de la carne que no sana en el tobillo...

—Fue solo un tiempo, unos meses de 1862 que pasé en el campo con mi padre. Sí, como de abril a diciembre, yo era muy niño aún, pero estos montes de aquí, ese arroyo de la sierra... —concluyó de confesar con voz de quien recuerda pedazos del pasado y lo hace apremiado por ese calesero que lo mira receloso de que él hubiera vivido alguna vez fuera de la ciudad, y embobado de sus palabras.

Pasaban muy cerca de las montañas donde los mármoles asomaban entre el follaje y las cumbres escarpadas y muy verdes. Los herbazales en los potreros, la frondosidad que trepaba a los cerros sobresalía con sus árboles techando parte del camino en un recodo desde donde ya se podía divisar la alargada casona familiar. En un descuido que el calesero aflojó las riendas, el caballo se arrimó a morder un plantón de hierbas de guinea de verdes hojas y rociado de llovizna.

—¡Caballo comilón...! —tronó el regaño del calesero y lo latigueó con las riendas en el lomo—. ¡Arre, arre que ya casi llegamos! Y yo *etoy* más *pegaó* al espinazo que tú. ¡Caballo...!

Un concierto melodioso de sinsontes, bijiritas y otras aves cantoras lo hizo volver aquellos pardos ojos melancólicos y húmedos a la floresta mientras cruzaban el último puentecillo sobre el celebrado riachuelo. El visitante, pareció al calesero que, no le hablaba sino que pensaba en alta voz:

—Pues complace más el arroyo de esta sierra que el mar que he cruzado. El arroyo de la sierra es un bálsamo para mis ojos y música ese trinadero de pajaritos...

El calesero fue a avisarle que viera, que allá se veía finca El Abra, pero se contuvo de hacerlo cuando lo vio cerrar los ojos y aspirar hondo, muy quedo.

—¿Qué es ese olor que no me abandona desde que desembarqué, qué árbol es ese que aroma tanto?

—Eso es las yagrumas, señorito, hay *muy mucha cantidad* de yagrumas en el monte. La finca El Abra y *to eta* isla *güele* así, a yagrumas.

Una bijirita de la tierra posada en lo alto de una palma comenzó a trinar de manera magnífica, apenas se le veía, pero su canto era música. ¿Cómo de una garganta tan pequeña y simple podía salir tan bella música? El muchacho había girado la cabeza en busca del culpable bienhechor y el calesero le comentó, entusiasmado:

—Ese es un tierrero. Esos que cantan *encaramaos* en las palmas, son palmeros y trinan como si fueran una chicharra que parece que van a reventarse...

A las canteras iban por un camino como ese, solo que un poco más ancho. Las brigadas salían de la cárcel mucho antes que amaneciera, precedidas por el chirrido monótono de las cadenas que sujetaban los grilletes a los tobillos y la cintura de los condenados, a su paso somnoliento, enfermo de melancolías. Justo a la altura del cementerio y luego del leprosorio nombrado de San Lázaro el cielo se astillaba con los primeros rayos de sol sobre las hileras de picapedreros. Estaban convencidos de que aquellos que mirasen con fijeza a camposanto solían ser los primeros en flaquear esa jornada, por lo que en la cordillera de convictos solo algunos alzaban la vista de la tierra al leprosorio del santo ñaña-roso para implorar sanación por sus heridas, para envidiar a los que dentro de ese edificio de paredes rústicas y sin pintar se podrían lentamente como frutas insanas, pero al menos con misericordia y un camastro donde echarse al reposo.

—¡Andando miserables escorias que así se les quita el frío! —les vociferaban para despabilarlos—. Vamos o es que alguno quiere ya un componte...

Muchas veces en ese tramo se cruzaban con monjes del leprosorio que, esquivos, apresurados por llegar a la primera misa de la ciudad, ni siquiera los persignaban con dos dedos haciendo la cruz en el aire. Esa cara fea, desalmada, también era San Cristóbal. ¿Y quién se duele y sabe de esto?, se dijo que nadie. Él respiraba hondo cuidándose de mirar a un sitio u otro, solo el trino de esos pajarillos en los árboles, cuando clareaba hacía que alzara los ojos con ardor a lo que en lontananza llamaban la loma de los jesuitas. A aquel punto elevado en el horizonte más allá de las canteras, tras la colina del Castillo del

---

Príncipe, levantaba el alma, más aliviado, y su andar era otro más en el acompasado chirriar de cadenas.

—Ese es un palmero. ¡Son los mejores *pa* señuelos en una jaula!

—¿Y los otros...? ¿Las bijiritas que son más pechinegras y amarillas que siempre andan en parejas? —dijo el señorito recordando las vistas en el Hanabanilla, en los árboles cercanos a las canteras que su trino era un bálsamo para los afligidos y en la casa de los Valdés Domínguez donde Eusebio se ufanaba de su bijirita cantora como de un tenor—. Yo digo de las que la hembra también son un poquito pechiamarillas, pero más tenue, casi pechicastaña y tienen un canto hermoso como el macho. Creo que, sí, son hasta más chiquitas y redondeadas.

—Ah, *uté* dice las bijiritas del pinar, sí esas siempre andan en parejas, pero acá no hay, nunca he visto.

—Así que en la Isla de Pinos no hay bijiritas del pinar..., ¿está seguro de eso, señor Casimiro?

El negro se tomó un segundo para responder y movió la cabeza, muy seguro.

—Yo he desandado ya mucho *to* estos montes con las jaulas de trampas, buscando de *to* los pajaritos cantores para doña Trina y no hay, aquí en *eta* Isla de Pinos no hay bijiritas del pinar, esas son de allá de Cuba *na má*, yo creo. Son cubanas reyoyas...

—En el Hanabanilla los guajiros también las llamaban, ¿cómo era...?

—¡Senserénico! —se apresuró a decir el negro que hablar de pájaros cantores parecía entusiasmarle muchísimo—. E' que así, ¡senserénico... senserenico...! repiten sin parar y son muy bonitas. Nunca, nunca se *etán* tranquilas esas *almitas* de Dios.

—Es que me pareció escuchar algo así, no sé...

—¡Ah, pues sí que escuchar sí pudo...! —dijo el calesero y señaló hacia la vivienda—. Allá en el jaulón de la señora Trina hay unas parejas que son los reyes del trino y mira que hay pájaros lindos y cantores allí. Pero esos se los trajo el señor poco después de la mudanza, cuando vinieron de Yaguaramas, a la doña que no se acostumbraba a despertar sin el trino de esos bichitos. ¡*Má* lindo que el trino de una bijirita del pinar yo creo que no hay, ni ruiseñor ni canario se le empareja, no señorito, ni el mismo sinsonte le gana y eso que el sinsonte es cosa seria...! El sinsonte es tremendo, pero a la bijirita del pinar y su senserenico no la puede imitar. Bueno, a mí no me haga caso señorito que yo prefiero a las bijiritas del pinar porque por aquí no hay y exagero un poco, cada pájaro tiene lo suyo en su garganta. Pero es que la bijirita del pinar es tan chiquitica y oiga. *Ná*, que un canario es imbatible cuando dice a cantar, también los negritos y ahí doña Trina tiene un azulejo que me acuerdo cayó en la trampa el día seis de enero, ya pintó

la pluma casi completo y no se calla, grita...¡Qué garganta tiene!, si parece hijo de canaria por Diosito se lo juro, yo.

Entonces el muchacho pensó otra vez en lo dulce y bello de aquella andanada de trinos de la bijirita del pinar o senserenico, que aseguraba Casimiro era única de Cuba.

¿Y la señorita Adelaida quizá ya estaba tomando sus primeros baños allá en la otra villa nombrada de Santa Fe...? Recordó cuando la vio frente a él. Recordaba su anterior viaje a ese pueblo de Batabanó, fue la ida por el regreso en el mismo tren. Don Mariano lo esperó en el andén para darle los dineros de su cobro y que los llevara a casa luego de más de un mes sin permiso ni sustituto en su puesto de inspector. Ahora podía imaginar al padre allí en una bancada de la estación, preguntándole por las niñas y su madre, aconsejándole que se recogiera temprano que las noticias que le llegaban de La Habana no lo dejaban dormir tranquilo. La locomotora exhaló una gran humareda y los rieles de la vía desaparecieron por un momento de la vista de los viajeros y caleseros de alquiler que se acercaron en busca de pasajeros.

—Compartamos esta calesa, ya que vamos a la misma casa —propuso don Sardá, y la señorita asintió a Pepe con una sonrisa de satisfacción pues aunque al muchacho se le notaba enfermo y débil no tuvo reparos en socorrerla.

—Permítame usted...—le dijo haciéndose con uno de sus equipajes que eran varios como los de cualquier dama capitalina.

Sentada frente al catalán dueño de la finca a que iba él deportado en Isla de Pinos, ella insistía en estirarse el puño de las mangas largas del vestido. Sardá y Pepe la notaron incomoda por el vocerío y la comarca pobre de callejuelas con charcos tan viejos que eran verdes de limo y habitados por renacuajos. Pasaba ya de mediodía, y el día parecía querer orearse luego de las muchas lluvias del camino.

—Qué sol tan picante, ¿eh? —dijo ella volviendo a acotejarse los puños del vestido gris, y abrió una sombrilla de paseo con muchas lentejuelas, para reconocer con un enojo sonriente que les agradó—. Ni siquiera para mí es suficiente cobija...por cierto, mi nombre es Adelaida. ¿Y ustedes caballeros...?

—Y yo sé, señorito, de que soy así un *vejigo* ando yo con jaulas con trampas en los montes. Aquí en *eta* Isla de Pinos hay negritos y tocororos, cartacubas, sinsontes y bijirita tierrero hay *muy mucha cantidad* que hacen nido ahí en to esos plantones de yerbas guineas y el macho es pechinegro también, pero no igual, tiene cejas y corbatín naranja casi amarillo y es más grande y gilaito. El tierrero también es cosa seria, y si uno lo cría de pichón y sin plumar que no recuerde el trino del padre, oiga, señorito, imita casi todos los cantos. La bijirita tierrero es un fiero, se pelean a muerte también, aquí la prefieren muchos pajareros. Ah, y

---

vienen azulejos y mariposas, verdones, esos de octubre a mayo *etán*, pero, ¿bijiritas del pinar...? No, no, de esas nunca he visto acá. Las que traen y se escapan, esas, pero yo creo que vuelan *pa* Cuba, se van *pa* allá porque yo creo que no saben vivir en otro monte que *lo monte* cubanos.

—Sí, por lo que me dices las bijiritas del pinar son mambisas...

—¿Yo dije qué...? ¿Yo...?

Y él sonrió por la cara del calesero, y sintió orgullo de esa pequeña ave como cuando estaba en el colegio San Anacleto y en las calles de La Habana, criollos y peninsulares se debatían entre ser bijirita o gorriones. Recordó que Eusebio colgaba la jaula con su bijirita del pinar en el balcón de la casa marcada con el número 122 y en la calle Industria no se escuchaba más que ¡senserenco... senserenco...!, ese himno alegre y guajiro sobre los ruidos, el vocerío urbano y las bravuconadas de los Voluntarios. A él también lo habían traído a esta Isla de Pinos desde Cuba. ¿Cuándo volveré yo...?, pensó. Dondequiera que me lleve la vida y el destino siempre seré como la bijirita del pinar: únicamente cubano, se dijo pensando en las palabras del calesero y volvió a aspirar hondo ese raro aroma de yagrumas que desde hacía buen rato traía prendido en la nariz como recordatorio de que, aunque parecido el paisaje del monte y las gentes, no estaba ya en su Cuba.

El vaporcillo despega del muelle, ronronea. Pepe siente la vista seca y adolorida, quizá el salitre sea bueno en aquel aire, pero arde mucho. A su lado en la baranda la señorita Adelaida habla y habla de sus ardientes deseos de ya retornar para pasear por la acera de El Louvre, tomar una refrescante bebida en el portal del hotel Inglaterra.

—Cierra los ojos, Pepe —pide ella con uno cerrado, y ríe—. An-da, juguemos a que el ruido que hace este barcucho es el tren en que vamos de vuelta. Si abres los ojos, no, no lo hagas porque entonces vas a ver la estatua de Isabel II y este aire de mar viene de allá del puerto. No, no vayas a abrir los ojos, Pepe, que ese pueblo que se ve ahí no es Regla.

Él no siguió el juego de la muchacha, abrió los ojos para verla sonreír y contagiarse de su alegría. ¿Cómo se resistía a los impulsos de besarla en los labios desde hace días? Un jalón de popa lo llevó a mirar a la orilla más apartada del muelle y pensó: las dulces costas de la patria mía.

—Pepe, haces trampa —dijo la señorita Adelaida, y se le apagó su risa en el recuerdo por esa otra voz tan diferente que le decía que había llegado.

—Señorito, señorito Pepe, llegamos...

A unos pasos les aguardaba el portón principal de la finca. Respiró a limpio, aliviado de que pronto acabara ese tortuoso camino, necesitaba descanso. En la casona se adivinaba el ajetreo de algunas personas que Pepe no podía divisar

---



con claridad, solo eran siluetas que se movían cada vez en número mayor en el soportal; y bajo la techumbre de tejas de barro que contrastaban de manera hermosa y un poco hiriente para sus ojos lastimados con la luz cercana del mediodía que se filtraba a través del verde de ese abra entre dos montañas cual escenario teatral.

—Ya creo que vienen, José María —dijo doña Trinidad dejando sus agujetas e hilos sobre el balancín y achicó los ojos para ver a los lejos. Curiosa por cómo lucía el muchacho al que darían techo y comida. Justo ahora que se veía la calesa y el traqueteo de sus ruedas resonaba contra las piedras del camino, el sol en un amago de fuerza la obligaba a cubrirse los ojos.

—Parece que va a levantar el tiempo —dijo José María más ávido que seguro de lo que decía.

Los trinos de una controversia de sinsontes hicieron cambiar la vista del camino a los dueños de El Abra y cruzarse la mirada. Se sonrieron por un instante antes de volver a vigilar hacia la entrada de la finca. Casimiro se apeó de la calesa para abrir el portón mientras halaba por las bridas al caballo y lo hacía entrar con trote pausado, conteniendo con fuerza sus cabeceos de alazán brioso y sin castrar. Quedó solo a la vista la silueta difusa en blanco y negro del otro ocupante: el joven estrañado por el delito de infidencia.

Apunte de Carmen: Only for Mandy, top secret: abril de 1980

En Cuba, la isla grande, se estaba en guerra hacía ya dos años. Allá, en la Nueva Gerona de octubre de 1870, no había juzgado civil, pero sí una comandancia militar y política con muchos soldados. Se vivía en paz y la guerra era un eco lejano que no quitaba el sueño a los pobladores que por entonces solo temían ser encausados por ayudar en la fuga de algún deportado político. Por el contrario, en La Habana se respiraba un miedo grande a las delaciones por deslealtad, pues al acusado por desafecto a España, sin que mediasen causas judiciales profundas, se le despojaba de sus bienes en un santiamén. Acusándolo de separatista, no hacía mucho habían apresado a don Carlos Castillo, nada menos que el presidente de la Junta de Fomento Pinero, e incautado muchos bienes de sus miembros.

Los habitantes de la villa, la gran mayoría se gloriaba de ser fiel a la Corona. Aunque era sabido que el gobierno de la reina Isabel II había caído dos años atrás, y en la Península se mantenía una rara monarquía democrática, sin rey y con frecuentes revueltas republicanas. La colonia Reina Amalia miraba con devoción hacia Madrid, a pesar de que allá no supieran de ella más que el nombre.

---

Aun así, muchos de los hacendados y comerciantes integristas se aprovechaban del talento de los deportados y los contrataban como maestros para sus hijos. Muchos deportados políticos llegaban con sus familias y se instalaban en la villa donde compraban o alquilaban una casa dependiendo de sus recursos. Otros se buscaban la vida como barberos, artesanos o trabajando en los tejares de ladrillos y lozas de barro por treinta centavos al día. Muchas veces junto a presos comunes y jornaleros que trabajaban por la comida y dormían en La Prevención, un caserón inmundo de las afueras de la villa construido para recluirlos de noche, un salón largo y estrecho donde debían dormir sobre las baldosas. Los presos comunes, borrachos y vagabundos, sobrevivían hambreados, harapientos y enfermos, descalzos y casi desnudos como perros callejeros sin espera de cambio en sus destinos, que al toque de oraciones en la iglesia debían asistir a La Prevención. Y pobre del que se encontrara la ronda, los guardias lo llevaban a palos a recluirlo. Todos estos deportados tenían terminantemente prohibido salir de la villa.

Finca El Abra estaba tan cerca de Nueva Gerona que saliéndose del recogimiento en un momento en que se abría la unión de las dos montañas y mirando en lontananza a ojo de cernícalo se divisaban los rojos tejados de sus casonas y el campanario de la iglesia a la izquierda de la larga y sinuosa ceja de monte que corría a orillas del río Las Casas. Su dueño, José María Sardá y Gironella, también miembro de la Junta de Fomento Pintero, era uno de los propietarios más prósperos de Isla de Pinos. Residía en El Abra, poseía dos goletas para transportar sus mercancías desde y hacia el puerto de Batabanó que atracaban, remontando el río Las Casas junto a su tejear de Brazo Fuerte. La *Concha* y la *Cataluña*, sus goletas que años después sin que se conozca aún hoy los motivos fueron echadas a pique, navegaban río adentro poco más de un par de millas hasta el tejear donde cargaban las producciones destinadas a La Habana.

Aunque en la iglesia aparecen documentos de bautismo de hijos de esclavos de Sardá, la familia cuenta que solo tenía unos pocos para labores domésticas casi siempre y para trabajar en los sembradíos de sus posesiones. También José María Sardá era arrendatario de La Criolla en la cantera de San Lázaro en La Habana. De allí sacaba gran parte de la cal y piedra para las obras que llevaba a cabo como contratista. Algunos le llamaban coronel, pero era comandante del cuerpo de tropas de ingeniería.

—Pero José María, por Dios, si es un niño —dijo Trinidad apenas lo vio llegar un rato antes que el cercano reloj de sol marcara con una sombra leve la mitad del día.

---

Lo vieron apearse del pescante con esfuerzo disimulado, con los ojos en el suelo vigilando cada paso, apoyándose siempre. Primero en la baranda y luego en las barras para dar la vuelta a la calesa y evitar un charco.

Las negras de la servidumbre se asomaron a la puerta principal para ver al visitante y a una de ellas, la más joven y ladina se le escapó:

—Ese flacucho *cabecirrapáo* es el que va a vivir en el cuarto de la cochera. ¡Ufss...!, pero Dios mío si también es cojo y..., ¿por qué será, eh? ¡Anda como penco sin herrar, tú...! ¡Como sembrando maíz...!

Doña Trinidad la recriminó por burlarse.

—¡Dolores, para adentro y a lo tuyo...!

El dueño de El Abra se adelantó a la comitiva familiar y bajó hasta la calesa para darle la bienvenida. El muchacho levantó la vista del suelo y la mano derecha saludándoles con cortesía y humildad a quienes lo aguardaban enfrente de la casona de tejas rojas. Los hijos del matrimonio corrieron a presentarse al que llegaría a ser también su mentor y doña Trina los siguió, exigiéndoles disciplina y no enlodarse.

—¡Catalina, Rosa, compórtense muchachitas! Tú también Juanito, tranquilo —les pidió con rectitud y frunció el ceño—. ¡Caramba, que tenemos invitado!

Catalina y Juan de Mata llevaban de la mano a la pequeña Rosa, de la que tiraban cual si fuese una muñeca. El pequeño y que ostentaba más nombres de todos, José Domingo Vicente, dormitaba en brazos de doña Trinidad. Detrás de ella, tímido y sin levantar los ojos del sendero, se ocultaba el mayor de su prole; bastaba una rápida ojeada para advertir que hasta la ropa de ocasión le resultaba una molestia.

—Y este señorito de aquí detrás, ¡tan vergonzoso es el hombrecito de la casa!, mi Regino —dijo la madre sin apartar su vista de los ojos del muchacho.

—Me llamo José Regino, José, igual que mi padre, pero ella solo me dice Regino porque le recuerdo a un buen cura que mamá quiso mucho de niña.

El visitante sonrió ante la inesperada locuacidad del jovenzuelo y le comentó:

—Pues tú y el señorito que duerme, son mis tocayos, porque yo también soy José, pero José Julián..., y también por mi madre y en mi familia no me llaman José que es tan buen nombre: ¡José, como el buen José de la Biblia! Y ya ves, todos lo que me quieren bien me dicen Pepe... —dijo inclinándose un poco para estar de su estatura y la señora Trinidad adivinó el gemido que contenía entre dientes, el esfuerzo que hizo con aquel cuerpo lastimado para reverenciarlos sin darles preocupación.

—Bien, Pepe, ya conoces a mi familia que espero sientas como tuya por el tiempo que nos acompañes —dijo José María y con un leve ademán ordenó el retorno a la casona familiar y al calesero para que se encargara del liviano equipaje.

---

—Y habrá que alimentarlo bien porque está en los huesos —murmuró doña Trinidad a su esposo que caminaba a su lado rumbo a la casona con los ojos puestos en las nubes—. No me luce que pueda ser peligroso este muchacho, ¿eh? —y como no ganó la atención de su marido, se detuvo un instante para observarlo de nuevo antes que entrara en la cochera—. No tiene la apariencia de un revoltoso. ¿Verdad que no...? Sí, nadie podría imaginárselo un..., un laborante que viene de presidio con esos ojos de ternero extraviado.

Entonces sintió una mano del esposo que la conminaba por el hombro a seguir su paso. Asintió, acomodándose el niño en su regazo y recalcó:

—Claro, a no ser por ese corte de pelo tan horrendo que... —dijo por lo bajo en el sitio en que el sendero de lajas de mármol se partía en dos con el que iba a la derecha donde estaba el cobertizo y la cochera. Allí se quedó esperándolos José María.

—Por favor..., señor Casimiro —dijo el joven con mucha consideración al negro que palideció por el trato afable—. Deja, deja que me encargue yo de mis libros que son lo más pesado y valioso que traigo conmigo, ¿sí?

Trinidad, ya de vuelta en el sendero a la casa, sonrió agradecida por la repentina lividez y asombro en el rostro de su calesero por haber sido llamado señor.

—¿Y esta otra bolsa, su merced? —dijo el negro que levantaba con sorpresa el pequeño saco y sopesaba que eran hierros—. ¿También es suya? ¿Son hierros, no?

—Ah, sí..., son mis grillos —murmuró el señorito mientras se hacía cargo—. Es mi otro tesoro, gracias.

A Casimiro se le desdibujaba el rostro en unas muecas de sus bembos por no entender. ¿Hierros..., sus grillos de qué...?

—¿Todavía cargas con eso? —dijo don José María de hombros caídos, volviendo atrás en un par de zancadas, como días atrás en Bejucal cuando el muchacho le agradeció emocionado porque a una orden suya le quitaron los dolorosos grillos. Pero enseguida le insistió con muchos ruegos que lo dejara conservarlos y también algunos eslabones de la cadena que antes mordía en sus carnes como el obsequio más valioso que pudiera hacerle—. Bueno, si eso va a servirte para no volver más a presidio. Es un pesado recuerdo, pero tú sabrás.

—Recuerdo grande es el que ya sospecho comienza hoy aquí en El Abra y no sé si voy a tener palabras un día para agradecerles —dijo Pepe y asintió con las bolsas alzadas y listo para seguir a Casimiro a donde iba a instalarse.

El calesero sonrió tras las últimas palabras del recién llegado, por eso de no sé si voy a tener palabras. ¿Que el sinsonte no tiene cantos...?, pensó Casimiro. Si palabras es lo que se le sobran a este muchacho cuando comienza a hablar. Si el sinsonte sabe casi todos los cantos del monte y no hay monte si no hay sinsonte.

---

Pero no le dijo nada porque lo vio caminar como si estuviera entumido de una pierna, acalambrado del viaje en la calesa y queriendo ver los pájaros del jaulón. Seguro quería oír a las bijiritas del pinar traídas de Yaguaramas o Batabanó...

En ese mismo instante trinaron: ¡senserenicooo... senserenicooo...!, como si le dieran la bienvenida al visitante y se le vio levantar la cabeza con los ojos contentos y asentir al calesero que lo miró cómplice.

Andaba lento, como si una de sus piernas fuese más corta y pisar el sendero blando por las lluvias lo hiciera temer una caída, un apoyo en falso.

Doña Trinidad sonrió a medias, entonces apuró el paso mientras hacía de buen pastor para que sus hijos no se salieran del sendero y ensuciaran sus calzados y ropas con la tierra fangosa que los rodeaba. El joven Pepe le pareció de una delicadeza y una educación exquisita... ¿quién diría que viene del presidio?, se dijo a sí misma abierta a la fascinación por el huésped. Y se volvió un segundo para verlo de nuevo cuando ya casi alcanzaba ella los escalones de entrada al portón de la casa, ¿si es que podría decirse que viene de la Corte con esas maneras y hablar aristócrata? ¡Qué clase...! Tenía la certeza del alma buena y pura que les acababa de llegar a El Abra. Había indicios en el breve asomo a su personalidad que la hicieron recordar con transparencia a los seminaristas sinceros y convencidos de fe cristiana que conoció en su mocedad. ¡Pero no, no es un santo, Trinidad, aunque venga del calvario de la cárcel!, se dijo despabilándose del hechizo a la entrada de la casona. No, Trina, ahora no beatifiques al que antes sospechaste demonio, imaginó que iba a decirle su José María si ella le comentaba todo lo cautivada que fue tras aquel breve recibimiento.

Después el señor Sardá lo palmeó en un hombro con suavidad y le mostró el cuarto que le habían asignado a la derecha, en la misma entrada del cobertizo. Allí, bajo el portón doble le habló de las reglas que debería cumplir durante su estancia en la casa.

¡Cartilla frente al cuartel y cartilla en la finca!, se dijo resignado, cabizbajo.

—En cuanto te restablezcas de esa pierna y los ojos no habrá en toda Isla de Pinos un deportado más libre que tú. Nueva Gerona espero que te agrade lo poco que ofrece porque no hay mejor sitio para que visites. Por lo demás, solo quiero disciplina y que te conduzcas bien para que no me comprometas en lío alguno, ah, y sobre todo que te dejes curar como le he prometido a tu padre. Los domingos ya sabes que bien temprano debes asistir a la villa a reportarte en el pase de lista y firmar en la comandancia. Déjate ver alguna vez en la misa con Trinidad, que hace muy bien ser devoto a los ojos de la comunidad y el comandante. Así de simple puede ser todo. Espero que te acomodes en mi casa y cuentes conmigo y me honres como sé que te ha pedido Mariano. Ya

---

fue bastante lo que se ha complicado tu vida y la de tu familia. Nos vemos en el almuerzo, ahora descansa y luego date un baño. Ah, el baño está ahí saliendo de la cochera, lo tienes a la derecha, camino a la cocina...

El muchacho asintió con respeto y cansancio, traía la vista dolorida, rojiza aún de la cal y el toda la noche sin dormir a merced del viento con salitre. Olía a mar y hierros como un viejo barco al paio y deseoso de encallar en un arenal...

Sardá cerró una puerta. Pepe quedó por unos instantes escuchando las pisadas de su benefactor como se alejaban por el húmedo corredor de lozas de barro que conectaban las dos edificaciones principales de la hacienda con la cocina que aguardaba al fondo. Aspiró hondo, y el aire olía limpísimo y había perfume a foresta, a yagrumas que rezumaba en las paredes y le provocaba un cosquilleo en la nariz.

Ya se disponía a cerrar la puerta de dos hojas cuando vio aparecer a una negra joven de vestido blanco y muy bien acicalada. Usaba unas alpargatas muy limpias y en los ojos reverberando una sonrisa medio oculta, traviesa; y traía sobre un platillo, trastabillando por la falta de costumbre de andar con vajilla fina, un gran vaso de leche.

—Doña Trina mandó que le trajera este poco de leche tibia por si gusta y a decirle que en un rato ya va a estar listo el baño con su agua tibia, señorito.

La imagen pura del vaso de leche en las cuidadas manos de la muchacha lo hizo tragar en seco y casi sin voz le agradeció:

—Gracias a ti y a ella, nada mejor que esto podía brindarme..., la leche es mi delirio, ¿sabías? —dijo y comenzó a beberla esforzándose por no parecerle un desesperado y cerró los ojos para saborearla y tomarse unos segundos antes de acabársela de otra empinada.

»Leche fresca y tibia, ay, así parece recién ordeñada de la ubre de la vaca — dijo todavía con los ojos cerrados, y batuqueó suave en la boca el último sorbo, como si le trajera buenos recuerdos de antaño. Doña Leonor que hierve un jarro de leche comprado a un vendedor que pasaba en las mañanas con su vaca y pregonando por la calle: ¡Casera, aquí está tu leche é vaca, fresca y espumosa...! Leche pura a todas horas en el Hanabanilla, en el pueblo de Caimito y la finca de don Lucas Sotolongo que esa mañana le había regalado un gallo fino, leche en casa de don Domingo y don Jaime cuando viene de correr su potro en los descampados y va a refrescarlo en las tardes con un baño en el río Hanabanilla... Vacas lecheras en aquella hacienda de norteamericanos prósperos y laboriosos en la Honduras Británica y el bigote de don Mariano, que se le remoja cuando bebe del vaso como si hubiera encanecido de repente el gran mostacho sobre los labios y a padre e hijo que les da mucha risa.

---

A Dolores la divirtió mucho que se la bebió con prisas de hambriento y relamiéndose como gato le confesara su gusto por la leche de forma tan atropellada y nerviosa, tropezándose con las palabras. Se quedó ahí parada en medio de la entrada al cuarto esperando por el vaso y advirtió la delicadeza del señorito que ya recomponiéndose de su arrebató por la leche retornaba a una compostura muy natural para de nuevo agradecerle con humildad y agrado:

—Exquisita..., ¿y cómo es tu nombre? —dijo extendiendo el platillo con el vaso vacío y la rozó en la palma de su mano izquierda. A ella ese roce de sus dedos le dio como un escalofrío en todo el cuerpo, un temblor que no supo nunca cómo explicarse.

—Dolores, para servirle a su merced —dijo, y ¿el piso tembló abajo de sus pies?

—José Julián, pero puedes llamarme Pepe. Y otra vez muchas gracias Dolores por esa bendición que me has traído. Espero que se repita.

—Sí, sí, sí... —repitió muy nerviosa Dolores haciendo malabares para que no se le fuera al suelo el vaso y el platillo—. Ahorita mismo ya, sí, yo le aviso del agua para su baño, ¿eh?

—Gracias, Dolores.

—No, no debe dárle, no hay por qué señorito.

—Dime Pepe, ¿sí...?

Asintió, ya sin resuello e hizo una reverencia a medias para regresar por el sendero de lozas de barro, apurada por contar en la cocina lo que le había ocurrido con el huésped. ¿Ese temblor tan raro que le dio como un vuelco cuando con apenas dos o tres dedos la rozó el *cabecirrapáo* ese? Pero no, mejor que no les dijera nada, pensó entrando a la humareda dulzona y tenue de la cocina, mirándose a la palma sudada de la mano por la que le inició la estremecida. ¿Fue como un calambre del dedo gordo de los pies a la punta de su pelo, un calambrito rico...?

El sabor de la leche, ¡qué maravilla! y la templanza caída en su estómago le provocó un gran bostezo al recién instalado. Cuando se fijó en la cama de hierro y las blancas sábanas y almohadas gruesas sintió que las rodillas le flaquearon y quiso desplomarse. Recordó el piso de la cárcel, el muro áspero y húmedo de la madrugada al que se recostaba sin acomodo, cómo calaba en sus huesos el frío. Los temblores y estornudos, los olores nauseabundos de los pedos y el sudor en decenas de cuerpos mal lavados. En la tarde el sol que recalentaba el calabozo, el vapor de la noche que transpiraban aquellos muros que eran roca. ¿Qué era una cama?, solía preguntarse. Dios, esa de ahí era una cama. Y si al echarse sobre ella, ¿torpe como soy ahora la desbarato? ¿o la ensucio que se ve tan pulcra? Dios, Dios mío, quiero pasar horas encamado mirando al techo o no, dormir dos,

---

tres días seguidos. Los ojos se le cerraban casi sin poder evitarlo, volvió a relajarse y recordar el vaso de leche tibia.

El cobertizo era una construcción alargada con paredes de mampostería y techo de palma que se hallaba a la derecha de la casa vivienda. Lo conformaba una cochera en el centro, habitaciones a ambos lados de la nave y un granero en su altillo, a la manera de la masía en Cataluña.

Venía muy escaso de cosas que desempacar, así que lo dejó para cuando le avisaran que ya estaba listo su baño. El presidio muestra, aun a los pobres de recursos, cuán poco necesita en verdad un hombre que va de paso por la vida sin patria ni amos. Puso sobre la mesilla de noche sus libros junto a una Biblia encuadernada en negro que allí le esperaba, dispuesta por doña Trinidad. El bolso con los hierros del grillete lo soltó en el suelo, sobre las limpias y frescas baldosas de barro. En el alto armario sobraba espacio para sus ropas mas no para sus penas y sueños. La cama parecía atraerlo como imán. Otro bostezo se le mezcló a mitad con un suspiro cuando tocó la sábana, tan blanca como la leche que bebió. Todavía tenía sobre el maltrato de su cuerpo y los ojos el balanceo de las muchas horas en barco. Decidió recostarse a mitad de cama a esperar por el aviso del agua caliente para su baño. Apenas cerró los ojos, se preguntó cómo serían los baños mineros medicinales de Santa Fe por los que había venido la linda señorita Adelaida. A él esas aguas también debían de sentarle muy bien, a sus llagas donde la carne aún no se fiaba en echar postillas viejas y sanar. Esa carne macerada entre el hierro y el hueso, renegrada y desgarrada como por un mordisco venenoso de serpiente. El sabor de la leche tibia lo regresó al cálido tono de voz y atmósfera perfumada de Adelaida.

—Podíamos tomar unos baños juntos —propuso Adelaida en medio de la travesía en el barco y luego se burló acercándole el espejo de su camafeo—. Pero mírate, cómo te sonrojas, José Julián...

La noche había sido clara y muy estrellada a pesar de unas lloviznas cortas e intensas que los obligaban a abandonar la cubierta del barco y refugiarse en el salón de pasajeros. Pero después de un rato volvían a salir, él y ella, y el viento batía muy agradable contra sus caras cuando se acodaban en las barandas del vapor. Él no quería que amaneciera, y ver que llegaban a esa Isla de Pinos de su destierro y menos separarse de aquel ángel de mujer que ya le recordaba con anticipada nostalgia a La Habana, a su tierra y patria por la que iba allí como destrozado. La juventud, ese torrente de ansias, volvió a arder en su sangre por cuenta de esa muchacha que lo hizo sonreír sin parar, pero que ocultaba cierta tristeza tras aquellos ojos que ensoñaban a cualquiera, incluso a él, casi muerto y robado por su pasión política. Como si la patria en verdad fuera una novia muy celosa y posesiva que lo llamara a voces desde donde él aún no podía darse ni

---



cuenta. Por eso se sintió bien y renovado, capaz de soñar, de ilusionarse y tener versos plenos de anhelos y con alas dentro de su cabeza, otra vez. Un vuelco en el estómago siempre que ella lo miraba y sonreía, curiosa mezcla de ternura con picardía jovial.

Y cerca de esa muchacha locuaz y atrevida, claro que rápido iba a curarse... Si lo sabía que no hay mejor remedio para la melancolía que la algazara y la risa de una mujer hermosa. Pero entonces irrumpió en su cabeza la plaza anchurosa y cuadrada de enfrente al cuartel en Nueva Gerona, las filas de hombres a los que recién les había sido quitado el grillete del pie. El azoro en los ojos de los que no contaban con alguien que los esperara para darles un pedazo de pan, alguna ropa o un simple buen consejo. A los que como él ya tenía un garante los otros se les quedaban mirando con envidia y un miedo que muchas veces se trocaba en rostros endurecidos. Él apenas si podía tragar saliva pensando en qué destino aguardaba por el resto de esa tripulación de infelices que desde días antes cuando salieron de La Cabaña compartían con él, hasta llegar a Bejucal, la suerte de una cordillera de convictos. Algo comenzó a anudársele en el pecho, en el soportal del cuartel un oficial de gestos y uniforme muy almidonado con voz de trueno y pasión marcial voceó un comunicado que parecía ser el más importante y definitivo de cuantos necesitaban para la inmediatez de sus vidas. La voz militar, rotunda y sin las pausas de quien se sirve metódicamente de la memoria, les advirtió:

*Deportados: Tenéis la ciudad por cárcel, ninguno podrá alejarse medio kilómetro de ella sin permiso escrito. Debéis dar parte, dentro de veinticuatro horas de vuestro alojamiento. Los domingos tenéis la obligación de presentaros aquí a las nueve de la mañana a pasar la lista. La isla es pequeña y solo tiene ochocientos habitantes, pero la guarnición a mis órdenes es sobrada para mantener el orden. No hay que soñar revueltas ni fugas. Si os conducís bien el gobernador será vuestro padre, para los que cometan faltas será inexorable. ¡Podéis marcharos!*

—Ya señorito... —dijo el negro que don Sardá le había mostrado lo llevaría antes de partir a su finca y lo dejaría a él frente al cuartel en espera de que concluyeran sus trámites—. Cuando quiera *uté* ya nos vamos, ¿quiere?

El calesero tenía un sombrero en las manos con el que se abanicaba un poco de aire para su rostro sudado, estaba muy sofocado como si la calesa hubiese venido tirada por sus fuerzas y no por las del caballo.

—Sí, vámonos ya... —dijo el muchacho mirando en derredor suyo y cuando volvió a tenerlo ante sus ojos, sonrió ante la sofocación del hombre que todavía no paraba de abanicarse y boquear sin resuello—. Casimiro, ¿no? Bueno, pues lléveme usted a El Abra antes que esas nubes caigan sobre nosotros, ¿eh? Casimiro, mi nombre es José, sí, igual que don Sardá, pero a mí puedes

llamarme Pepe. Así a secas, Pepe —y le estrechó la mano al calesero con sincera animosidad.

El negro retiró la mano después del saludo con la sensación de haber tomado entre su mano áspera otra mano que aunque ampollada por el trabajo forzado de las canteras le pareció pequeña y tibia, hecha para trabajos finos de gente blanca. Pero el gesto espontáneo le resultó de una calidad humana grandiosa. No estaba acostumbrado más que a ligeras palmadas en el hombro cuando hacía bien algún encargo del dueño o iba a recibirlo al puerto como esa mañana después de semanas sin verse.

El señorito Pepe, ya sabían que venía de la cárcel y podía ser que anduviera como medio *sancio* de la cabeza, comentó en la cocina a las otras negras que le preguntaron por qué decía tal cosa con un gesto de hombros y labios.

—Me dio un apretón de manos, Juliana —dijo sonriente y agregó—: Que sí Venancia, que allá fuera usted no vio como hasta me dijo señor Casimiro y con *muy mucho* respeto, claro que sí.

—Pues sí, Casimiro, está *sancio* de la cabeza o es que se burló de ti, *so negro bruto* —dijo la negrita Dolores que con las manos a la cintura apareció en la puerta. Traía la olla de llevar el agua para el baño del recién llegado y camino del fogón donde borboteaba un caldero al fuego, terminó su burla—. El *cabecirrapáo* ese no vio que tú de señor no tienes *na*, ni un diente, *mijo*.

—Pues yo no..., *tabien*... —dijo el calesero recordando cuando le estrechó la mano que había sido muy en serio—. *Tabien*, Dolores, pero ese muchacho es un señorito fino y de los que mira a los ojos cuando saluda y te habla. Ya ustedes van a ver eso que es *muy mucho bueno*, ya se verá.

—*Muy mucho bueno*, no se dice, ah, ni tampoco señor Casimiro —dijo la negrita, sonriéndose con malicia—. Tú no vayas a creerte esa cosa de Señor, Casimiro, que vas a ir *pal cepo*, ¡negro *relambío*, tú...!

Y salió con el agua caliente para el baño, diciéndose: ¿Y tú, Dolores, si ya tienes que ir a avisarle de que su baño está listo? Y todavía tienes ese brinco en el estómago y la mano se te suda. ¿Cómo iba a decirle, eh? Señorito Pepe, ya puede ir a tomar su baño que ya lo tiene listo. ¿Así...? Bueno, ¿qué, no vas tenerle miedo a ese *cabecirrapáo*, eh...?, se dijo la negrita y notó que andaba con paso medido, contoneándose para nadie. ¿Y eso, tú...? *Ná*, Dolores, seguro que es *pa* no caerme, sí, claro, debe ser eso mismo. Y cuidó de dónde iba a pisar rumbo a la cochera, a la primera puerta del cuarto de las visitas donde siempre se hospedaban los huéspedes de su señor Sardá que venían a la finca a por negocios.

Las losas del suelo estaban medio resbaladizas y no paraban de caerse hojas de los arboles por el viento y las lloviznas frecuentes. Un sinsonte libre, desde el monte, entabló una clarinada lírica con otros sinsontes que respondían con

trinos entumecidos desde un jaulón pajarera. El canto de las aves daba deseos de cerrar los ojos y escuchar, respirar hondo, muy hondo la tarde tan perfumada que comenzaba a hacer ese octubre. Don José María, también tumbado en su cama, y sobre las piernas de su esposa, se dijo que era maravilloso estar en casa.

Bajó del ómnibus, un polvoriento skoda, que lo había traído desde Batabanó, y se encontró de cara a la avenida 26, justo enfrente de la entrada del zoológico de la ciudad. Es un luminoso mediodía habanero, se dijo y despabilándose, decidió que cruzaría la calle para subir a una ruta 27, otro ómnibus más para llegar a casa. Cargaba consigo un maletín de vinil con un par de bolsillos de zippers a cada lado. Algunos taxistas se le acercaron y él negó con la cabeza. A uno que insistió: Joven, lo llevo hasta la puerta de la casa y le sale bien barato, y él, sin interesarse le murmuró: Gracias, es que voy muy cerca. Había tenido un pesado viaje desde la otrora Isla de Pinos, debió madrugar y pagar diez pesos de sobreprecio a un revendedor por el boleto de kometa, esos lanchones rusos. Hidrodeslizadores que hacían el trayecto marino en apenas dos horas. Peor tuvo que ser el viaje de Pepe más de cien años atrás, pensó sacando del portaequipaje del ómnibus una caja de cartón mediana amarrada con un cordón de manila. Los chorizos de tía Cuca que me esperaba ayer, se dijo, me los encargó con tanto énfasis y que estuviera ya de regreso en La Habana: Mi sobrino que no puedo hablar ciertas cosas por teléfono. Ven que la cosa está que arde, Mandy. Entonces él corrió a recoger sus cosas que eran muy pocas, comprar en la carnicería de una bodega cualquiera el encargo de chorizos y un tubo de jamón Vicky. Que no vayas a olvidarte, Mandy. Pero él llevaba casi una semana sin dormir, así que amaneció y volvió a oscurecer sin que él se percatara de que hubo de transcurrir otro día. Por la madrugada sacó los embutidos del refrigerador de la habitación que alquilaba en el pequeño hotel La Cubana, frente al no menos chico parque de Las cotorras en el inicio de la calle principal de Nueva Gerona, y se fue a la terminal de embarque marítimo que allá todos nombraban El Ferry. La tía Cuca le recalcó: Te quiero aquí mañana, es urgente. Hoy te puse un telegrama de gravedad, la abuela se muere... ¿me comprendes, Mandy? Así que deja de bostezar y si no lo recibes en breve pásate por el correo que eso va a ayudarte a conseguir un pasaje en kometa. No vayas a venir en un Ferry de esos que tú mismo me dijiste que se demoran más de seis horas, eso es mucho, ¿entendiste? Pero aunque las oficinas de correo le quedaban a menos de una cuadra del hotel él se olvidó del telegrama. No le dio tiempo, ni quiso despedirse de Carmen, llevaba muchas horas sin dormir. Duermo un rato y ya después estoy entero, se dijo. Estuvo en la

---

casa de Carmen hasta el noticiero de la televisión y comprendió que la tía Cuca llevaba mucha razón en sus prisas. Cientos, miles de cubanos habían ingresado en la embajada diplomática del Perú. En Nueva Gerona, una pequeña ciudad con tardes tan tranquilas y apacibles, pudo presenciar desde el balcón comunitario de su hotel una marcha de vecinos apedreando y lanzando huevos e improprios a familias e individuos que anunciaron que abandonarían en breve la isla y el país. Huían desprotegidos, apestados, a refugiarse en casas y en el hospital al otro lado del parque de Las cotorras. De una bodega cercana trajeron unos cajones de madera con decenas de *files* de huevos para el bombardeo vecinal. Te juro Carmen que podría creerse que aquello era un juego de muchachos, una pelea de huevos copiada de un filme de *El gordo y el flaco*. Un derroche sí. Pero ya luego nadie lo confundiría más con un juego infantil, subieron los tonos y vituperaban a gritos: ¡Gusanos, maricones, escorias, váyanse con los yanquis...! Y empujaban, agredían... a los que se iban. Esos sobraban en esa nueva sociedad que construía el gobierno con el apoyo de obreros y campesinos y el heroico ejemplo solidario de la URSS que hizo la gran guerra patria.

—Llévate esto para tu viaje, sé que va a ayudarte —dijo Carmen apareciéndose en la terminal de El Ferry un momento antes de que Mandy entrará tras el chequeo de su boleto al salón de viajeros—. Presiento que no nos veremos en un buen tiempo, muchacho —le dijo con ese aire de gitana que adivina el porvenir sin cartas ni viendo en la palma de las manos.

—Pero Carmen, que yo no me voy de... —dijo Mandy, y se sorprendió a si mismo escucharse aquella disculpa que ella cortó relampagueante con una mano sobre sus labios.

—Claro, si no lo digo por eso... —dijo ella, sonriéndole—. Mira, aquí van mis apuntes sobre tu investigación y un croquis de cómo era entonces la casona de finca El Abra. Son mis secretos, así que no se los muestres a cualquiera, son solo para ti. Mejor los destruyes cuando hayas tecleado a máquina todo tu trabajo, ¿por favor?

Y Mandy cabeceó un sí, todavía turbado por su tan sorpresiva aparición.

—Claro que sí, Carmen... no te preocupes, confía en mí.

¿Cómo había adivinado Carmen que él se marcharía a La Habana sin siquiera avisarle? Ella, sin dudas que tenía poderes clarividentes. Era una mujer aún joven, cerca de la treintena, pero cuando hablaba con ella tenía el raro encanto de poseer una experiencia centenaria mayor que la de su abuela bayamesa. Que hubiera ido hasta allí a verlo fue sin dudas para Mandy otro más de sus encantadores misterios.

—Cuídate, muchachito... y no seas tan respondón que no son tiempos buenos. Recuerda lo que le ocurrió a Pepe por una simple carta y una obrita de teatro. Tú

---

no vayas a hacerte el mártir que en esta bendecida isla de Cuba siempre vuelven y vuelven los tiempos difíciles como en carrusel. Que tengas buen viaje...

Y Carmen, con sus grandes ojos brillantes de lágrimas contenidas, lo besó muy cerca de los labios. Tan cerca que le dieron deseos de quedarse en Nueva Gerona y seducirla. Pero no podía, era tarde ya. Se iba, y el seducido por todos los conocimientos y su ternura era él. Ella lo había enloquecido con todo lo que sabía o creía adivinar sobre José Martí. Ojalá hubiese tenido alguna profesora así en la facultad, pensó ya alicaído, no habría estado de trotamundos buscando un tema interesante para graduarse. Allá en la Isla llegó a sentirse como un extraño por infidencia, de no ser por Carmen que fue su Trinidad Valdés allá en finca El Abra bien poco hubiese podido averiguar. Sin ella, nada... solo cuentos que pasaron de boca en boca. Ni documentos ni huellas...

—Dámele un abrazo al viejo Raúl cuando vayas a verlo... ¿está bien? ¿Te dará tiempo...?

Mandy asintió. ¿Qué sería de todos aquellos borradores de cartas y manuscritos del joven Martí que estuvo dos meses y pico en Isla de Pinos? Para un caso extremo, él había dado el nombre de Carmen la de finca El Abra a Raúl, ese viejo cascarrabias, sobrino de José Martí.

Cuando cruzó la avenida 26 tuvo el presentimiento que debía haberse alquilado en un taxi. Vio con tristeza al rostro de uno de aquellos ciervos que en piedra daban la bienvenida al zoológico y recordó en la voz de Carmen: *Mi verso es un ciervo herido que busca en el monte amparo*. Se volvió al llegar a la acera y descansó de la caja de cartón poniéndola en el contén de la calle. Otra vez pensó que debía haberse alquilado en uno de aquellos chevrolts de los años cincuenta que ya salían a sus varios destinos en la ciudad. ¿Para qué o quién se ahorra sus pesos? El parqueo quedó vacío en breve tras la llegada de los últimos ómnibus skoda con el pasaje de ese primer viaje de la lancha kometa de la isla, ya no podía volver atrás. Ahora desde un banco en la parada vio el gesto presuroso del taxista que le había insistido hacía un rato, venía de vuelta y gesticulando molesto a sus pasajeros. Allá, calle arriba donde la cerca del zoológico coincide con las jaulas de los osos y los leones, se escuchó un clamoreo de cientos de voces, el retumbar cercano de una multitud que avanzaba al son de consignas y gritos de vivas y mueras.

—Esos vienen de la Plaza de la Revolución... —dijo con voz nerviosa un hombre del que no se había percatado de su presencia porque estaba sentado en un banco lateral al otro extremo de la parada del ómnibus, oculto adrede tras la columna. Mandy creyó que quizá hablaba solo, y que se adivinaba gran miedo en su voz.

---

Mandy se puso de pie y observó a la muchedumbre que venía justo por la entrada del zoológico. Era una masa de gente que se estrechaba y movía como un río elástico desbordando la avenida con sus calles de doble sentido que estaba desierta de autos, y las aceras, muchos avanzaban sobre el césped verde y los jardines.

—Será mejor que los saludemos con una mano en alto —volvió a decir el hombre que ahora salió de atrás de la columna y se le veía temblar más que lo que dejó percibir en su voz—. Los maletines pueden hacerlos pensar lo que no es... yo vengo de la Isla, pero a verme con el médico...

Mandy, sin apenas darse cuenta de cuando lo había hecho, tenía el libro de Lenin en una mano y a sus pies la caja de cartón con los embutidos cárnicos y el maletín con sus pertenencias. Tras un vuelco en el estómago, volvió a sentarse y abrir el libro en una página cualquiera. Ya estaban siendo observados por la avanzada, los que más arengaban con su entusiasmo descontrolado de euforia y agresividad eran mujeres y jóvenes en general. Mandy no pudo resistirse a la guardia de tantas miradas a la vez y un temblor que le subió por los pies en forma de calambre, de escalofrío, lo hizo poner en pie. Entonces advirtió que su compañero en la parada sudaba como para deshidratarse en media hora a pesar de estar a la sombra, y que el rostro se le contraía en una sonrisa frágil y dudosa como la de quien está a un instante de echarse a correr.

—¿Y ustedes a dónde van con esos maletines, eh? —dijo una mujer gorda, sudorosa, que tenía ansias de golpear, ofender—. ¿No estarán en camino para la embajada peruana?

La marcha, tan desorganizada en su discurrir como una estampida de búfalos, se detuvo curiosa ante ellos dos, los solitarios guarecidos en la parada de ómnibus. El sitio resultaba cómodo por el laurel que crecía tras la parada y sombreaba ese tramo de la avenida. Detrás los acorralaba una cerca de malla perle similar a la cerca del zoológico y el ruido centrífugo de una lavadora de autos.

—Yo regreso de la Isla, soy allá profesor en una secundaria al campo...

—¿En qué escuela? —dijo una mujer mulata que dio un paso adelante al lado de la gorda y parecía ser una de sus mandantes principales—. Yo tengo allá un sobrino en la 14 de junio.

Mandy se sintió palidecer, respiró hondo y respondió:

—No, yo trabajo de profesor de historia en la trece de octubre, la secundaria José María Sardá. —Mintió Mandy y como si no importara nada más en el mundo, mostró el libro del líder ruso—. Estoy de pase, soy recién graduado, y este año es mi primer curso.

Sus palabras firmes, junto a la imagen de Lenin en el libro que le regalara Carmen, obraron el milagro de un crucifijo de plata antivampiros. La mira de

---

los combativos marchantes se desplazó al otro hombre con maletín. Mandy, sin apenas respirar de alivio, creyó que su compañero de parada iba a derretirse allí como una vela de cera por lo mucho que transpiraba. Quería hablar, pero cómo, si seguro que se le atascó la nuez de Adán en la garganta, las venas del cuello le sobresalían visibles e inflamadas como prontas a explotar.

—Él viajó conmigo en el kometa de la Isla, está enfermo de la garganta, casi no puede hablar y vino a hacerse un chequeo médico.

La mirada del hombre asintió agradeciéndole. Mandy pensó ahora con temor que no lo recordaba ni de vista del viaje de la Isla a Batabanó y La Habana. ¿Y si lo interrogan y resulta que no viene de allá? Temió por un segundo. Pero la marcha se acomodaba, sus líderes temían perder el impulso, enfriarse, así que decidieron continuar. Los del final, al sol de la avenida, empujaron, se escucharon de nuevo los lemas a ritmo de conga de carnaval:

—¡Pim póm fuera..., abajo la gusanera...! ¡Pim póm fuera..., abajo la gusanera...! ¡Pim póm fuera..., abajo la gusanera...!

Y cuando Mandy imaginó que se tomarían un respiro contra aquel enemigo buscado y no encontrado en las calles el mitin multitudinario comenzó a corear:

—¡Qué se vayan...! ¡Qué se vayan...! ¡Qué se vayan...!

Era para creerse por un momento que los echaban fuera a ellos de la parada, de La Habana. Pero no, aquellos que se vayan tan apasionados y rencorosos los dirigían contra los fantasmas que querían abandonar el país. Querían encontrar desertores, contrarrevolucionarios, homosexuales, todo tipo de gente que soñara con abandonar Cuba. La conga organizada anhelaba víctimas, procuraba familias que ya se hubiesen declarado como próximos emigrantes en los barrios para ellos brindarles la calurosa y gratis despedida. Unos segundos largos y lentos como paquidermos transcurrieron por la avenida que volvió a quedar vacía. Los autos habían desaparecido, no transitaban cuando aparecía una marcha. De los balcones de los edificios de enfrente a la parada algunos vecinos se asomaron, para enseguida encerrarse nuevamente. Nadie creía entender esos sucesos en La Habana y en el país. Esas incesantes búsquedas de culpables para castigarlos con ejemplaridad delante de todos y todos jueces y verdugos. Y todos con miedo... *todos son milicianos*, creyó recordar en una carta de doña Leonor a su hijo Pepe hablándole de la marcialidad en La Habana de 1870 donde los Voluntarios se sobrepasaban en sus revistas militares y marchas patrióticas por la integridad nacional y la españolidad de la isla de Cuba.

Mandy pudo comprender, en algo, aquel momento de rara irrealidad cuando llegó el ómnibus de la ruta 27, casi vacío de pasajeros, y lo abordó de prisa. Quería llegar a la casa, darse un baño, dormir un par de horas al menos. Hasta el hambre se le borró de golpe. Desde arriba vio como el hombre

---

que lo acompañó en la parada no subió a la 27, ¿quizá esperaba otra ruta de las que por allí pasaban? Se animó a decirle adiós, y fue cuando se percató como del banco de granito y los pantalones del individuo se escurría un líquido amarillento, sin dudas un muy abundante orine que en el suelo hizo un charco. Sin embargo lo vio levantar la mano para despedirlo, lloraba, se le había desdibujado la sonrisa de pánico por otra de alivio y ridículo. Fue entonces que sintió que a él también, ¡Carajo me cuesta tragar, tengo la boca seca y sin saliva!, se dijo para sí mismo, seguro de haber vivido un momento absurdo, y ojalá que irrepetible.

Eran unas siete paradas hasta la suya en el Vedado, justo cuando atravesara la calle 12. Así que cuando se repuso de tan lamentable imagen, no pensó más en la humillación del hombre. Volvió a abrir el libro que le dio Carmen y descubrió los apuntes en su caligrafía que ella le había regalado para su trabajo investigativo sobre la estancia del joven José Martí como estrañado en Isla de Pinos. Las anotaciones aparecían en las páginas en blanco del tomo de las obras completas de Lenin, a veces pasaban un poco sobre el texto, pero todo muy legible en la tinta azul de un lapicero. Así estaba el dibujo, casi un plano de arquitecto, de la casona de finca El Abra. Releyó algunos apuntes preguntándose de nuevo por qué ella no escribiría un libro con todos aquellos importantísimos datos históricos. Se descubrió en cada semáforo o cruce de avenida levantando la vista a la redonda para ver si volvían a cruzarse con la muchedumbre. Apenas si subía algún pasajero o bajaba otro. ¿Aquella conga política que llamaban eufemísticamente marcha del pueblo combatiente dónde se había metido? Casi podía creer que, tras tantas conversaciones de historia nacional y lecturas recomendadas por Carmen, acabó por extrapolarse lo peor de una época a otra. Pero no, no estaba loco. Aquello por más que lo quisiera no había sido imaginado.

Tras el ventanillo vio aparecer el garaje de la esquina de 17 y calle 12, y caminó hasta la puerta trasera para bajarse en la próxima parada. Era un inicio de tarde muy raro aún, en los laureles de bolichos rojos que escoltaban las aceras de aquel trozo de su barrio no se escuchaban gorjear ni a los gorriones. Era, volvió a imaginarse una respuesta, como llegar de madrugada, un domingo, solo que bajo un fuerte sol.

Don José María Sardá había obtenido de manos del Capitán General el permiso para llevarlo a su finca y hacerse responsable por su conducta. Fuera de ese presuntuoso caserío de blancas paredes y techos bajos, rojizos. Casas separadas entre sí por solares yermos, calles rectas sin adoquinar y fangosas. ¿Ciudad...? Sí, ciudad liliputiense de isla olvidada, casi deshabitada, destinada a importar

---



vagabundos y confinados míseros como él. Solo la ilusión de encontrarse otra vez con Adelaida le sacudió la mala impresión de cuando ya sin su compañía se adentraron por otro río, más anchuroso y navegable en caudal, y la gran planicie con montañas a ambos lados con decenas y decenas de palmas canas, pinos por doquier, le dio un vuelco a su corazón. Las montañas se le antojaron grandes sepulcros de mármol, y no había arenales blancos en los playones de las orillas. Dónde estaban, padre Heredia, *las dulces costas de la patria mía. Qué inmenso silencio y calor sin brisas, qué grisuras...* Pensó que similar de lúgubre habían descrito los griegos la entrada al mundo de Hades en la barca de Caronte. No se veían cerca de las riberas sembradíos ni labriegos que hicieran sospechar prosperidad en la villa a la que se acercaban para desembarcarse. Pero Adelaida que, bajó en el muelle de un río llamado Santa Fe y cercano a la villa del mismo nombre y famosa por los baños de aguas medicinales, le habló con tantas risas de La Habana, lo hizo ver, soñar con el regreso a la patria. Esta Isla de Pinos no podía ser el fin, mas sí un rincón, un abandonado país quizá bueno para sanar heridas y con humildad de castigado soñar el mundo.

Casimiro Echevarría, el esclavo y calesero, había madrugado dos días seguidos para ir a esperar el barco. Estaba fatigado por las horas transcurridas en el puerto y del trayecto escabroso por un camino maltratado por las lluvias para traer a la finca a su señor Sardá con los equipajes, fue a la cocina a beber un poco de agua. Antes debió regresar sin respiro al Ayuntamiento en busca del huésped que se había quedado para darse alta en un libro de deportados.

—Doble viaje, Dolores —dijo empinándose el jarro muy sediento—. Sí, flaco y mal encabado, y cojea, sí, pero ya estuvo en presidio y eso hace hombre.

—Parece perro con sarna que apalearon... —respondió Dolores que aún se burlaba—. ¿No vendrá enfermo de cólera, eh? ¿No lo viste si escupía mucho...? Acabo de avisarle de que ya tenía preparado el baño y lo sentí renguear en el cuarto, y darme las gracias casi sin voz.

Casimiro apretó la boca haciendo memoria de un rato atrás y se acercó a la mesa con lentitud, como si fuera a acariciarla por última vez:

—No, no escupió nunca ni tosió con sangre —dijo con voz segura, y convencido de sus palabras—. Es un señorito muy educado, Dolores. Cuando comienza a hablar hay que oírle lo bien que lo hace, no es un lengüisuelto como tú, negrita. Y lo pregunta todo, por el camino me hizo hablar mucho y decirle para saber de aquí. Hasta ya les dije que me estrechó la mano cuando don Sardá dijo que nos conociéramos y él me dijo su nombre mirándome a la cara. Es un señorito de *muy mucho* respeto, que se ve. Gente bien y muy fino como no abundan... Así que tú mira a ver cómo te comportas delante de él, ¡negrita *malcriá*...!

---

Y Dolores asintió, asintió socarrona y contoneándose delante del calesero que terminaba con prisa de beber su agua. Acomodó su túnico, movió caderas y fingió una reverencia de dama de alta sociedad.

—Señor Casimiro..., ¡si yo soy una princesa, mi negro! El señorito ese va a tener que darse *de cuenta*, ¿eh? Ciego ya vi que no está..., un poquito *muy mucho*, como tú dices, *estropeao* sí que se ve, vaya...

—Pero tú no te hagas ilusiones con él, negrita *engreía*.

—¿Yo...? —dijo Dolores y torció altanera la boca de gruesos labios—. Tú, ¿qué crees? ¿Eh, Casimiro...? Yo no soy la beneficencia, negro.

El calesero poniéndose solemne le dijo:

—Bueno, negrita *relambía* yo te dije ya que no quiero ser *na má* que un amigo, tú sabes eso.

Y ella en desplante, las manos en jarra por la cintura:

—¡Ay, Casimiro, mi negro, pues tú siéntate *pa* que no te canses más por gusto!

Las cocineras, que reían cómplices por la porfía, de repente se quedaron mudas y serias.

—Dolores, ahora mismo te vas a preparar un baño al huésped. Pues, ¡a lo suyo todos!

Y salió como una exhalación por la puerta que había entrado.

—¡Ay, doña Trina parece una blanca cuando manda...! —dijo Dolores con fastidio—. ¿Qué...? ¿Por qué ustedes me ponen esa cara, eh?

—¡Porque aquí la más blanca sí soy yo, Dolores! —dijo Trinidad que de regreso alcanzó a escucharla y plantándose en la puerta la desafió. Dolores abrió los ojos como si acabara de ver a un difunto resucitado y comenzó a temblar de tal manera sin siquiera poder disculparse. Trinidad Valdés sintió mucha lástima y repitió la orden—. Controla ya esos nervios y ahora mismo te me vas a prepararle el baño al señorito. ¡Vamos...!

—Sí, sí... —dijo Dolores saliendo de la cocina como quien no sabe dónde va a meterse y retornó en un momento con medio cuerpo para adentro de la cocina para decirle a su ama—: Discúlpeme, discúlpeme usted, doña Trina que..., ¡qué es que tengo una lengua...!

—Sí, qué lengua —dijo doña Trinidad conteniéndose la risa y pasando cuentas en el rosario que solía traer en la mano izquierda—. Y recuerda que tu señora lo quiere saber todo, negrita... Todo, todo lo que averigües de ese muchacho.

—Ya voy a avisarle que está el agua caliente y que tiene listo el baño... Pero doña Trina si ya hace un rato que le avisé, yo creo que ya está bañándose, sí. ¡Qué cabeza la mía, eh!

—¡Ay, Dolores, cuándo vas a sentar cabeza...! —dijo la dueña de la finca y regresó a la casona donde sus hijos.

Los demás volvieron a sus labores, agradecidos de la bondad de su señora Trinidad Valdés y Amador. Tan poco intensos fueron los miedos de doña Trinidad por el joven infidente que se evaporaron sin que ella misma supiera el momento y motivo exacto. ¿Quizás porque ella era también criolla? ¿Qué le atrajo de aquel muchacho apacible y andar enfermo? ¿Sintió lástima de él, se impuso el deseo maternal de protegerlo, de curarle las heridas que el grillete abrió en su tobillo, el verdugón del látigo en su espalda...? O más que todo fue la tristeza de sus grandes ojos que la hicieron a ella pensar en que el muchacho tenía *unos ojos de ternero extraviado*. ¿Unos ojos donde se anunciaban los sentimientos más nobles y humanos?

Don Mariano lo reprendía con un periódico *La voz de Cuba* del que leía frases reprobatorias. Un editorial de primera página donde el periodista tronaba contra los maestros que habían sembrado y aún sembraban la mala semilla. *¡Ellos, desde don Pepe —el ya fallecido José de la Luz y Caballero— habían traído al país al abismo!*

—Tú eres *un* mala semilla, Pepe —le gritaba don Mariano, enfurecido—. Tú, y ese maestro tuyo Mendive que ya han prendido por infidente. Mal hice yo en hacerle caso de que debíamos darte estudios. En una bodega como yo quería estarías mejor. Ahora no serías *un* mala semilla como dice aquí, hijo mío. No me extrañaría para nada que te fueras al monte con esos independentistas de Oriente. Esa obrita tuya de teatro lo dice claro. Eres *un* mala semilla que no honra la sangre que te corre por las venas, ¡sangre española!

—¡Pero yo nací aquí, padre...!

—¡Eso, *un* mala semilla que ya no respeta mi uniforme! *Un* mala semilla, aquí está bien dicho —dijo Mariano blandiendo con impotencia el periódico mientras sufría un acceso de tos, enrojecido.

Y de repente el padre vestía la ropa del ejército, no su uniforme de celador. ¡Pero si ya había sido licenciado por su mala salud en los pulmones! Ahora ya no era más que un anodino celador de barrio al que en su amargura y desasosiegos no se le posaban ni las moscas.

—Soy un oficial español y tú, Pepe, eres *un* mala semilla. Un infidente mala semilla...

Otro sobresalto en la cama, abría los ojos y se desvelaba. Ya no podía quedarse dormido. Amanecería con los cuencos de los ojos adoloridos. Los sudores y ronquidos de los otros presidiarios lo hacían suponer en la oscuridad, tras la mueca de espanto que de nuevo soñaba o más bien recordaba el pasado reciente atascado en una pesadilla. Había tenido ya ese sueño un par de veces antes.

Pero ahora la pesadilla comenzaba justo cuando se tocara el grillete, lento y sin abrir los ojos. Los ojos que duelen de sueño y de cal viva arden mientras espera en otro sobresalto que se grite el: ¡de pie...!, con un palo que tabletea contra los barrotes de la cárcel. Pero es otra pesadilla de la que emerge atribulado, sin oxígeno, y abre los ojos con ligero escozor por fin en ese cobertizo de El Abra, esa habitación con ventana amplísima de largos barrotes donde el aire huele tan intenso a yagrumas.

### Apunte de Carmen: abril de 1980

Tocó el timbre varias veces y no se abrió la puerta del apartamento de su tía Cuca. Escuchó allá dentro el timbrar metálico en la cocina una y otra vez. En el piso de arriba una puerta se entreabrió, seguro que la de Norma, la presidenta del comité de vecinos. Mientras buscaba su llave del apartamento en un bolsillo del maletín, miró por las ventanas que daban a la calle 12, al garaje en la esquina 17. Había esa rara soledad que presintió cuando llegó en la ruta 27, una calma sospechosa en todo aquello, ni obreros ni autos. Se encontró por fin la llave y cuando ya abría la puerta, un frenazo en el garaje lo hizo mirar justo en frente a las máquinas de bombear gasolina. Una familia con niños intentaba abordar un Plymouth negro de 1949 entre tanto una bandada de voraces hombres y mujeres aparecidos de no se sabe dónde los empujaban y ofendían con gritos, palmoteando con furia en el techo del auto: ¡Gusanos... gusanos...! Cuando el auto pudo salir, Mandy observó en los ojos de los que escapaban aquel pánico que tuvo el hombre que se orinó hacía solo un rato en la parada del zoológico. Y en los ojos de los agresores también un brillo que relumbraba a intervalos cuando hacían daño, luego quedaban opacos. Se reorganizaban con consignas y de repente desaparecían, agazapados en medio de tan tramposa tranquilidad. ¿Sería una rara enfermedad que atacaba a colectivos de individuos, una variedad de rabia que se inoculara por patriotismo extremo a los nacidos en ínsulas? ¿Qué si no fue eso lo que volvió perros rabiosos a los Voluntarios de España en el siglo XIX? ¿Alguna explicación científica habría de tener aquellos desmanes y atropellos de unos contra otros?

Cuando entró y prendió la luz de la sala se encontró un apartamento en el que todo parecía ser normal. Pero todo era simulado, se dijo. Sobre la mesa del comedor un periódico *Granma* del día anterior que Mandy hojeó de prisa sin que apareciera una sola noticia de lo que ocurría a lo largo de todo el país. ¿Dónde estaba la tía Cuca? ¿Dónde sus primas, el tío Alfredo y la abuela María? Se

---

encontró con la respuesta en la puerta del refrigerador, un mensaje pegado con un imán de forma de piña:

*Te esperamos Mandy y no llegaste a tiempo. Tu tío Felipe vino en un yate a buscarnos por el puerto del Mariel. Solo tiene veinticuatro horas de permiso. Si no ves a tiempo este aviso, debes saber hijo mío que el apartamento es tuyo. Espera llamada nuestra, te queremos. Dios te bendiga querido Mandy. Estate atento al teléfono...*

De golpe, todo ese sitio le pareció inmenso y ajeno sin su familia. Mucho más que aquel día de su infancia en que murieron los padres y fue traído a vivir ahí con los tíos y la abuela María ya viuda, casi sus únicos parientes en Cuba. Tenía entonces casi once años y vivía allí por más de doce años. En su carnet de identidad tenía esa dirección y su nombre en la libreta de productos alimenticios normados de la bodega. Sí, nadie podría dudar de sus derechos a heredar y vivir en el apartamento, solo que para ser su dueño legítimo debería comenzar a pagarlo desde el inicio como si le hubiese sido otorgado por el Estado y no por su familia escapista. En buen rollo me han metido, pensó Mandy, mientras imaginó ya las filas en oficinas del ministerio de Vivienda y los abogados que debería consultar para adjudicarse la propiedad del apartamento y legalizar su estatus.

¡Olivia...!, se dijo con las manos en la cabeza y corrió al teléfono. Marcó el número de la prima Olivia. ¿Cómo se había olvidado de ella...? Por Olivia tendría noticias de Teresa... Al otro lado de la línea cuando preguntó por Olivia y rectificó el número con el que había comunicado, una voz desconocida y poco atenta le informó que:

—Esa gusana invertida abandonó el país, ¿quién me habla, eh?

Y como quedó en silencio sin saber qué ripostar, escuchó:

—Ahora aquí en esta casa vive una familia de obreros revolucionarios, así que no vuelva a llamar preguntando por Olivia, ¿me oyó bien...?

Marcó entonces el número de Olga, la vecina de Teresa, su antigua novia, y nadie respondió. Temía que le dijeran que también había abandonado el país. Fue a las persianas Miami de la puerta del balcón y miró afuera, comenzaba ya a atardecer. Buscó manchas amarillas en los cristales que pudieron dejar la explosión de algunos huevos, pero no encontró ninguna. Tal vez no se habían dado cuenta aún que su familia ya faltaba en el barrio. ¿Pero y Norma aún no lo sabía? Se sintió como un naufrago en medio de la ciudad. No recordó el teléfono de otros amigos, desde que andaba viajando regularmente a la Isla se había alejado de su grupo en la universidad. Era lo normal, todos ya graduados y él, aplazado de graduación. Ningún vecino tocó a la puerta para averiguar ni darle recado alguno. Quedó horas mirando al teléfono, esperando una llamada salvadora. Sospechó que la familia había salido para el puerto del Mariel en la madrugada

---

o a media noche para no llamar la atención, ¿pero y la guardia del CDR? Luego sabría que no. Que el escape fue a plena luz del día, en una ambulancia como si llevaran a la abuela María al hospital y previo acuerdo con el ambulanciero y su familia de llevarlos también en el yate del tío Felipe.

Volvió a asomarse a la calle y ya había oscurecido. Nadie lo llamó, tenía los ojos cansados por haber madrugado, pero ni bostezaba. El estómago le avisó con un retortijón de las muchas horas sin comer. El último bocado fue un pan con jamón y queso junto a un vaso de yogurt en alta mar, en el kometa ruso. Luego un jugo natural de toronjas y ya. Se le olvidó hasta comer con las novedades. Fue al refrigerador y se sirvió un vaso de una leche fría, esta que ya no necesitaba más la abuela María por su dieta médica. El tío Felipe habría venido con las despensas del yate bien abastecidas para malcriar a todos, pensó. ¿Cómo es de previsora y desconfiada tía Cuca que me pidió traerle chorizos y un tubo de jamón...? Pero..., salió de la cocina y vio en un rincón de la sala, cerca de la puerta la caja de cartón con el encargo de chorizos y el jamón Vicky para la tía Cuca. ¿Los quiso para la travesía en el mar hacia La Florida? ¿O los pidió como antes para comerlos en casa? Bueno, se dijo Mandy, ahora me servirán a mí y comenzó a abrir la caja para guardar los chorizos en el refrigerador. A un chorizo que no estaba enristrado le dio un mordisco, y otro más sin antes quitarle ni el forro. Lo encontró muy bueno. No hay ni pan viejo en esta casa, eh, Mandy. Y se comió todo un chorizo. No lograba pensar más que en finca El Abra. ¿Serían tan buenos los chorizos del Cafetín Madrid de don Eulogio, allá en aquella aldea pobretona que fue Nueva Gerona en 1870? No podía saberlo sin una máquina del tiempo, así que mordió otro más y lo comió completo. ¿La tía Cuca se habría imaginado también esto, que él se quedaría en Cuba solo como un naufrago...? Cómo iba a saber eso, y la emprendió a mordiscos con otro chorizo, pero esta vez sí le quitó el forro de *nylon* no fuera a empacharlo. ¿Ya no estaba más la abuela María para sobarle con rezos y cruces con dos dedos sobre el estómago? La imaginó en alta mar, en un camarote de ese yate en que vino a recogerlos el tío Felipe. La octogenaria abuela María que ya no sabría ni para dónde se la llevaban a ella, la hija de un capitán mambí. A morirse fuera de Cuba, allá en La Florida, como una deportada en Tampa... y unos lagrimones se le escurrieron por la cara a Mandy, mientras un repentino hipo le recordaba que no podría seguir comiendo solo chorizos y jamón Vicky. Bebió varios vasos de agua, una acidez del carajo le subió del alma y de la barriga, pensó con amargura, mientras tragaba el agua. ¡Ay! Mandy... ¿será que tu destino es este de andar quedándote huérfano cada una docena de años?

---

Al tercer día de estar en El Abra el señorito Pepe se dispuso bien temprano para ir a la villa a su primer pase de lista frente al Ayuntamiento. Hoy domingo 16 de octubre..., se dijo como si algo extraordinario fuera a sucederle. Al salir de su cuarto y mientras cerraba la alta puerta de dos hojas un trino de bijiritas del pinar lo hizo levantar la vista. A un costado de su puerta colgaba una pequeña jaula hecha de güines y palitos de cocotero con una pareja de bijiritas. Allí permaneció mirándolas por un momento, observando el parche negro y luego el collar amarillo que le bajaba desde la máscara negra de los ojos al pecho del macho y que en la hembra era como de un tenue marrón, más bien castaño y amarillo; y se imaginó que era otra de las sorpresas que le regalaban para hacer todavía más agradable su estancia. Doña Trinidad había desistido de ir a misa ese domingo por los continuos aguaceros que desde la madrugada se sucedían. Amaneció y un sol opaco parecía vaticinar que el invierno de ese año vendría temprano y muy húmedo. El más pequeño de sus hijos, Domingo, que no cumplía aún el año pasó la noche con mucha tos. Recién se había quedado dormido, así que doña Trinidad desayunó entre bostezos. Pepe mandó a Dolores a decirle de su tan necesario viaje al Ayuntamiento, pero que antes deseaba leerle una carta que enviaría a La Habana.

—Pepe, mi José María está para la villa desde el amanecer. Sí, fue solo —dijo doña Trinidad llegando al portalón y prosiguió luego de esquivar un bostezo—. Me encargó te dijera que él podía justificarte en el cuartel por esta vez si no te animabas a ir por la lluvia o tus males.

—Debo ir yo mismo doña Trina, en la comandancia me lo advirtieron bien claro que al pase de lista se va a como dé lugar. Gracias, pero hoy me he levantado de muy buen ánimo. La llamé porque quiero que usted escuche mi carta, se lo ruego, es solo un momento.

Doña Trinidad accedió convencida por el torrente de razones y sentándose en su balancín de siempre le hizo un gesto de que ya podía comenzar. Pero rápido lo interrumpió con otro para decirle algo ella:

—No estás obligado a compartirnos tus intimidades, Pepe —dijo doña Trinidad haciendo todo por mostrarle su confianza—. No tenemos por qué saber exactamente qué escribes... Tú, espero que sepas considerarnos.

—Se lo agradezco, pero yo insisto doña Trina.

Ella se encogió de hombros y repitió el gesto de antes. Entonces el trino de los tomeguines del pinar llegó desde la cochera que desafiaban a los de la pajarrera. Sonrió por un instante y la hizo recordar:

—Viste la jaula con los senserenicos, ¿te gustan, no? Fue Casimiro quien me contó que adoras a los senserenicos. Yo, para despertar, necesito que su trino entre por las ventanas. Sin ellos no me hubiera adaptado a vivir en esta isla...,

---

son como mi amuleto de la buena suerte contra las tristezas, desde que vivía con las monjas en La Habana, allí también tenían para alegrarnos con su canto que es tan melodioso y continuo. Un primor...

El canto hermoso de los tomeguines del pinar hacía parpadear a los tímidos y tibios rayos de sol de esa mañana nubosa, contener suspiros y guardar silencio a los habitantes de la casa. Desentumecía el alma y el cuerpo tal controversia lírica. Él respiró hondo y desplegó la carta a la que ya comenzaba a darle lectura:

*El Abra, Isla de Pinos  
16 de octubre de 1870*

*Madre mía:*

*Hoy cae un chaparrón tras otro en esta isla de la que parecen enamorarse los ciclones. De llegar nos vimos demorados por muchos días por uno de estos temporales, primero en el pueblo de Bejucal y luego en la playa de Batabanó. En Batabanó a muchos encontré que se recuerdan bien de papá. Ya no traía los grillos, mas igual los sentía en mi tobillo y cintura el zanjón de la herida. También el peso arrastraba aún, pero no comenté a nadie que yo era el hijo del antiguo celador valenciano. Callé, a nadie dije que iba deportado político. ¿Vergüenza u orgullo? Son solo míos, no de los de mi sangre. Ya sé, discúlpeme U. que mis pesares también son suyos. ¿Qué no diera su hijo de este mundo por abrazarles cada noche?*

*Y hoy a solo tres días de mi llegada vuelve el cielo gris, un cielo empedrado de gris, y una calma que no hacía esperar por nada bueno. Después el viento quiso arrancar de raíz los árboles, las montañas que custodian la finca donde, usted duerma tranquila, soy tratado como un hijo. De ello agradezco sin que tenga yo jamás palabras para ese fin. Me consienten tanto, madre mía, que en usted pienso en cada mimo y cuidado de doña Trinidad por curar mis males. Y mejoro de mis ojos y algo lento del tobillo por el mucho reposo y el cariño que se me dispensa. Mejoro tanto que me avergüenzo cuando recuerdo a mis compañeros de la cantera. El alivio me produce remordimientos por ellos. Confíe en que no hay mejor hospital que este donde estoy ni mejor paz para mi consuelo. Agradezco sus gestiones y súplicas que sé que no descansa por mí y le pido que no se aflija más. Acaso no fue ascenso al cielo lo de Lolita que se nos hizo ángel nuestra niña como ya antes fue Pilar. Hay niñas que suben al cielo, confórmese y no dude jamás de eso. No todas las mujeres son benditas de vientre para traer al mundo a pequeños ángeles. Si les lleva flores, una flor pequeña que sea mía con un beso. Yo que me dolía en carta del 28 de agosto último y al dorso de mi retrato en que poso rapado y con grillete al pie*



*le decía en versos: Mírame Madre, y por tu amor no llores... ¡Qué vanidoso me sentí Madre cuando supe que al día siguiente se moría nuestra niña! ¿Cómo iba yo a saber...? Y la cal me ardió entonces en la raíz del pecho y casi muero yo que me sentí egoísta. Dios me hizo caer de rodillas ante el dolor de U. y mi padre, y quise morir si en ello no les agravaba más su pesar. Perdón, Madre mía, temblor y roca, oscuridad soy. ¿Cómo iba yo a saber que en esas horas de mi lamento una luz más santa expiraba en los ojos de U. y mi padre?*

*Y de la Chata que es tan rebelde y está enamorada, siento no estar para conciliarle a papá y U. con ella como hermano mayor, pero sé lo hará el tiempo. Vea Madre cuánto dolor nos trae el amor cuando amamos sin reservarnos. ¿Cuánta desgarradura nos hace caer el alma al suelo? Descanse, se lo ruego yo, su Pepe, que solo tengo la certidumbre de no poder pagarle en vida todo cuanto le adeudo y me reprocha U. en su amor de acero. Sepa que no me hiere mucho más que lo que U. misma se hiere cuando se duele de mí y mi suerte. Las palabras no bastan para expresarle mi amor. Descanse un día, y yo seré feliz sabiéndola sonreír con las niñas y mi padre, echándome en falta a la hora de la comida y al atardecer.*

*Llueve, y llueve mucho aquí en Isla de Pinos. El viento tan aullador como un lobo sin manada me confunde la cabeza que no desea mejor cosa, madre mía, que posarse en su regazo. Mañana debo ir a reportarme por vez primera en el cuartel, me ha dicho el guardia de esta comandancia que no falte al pase de lista a las nueve de la mañana en este ayuntamiento así caigan truenos de punta. La villa de Nueva Gerona es pequeña y con muy pocas casas en las manzanas que tienen muchos solares yermos como patios. Las calles largas son cuatro, atravesadas por otras siete menos largas, pero bien trazadas que bajan casi al río que es muy navegable. El embarcadero de Las Casas, así le llaman, es pobre igual que un alma con inmensas penas. No hay tantos comercios, pero las columnas de las casas con portales que tampoco abundan hacen que piense muy ansioso en las calles de La Habana.*

*Creo que voy a mejorar pronto de mis llagas por los cuidados y hierbas con que me curan doña Trinidad la esposa de D. Sardá y las negras que son muy buenas conmigo y complacen como a un crío. Hay una muy joven que se llama Dolores que viene a ser como mi enfermera y tiene manos santas para los remedios que D. Trinidad manda a ponerme en las llagas. ¿Cómo no ponerme bueno si parece que U. anda como un espíritu siempre a mi lado?*

*Demora la cal en salirse de mis ojos y por eso trato de leer poco y le escribo menos, pero nunca he sido más de U. que ahora. ¿Y mi padre aún calla el dolor de su hijo mayor? ¿Cuántos golpes a la entrada de su ancianidad? Siempre que recuerdo cuando fue a ponerme las almohadillas que U. mandó para aliviarme el roce del grillo me sumerjo en un infierno y lo siento de rodillas, abrazado a mi*

*pierna, roto en llanto y sollozos. ¡Qué día tan amargo aquel que yo procuraba esconderle las grietas de mi cuerpo, las zanjas purulentas de sangre y fango! Ese día amarguísimo pude odiar, pero me salvó el amor de mi padre. Yo suelo olvidar mi mal y no acordarme de mi daño si ayudo a curar el mal de los demás. Pida a la Chata por mí que le tenga paciencia y comprenda lo duro que es ser padre.*

*Y U. no se hiera madre diciéndose que no les quiero y escribo poco. Le prometo que lo haré más y me disculpará mi achacosa caligrafía que da tumbos, desequilibrada por el ardor y las sombras de mis ojos, mas va con mucho fuego y corazón.*

*Le insisto en que descanse U. y no se hiera en su amor infinito. Y menos ahora que tanto llueve y el olor de la tierra húmeda y las yagrumas me hace quererla más que siempre.*

*Su hijo, Pepe.*

Un momento después de concluida la lectura doña Trinidad asentía medio maravillada y mitad somnolienta por la cascada de palabras que el joven leyó de prisa, pero con una voz segura, que ella escuchó como arrullada.

—Pepe, ¿tú podrías darle algunas clases a mis hijos? —dijo doña Trinidad yladeó la cabeza a manera de súplica y sorpresa por lo que se escuchaba decir sin apenas pensárselo un par de veces—. Bueno, yo creo que sería estupendo que cuando te recuperes y descanses, por supuesto, instruyas un poco a los niños de lo que sabes en Gramática Española, Teatro y Literatura del mundo. ¿Te gustaría?

Y el joven asintió, aunque la tarde anterior escuchó sobre los preparativos que se hacían en la casa para la visita de una profesora nombrada Nora. La doña había dispuesto limpiar toda la casa y dejar muy pulcro el segundo cuerpo de la casona en que estaba la cochera y el cuarto donde él dormía, y por esa orilla el cuarto de planchar la ropa y a continuación, al final, el cuarto de estudio de los niños que era el utilizado para las clases.

—¿Y la maestra Nora de la que hablaron ayer?

—Catalina, Rosa y Regino están tomando lecciones de idioma inglés con la profesora Nora, ella es la esposa de don Leopoldo Simoni y Zayas Bazán; son camagüeyanos, pero ellos vivieron muchos años en Nueva York hasta que a él se le ocurrió venir a la guerra con una expedición de armas que le costó un potosí. El barco fue hundido en alta mar por una cañonera, y casi se ahoga. Él fue apresado y deportado, y ella lo siguió hasta aquí hace ya casi un año, mi esposo los conoció en la villa un día que fuimos a misa. El padre Miguel Polo fue quien hizo las presentaciones. Y como mi José María es un maravillado del desarrollo

y progreso de esa bendita nación primero los invitó a que nos hicieran la visita un domingo, a un almuerzo, y así hablar de ese país. ¡Te advierto que ambos están muy arrepentidos!, que ya no ven posible ni cercana una independencia de España. Ellos están moviendo cielo y tierra con sus influencias y el capital que les quedó para regresarse a Nueva York. Y nada, ¿por dónde iba yo?, ah, sí, que mi José María acabó por contratar a Nora para que preparara a los niños en esa lengua. Ah, tú sabes también algo de inglés, todos dicen que va a ser muy importante hablar inglés. José María me dijo que eras un estudiante de calificaciones sobresalientes y que eres algo poeta, ¿verdad? Esta carta que has leído me confirma todo eso... ¿Y ese retrato...?

—Ah, es un retrato mío, de antes de ir al presidio —dijo él y se lo alcanzó explicándole—. Me lo tomaron el año pasado, vea que diferente yo era entonces.

Ella lo miró en la foto y luego a la cara. Suspiró, y le dijo de prisa regresándole la fotografía:

—Pronto vas a estar igual de buen mozo, ya lo verás. Ah, y qué hermosa caligrafía veo que tienes. Podrías ser escribano de documentos oficiales, tienes un muy buen don para asuntos de letras.

—Mi madre, y toda la familia espera que pueda recibirme en derecho, algún día... —dijo como quien habla de un asunto lejano y poco probable. Luego dio vuelta a la fotografía y comentó:

—La he dedicado para Adelaida, una señorita encantadora que vino en el barco y que también estuvo varios días en Batabanó en la casa de huéspedes mientras mejoraba el tiempo. Ella hizo con su conversación que todos esos días parecieran uno solo y muy corto, muy corto día. Por las tardes, siempre por las tardes se me escapaban las fuerzas, hice algunas fiebres no muy altas, pero me fatigaba mucho cuando iba languideciendo el día. Allá me vio un doctor, pero sigo en las mismas. Por las mañanas soy alguien diferente, reboso de buen ánimo a pesar de este tobillo que apenas si me permite andar. Una tarde allá en Batabanó temblé tanto por la fiebre que ella fue quien me aplicó compresas, y la frente me ardía mucho. Le escribí esto:

*Srta Adelaida:*

*Cuando se pierde de vista la patria, es muy dulce hallar quien con su amabilidad, se empeñe en recordarla.*

*Reciba Ud, pues, con mi retrato, la expresión de mi reconocimiento.*

*B.S.P.*

*José Martí*

*Nueva Gerona, 16 de octubre de 1870.*

—¿Quisieras verla otra vez? —dijo doña Trinidad, emocionada porque el muchacho le pareció enamorado—. Y ella, Adelaida, ¿dónde se hospeda?

—No lo sé muy bien —dijo él, apenado—. Bajó en el embarcadero del río Santa Fe. Creo que iba a esa villa, a la casa de la familia del señor Juan Gómez. ¿Lo conoce usted a este señor Juan Gómez? Es un hacendado muy rico que ha hecho fortuna desde el comienzo de la guerra. Adelaida me contó que es un primo lejano de su abuela materna, muy bruto, pero con muchas tierras y ganado. Arrendó una parte de esas tierras a campesinos isleños para vegas de tabaco. Y que también abastece de carnes saladas a las tropas...

—No, me parece que no, que jamás le escuché a José María hablar de ese tal Juan Gómez. Seguro que hace sus negocios por allá, por aquel otro embarcadero. Pero no estaría bien que vayas a Santa Fe sin avisarle con antelación a esa señorita —dijo Trinidad y ladeó con suavidad la cabeza, a manera de súplica—. Primero debes recuperarte y luego mandarle aviso a esta señorita. Averiguaremos si puede recibirte en esa casa donde la acogen o si está en un hotel. Santa Fe tiene muchos hoteles por la cantidad de enfermos que viene a curarse en sus baños de aguas milagrosas. Y mira, cómo está el tiempo yo creo que esto puede ser otro temporal. ¡No te digo! Qué fastidio, ya comenzó a llover otra vez.

Él asintió a doña Trinidad con timidez. La lluvia insistente, los días nublados aumentaban su pesar. Había escrito a su madre una carta y pensado luego en otra. Los ojos seguían enrojecidos y veía aún mal en los libros, a ratos tenía la vista tan nublada como ese día de lluvia.

Recordaba a su familia y se decía que doña Leonor llevaba mucha razón que su padre envejecía y cada día tanto más hacía él falta a su familia. Si recibía el indulto para ir a Madrid debía estudiar, hacerse abogado, uno bueno, un abogado exitoso para sacar a los suyos de la pobreza. Sí, solo si él triunfaba las hermanas harían buenos matrimonios. ¿Cuba ya sería más que una isla, Cuba habría de ser un país soberano...? Una joven república...

—¿Qué...? ¿Cómo dice doña Trina, qué...? —balbuceó a trompicones y de regreso de sus muchas ensoñaciones—. Sí, gracias, estoy muy bien. Es que pensaba en tantas cosas a la vez que me distraje. Discúlpeme, se lo ruego. Dijo algo sobre el tiempo, la lluvia, ¿no?

—Que ya escampó, Pepe —dijo Trinidad y le aconsejó—. No vayas a mojarte en vano. Ve que tienes que estar en el Ayuntamiento a las nueve y regresa pronto para tus cuidados. Parece que el tiempo va a levantar. Falta que hace para que todo comience a orear.

Ya estaban de pie frente a los sillones cuando se les acercó Dolores y anunció:

—Señora Trina, me manda a decirle Casimiro que ya está listo para ir a la villa. Y que el señorito debe aprovechar el levantón de las nubes para salir porque el camino se pone por los aguaceros muy malo.

---

—Gracias Dolores —dijeron él y doña Trinidad casi a un mismo tiempo y sonrieron.

Dolores iba de vuelta medio ensimismada cuando recordó otro asunto:

—Ah, señora, casi se me olvidaba decirle que el niño Domingo ya despertó. Está con Juliana que le cambia de paños.

—¿Y mis otros hijos aún duermen...?

—No, que va señora, si ya están por la cocina en busca del desayuno. Las niñas muy peinadas, que dan gusto. Y Juanito y José Regino preguntando por el señorito para invitarlo a ir a cazar codornices o bijiritas. No se ponen de acuerdo entre ellos, como siempre.

Doña Trinidad se sonrió levantando los hombros al huésped y salió decidida para ir con su hijito. Pero luego de un par de pasos se detuvo y dio la vuelta para decir una última cosa:

—No dejes de pensar en mi propuesta, Pepe, a mis hijos les encantará tenerte de maestro y lo necesitan. La señorita Blanca Pantoja no es de muchas luces, viene a mucho dar un par de veces por semana. Los martes y jueves son de Nora que les imparte inglés. Y ya ves tú, Pepe, desde que estás aquí que ambas han faltado, pienso que sea por estas aguas y Blanca ha estado muy enferma, ¡achaque de solterona!, digo yo, y los niños se atrasan en las materias —dijo y otra vez se volvió al joven—. Ah, y Pepe, también quiero que enseñes a Dolores a leer y escribir. La señorita Pantoja siempre la ha esquivado. Y esta muchacha que ahí ves quiere recibir lecciones que la saquen de ser una negrita burra.

—Pues bien... —dijo Pepe como en un suspiro y de repente sintió una especie de aguijón bajo la lengua—. ¡El saber es siempre todo! Solo el que sabe es libre; la verdadera libertad está en el saber...

Una luz relampagueó a lo lejos, sorda y tras el abra de la sierra que como ventana de par en par nacía por encima de la casona de la finca, e hizo a todos sobrecogerse de pronto. Y enmudeció el joven estrañado, preocupado otra vez del clima quiso avistar un pedazo de cielo.

La muchacha quedó en medio de la puerta y no sabía qué decir o hacer, las manos juntas, sobándose, con los ojos muy abiertos. Doña Trinidad le preguntó en retirada y sin escuchar respuesta de la negrita que solo atinó a asentir un par de veces y desarrugarse el delantal con las manos ya separadas y apretar la boca conteniendo la alegría:

—¿Complacida, Dolores...? —y agregó un cumplido suyo para Pepe—. Tú señora madre ha de estar orgullosa por tener quien le escriba así. También es una dedicatoria muy hermosa la de la señorita Adelaida. Espero merecer un día un retrato tuyo, Pepe. Ahora date prisa muchacho antes que te encuentren mis

---

pilluelos y te demoren, anda vete que ya tienes bastante para que te busques además una gripa.

Y él bajó los escalones de la casa vivienda, cojeando todavía entre los charcos surgidos en los senderos del jardín para llegar a la calesa. Allá, bajo un frondoso algarrobo cerca de la portería que salía al camino, lo esperaba Casimiro ya listo para irse a la villa. El calesero montó en el pescante y arreó el caballo un corto tramo con las riendas en una mano para darle tiempo a que subiera. El aire fresco y húmedo expandía sus pulmones por primera vez en mucho tiempo. Pepe miró a las nubes bajas y como deshilachadas que pasaban por la garganta abierta entre las dos montañas que nombraban abra; por encima y tras la casona de la finca y todo en ese mundo nuevo, incluso el aire, parecía recién bañado de lluvia.

—Dolores..., tú que le curas el tobillo no te has *fijao* si el señorito tendrá una seca por aquí por las verijas... —dijo a sus espaldas la cocinera Venancia que lo había estado viendo irse con su paso forzado, como si tuviera una pierna más corta—. Sí, una seca por aquí en las...

—A eso que tú le dices verijas los doctores le dicen las ingles..., pero Venancia, ¿qué tú me dices...? ¿Cómo voy yo a...?

—A mí me luce que ahí hay algo más que ese tobillo malo. Ese negro viejo de Saturnino corta las secas con un machete haciendo cruces en la tierra, con unos rezos y un tabaco... Averigua tú con el señorito, ¿tú no lo has mirado más para arriba del tobillo, eh? A que sí...

Dolores negaba desde hacía rato mirando a las espaldas de los que se iban en la calesa y cuando sus ojos se encontraron con los de la cocinera palideció de golpe. ¿Cómo se le ocurrió a Venancia que tal vez ella lo había visto en las ingles, allí en sus verijas? Pero ahora que lo pensaba, recordó que el señorito en las curas de las tardes que es cuando peor de salud se siente y casi ni le habla, él le pide a ella que salga del cuarto un momento para curarse en una parte muy íntima:

—Es una peladura que me hizo la cadena que bajaba de aquí de mi cintura al tobillo —explicó muy cuidadoso el primer día de curaciones y sin verle a los ojos, esquivo.

—Sí, claro, señorito... —dijo Dolores pasándole la venda empapada en el cocimiento de hierbas sanadoras, y rozó sin quererlo su mano. El roce fue solo un segundo, pero la estremeció de los pies a la cabeza, desde entonces apenas si puede evitar ese revoloteo de alas en su estómago cuando ve al muchacho. Días antes, cuando se burló de la fragilidad y achaques del recién llegado a la finca, ni siquiera podía sospechar ella misma que ahora debía aguantarse para no abrazarlo. Desde que ayuda a curarle las llagas del tobillo y los ojos enfermos parece otra, tan pendiente y puntual.

---

—Me dejas un momento a solas, Dolores —dice él, muy suave—. Sí, por favor. Luego vuelves a entrar para las compresas de mis ojos.

Y siempre que se lo pide el señorito se sonroja un poco, igual que ella ahora mismo. ¿Iba a tener que preguntárselo por la tarde? ¿Y si lo espiaba por la puerta entreabierta...? Todo tenía que ver con su bien, para que se curara del todo.

*Habana, 18 de octubre de 1870*

*Pepe:*

*Ante todo, he de decirte que tuve una gran contrariedad. El día de ayer, 17 de octubre me llevé gran disgusto por un Señor que dice trabajar en la Fábrica de Papel y asegura tienes tú allí una deuda por un papel de los días de la libertad de prensa. A Dios agradecí que estuviera yo solo en la casa y tu agobiada madre de esto aún es y no sabe nada. En la accesoria que ya tengo a punto para vender en la calle del Refugio me dijeron los albañiles que alguien andaba en indagaciones por mí. Entonces no sabía de qué se trataba todo este asunto. El hombre nunca me mostró una factura, mas habló con mucho convencimiento en cuanto a 109\$ que adeudas en papel. Le expliqué que ya habías sufrido presidio y canteras aun siendo menor de edad y que ya fue suficiente vergüenza y estás en destierro a la espera de indulto en Isla de Pinos donde no tienes medios ni sueldo y todavía andas rengo. El hombre se encogió de hombros y marchó sin insistir en su diligencia de cobrador. A poco de hacerlo llegaron Leonor y tus hermanas, cansadísimas de su peregrinar diario que van con piernas hinchadas de importunar al Gobernador a hincar rodillas en la iglesia. Hasta mi Antonia, que es tan pequeña y sueña con ir al colegio tiene feas marcas de arrodillarse a rezar por ti. A veces parecen no tener juicio, desde el fallecimiento de Lolita yo las veo muy delgadas y de las diligencias en tu nombre no las privo porque allí encuentran alivio y manera de ir a la cama ya sin fuerzas ni para recordar a la niña difunta que aún parece va a llamarnos como cuando le subía la fiebre. No hay días libres de preocupación por ti, y todavía vienen a importunarme tus deudas de poeta sin reales ni para papel. Malvivimos, Pepe, en lo que va del corriente y dos meses en atraso no hemos recibido nunca más los 24 escudos de compensación de mi ex socio en el abortado sueño de la Confitería y Café La fuente de la Salud. Parece gracioso, pero resulta amargo que un negocio con tal nombre y que parecía iba a dar fruto con más azúcares que un helado pues en ello iba el empeño de dos Martí, me haya robado tiempo y regalado momentos tan desagradables. Acaso no merece tu padre un poco de paz, ya que la fortuna siempre y hoy más, me fue tan esquiva.*

---

*No digo más hijo, solo te avisaba pues ahí donde estás me preocupa ese apasionamiento por tu tierra. Honra el hogar y familia del que ha sido tu benefactor, mi afmo. José María Sardá que mucho me lo encargaron tus garantes, el Dr. Ramón Miguel y mi compadre Juan Martín a los que nunca tendré como pagarles sus favores en tu bien ni con un barrio de accesorias listas. Ya supe de lo lento que fue tu viaje a esa isla y de tu estancia en casa de Los Pardiñas. Cuídate. Cura de tus llagas, Pepe y recibe el grande abrazo de tu padre,*

*Martí*

*Por Marianao todos bien de salud, trabajando y sin mucho provecho, pero siempre encargan muchos recuerdos y un abrazo para ti, tus primas y Joaquina.*

Frente al cuartel se reunían los deportados para que algunos buenos lectores de la prensa recibida con atraso los pusieran al corriente de lo acontecido en la isla grande. Los deportados llegaban temprano el domingo para escuchar los titulares del *Diario de la Marina, La voz de Cuba...*, y escoger la lectura del artículo que más despertara su interés. Bastó que él les leyera una mañana. Iba de paso ese nublado domingo cuando escuchó que un viejo se lamentaba de la rotura de sus espejuelos y él se ofreció para sustituirlo. Juan Bellido de Luna le estrechó la mano y lo alentó a presentarse él mismo en medio de ese grupo integrado en mayoría por masones. Y bastó su inicial lectura para que los otros grupos fueran haciéndose más pequeños y dispersos, y al final casi hubiera uno solo en la plaza.

Un soldado con el fusil en ristre solía ordenarles:

—¡Eh, desgraciados incendiarios mambises! Ya os he dicho que no se junten tantos, que no quiero tumulto. Son órdenes del comandante y se cumplen, así, así está bien ya. ¡Tampoco quiero murmullo ahí, que bajo y les doy un componte!

Los domingos la gente buscaba el grupo de ese joven lector de voz clara y proyección teatral que imantaba para congregarse a su alrededor. Después de contestar el pase de lista, y firmar, el señorito Pepe visitaba, como casi todos los días posteriores a aquel domingo la casa de Juan Bellido de Luna. Con ese compatriota y artesano manual podía hablar de muchos temas mientras lo ayudaba a bruñir aretes y pulsos, peinetas y petacas para fumadores, fabricados de conchas de carey.

—Señor Bellido, a mí, ¿creo que me gustaría pertenecer a la masonería? Es una fraternidad de la que cada día me admiro más.

—Primero debes estar seguro, Pepe.

---



—Sí, me gustaría mucho. Después hable en mi nombre con el señor Santiesteban porque quisiera una explicación. Tengo interés en saber de la hermandad. ¿Podría iniciarme aquí en Isla de Pinos?

—Santiesteban o Samuel, el cienfueguero, podrían explicarte mucho mejor que yo. Ya sé que te gustan los libros, eso es bueno pues deberás leer mucho, la masonería lleva estudio y es para hacer hombres buenos. Pero iniciarte acá, claro que no... todavía no tienes ni edad.

La familia Bellido de Luna recibía libros y él aguardaba turno para comenzar la lectura de uno muy voluminoso que había sido prohibido por la iglesia. Esperó por varios días hasta que obtuvo el primero de los tomos de *Los Miserables* del novelista francés Víctor Hugo; la historia de un expresidiario y su lucha por sobrevivir en una sociedad injusta. Otras veces entraba a un cuarto en el fondo de la casa de ese amigo deportado y pasaba hasta dos horas. Con Bellido de Luna podía hablar del ideario de José Antonio Saco y Domingo del Monte. De la Junta Libertadora de Puerto Príncipe fundada por el insigne patriota Joaquín de Agüero y Agüero, el primero en libertar a sus esclavos en 1843 y levantarse contra el poder de España en 1851 y gritar, ¡viva Cuba libre! Debatir sobre independencia y anexionismo a los Estados Unidos. Bellido de Luna profesaba una fe ciega en su ya fallecido y admirado Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, con quien alguna vez compartió ideas y puntos de vistas en una no muy asidua correspondencia con el camagüeyano. Y solía comprender mejor los temores del bayamés Saco que los celos radicales de El Lugareño, por muy bien fundamentados que estuviesen y mejor aún defendidos por Bellido de Luna. A Pepe lo hacía soñar una Cuba republicana e independiente que sumara a todos sus hijos con todos los derechos y sin miedo al color de la piel. A Bellido de Luna le asombraba la capacidad del joven habanero de leer y analizar tan rápida, la claridad con que discernía en tan peliagudos asuntos y su manera de hablar sobre todo.

—Tienes la magia de convencer, muchacho. ¡Niña...! —decía a su hija Cora—. A Pepe si lo dejan hablarle a un pelotón de fusilamiento los convence y nadie dispara. ¡Vaya lengua y qué mente!

Y la hija, una niña muy elocuente para su edad por los muchos libros que había leído y el ambiente tertuliano de su hogar, se sumaba a los elogios:

—Papá, que no ves que tenemos en casa a un futuro parlamentario.

—Si te haces abogado, Pepe —soñaba en voz alta el señor Bellido de Luna que paraba de lijar una concha marrón jaspeada en vetas amarillentas, para verla a contraluz por la ventana de ese mediodía—, no creo que haya pleito que no te ganes.

Entonces él se sonrojaba, y mordía los labios para no dejar suelta esa lengua ágil e indomable que iba al trote por delante de sus sueños.

---

—Ni yo mismo sé de dónde saco tantas palabras y cómo las logro hilar unas con otras sin perder el rumbo, señor Bellido —reconocía humilde.

—Y ni te acaloras, hombre Pepe, tienes madera de discursero y pico de oro para las tribunas, ¿sabías? Lo que dije, tú, para leguleyo. O como dice mi niña que tiene boca santa: lengua y porte de parlamentario, y muchos adornos de poeta que te salen así, como manantial.

—Y vea, papá, qué modesto también es Pepe que no para de sonrojarse. Viene casi a diario a esta casa, y aún no nos tiene confianza. ¡Qué sí, tonto...!

La familia de Juan Bellido de Luna disfrutaba de su amistad, lo consentía y le brindaba todo texto a su alcance. Cada visita, a diario, era una tertulia. Para Pepe resultaba un alivio que en la villa hubiese una familia como aquella que lo acogiera y con la cual se pudiera conversar de tantos temas interesantes. Se consideraba afortunado el poder debatir con ellos de política y artes en tan recóndito exilio. No daba importancia a que un día le llamaran el ilustre republicano, Pepe Cicerón o el parlamentario. Él también reconocía el encanto de rodearse de seres inteligentes, de cubanos que buscaban a través del sueño de la independencia un lugar decoroso para la patria que ya nacía en la manigua.

¿Qué haría allá dentro encerrado el señorito Pepe? A veces sentía que el sol quería derretirlo mientras aguarda solo en el pescante de la calesa. Las sombras de la calle iban flaqueando, se corrían a la calle Pinillos que en horario de almuerzo quedaba casi desierta. El negro Casimiro solía entretenerse viendo los pájaros que en sus jaulas de madera o güines colgaban fuera: el negrito silbador del boticario Paco Soto; el azulejo gritón y añil del barbero René Pereda que a esa hora de tanto calor le da por imitar a un sinsonte libre que reta en canto al de don Eulogio, el del Cafetín Madrid. Recorría los pajareros de Nueva Gerona, con la vista puesta en los portales. A veces logra algún negocio de jaulas de güines, o la venta de un azulejo que se estaba en temporada. El señorito Pepe admira su pasión por los pajaritos, por su canto hermoso y el saber del calesero, pero lo de encerrar a las infelices aves no lo compartía ni hacía feliz del todo.

Al pasar por enfrente del Cafetín de don Eulogio, Casimiro observó como el comerciante, encaramado en una banqueta, les leía de un diario extendido a toda página a más de una docena de hombres. De repente finalizaba, y les decía a voz en cuello:

—¡Esto es una farsa...! Una noticia para desunirnos a todos los buenos españoles. La patria no se vende. España no puede venderle Cuba a los Estados Unidos ni por un potosí. ¡Cuba es España! ¡Viva la unidad de la patria!

Y algunos levantaron los brazos dando vivas, pero los más, salieron presurosos a la calle, chocándose de hombros en las puertas, para ir a sus casas como si se les estuviera quemando con la familia dentro. Todo fue muy raro. Él pasaba

---

en la calesa mirando al sinsonte de la jaula que picoteaba un plátano maduro, y gorjeaba. Y los señores que salían a la calle lo miraban de refilón con miedo en los ojos, preocupados. Como si de pronto Casimiro fuera un desconocido, un deportado borracho y criminal de La Prevención que deambula luego de las campanadas de la iglesia, armado de un machete en mano y sin temor de la ronda. Así, con el sombrero al pecho y cabeceador como un buen caballo de cocheras, pasaban de él sin responderle a su saludo este mediodía. Pero Eulogio no se calla y grita que eso de la venta de Cuba a los Estados Unidos por la mismísima España era una tamaña calumnia. ¡Una choricera picante que se inventaron los comebeicon estos de Norteamérica para mortificarnos, para desunir la patria! ¡Es un faroleo! ¡Ellos son los que quieren comprarse a Cuba, pero no habrá venta, por Dios! Que el jefe de gobierno allá en Madrid, ese tal Prim, no debía estar tan loco como para semejante traición a la patria; y ahí lo dejaban solo, secándose con prisas el sudor de la cara con el delantal. Don Eulogio manoteaba entre las mesas consigo mismo, contra el artículo de aquel diario que le vació el negocio, ahora doblado y húmedo sobre el reluciente mostrador de caoba.

—¡Me apuesto el cafetín, señores, a que es mentira! —dijo con un pie en la calle, sin resuello, y ya de regreso adentro—. Esto no puede ser verdad, es una traición si lo fuera... No se vayan... ¡qué república ni qué... un rey, que asuma un rey así sea carlista!

El calesero estaba en medio de la calle Pinillos, detenido e invisible para don Eulogio, hasta el sinsonte había enmudecido.

Los contertulianos de don Eulogio lo habían dejado solo, allí, recostado a una de las mesas de su café. Trastabilló con un par de pasos torpes hasta el mostrador como si un golpe de calor lo abofeteara en el rollizo rostro. Y ahí se empinó de un vaso de vino que alguien se había dejado a medias con la estampida. El comerciante español, acodado sobre la noticia del diario y con las manos en la cabeza, el delantal sobre los hombros sirviéndole de paño para secarle el sudor de la frente, no paraba de mover la cabeza negando lo que volvía a leer ahora para sí solo.

Al dar vuelta en la esquina la calesa, su conductor se dijo en voz para sí mismo:

—Otra vueltecita y ya regreso a buscarle al señorito Pepe, que este sol está de... ¡ay, mamita que hoy parece agosto y ya es hora!

Debía ser grave, muy tremendo lo que estaba por ocurrir, se dijo Casimiro. Y lo confirmó cuando volvió a pasar por el frente del Cafetín Madrid y se lo encontró de puertas y ventanas cerradas. Y la jaula con el sinsonte de don Eulogio, allí afuera olvidada en la pared que por suerte no le alcanzaba el sol. Y se fue con

---

prisa frente a la casa del peinetero Bellido de Luna. Pero el señorito Pepe aún no aparecía en el portal.

—Entra y entra gente, y *naide* sale *entoavía*. Conspirar, eso e una cosa bien aburrida, señorito Pepe. Eso, voy a decirle con *muy mucho* respeto cuando por fin llegue, yo, sí, más aburrido aquí en la calesa con este caballo sonso mirándome a mí a cada ratico y resollando de calor. Si yo también tengo hambre, así que no me mire así, ¿oyó penco e lechería? Se me aguanta un momentón más y ya. Que sí, que andan pasando cosas muy raras hoy en la villa.

A doña Trinidad debería contarle lo del cierre desacostumbrado del cafetín de don Eulogio, que hasta se dejó olvidado fuera la jaula con el sinsonte. Y que todos salían presurosos a no sabe dónde, sin terminarse siquiera el vino servido en las mesas. Todo por esa noticia de que España le vendía Cuba a los Estados Unidos.

—Ey, señorito, *uté*, que parece que llega *na má* que en un ratico un ciclón...

—Claro, doña Nora y el esposo, don Leopold, esos sí que ya lo sabían. Igual que don Sardá... —murmuró Pepe apenas subió al pescante de la calesa casi sin que se diera cuenta Casimiro, que dormitaba cabizbajo por el hambre y el calor—. Esa venta es una infamia. España no puede atreverse a tanta traición...

Al calesero le resultó curioso que el señorito Pepe estuviera hablando casi con las mismas palabras que pudo escucharle a don Eulogio. ¿Vaya día tan raro...?

—*Uté*, me habla de que si España vende a Cuba, ¿eh señorito? ¿Y bueno, también en ese supuesto *vendío* de Cuba entra esta isla?

Pepe asintió al calesero, y puso cara de, ¿cómo es que también tú lo sabes?

El calesero le contó como voceaba don Eulogio que le leía la noticia a su clientela cuando él pasaba por la calle. Que se quedó el cafetín como si llegara un vendaval de lluvia y vientos y en lo que él daba otra vuelta.

—Figúrese, señorito Pepe, que lo cerró, sí, al cafetín, y hasta se le olvidó afuera el sinsonte que ahorita va y le da el sol.

—Sí, Casimiro, este asunto está mal... —murmuró Pepe, ensombrecido, gris—. No puede cerrarse ningún asunto sobre Cuba y dejar fuera la jaula con el sinsonte al sol.

No entendió, el señorito le hablaba de dos cosas a la vez y traía la vista cansada y enrojecida. Guardaba silencio y eso era muy raro en alguien tan conversador, y arreó el caballo para irse a las afueras de la villa y enrumbarse a finca El Abra.

Casimiro no imaginaba qué haría Pepe tanto rato en la casa del artesano Bellido de Luna. El señorito Pepe leía proclamas, sueltos separatistas, prensa que circulaba clandestina entre los políticos. ¿Textos de iniciación masónica? El calesero no sabía, solo que hablar lo hacía mucho. ¡Y cómo le gustaba ha-

blar! Ahora se imaginaba verlo salir, disculpase ya para qué. El pobre negro ahí *to etrujao* en la calesa, ya sin nalgas del ardor de aguantar tanto en el pescante y luego dale para El Abra, para la finca que con este sol parecía que las lomas se iban echando *pa* atrás y que el zopenco del caballo no llegaría nunca con este sofocón ya pasado el mediodía. Pero este mediodía llegó muy después, sin disculpas por la demora y pocas palabras, muy pensativo. Y él se olvidaba de decirle su reclamo, allí *to sudao*, cuando lo veía salir ya no recuerda ponerle mala cara al señorito. Y entonces Pepe subía con tal sonrisa, y le decía: disculpe mi tardanza, señor Casimiro. Y ya, comenzaba a hablarle de cualquier cosa: de Cuba, de la libertad, de un país independiente de España, de las cosas que estaban ocurriendo allá en la guerra de Cuba... Y Casimiro casi olvidaba también su cansancio y a veces le susurra alguna pregunta de cómo ocurrían esas cosas por este mundo de Dios y allí en la villa nadie nunca habla de eso. *To* se susurra en la villa, solo los deportados parecían interesarse por la guerra. La gente de la villa no, allí era como otro país. Pero hoy había sido diferente y muy raro que don Eulogio hiciera lo que hizo con su pájaro, y cerrara el Cafetín Madrid mucho antes de la siesta. Y ya el señorito Pepe, habla que te explica cosas que él no entendía, lo mareaba y no detenía su incontinencia de palabras ni para ver los pájaros que trinaban por la orilla del arroyo de La Magnesia a su paso de trote lento a la finca. Pero esta vez no, ni hablaba, más bien mascullaba como si mordiera hierbas, y el hambre era más grande que otros días, y también el calor. Quería llegar y almorzar unos boniatos grandes y dulzones, ya tenía menos resuello que el caballo, ¡habrase visto animal tan desconsiderado que cuando menguaba el paso por morder un mazo de yerbas le da envidia! ¡Quién tuviese un estómago de caballo con tanta hierba que hay por ahí, mi Dios! Y allá lo esperaba la Doña, ¿qué iba a contarle con semejante hambre y sed? ¿Con la cabeza frita del sol y el palabrerío insurrecto de Pepe hoy en silencio? De un tiempo para acá, sentía que ser calesero era un trabajo duro, no como el de las canteras ni el tejar, pero sí *muy mucho más complicao*. Solo cuando el señorito Pepe lo trata de igual llamándole señor Casimiro, él sentía recompensado su trajín de compañía, oídos y ojos de doña Trina. Al llegar se fue directo a su cuarto y dijo a Dolores que no deseaba almorzar, y la doña se preocupó de verdad creyéndose que podría enfermar.

—¿Y si tiene una recaída? —se dijo en voz alta Trinidad y persignándose—. Él llegó muy triste de la villa, Casimiro, ¿tú sabes si le ocurrió algo por allá?

Y el calesero se encogió de hombros, ¿cómo iba a ponerse a contar mientras comía sus *buniatos*, qué si se atragantaba por *lengüisuelto* y al señorito Pepe no le agradaba que dijera los porqués de su melancolía? Luego, más tarde le diría a doña Trinidad el sal *pa* fuera en el Cafetín Madrid de don Eulogio y lo triste que salió de la casa de Bellido de Luna el señorito por la misma causa de esa noticia

---

que puso a todos a correr como hormigas. Que Cuba estaría a la venta como una finca o un lote de negros esclavos..., ¿era posible eso?

Solo podía contarle a doña Trinidad, a ella sola lo que le conversaba el señorito Pepe en su paseo a la villa. Cuando el amo Sardá está para La Habana, ella pregunta más y siempre mira con ojos de cernícalo a todos. Trinidad, cejijunta, asintiendo con recelo para hacerlo decir todo y hasta un poquito más.

—¿Nada más, Casimiro, seguro que hoy no te olvidas de contarme algo?

Pero esa tarde, precisamente, no hizo falta que se deshiciera en detalles. La profesora de inglés vino a la finca en una calesa de la villa, y junto con su esposo Leopoldo. Trinidad sospechó que algo acontecía por esa visita a deshora y no esperada. ¿Será que los camagüeyanos ya recibieron el indulto para irse de Isla de Pinos a Nueva York? Las clases fueron muy rápidas, solo revisión del cuaderno y una pregunta a cada alumno y se acabaron las lecciones del día. Luego doña Trinidad escuchó al matrimonio camagüeyano de New York, lo que para ellos significaba la buena nueva, que puso ese día todo al revés en la villa. Ellos también temían que dicha venta ocurriera con ellos aún en Isla de Pinos, ya habían ido con el párroco para que volviera a interceder por ellos en el cuartel con el comandante. Y en la sacristía se encontraban aun cuando en la plaza se levantó un murmullo atronador de gentes que todos creyeron, no era otra cosa que una repentina o planificada revuelta de los deportados que por fin se decidían a enfrentar en acto suicida a la guarnición insular. Algo similar dicen que se pensó el comandante, que mandó tocar a filas, y salieron fuera, los fusiles con las bayonetas caladas, muy dispuestos a todo.

—Casi que se arma la de San Quintín allá en Nueva Gerona, todos andan muy nerviosos. Pero no, doña Trina, era el vociferador de don Eulogio con algunos de sus compinches del Cafetín Madrid que iban a pedir explicaciones al cuartel. Juraban que como buenos españoles estaban dispuestos a perderlo todo, menos la honra. Y Cuba les hace honrosos, ¡qué pillos...! ¿Y dónde está su huésped habanero, el furibundo independentista?

Entonces doña Trinidad comprendió lo que esa mañana entristeció a su joven mambí, y explicó a Nora lo indispuesto que lo vio llegar de la villa que ni siquiera quiso almorzar. Nora la alivió de su pesar, asegurándole que pronto se le olvidaba el berrinche, que volvería a comer si ya estaba muy sano gracias a su cuidado de monasterio. Claro, le confesó con risas, que a ella le hubiese gustado: verle arder las mejillas, las orejas rojas y echar espuma por la boca a Pepe, en titánico esfuerzo por no perder su compostura cuando le hablara de la dichosa venta de Cuba a su admirada nación nortea.

Y allí se apareció Pepe, saludándolos con voz casi inaudible, pero con una muy gentil reverencia. Llegaba de la cocina con toda seguridad pues aún traía en

---

una mano el jarrito de esmalte donde acostumbraba a beber el café claro y dulce que le colaban a deshoras las esclavas solo para complacerlo.

—De ti hablábamos, querido Pepe —dijo Nora, adelantándose a la pregunta de la dueña de casa que quiso saber cómo seguía de su jaqueca—. ¿Qué nos dices ahora de esa noticia que se regó esta mañana como pólvora allá en New Gerona?... —Y recalcó con picardía mientras lo repetía y comenzaba a abanicarse—: ¿Sí, en New Gerona? O cómo va a llamársele muy pronto, ¿eh? Pepe, parece que fueras profeta hasta en tus bromas...

—¿New Gerona? —dijo Rosa y miró a su hermana Catalina que musitó con ingenuidad:

—¿Ya...?

Pepe hizo un guiño cómplice a las niñas. Achicó los ojos, como si fuera un gato, que en esa tarde la memoria se le hacía difusa, y así disimulaba los hincos en las sienes. Bebió con parsimonia un trago de su café tibio y aguado y como quien emerge de un largo suspiro, convencido de que para Cuba no se vislumbraba otro camino más natural que la independencia, les declamó para todos una breve respuesta en versos:

—...*Que no en vano entre... San Cristóbal de La Habana y New York... Tiende inmenso sus olas el mar.*

Y agregó concluyente:

—Discúlpenme, pero no me siento animado, me duele mucho la cabeza y creo que necesito una siesta... —y diciendo esto tras una reverencia muy de caballero desapareció de la sala en la casona de El Abra para irse al cuarto que ocupaba en la cochera.

—*Himno del desterrado...* —dijo Leopoldo que apenas si acostumbraba a integrarse a estas charlas, y precisó el autor para las niñas—, de nuestro José María Heredia.

—Sí, Pepe nos hizo una muy breve e inteligente versión del poeta, pero que no olvidemos eh, que también Heredia le cantó al Niágara —dijo Nora, explicativa para la presente familia Sardá.

—Sí... —murmuró el señor Leopoldo con los ojos *cuasi* cerrados y su esposa creyó que recordaba quizá la tempestuosa caída de las aguas allá en el increíble torrente de las cataratas norteñas que ambos conocían de su viaje de bodas. Fue entonces cuando todos lo escucharon casi musitar con su voz temerosa y triste, y ella apartó de él su mirada encariñada por la de cierta indisposición soportable—:

*Las palmas jay! las palmas deliciosas,  
Que en las llanuras de mi ardiente patria*

*Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,  
Y al soplo de las brisas del Océano,  
Bajo un cielo purísimo se mecen?*

Doña Trinidad y las niñas aplaudieron al señor Leopoldo tras la declamación. Estaban atónitas de su intervención, se le vio tan animado. Se percataron luego de cierta incomodidad en Nora cuando le vieron al esposo los ojos húmedos, la respiración desbocada, cómo se empinaba sediento el poco de limonada que le quedaba en su vaso. Nora, por prescripción médica, siempre trataba de evitarle las emociones fuertes.

—Pues ya está bien para ti, querido... —dijo Nora, condescendiente con su enfermo esposo que solo con el breve momento compartido con su correligionario de causa le había animado co-mo nunca antes. Ella le palpó el pulso en la muñeca de la mano izquierda y con su pañuelito rosa de encaje caracoleado le secó la frente sonrosada y perlada de sudor—. Hoy ha sido un día de muchas emociones para mi Leopold.

Doña Trinidad observó cómo tras unas miradas y asentimientos de Nora a su esposo todo volvía a la normalidad. El matrimonio recuperaba su habitual flema aristócrata, en la que ella se encargaba de comunicarlo casi todo en bien de los dos. Parecían listos ya para despedirse, así que ella para no quedarse con dudas le comentó:

—Espero que el joven Pepe no les haya importunado con ese verso que adivino yo sea más que todo infidente...

Los dos negaron con una sonrisa. Con Pepe todo estaba bien, y rozaron su mano con amistad, como si confesaran a doña Trinidad que no era avezada en versos que ante todo habían pasado una maravillosa velada en la finca. Que aun con la brevísima aparición de Pepe, ellos marchaban complacidos y agradecidos a la villa. Y como la propietaria de El Abra no bajaba una ceja, la ceja derecha que se le encarama de preocupación en un gesto casi desafiante, la profesora le confesó:

—¡Pepe es un crío respondón y romántico, un poeta, doña Trina! Acá mi Leopold era igual y mírele usted ya qué tranquilo... Vinimos a pasar un rato maravilloso y se nos cumplió. Pepe tiene esa jaqueca porque es un radical, como nosotros que ya vamos de vuelta en estas lides políticas. Pero vea que con un verso bien atinado casi me convierte de nuevo a mi Leopold en un insurrecto mambí. Ese huésped suyo abre la boca y conmueve hasta a las piedras. Aunque después la eche de menos a usted y su familia que valen muchas onzas de oro, mi Leopold y yo debemos irnos cuanto antes de esta Isla de Pinos, y también de Cuba, ya sea España o los Estados Unidos por fin quien se la quede. Y mientras,

---



pues acá me tendrá dos veces por semana como acordamos. Adiós querida Trina, espero que nos podamos ver el domingo en la misa.

Al día siguiente volvió a insistir con su calesero, temía que poco hubiera cambiado el humor de su protegido. Pero ya se consolaba con que había recuperado el apetito y un poco de su buen ánimo para las conversaciones. Los niños tuvieron esa mañana sus lecturas sobre el tal Jean Valjean y como si nada, todo bien a la vista de ella. Pero en la villa no podía saberlo sino le preguntaba al calesero, y le exigía antes de darle su almuerzo.

—No, doña Trina, no que yo me recuerde, de verdad. Ah, sí, una cosa. Hoy fuimos de nuevo a ver los botes de los pescadores de esponjas allá casi en la boca del río...

—Ya sabía yo que ese sol que trajo pegado en la cara, Pepe, eso es sol de mar. ¿Y qué hicieron allá, sí, ustedes...?

—*Ná*, al señorito Pepe le gusta mirar los botes de los pescadores como regresan con las esponjas ensartadas. Eso es verdad que es *muy mucho* bonito. Pero a él le gusta más oírle esa ensarta de mentiras a uno que se llama Antonio y cuenta cada disparate.

—¡Ay, Casimiro...! —Dijo Trinidad, muy preocupada—. El señorito Pepe no estará preparándose una fuga de Isla de Pinos con los pescadores, con ese Antonio que tú dices... ¿De qué hablan...? ¿Tú escuchaste de qué hablaron ellos...?

—No, no, mi doña, ahí no hay trampa. El señorito siempre va con ese amigo suyo deportado, el señor Bellido de Luna. Él va a comprar conchas de tortugas para su trabajo de artesanía. Pero mientras el señor Juan compra y escoge las conchas que le gustan y se pone de acuerdo en los precios, que regatea *muy mucho* cantidad con los pescadores y su hijita igual; al señorito Pepe lo que le gusta es oír esas mentiras del pescador Antonio. Figúrese que los otros ya lo llaman el Barón Herrera y qué va a ser barón ni duque o conde ese parlanchín que habla más que el señorito, pero *to* es mentira, lo inventa *to*. Lo que pasa es que la gente le hace caso y se ríe de todas esas locuras que dice, ¡unos cuentos *entreteníos*, pero al final *to* son mentiras! ¿Usted no lo había oído mentar al tal Barón Herrera? ¿El señorito Pepe no les dijo alguno de sus cuentos?

—Sí, ya Pepe nos hizo reír no hace mucho con las exageraciones de ese tal Barón Herrera. En verdad es muy ocurrente, sí. ¿Y ya, Casimiro?

—Ah, doña Trina *pue* eso fue *to*. Más *na*, yo se lo juro. No, *naide* habló de fugarse en un bote o de la guerra ni cosa *parecía*, no doña... Ya ni de la venta de Cuba se habla allá...

—¿Esa no habrá sido otra mentira de ese pescador de esponjas, ese Antonio, el que se dice Barón Herrera? —dijo doña Trinidad que ya desesperaba por el regreso de su esposo que pronto debía llegar con verdades de La Habana. Con

---

Pepe no quiso ni hablar del tema, seguro lo lastimaría, y ya lo veía sonreír de nuevo. Y Casimiro qué podría saber de esas cosas, y se encogía de hombros.

—Si al comandante *na má* que se le ocurre eso... ¡pobrecito del mentiroso del Barón Herrera, si señora...!

—Ah, pues no, tú me dijiste que tanto Eulogio, como Pepe te dijo que lo había leído en un diario... No, a ese Antonio no le publican sus mentiras, por Dios.

Después lo hacía prometer que no diría a nadie de las ideas de Pepe, y menos a los otros negros que dormían cerca de él en el barracón.

—Si me entero de que le cuentas a alguien, Casimiro —le advertía doña Trinidad imponiéndose con carácter a su sabida amabilidad—. Tu señor podría enviarte a trabajar allá atrás al horno de cal. ¡Mira que para trabajar en el molino que hace polvo de mármol se está necesitando más gente! Tú no me cumples y yo me entero, y vas de cabeza para el tejear de Brazo Fuerte a doblar el lomo al sol. Que ya esto de salir en la calesa con Pepe no puede ser tan a diario, ¿eh?

—Pero el señor don Sardá, doña Trina, tiene que ya estar por lo menos en Batabanó, ¿eh?

—Sí, pero mañana no me salen a ningún sitio y menos a Gerona. Pepe necesita descansar y una nueva tanda de mejunjes en ese tobillo. Y tú no, tampoco quiero que te vayas a cazar azulejos... Tú lo que necesitas es trabajo y aquí hay mucho que hacer antes de que llegue mi José María y diga que los consiento mucho. A limpiar mañana que las lluvias mira como tienen perdido este patio en hierbas que parece potrero. Mañana esa es tu encomienda así que prepara el machete y el azadón, holgazán, ¿sí? O es que tú prefieres...

Casimiro se persigna en medio de un escalofrío. Respingaba delante de su ama que entorna los ojos hacía detrás de ella con gesto amenazante, y asentía:

—¡Que sí, doña Trina..., mañana yo le limpio de hierbas el patio *pa* cuando llegue el señor don Sardá *to eté muy* bien bonito! Pero no me mande *uté* a hacer cal que eso a mí me mata. Recuérdese de *to* el daño que hizo la cal a los ojos del señorito Pepe.

Atrás de esa punta de cafetos que subían alineados en fila al abra de las montañas estaba el horno de cal, y allí se hacía el trabajo más difícil y agotador de la finca. Cortar leña y mantener encendido el horno podía pasmarlo, aguantar ese candelón por horas... No, a él tampoco le gustaba, ni pasar por allí cuando subía con las jaulas de trampas a ponerlas cerca del ojo de agua que era abrevadero de bandadas de pájaros.

—Pero doña Trina..., si en total que yo no comprendo *to* lo bonito de que habla el señorito Pepe ni la memoria mía es tan buena *pa* eso. Yo no sé hablar ni recordarme con tanto adorno así..., como sabe decir el señorito...

—Pues más te vale de que solo te acuerdes para mí —insistía la señora de El Abra mirándole fijo a los ojos, como escarbándole en los sesos—. ¿De acuerdo, Casimiro?

El calesero asentía, triste de no poder repetir palabras tan lindas a los demás. Pero con Dolores no se contuvo. La muy zalamera era muy joven y aspiraba a alguien mejor que él, ¿sino por qué ahora usa a diario en la cabeza su pañuelo de vayajá?, pero ella se acerca, curioseando contoneándose la muy pícara. ¡Ay, Casimiro...! ¿A dónde van en la villa y de qué habla el señorito Pepe? Decía que para luego contarle a doña Trina como cosa suya, pero él sabe que no es verdad. A ella le gustan los blancos para marido. Y aun así Casimiro aprovechaba para intimar en algo con Dolores que antes solía coquetearle. Solo le falta eso, encamarse con Dolores. Entonces, no importarían el mayoral ni los otros trabajadores del horno de cal, los negros de las siembras y en toda la barraca, él se confirmaría como el esclavo más importante de El Abra. Un negro bien calzado y sin niguas entre los dedos de los pies que se les pegan a los que trabajan en los corrales con los puercos echándoles palmiche de palmas. Vale más que eso. Y demoraba sus cuentos secretos a Dolores que vestía el túnico nuevo que antes solo llevaba a la misa, escondidos de la vista de la casa, atrás del aljibe o sentados a la sombra del más encumbrado árbol de anoncillo cuando todos dormían la siesta.

—¿Y qué más dijo, Casimirito? —preguntó Dolores muy apremiada por saberlo todo del señorito y le rozó una mano al calesero para hacerlo confiar y desembuchar todo cuanto sabía—. Dale..., sé bueno y cuéntamelo a mí. Si tú me cuentas yo te dejo mirarme un poco... A que sí, ¿va el trato...?

Al calesero se le entreabrieron los gruesos labios y los ojos le brillaron tadrando bajo la blusa de Dolores. Que ese sabroso bamboleo le hacía agua la boca. Era como cuando entraba a la cocina a procurarse comida o agua y de los fogones con ollas respiraba hondo, olía tanto tanto que se mareaba porque era muy comilón. Y cabeceó que sí por ese instante glorificado por las tetas de Dolores que le prometían a cambio de unas palabras que de su cabeza no salían igual dichas por él, pero haría todo cuanto podía porque sí.

—Mírales Casimiro... —dijo su negrita *relambía* y él comenzó a hablar.

—Mírales Casimiro —dijo el señorito Pepe ya de vuelta y sentado en el pescante de la calesa junto al negro, señalándole con un gesto hacia unos domicilia-dos forzosos frente al Ayuntamiento todavía a la espera de ser nombrados a viva voz por el soldado llamador—. Son tan esclavos como tú. Llevan su negritud en el alma donde no les alumbra la libertad. Son como fantasmas de carne y hueso e ideas. Hombres fantasmados por su época y por quienes en esta villa de casuchas blancas de cal y callejuelas miserables les miran con desprecio e ignorancia.

Así hablaba, sabio y elocuente el hijo del valenciano Mariano Martí, el hijo

---

del español y otrora militar y celador de policía. El negro lo miraba obnubilado por las muchas palabras del muchacho, y al aire la saliva se le cuajaba en unas sales blanca y pastosa en las comisuras, en los gruesos labios del calesero mientras asentía con la cabeza.

—*Tabien*, Dolores, yo *tabien* le conté que *muy muchas* de esas familias de la villa después de comer, cuando oscurece, sacan cazuelas con *comía pa* afuera de las casas *pa* los vagabundos y los presos que son matones de la Prevención. Sí, le conté de aquel negro Betún, ese *mismito* que el año *pasao* en la calle Real de Pinillos mató de una *puñalá* a otro hombre *pa* que se lo llevaran por asesino a la cárcel de Bejucal que allí sí que dan *comía* del gobierno, eso gritó a todos soltando el cuchillo que chorreaba la sangre aún, cuando vinieron para prenderlo los soldados. Ese domingo me recuerdo que el cura habló de eso en la misa de la mañana y doña Trina casi mal pare de los vómitos. ¿Tú te acuerdas de eso, no?

Dolores cabeceó un sí y un poco inquieta lo trajo a recuerdos más recientes:

—¿Y qué dijo él de eso, le interesó...? Anda dime, Casimiro.

—¿Quién, el señorito...?

—Pues claro, ¿qué dijo entonces...?

—Ah, *ná*, lo de siempre que se quedó un momentico muy serio, y luego ya casi que era él quien me lo decía a mí, lo del cuento, sí. El señorito tiene una saca grande de palabras en su cabeza y la boca no hay quien se la cierre cuando comienza, parece tú que lee *to* eso de un periódico que lleva *metío* en su cabeza, pone los ojos *chiquiriticos* y lejos cantidad. ¿Qué un periódico...? ¡*Muy muchos* periódicos que le caben en la cabeza!

—Pero Casimiro..., acabarás por decirlo de una vez que ya siento a Venancia moviendo calderos en la cocina y ahorita ya me llama, ¡tú verás!

—Comida limosna en las puertas... —dijo Pepe—. El miedo no ha de confundirse con la caridad. El miedo cierra las puertas, llena de oscuridad los corazones. Venga Dios a mirar de cerca una villa tan hipócrita. ¿Qué saben, qué puede importar Nueva Gerona allá en el gobierno de Madrid, en la Corte, cuando ni siquiera escuchan bien de San Cristóbal de La Habana? Hombres y cañones a la fidelísima isla de Cuba, batallones de Voluntarios a desfogar su cólera por la unidad de la patria, de la madre patria. Pero acá hay otra patria naciéndoles en las narices a fuerza de machete y pólvora. ¿Qué es patria? Un pedazo de tierra, un idioma en común, una tela en colores que venerar... No, no debe ser tan poco la patria. ¿Aquí en esta isla qué es la patria...? La patria no se guarda, no se apunta en un papel para todos y el bien de pocos. ¡No, no, la patria nace de cada uno! ¡La patria es mundo, es humanidad toda! Patria, es eso, patria es...

—¡Dolores... Dolores...! —gritó Venancia y su voz corrió faldas arriba del cerro, zigzagueando como una gallina azorada entre los cafetos con frutillas

maduras y los altos caimitos de hojas verde metálicos—. ¡Dolores...! ¿Dónde *ta* tú *metía*? ¡Dolores que doña Trina te llama...?

—Ya tú *ve*, negro *demorao*, te lo dije que Venancia iba a venir ya... Después hablamos, ¿quieres?

—Pero me enseñas de nuevo, ¿yo sí quiero?

—¡Shuuuuiii...! —chasqueó las encías la negrita, negándose.

Y Casimiro regresó del agobio, del esfuerzo confuso que le producía el discurso torrentoso del muchacho. Encajó sus ojos y ganas de perro jíbaro que sale del monte en busca de perra en celo solo en las ondulantes curvas de Dolores que con prisa de venado baja por el trillo que va a la cocina, un sendero sinuoso e irregular por las raíces de cedros, anoncillos y caimitos que lo atraviesan como majases. El calesero tiene la boca seca y la sed de hembra lo hizo relamerse otra vez. Ah, bendito..., el cuerpo de Dolores que es jugoso y redondo, como hollejos de mandarina.

También se llamaba Carmen, como las dos últimas mujeres en la vida de José Martí. Carmen Zayas Bazán, esposa y madre de su hijo varón José Francisco y Carmen Miyares, viuda de Mantilla, quien mejor lo comprendió y se dice con muchas razones que madre de María Mantilla quien era en verdad su hija. ¿Casualidades del azar? No, Mandy no creía ya en casualidades ni en el azar. Pero Carmen sí, ella creía en algo más allá del entendimiento humano, en un mundo paralelo y oculto con el que solo teníamos casi siempre desapercibidos roces. Le había agarrado las manos el día mismo en que fue a El Abra, preguntando desahogado y voraz por la breve estancia en el lugar del joven José Martí.

—Voy a ayudarte porque aquí en tus manos dice que probablemente no te gradúes... ¿Qué le hiciste a un profesor alto y calvo, con bigote, que tiene nombre que empieza con W... Wilfredo, no?

Mandy palideció, no supo qué responder a esa mujer de grandes ojos almendrados y delgadez de bailarina. ¿Cómo podía saber tanto de él con una sola mirada en la palma de su mano? Caramba, y lo asustaba, era como si ella tuviese abierto ante sus ojos un expediente de su vida, sazonado de íntimos detalles. Y por qué alguien con semejantes dotes adivinatorias no se ocupaba más que de acompañar al visitante en el museo de finca El Abra, eso sí, con un discurso apasionado y revelador. Un discurso así no lo había escuchado ni cuando aun siendo niño sus padres lo llevaron aquella primera vez a la casita de José Martí en la calle de Paula. Mientras una mujer explicaba de memoria, a él que tendría entonces seis años y acaba de comenzar la escuela, aquel hogar museo no le

parecía casita, sino casa. Recuerda que su padre se agachó para estar de su tamaño y, susurrándole para no ser escuchado por la veladora le dijo: En verdad, ellos vivían nada más que en la planta de arriba, abajo era de unos parientes... Y él sonrió porque su padre solía saber cosas interesantes, y con una leve mueca de labios lo escuchaba todo, como dudando. De él creía heredar su desconfianza por las historias oficiales y planas.

Acá en El Abra fue diferente...

—Aquí estoy en el mejor sitio de la Isla —dijo Carmen de repente y él supo que ella adivinaba hasta lo que pasaba por su mente de estudiante al que no satisfacían los libros de texto de la facultad de Historia—. Lo que tú vienes a averiguar no está claro para nadie. No, ni para mí. Hay muchos que intentaron localizar papeles de ese tiempo. No, ni en la iglesia se conservan documentos tan viejos, acuérdate de los tantos ciclones que han devastado esta isla...

Así comenzó una amistad que Mandy no podía explicarse a sí mismo como una relación terrenal. Se acostumbró venir en los últimos meses, por tres, cuatro días, para escarbar en los remotos recuerdos de la familia Sardá. Recuerdos barridos una y otra vez por huracanes e ignorancias. ¿Qué podían saber los descendientes de Sardá, ni siquiera habían nacido cuando hospedaron a aquel muchacho triste y enfermo por poco más de dos meses? Pero sobre todo volvía para conversar y estar cerca de Carmen. Al principio creyó que la amaba, pero aunque más de una vez se descubrió, ruborizándose ante ella, supo que era algo más allá de lo carnal, del amor de pareja. Carmen abría caminos insospechados, siempre inesperados y su investigación crecía y luego se echaba atrás por contradicciones. Tenía el alma encarnada de una gitana cartomántica y lo hechizaba con sus historias, muchas de esas anécdotas recogidas del habla popular. Escuchándola viajó como hechizado a la Isla de Pinos de 1870. Y al regreso de finca El Abra a dormir en Nueva Gerona creía atravesar el neblinoso cortinaje del tiempo.

—Alucino conversando con aquella mujer, tú no te pongas celosa Tere. Oye, es que es una mujer extraordinaria y siempre encuentro detalles importantes para mi investigación en los libros que me recomienda leer. Ella está más loca que nadie con ese tiempo que Martí vivió allá...

—¿Celosa yo...? No, lo que voy es a ir contigo en el próximo viaje a la Isla —dijo la novia desde el baño de la posada donde pasaban la tarde—. ¡Hasta yo quiero conocer ya a esa Carmen, oye chico! Ah, el pobre de Raúl me preguntó por ti anteayer cuando fui a ver a mi abuelo Fermín. Dice que tiene nuevas cosas que contarte, que vayas que no vas a arrepentirte. Con razón dice que lo tienes olvidado desde que comenzaste de nuevo a viajar a la Isla. Mandy, no puedes quedar así tan mal como han hecho todos los que conversaron con él de su tío, no es justo.

---

Quedaron en ir a verlo a la tarde siguiente a aquel asilo de la calzada del Cerro con nombre francés. Asilo Manuel Le Font... ¿Qué sería lo que quiere contarle Raúl ahora? El viejo era tan caprichoso, a veces se quedaba mudo adrede, y otras lo trataba como a un hijo que quería heredarle algo más que sus recuerdos. Se hacía el interesante: yo tengo papeles, Mandy, que ya quisieran muchos... Pero son mis papeles y no voy a dárselos a cualquier hipócrita chismoso, a uno de esos buitres que ahora hacen libros de mi tío y lo confunden todo, no señor. Esa Carmen de El Abra parece un alma buena y generosa... yo también quisiera conocerla...

—Mandy, el viejo Raúl sí que se puso celoso... Abuelo Fermín dice que se ha encariñado contigo como con nadie...

Y Mandy sin cortar, le dijo a Teresa que jamás se iba a olvidar en la vida del domingo en que Carmen lo invitó a almorzar por primera vez. Cocina de maravillas, pero hubo algo mágico, un hecho singular que ahora ya no hace que recuerde con exactitud cubana los manjares que comió esa tarde ni tampoco las muchas otras en que fue a conversar y también se quedó a comer.

Carmen convivía con la abuela de ciento dos años, una bayamesa de memoria clara que jugaba a mentir en serio con que fue testigo de niña de la primera guerra de independencia en 1868. Improbable por lógica matemática y humana. Pero la anciana no se dejaba convencer jamás de que su edad no se correspondía con los hechos. Eloína le habló con la pasión de la nieta y los detalles de un ciego que rememora su vida pasada. Mandy la escuchó boquiabierto y tras los ojos opacos de cataratas de la centenaria mujer y su dicción clara vivió hasta la quema de Bayamo por las tropas mambisas.

—¿Y cómo es la casa de Carmen? —dijo Teresa de pronto y él hizo un esfuerzo porque nunca había hecho memoria del hogar donde tan buenos momentos pasó conversando—. ¿Es en el pueblo o está rodeado de gallinas y esos animales del campo?

—No, ella vive en el centro de Nueva Gerona... y ahora que lo dices recuerdo que en la sala hay muchos butacones disparejos. Muebles diferentes y cojines por doquier por los que deambulan muchos gatos con nombres de gente célebre. Y Carmen también tiene un hijo, sí, un adolescente que parece salido de ese otro mundo que ella solía visitar. Se llama Alejandro, pero le dicen su diminutivo en ruso: Sacha. Siempre uno se lo encuentra deambulando por Nueva Gerona, imitando diálogos de filmes famosos o recitando de memoria las capitales del mundo.

—¿Es loco, Mandy?

—No, padece un autismo de lo más raro porque suele ser muy sociable y comunicativo, casi nunca rehúye de las personas. Allá en Gerona todos lo saludan y quieren mucho.

---

—Pues qué triste que una mujer tan excepcional la vida la haya castigado así, ¿no?

—Bueno, tampoco así, Teresa. Sacha es alguien único, una más de las personas que rodean a Carmen que la hacen especial, diferente...

A Mandy lo deslumbró el primer día en que fueron presentados por Carmen:

—Anda, Sacha querido... dile —pidió la madre con un parlamento que a Mandy pareció sacado de una novela rusa. Entonces declamó de memoria un capítulo entero de *La montaña mágica*, como si se tratara de un libro infantil.

—¿Y ese es un libro famoso, no?

—Sí, uno que tienes que leer, y es así de grueso, Tere, eso si es que quieres graduarte de Letras.

—Yo lo que quiero es que acaben de estrenar ya la película de King Kong para que vayamos a verla.

Entonces Mandy imaginó cuánto podría demorar aún el estreno de esa película en los cines de Nueva Gerona para que Sacha y Carmen pudieran ir a verla. Y pensó qué cerca beben en el mismo río de la vida la locura, lo banal y lo genial...

Un domingo, a media mañana, cuando aún no volvían de misa doña Trinidad y sus hijos que habían ido a Nueva Gerona, con Dolores emperifollada como para un baile y Pepe en el pescante, guiando la calesa, llegó el dueño del Cafetín Madrid. Casimiro, que se aburría de barrer los contornos de las pajareras, lo vio hacer señales desde la entrada de El Abra. Venía acompañado de un hacendado que el negro Casimiro creyó que conocía y por el señor Betancourt de la casona grande que hacía esquina con el Casino Español. Los tres vestían de dril blanco y usaban sombreros amplios. ¿Querrían comprar alguno de tus sinsontes cantores..., eh, señor Casimiro Hechevarría...? Casimiro se fijó en lo bien vestido que andaba el calesero de don Betancourt y lo claro que lucía de piel, lo conocía de vista. Envidiaba su hablar correcto y sus movimientos medidos, modales franceses de esclavo educado.

—¡Bienvenidos a El Abra, señores...!

—Sí, sí, caballeros, pueden pasar —dijo Casimiro que hizo ademán de abrirles la portada y quedó prendado del fuste que traía el calesero visitante.

Don Eulogio hizo un mohín de labios por saludo, mientras que sus acompañantes parecieron fingir que no lo veían.

—Mi amo don Betancourt quiere saber si el señor Comandante Sardá está en la finca y puede recibirlo a él y sus amigos... —dijo el calesero sin bajar la nariz—. Es un asunto de mucha urgencia.



—Mi amo Sardá está *pa Labana* —dijo Casimiro, esperando que de un momento a otro don Eulogio le preguntara cómo andaba la caza de azulejos y verdones esa temporada que casi recién comenzaba—. ¿Pero no van a esperar por doña Trina? Ella está casi, casi por llegar de la villa, fue a la misa... Don Eulogio quisiera *uté* ver los pichones de sinsonte y tierrero que tengo ya plumados, los crié a mano...

Don Eulogio enrojeció en un par de segundos, molesto por el viaje perdido y comenzó a abanicarse la cara con el sombrero, sudaba mucho. No, Casimiro, negro bruto que eres tú, ¿no lo ves?, ni siquiera don Eulogio vino con tiempo ni deseos de ver a tus pichones, mucho que menos comprar alguno. Don Bertancourt con un simple gesto de mano izquierda hizo que su calesero diera vuelta allí mismo frente a la portada. El otro hacendado se tomó de la barbilla y suspiró sobre el nacarado mango de su bastón que parecía hecho de conchas de carey y estaba remachado con plata en el casquete de la punta.

—Hicimos el viaje para nada, debimos preguntar a su mestiza en la iglesia, ¡lo dije verdad! —Se quejó don Eulogio a sus acompañantes y ordenó al esclavo de don Bertancourt que frenara la calesa—. Hey, Casimiro, ¿cuándo tú crees que llegará tu amó Sardá aquí a Isla de Pinos, eh?

Casimiro, que esperaba de don Eulogio una pregunta relacionada con azulejos o sinsontes cantores, quedó mudo casi por medio minuto antes de responder:

—Ya don Sardá *pa* mí que está en Batabanó en espera de barco *pa* venir, don Eulogio. Mañana *mimito* seguro que ya *etá* aquí...

La rueda delantera se giró mucho cuando el calesero dio atrás, y cayó en un pequeño agujero que Casimiro siempre vadeaba. ¿Cuándo este negro haragán va a rellenar ese hueco?, se decía doña Trinidad cada vez que salía de la finca. Ante el esfuerzo en balde del caballo guiado por el calesero que en tierra lo jalaba por las riendas, los caballeros decidieron bajar a tierra. Había mucho barro en derredor de un par de charcos, así que pisaron con mucho cuidado para no ensuciarse las botas que brillaban como semillas de mamey. Entonces resultó fácil desatascarla y volver a enrumbar la calesa de frente a los cerros por los que faldeaba de retorno el camino tortuoso a Nueva Gerona, muchas veces atravesado por el riachuelo de La Magnesia.

—Entonces volveremos mañana... —dijo don Bertancourt y los otros dos asintieron a la vez. Pero don Eulogio pareció advertir que sería otro cierre no planeado de su comercio, y con la cabeza turbia de preocupaciones comenzó a negarse con la misma cara con que solía negarle la bebida a un cliente ya sin dineros y muy pasado de tragos.

---

—Mejor dile que vaya a la villa a vernos, Casimiro... —propuso don Eulogio y se acercó a la calesa para abordarla por el estribo—. Pasado mañana en mi café, a media mañana, tú dile eso, Casimiro.

—¿Tú me aseguras que el comandante Sardá es íntimo amigo del Capitán General?

Interrogó el hacendado que Casimiro no lograba aún recordar, pero su cara se le hacía más familiar con el paso del encuentro. ¿Dónde Casimiro tú habías visto aquella cara regordeta?

—Si esa carta de Prim es un hecho cierto, os aseguro que don Sardá sabe de ella y que sí le ha visto por estos días a Caballero de Rodas allá en La Habana, ¿eh? Pues mejor que Sardá no hay muchos para confirmarnos este asunto tan grave, al menos aquí en la isla... —aseguró don Eulogio a sus acompañantes, como si tratara de convencerse a sí mismo de todo cuanto elucubraba en voz alta—. ¡Maldito Prim y maldito sea ese rey Macarronini I que nos han rifado allá en Madrid!

—Señores, solo nos queda Dios y España... —dijo don Betancourt de manera solemne y Casimiro casi suelta una carcajada cuando con voz ya sin entusiasmo cerró su frase—: ¡Y los dos nos quedan tan lejos de esta isla...!

—Al general Balmaseda hay que encargarlo... —dijo el hacendado que Casimiro no acababa de reconocer—. ¡Que se mueran los que manchan el honor hispano! ¡Al diablo con ellos, muerto el perro y sanseacabó!

Casimiro se aletargó un poco mientras cerraba a sus espaldas la portada de la finca que no llegaron a cruzar los casi visitantes de esa mañana. Lo que decían era un sin sentido para él, así que para qué contarle a doña Trinidad. Solo el vozarrón de don Eulogio lo obligaba a escuchar cada frase con atención:

—¡Una buena colecta para un pistoletazo contra ese Prim es lo que se necesita! Los criollos de bien y los buenos españoles no podemos permitir que Cuba se pierda así, que nos vendan como si fuéramos La Florida o un arreo de vacas...¡-No! ¡Viva Cuba Española!

—¡Viva...! —Se le escapó a Casimiro, que se encogió de hombros cuando los de la calesa que ya salía de regreso giraron el cuello para observarlo, condescendientes.

Y fue allí, cuando lo vio de perfil, que reconoció en el rostro colorado y mofletado del visitante que creía haber visto antes al hacendado Juan Gómez de la villa de Santa Fe; la pequeña ciudad de los baños de aguas mineromedicinales. La misma villa de hoteles y dancitas, de chinos culíes y enfermos poetas fantasmas que deambulan en versos del aguador. La villa cura leprosos y tísicos donde no apareció la no menos fantasmal señorita Adelaida, prima de este Juan Gómez, que habían visitado hacía ya poco más de un mes, él y ¿cómo era que llamaba,

Casimiro, ah, ya, sí...?, el Marqués de Thénardier. ¿Ya te *arecuerdas* de eso, verdad que sí, Venancio?, se dijo sin poder evitar la sonrisa en medio de la preocupación. ¿Estarían detrás del señorito...? No, no debía ser por aquello, pero...

—¡Eh, *eto* igual que *etá raro muy mucho con cantidad*, doña Trina! —se dijo Casimiro en ensayo de lo que pronto debería contar a su ama, mientras la calesa elegante de don Betancourt con el calesero fino que él nunca llegaría a ser ni por asomo, dejaba de verse tras las altas hierbas de guinea en el primer recodo del camino.

Mariano Martí y Navarro, siendo celador de policía para el reconocimiento de buques en Batabanó, reconoció al catalán, apellidado Sardá, que de la Isla de Pinos traía en sus goletas cal y tejas para abaratar sus obras en La Habana donde era un importante contratista. Ya se habían visto allá por el año de 1862 cuando el valenciano fue nombrado Juez Pedáneo del Partido de la Hanábana y su pueblo del Caimito, en la jurisdicción de Nueva Bermeja y el catalán se había vecindado en Yaguaramas, Cienfuegos, con una recién fundada familia. En aquellos contornos ya se hablaba mucho del señor Sardá como un negociante de futuro y muchos contactos en el alto mando militar. Fueron presentados en la estación del tren y el valenciano le aconsejó no iniciar proyectos con hacendados de la zona porque casi todos esos criollos a la redonda eran corruptos y comprados por la proscrita trata negrera de esclavos. Y con él, que no supo por qué le tuvo fe apenas lo vio, mandó a Juan de Chinchilla, Señor Alcalde Mayor de la Jurisdicción de Cienfuegos, copia fiel de los inventarios de bienes embargados a los vecinos procesados por la Capitanía del Partido de la Hanábana con motivo del desembarco y desalijo de negros bozales por la Ensenada de Cochinos en el próximo y pasado mes de marzo.

Ahora José María Sardá, luego del estallido de la guerra, se había mudado con familia y posesiones a la pacífica Isla de Pinos desde donde estaba muy bien relacionado y conocía personalmente al Capitán General. El valenciano Martí continuaba siendo un hombre de carácter estricto y por eso mismo sin mucha suerte en la vida y los negocios.

A poco de que su primogénito fuera castigado a trabajos forzados en las canteras de San Lázaro, Mariano Martí, que continuaba de policía, pero ahora en el barrio de la Cruz Verde en la villa de Guanabacoa, viajó a Batabanó. Hacía solo unos meses que estuvo de celador en el puerto y creyó que ya nunca más iba a volver luego de esperar tanto por su relevo que demoró mucho en llegar. Bajó del tren y aspiró el aire cargado de sal mezclado con la humareda de la locomotora y un ramalazo de tristeza lo hizo sentir que iba a ser un viejo desdichado, que moriría sin comodidades en la vejez. Esa tarde se reunió con el catalán Sardá en la casa de huéspedes de la familia Pardiñas, donde tantas

---

veces habían coincidido antes. Allí le pidió ayuda, que intercediera para sacarlo del trabajo rudo de la cantera, por las lesiones y su deplorable estado físico, a la cigarrería.

—He ido a verlo recién fue trasladado para la cantera, a ponerle unas almohadillas que hizo Leonor, alivio de madre en los grillos, ¡y Dios...!, el destrozo que vi en mi hijo me dejó sin lágrimas, José María. Ayúdame a sacarlo de allí con tus influencias. Te pido que me salves a Pepe a si tienes que ver a tu amigo el Capitán General. Tú puedes hacer que lo pongan a trabajar en la cigarrería, que mi muchacho no está hecho para ese trabajo de pica piedras. Nadie, tienes razón. La cal lo ciega y mi Pepe es un estudiante aplicado que ganó todo lo que pudo estudiar por sí solo, con su buena cabeza para los libros. El maestro, ese maestro suyo don Rafael María de Mendive le sembró esas ideas en la cabeza, son esos libros franceses...

—Sí, Mariano, tienes razón. El país se está yendo a la ruina con la guerra en Oriente. Ahí tienes que las cosas comenzaban a marchar en Isla de Pinos y ya supe que se pretende disolver la Junta de Fomento Pinero. Han encarcelado al presidente don Carlos del Castillo, acusado de infidencia y le han embargado todos sus bienes como represalia. Está en plan que muchos de los inmensos gastos a que conlleva esta guerra sean sufragados por las grandes fortunas criollas que simpatizan con la independencia. Todo eso traerá más pobreza. Figúrate tú, Mariano, que ese maestro del que me hablas, sí, ese Mendive, también es accionista de la Junta de Fomento Pinero.

—Sí, Mendive, ese criollo, que dicho sea también ya ha sido desterrado, fue él quien premió a Pepe por su aplicación y bondad dándole pagos los estudios en su colegio y no le han dejado examinarse en su último año. Si hasta resulta que mi Pepe es poeta y le gusta el teatro. De ahí creo que le viene, de ese fervor suyo por el arte ha llegado su desgracia. Publicó unos versos en un periódico en los mismos días del caos del teatro Villanueva. El Capitán General Dulce propició todo esto con esa libertad de prensa y me disculpas, pero tu amigo Caballero de Rodas lo que recibió no fue la siempre fiel isla de Cuba, sino un polvorín en llamas. A mi Pepe esos versos se los están cobrando caro, muy caro.

—Los versos, Mariano, los poetas qué aportan a un país pequeño y sin industria, ¡Nada bueno! Solo alteraciones del orden, bravuconerías de salón y rebeliones, ¿acaso no tildan de poetas a esos hacendados de Oriente que se levantaron en armas? Es muy fácil hablar y empujar a la guerra, pero irse al monte... En la Junta de Fomento Pinero misma, sabes cuántos letrados hay, cuántos soñadores son accionistas..., hasta el escritorzuelo Villaverde, sí, ese Cirilo Villaverde que vive en Nueva York. Pero tú tranquilo Mariano que ya se le pasará a tu muchacho esa calentura. Espero que con lo que ha tenido que vivir ya le sea suficiente y no

---

vuelva a involucrarse más en estos líos. Una cosa es soñar con palabras y otra muy diferente vivirla, pobre hijo tuyo. ¿Pero cómo es que no me he enterado antes, Mariano? ¿Desde cuándo vives esta pesadilla hombre...?

—Yo estaba aquí en Batabanó, José María, ¿recuerdas? Y el muchacho se me fue de las manos en ese tiempo por la juntera en que andaba. Ese día de los sucesos del Villanueva en enero casi me quedo sin hijo y viudo. La madre fue esa noche bajo las balas a donde ese maestro Mendive y se lo trajo a casa. Casi los matan en la calle y yo sin saber nada. Me organizaba luego de dejar Batabanó y mi traslado a Guanabacoa. ¿Quién me iba a decir a mí, José María, que yo iba a pasar por esto? Yo en el ejército fui destacado y condecorado con un voto de gracia concedido por su majestad y el Congreso de Diputados por salvaguardar la integridad nacional, ¿sabías? En 1851, neutralizamos la expedición del venezolano Narciso López, por el rumbo de Vuelta Abajo; el pirata, que así lo llamábamos, pretendía levantar en armas a la isla y con la ayuda de algunos hacendados del Camagüey pedir la intervención de Norteamérica para anexarla. Lo emboscamos y dimos captura al malhechor que debió maldecirme en aquella ocasión puesto que muy pronto fue pasado por tribunal de guerra y muerto. Ahora ya ves, la vida me premia con un hijo criollo y separatista. ¡No es justo, Dios mío, no puede ser! ¿Acaso tú crees en las maldiciones...?

Él había sido uno de los soldados que arrebató con furia aquella bandera de listas azules y blancas que nacían de un triángulo rojo con estrella del asta en que ondeaba. La desamarraron en el suelo, irrespetándola, era bandera extranjera y pirata. Y delante del sedicioso y algunos de sus compinches, que aguardaban sentados en tierra y engrillados, se les arrugó la tela en un bulto como si de una sábana sucia y maloliente se tratara. Querían rasgarla en tiritas allí mismo en sus caras, rajarla con el filo de una bayoneta de fusil y luego ya en puro ripios hacérsela tragar al muy pirata. Otro soldado trajo la insignia de España y la desplegó en sus cariacontecidos rostros, besándola por los bordes. Otros pisotearon la bandera que traían para los criollos desafectos del Camagüey y de toda la isla; se burlaron todos. Sí, todos, pero él un poco menos. Él, que terminó doblándola tal si fuera un usado mantel de mesa para llevarla a su capitán. Era, junto a los prisioneros aún con vida y las armas capturadas, el trofeo de batalla. Entonces el pirata en jefe de la fallida expedición mercenaria, que los había estado mirando con el rostro de quien escupe por asco hacia algo o alguien, tragó un par de veces y asintiendo en un gesto marcial le agradeció por detener la afrenta; y después, apenas sin saliva repuso aliento con los labios magullados de golpes, y les dijo:

—Esa tela que hoy mancillaron como si fuera un vulgar trapo, quizá mañana..., ¡quizá no!, ya ese es hoy el símbolo, la bandera de todos los cubanos. También lo será de los hijos de ustedes si se aplatanan en esta isla. España no va a llegar al

---

nuevo siglo en estas tierras de América... ¡Viva Cuba!... —y allí se adelantó otro soldado, sin que él pudiera impedirlo, y propinó un culatazo en el costillar derecho al Narciso que lo dejó boqueando encima de uno de sus compinches igual a un pez fuera del agua.

—Sí, también yo tengo hijos nacidos de este lado del Atlántico, ¿verdad? —Dijo Sardá, condescendiente, con ese hablar más denso que tenían los nacidos en Cataluña.

A don Mariano el café se le enfriaba en la taza que sostenía con nervios y los ojos miraban fijo a Sardá, apremiándolo a que intercediera en su favor. El catalán, conmovido, no sabía cómo calmarlo.

—No me equivoqué contigo, Mariano, eres un buen hombre, quizá demasiado bueno para estos tiempos que corren —dijo Sardá y se le quedó mirando pensativo, en sus reflexiones y recordatorios.

Un hombre de su rectitud arrodillado en su orgullo, el mismo Juez Pedáneo del Hanábana que casi acaba él solo con su celo e integridad con el jugoso negocio del desembarco de negros bozales.

*Es un fanático de la disciplina, es insobornable y deben transferirlo con mucha urgencia antes que los perjudicados por los embargos y otros, lo maten en venganza y según me dicen, y él también lo ha hecho, cumple sus funciones y vive con un hijo que no llega a los diez años...* Fue eso lo que informó a personas que conocía en las altas instancias del Ministerio Fiscal. Bastaba eso, si querían que por esas costas continuasen entrando los benditos dividendos que por oficio y mérito ahora muchos recibían en mutuo acuerdo.

Aquella vez, creía haberle salvado la vida a ambos, pidiéndole al Ministerio un cese de su cargo como Capitán Pedáneo en el Hanábana. Ahora podía hacer algo por aquel niño que parecía haber heredado del padre, pero en otro rumbo, esa naturaleza *cuasi* romántica de imaginar el mundo regido por leyes y no por los caprichos del azar.

—He errado con mi hijo, eso siento. Me cuesta respirar y creo que es por tantos golpes que ya recibí en vida...

Y Sardá sintió que cometía la torpeza de indagar más:

—¿Y en tu casa cómo pasan...? Bueno, Mariano, es que me imagino cuánto sufren tus hijas y tu esposa todo esto... —dijo el catalán y cruzó las palmas de sus manos bajo la barbilla tras hurgar en lo más doloroso para escuchar de Mariano hasta el fin de su confesión.

—Leonor pide clemencia a diario, ahora de mañana va a postrarse arrodillada con las niñas en la puerta, a que la vea el gobernador y se conduela. Temo que la crean loca, pero ella insiste y está en todo su derecho de madre. Va con

las dos pequeñas y eso da grima, me mata verlas ir a llorar por el hermano y su hijo. Y cada día va con una carta donde ruega, con súplicas para que lo indulten o le conmuten la pena, no tenemos otra manera de convencer al gobernador que por otro lado lo presionan las circunstancias.

Mariano recordó cómo Leonor había llegado a hacer que pintaran su casa de rojo ladrillo y amarillo para estar a tono en el barrio con las casas más integristas de la ciudad. Una familia española, aunque con hijo sancionado por infidente, debía guardar hasta esos detalles. Todo por mi ahijado Pepe, lo que fuera no es poco. Fue un detalle que le sugirió su comadre Marcelina para que el celador del barrio lo hiciera informar y ganar puntos a favor de librar a su hijo. Pero de esto nada comentó Mariano, recordó cómo hasta las niñas pintaron la casa de los colores patrios de España para hacer la diferencia con la de los habaneros que ricos o pobres como ellos mantenían sus casas o mansiones de color azul o verde porque *diz* que es más fresco y alegre a este clima.

—En Isla de Pinos yo he sabido de casos parecidos al de tu muchacho, Mariano, que estando allá desterrados han recibido clemencia... —dijo Sardá y apretó los labios para no interrumpir más al pobre hombre que desnudaba su dolor.

—Y sí, José María, vamos a lograr que sea indultado porque cuando le hicieron Consejo de Guerra todavía tenía dieciséis años. Todo por cuentas de ese inspector que atizó el odio del Cuerpo de Voluntarios. Sí, y esa carta encontrada en la casa de los Valdés Domínguez que solo mi hijo firmó contra un compañero que se alistó en el ejército. ¿Por qué a él le piden seis años de presidio y a su compañero de clases Fermín solo seis meses? ¿Por asentar su firma? ¿Porque fue en el juicio un bocón? ¿Por esa obrita de teatro que publicó junto con esos versos en tiempo del general Dulce? Entonces era un menor de edad, y eso cuenta. ¡Eso no debía pesar en la sentencia, no es justo! Mi hijo es un niño romántico con alma de poeta. Está como espiritado por esos libros y su corta edad, creyó en esa maldita libertad de prensa y ya ves. Pero necesitamos que viva para que se enmiende. ¿No crees? ¿Qué me dices José María? ¿Podrás hacer alguna diligencia por mi hijo...? España no puede cebarse en los odios de sus Voluntarios, en el falso y exagerador patriotismo de la milicia que siempre conlleva a indignidades que no debiera permitir el ejército ni el gobierno civil, la patria no necesita de excesos en la bendita isla de Cuba para conservarla. Tanta atrocidad no puede repetirse acá, son nuestros hijos... Cuba siempre fue fiel, pero con estos maltratos y sangre y fuego se pierde, te digo que se pierde. Y a mi hijo tengo que sacarlo, mandarlo a Madrid a que estudie y se le pasen estas fiebres de juventud. A que se haga abogado como quiere Leonor. Todavía estamos a tiempo con ese muchacho. Ayúdame, José María y nunca tendré como pagarte eso, buen hombre.

---

—En ello estoy pensando, Mariano. El ofrecimiento de trabajos en el balneario El Progreso me debía bastar, pero no. Quiero ayudarte, amén de tener obras, y ya creo que sé por dónde vamos a empezar. Ánimo hombre, vamos.

Al valenciano se le anegaron los ojos en lágrimas y tragó en seco. Sorbió con desagrado el último trago de café ya frío. Y respiró hondo antes de concluir:

—Bien sabes que no soy de pedir favores ni conozco a alguien más influyente que tú. Si he venido es porque Ramón Miguel me ha insistido y también mi compadre Juan Martín, de ellos, ya te he dado sus cartas. Estoy enfermo y sin recursos, solo me quedan mis entrañables amigos que sí han hecho fortuna, ellos son mis garantes. No tengo nada que dar más que mi agradecimiento y mi palabra por lo que se pueda hacer por mi hijo. ¿Puedes hacer alguna diligencia por mi Pepe...?

—Vuelvo contigo a La Habana en el próximo tren, Mariano. Tranquilo hombre que algo se va a hacer, ya verás. Vamos cálmate, un poco de calma te hará bien. Bébetelo el café de una buena vez que va a hacerte bien un respiro...

—¿Vienes conmigo a La Habana? ¿Vas a perder tu barco?

—No hay vapor hasta pasado mañana, Mariano. Tenemos tiempo hombre. ¡Tranquilízate ya que me regreso contigo y mañana mismo me entrevisto con el Capitán General y ya veremos lo que se hace...! Lo que sea necesario. Ánimo hombre, que nos vamos en el próximo tren a La Habana.

El libro de Lenin era de tapas duras, cubierta con foto del líder soviético y páginas blancas de muy buen gramaje. Allí en las hojas divisorias de cada capítulo o entre las fotos, Carmen le apuntó muchos detalles descubiertos por ella en archivos y por gentes ya desaparecidas. Muchas de las notas son aclaraciones a partir de los propios apuntes del estudiante de Historia. Mandy acertó muy pocas veces a la hora de imaginar a la Nueva Gerona de aquel año de 1870.

—Tampoco logras captar lo grande que era ya ese joven que llegó atribulado de las canteras, renqueante y dolido, sí, pero jamás, fíjate bien Mandy —le decía Carmen muy seria—. Nunca vayas a creer que Martí odiaba. En su corazón no tuvo espacio para el rencor. Ya tenía el alma grande...

En otra página del libro soviético le dibujó un croquis de la casona de finca El Abra, indicando como en un plano de arquitecto la distribución de los diferentes locales. Le insistió mucho en que la construcción estaba inspirada en una masía, al estilo catalán, única en la Isla y quizá en toda Cuba. Sus apuntes ayudaron a Mandy a imaginar ese tiempo ido, cerraba los ojos y lo ya leído volvía en la voz de Carmen como la narradora fantasma de unos hechos

---



y personas que concurrieron en tan apartado sitio. Un museo que los niños y maestros en las escuelas de la Isla solían nombrar mal como: la casita de Martí. Aquel equívoco molestaba mucho a Carmen, incluso desacreditaba a la familia de finca El Abra pues fue desde siempre la casa de los Sardá. No la de uno de sus huéspedes, por más ilustre que haya sido luego. A Mandy repasar esos apuntes generosos de Carmen, en su caligrafía de maestra makarencó, imaginarle sus ojos de cigarra cuando inicia una charla lo hizo cada vez revivir el hechizo.

#### Apunte de Carmen: abril de 1980

José María logró que fuera transferido a la cigarrería en tanto corrían los trámites legales para el indulto por ser menor de edad cuando lo juzgaron. Al parecer hubo otros más que ayudaron a que la condena fuera conmutada. Lo de España creo que surgió después, lo primero era sacarlo del trabajo rudo y curarlo. Y mucho debió influir, sin duda, la insistencia de su señora madre doña Leonor que escribía cartas y tramitaba partidas bautismales y tocaba puertas a diario a pedir clemencia para su hijo en sitios donde había mucho clamoreo por la unidad de la patria, la integridad nacional. Y al fin, Sardá le acogió en su finca El Abra de la Isla de Pinos para que pudiera restablecerse la salud. En El Abra, al abrigo de las faldas verdes y marmóreas de sierra Las Casas, hospedó Sardá a poco más de dos meses de las Navidades del año 1870 a un joven enfermo, mísero y deportado que sería el hombre más grande de América. Pero el catalán José María Sardá no llegó a saberlo pues murió de angina y falla cardíaca en 1889. (Y no Mandy, me niego a estar de acuerdo con esa teoría tuya, tan cubana y actual, sobre las fallas cardíacas y el amor de mulata... Doña Trinidad era una mujer muy católica, piadosa, educada por monjas).

Otra vez volvía tarde a casa, después del último tranvía en la estación férrea del Villanueva. De regreso de casa de Mendive, el joven Pepe caminaba aprisa embutido en su gastado, pero limpio abrigo de alpaca, de estudiante pobre. Tiritaba de frío por la calle del Prado y allá veía bajo las farolas de la estación del Villanueva como relumbraban difusos y húmedos por la rociada los rieles del tranvía; iba con las manos en los bolsillos en ese enero con norte de 1869. Poco guarecían los portales, columnas y laureles de la calle Prado cuando del mar subía en ráfaga aquel aire helado y bramador que lo calaba en huesos y orejas y él resoplaba como mula recelosa, y veía humito. ¡Sí que hacía frío! Tiritaba apurando el paso. Imaginaba en casa a doña Leonor que vigilaba la calle San José tras la ventana

---

entreabierta, en puro nervio y friolera, sin decirle aún al esposo, que andaba de celador de buques en la playa de Batabanó, que el hijo ahora acostumbraba a llegar a altas horas.

—Cuando sigas haciéndolo, Pepe, tendré que decirle a tu padre. Mariano que desespera por venir a ocuparse de su puesto en Guanabacoa y no le llega relevo y tú, sabe Dios..., ¿en qué andas, Pepe?

—Tranquilícese, mamá. Todo está bien.

—No, Pepe, estos sobresaltos los tengo desde que leí esos versos que piensas publicar... Esa ley de prensa libre no va durar mucho y seguro que es una trampa. Una ratonera para ver quién es cada cual y lo que piensa. No, no confío. Y algo me dice que no recuerdas que tu padre es español y también celador de policía. Ya pensaste en eso..., ¿eh?

Esa noche respiró en tinta fresca la primera prueba del periódico *La Patria Libre* en la imprenta El Iris de la calle del Obispo. El olor de la tinta daba un toque embriagador y raro a sus palabras, las podía saborear, catar como a un buen vino y las sentía tibias, acogedoras como una sudada cabellera de mujer. Pisaba sobre los adoquines, y el tiritar a ratos le parecía que andaba afiebrado por el éxtasis de ser publicado. Al día siguiente entregaban el papel, luego se haría la colecta para el pago.

—¡Las mujeres solas en casa y el señorito de callejero, pero Pepe...! —imaginaba escucharle a Leonor, apretujada con estola que vuelve a asomarse.

Lejos, los faroles del alumbrado de gas hacía rato que fueron encendidos. Los habitantes de la villa de San Cristóbal de La Habana en noches de invierno se recogían temprano, afuera ya solo se escuchaban las voces de los centinelas que entonaban canciones en las fortalezas de la ciudad, los silbos, o algún sereno que cantaba alto y mal. Y esta noche casi ni eso, ¡qué frío...! Y su Pepe que no llegaba aún, iba a matarla del susto, la preocupación, a ese muchacho hay que cortarle las alas, ¿pero qué edad cree que tiene...? No quería hacerlo, pero ya debía saber Mariano sobre las últimas andanzas de su primogénito.

Mamá estará de guardia tras la ventana, imaginaba él casi llegando, sobreco-gido.

El traqueteo de un carruaje que dio vuelta en la esquina la hizo volver a asomarse, pero la calle estaba desierta, achicó los ojos y resopló ajustándose la estola para arroparse el cuello. ¡Por Dios!, ¿qué hacía Pepe dejándose coger estas horas por ahí...? De seguro ese carruaje que había pisado los adoquines hace un momento fue el de doña Adolfina. Sí, doña Adolfina que retornaba del Gran Teatro Tacón trasnochada de sus óperas. Una noche, esta mujer se resfriaba y perdía su voz con la que retaba a las cantantes italianas. ¡Ay, Adol-fina sí que no tenía que esperar por hijo ni un esposo!, dinero y ópera, festín y

---

vino, ¡qué mujer tan sola! Pensó Leonor, y también salir a la esquina de Escobar a esperar por su muchacho, abrigándose más de esa noche helada de enero. ¡Qué frío han de pasar en el monte los que siguieron a Carlos Manuel de Céspedes!, se dijo Pepe con cierto escozor en los pulmones, con coriza y ardentía en la garganta, y ya divisando la puerta de su casa en la calle San José. Al pasar vio como cerraban allá, a mediación de la otra calle casi en la esquina de Gervasio, la cochera de doña Adolfina, el calesero en su traje de lentejuelas y sombrero plateado relumbró como una espuela en la oscuridad. Presintió a la madre tras las paredes, somnolienta y esperándole. ¡A que mañana tú me amanece sin voz, Pepe, un poco ronco como esos cantantes de ópera!, le diría anudándole su estola al cuello y suspirosa. Ven loco, ¿no te das cuenta la hora que es...? Ella adivinó las pisadas ligeras tras la puerta y acto seguido el roce de unas suelas de zapatos que se limpiaban de lodo antes de entrar a la casa.

—¿Eres tú, Pepe?

Empujaba; abrían la puerta y...

—¡Mamá...!

Ya no podía quedarse dormido. Se desvelaba. Amanecía con los cuencos de los ojos adoloridos, resaca de cal y falta de sueño. Con un grito silenciado en mitad del pecho. Quería volver a casa, no despertarse más ya a punto de abrazar a la madre y estar en medio de otras respiraciones. Patria dulce mi madre, no hay palacio como el hogar, pensaba y, era la cárcel..., ¡pero, si estoy en Isla de Pinos! Despertar era una pesadilla mucho más cruel y creíble.

30 de octubre de 1870

La Habana

*Queridísimo Pepe: mis palabras, estas pocas, no van a decirte lo mucho que yo te echo en falta, mi querido hermano. Ayer, tuve un sueño terrible. Mamá y la Chata, que fui a visitarla, muy asustadas me dicen que es la proximidad del cumpleaños de Lolita y lo mucho que la echamos de menos. Y es que me he despertado a media noche y hubiese querido tenerte cerca de mí para abrazarte. Soñé, y en la pesadilla de mi sueño me mirabas en un retrato grande de esos que tú soñaste hacer como los pintores de San Alejandro. Y yo era una muchacha en ese retrato. Y mucho más grande parecía la pena con que me llorabas. Y mi retrato y tu tristeza estaban tan lejos de la luz de La Habana, y mi voz querido Pepe mío no alcanzaba siquiera a rozarte en un hombro. Era como si fuese yo un fantasma. ¿Es que iré a morirme como Lolita, sin volver a verte? No permita mi Dios que eso ocurra porque de solo imaginarlo en el sueño resultaba aún ya despierta mi*

*ahogo una posibilidad tan horrible como cierta que el corazón me dio un vuelco y por un rato dejó de latirme en el pecho. ¿Podría yo morirme así, sin verte nunca más, Pepe?*

*Busca en tu tiempo sin tareas y escíbeme aún si tengas que hacerlo con ojos cerrados que ya mamá te justifica con nosotras que no nos escribes porque todavía tienes tus ojos malos por la cal de las canteras. Pero yo sé que ya estás mejor y mucho vas a estarlo cuando me leas estas líneas que te hago de prisa y son como besos. Que estés bueno muy pronto. Consuela con tus palabras a tu hermana para que no vaya a cumplirse este miedo que consume el alma y corta la respiración de quien ya se muere mucho y cada día por no verte a su lado.*

Ana

*P.D. Mamá y papá te escriben, las niñas te envían miles de besos. Todas queremos de ti un retrato ahí en El Abra, sonriente y ya sin cadenas. Dispensa mi tristeza y recibe mi abrazo.*

El muchacho caminaba lento, rumiando sabe Dios qué recuerdos, guardándose, reservado, pero sin olvidar, agobiado por terribles pesadillas que vivió en propia piel. Soñaba hasta despierto con el niño Lino Figueredo, creyendo oír sus gritos de miedo; la risa sin cordura del negro Juan de Dios y la insondable melancolía del encanecido Nicolás Castillo, y todos los que allí fueron picapedreros de un destino sórdido.

Doña Trinidad que paseaba en brazos el desvelo de su hijo Domingo que entonces era de meses, lo escuchó más de una noche abatirse en cama, visitado por los demonios del mal dormir y las pesadillas. Recién llegado, ella deambulaba de noche por la casa con la criatura que según decían tenía el sueño trocado. En la sala una lámpara de petróleo alumbraba hasta bien tarde. Y desde la primera noche de aquel jueves en que arribó a la finca oyó decir a la negrita Dolores que planchaba ropas hasta bien tarde que:

—Ay, señora Trina, ¿sabe que el señorito habla *dormío*? —dijo Dolores per-signándose—. ¡Me sacó un susto anoche cuando yo pasaba frente a su puerta! Me asomé y lo vi revolcándose en la cama, yo creí que tenía un ataque, que había *cogío* un muerto por como hablaba y corrí a sujetarlo. Lo tomé así por los hombros, y le dije, ¡Señorito, señorito Pepe...! Y me abrió esos ojos tristes y muy grandes, y me abrazó fuerte, *rajaó* en llanto, señora. Primero estaba que ardía en fiebre, ¡caliente, caliente y en puro temblor...!, doña Trina y sí, en puro temblor que me contagió y casi la llamo a esas horas. Ya luego se puso frío, sudó

cantidad, y se quedó frío como si fuera cadáver y yo temblando aún, pero después se calmó un poco y se recostó. Quise darle un trago de la tizana que tenía a un lado de la cama, pero ya no pudo ser. Yo creo que nunca estuvo despierto, que aunque por un momento tuvo bien abiertos los ojos estaba aún *dormío*, dice Juliana que eso seguro fue que había *cogío* un espíritu de alguien muerto. Me dio un miedo después para dormirme yo... *Contimá* que esa noche habíamos visto las luces esas que salen *pa* allá en la loma y que dicen que son muertos que buscan sus tesoros *encondíos*...

Trinidad se persignó, movió la cabeza, apenada, y recomendó reforzar con tilo las tizanas del señorito.

—Eso fue una fiebre muy alta, tú sigue vigilándole cuando duerma, ¿de acuerdo?

Dolores asintió con los labios apretados, no contó que había perdido el sueño tras el susto porque la sangre se le entibió con aquel abrazo, que tras la tela húmeda del camión percibió el aroma de un sudor que no se le borraba de la nariz. Y tembló abracada por el señorito, un escalofrío de piedra le comenzó por los pezones y se atrevió a besarlo en la mejilla como a un niño cuando volvió a recostarlo en la almohada. Pero de eso, que duró unos segundos, no dijo nada a la señora ni a las negras de la cocina Juliana y Venancia para que no fueran a reírse de ella. *¡Ay, negrita zalamera que mal pensada tú eres...!*, se dice a solas cuando se descubre recordando el abrazo, el olorcito a hombre del señorito y todavía piensa: *¡Huy, pero rico fue...!*

Pero Venancia no precisa que ella se le confíe, con verla ya sabe lo que piensa en su cabeza. Es por eso que lo llama:

—Oye tú, María Mercé... ten juicio.

—Venancia, que mi nombre es Dolores, tú sabes eso.

—Por eso, porque yo sé..., yo sé, Venancia *ta* vieja y sabe...

Venancia es la más vieja esclava de don Sardá y conoce lo ocurrido con María Mercé, una parda clara que tuvo en alquiler el señor allá en Yaguaramas antes de casarse con doña Trinidad. Venancia sabe mucho, pero no suelta prenda a la señora de El Abra. Venancia acumula desde hace muchas navidades los aguinaldos que paga su amo, los guarda para comprar su libertad y ya vieja, morir emancipada y buscar en La Habana a la sobrina María Mercé, madre de Dolores. Que renegó de la criatura por salir oscura, y no más clara de piel que ella misma. Venancia sabía que María Mercé aprovechaba la soltería del señor José María Sardá para tenerlo en amores, y que soñaba casarse con él. Y tener hijos blancos, y una vida de prósperos negocios. Pero el catalán por ese tiempo solo quería hacer fortuna con sus proyectos de construcción. Era muy emprendedor, ambicionaba alto. Por ese entonces entabló relaciones con la hija de un criollo que era dueño

---

de un ingenio allá por el rumbo de Cienfuegos, pero la muchacha se enloqueció, nadie sabe el por qué. Nunca supo verdaderas razones. Se habló hasta de brujería de unos negros de nación contra la muchacha. Pero lo cierto fue que María Mercé para ese entonces ya se había ido a La Habana, decían que se alquilaba en las bodegas y tabernas del puerto, cerca del muelle de Luz, a los marineros que llegaban de la América y el viejo mundo. María Mercé se fue creyendo que había perdido al amo Sardá, se confiesa Venancia, y porque no quería a la negrita que había parido en vez de una criatura lavada de piel que pareciera blanca. Me juraba que era castigo porque solo se acostó en esta vida con blancos, por mucho que le pudiera atraer un negro. Y que solo se había acostado desde ya hacía casi dos años con el señor Sardá que le gustaba un potosí del Perú. Quería una hija blanca, así como le han salido los otros hijos al amo con doña Trina. Es que Dolores salió muy noche como yo, negrita igual yo, le dije a María Mercé y me dijo yéndose: ¡Pues ahí te la quedas tú...! Yo siempre he creído que el amo don Sardá encontró en doña Trina a la mulata que se había perdido con mi sobrina María Mercé, pero más santa y *educá* por monjas como si fuera blanca. María Mercé se lo ganaba *to* con él, pero solo encaramándolo que mira que eran gritones de puro goce. Por Dios, eran jóvenes; mi *señó* que es un amo bueno, y blanco como el que más blanco de España que haya *veníó* a Cuba, pero mulatero a morir. Tan mulatero como negociante son *tos* los catalanes, si *señó*. Y mi negrita Dolores tan *relambía* como María Mercé, ¡igualítica!, aunque la niegue a ella también como su madre. Y sí, no quiere que yo la llame así para recordarle que se le parece mucho a María Mercé, así tenga la piel más oscura, también es buena en eso de ser hembra *pa* los hombres. Nació con ese don..., o desgracia, vaya *uté* a saber qué.

*El Abra, Isla de Pinos  
27 de octubre de 1870*

*Madre mía:*

*Había temporal y se cortan los viajes al puerto de Batabanó por el mucho viento, pero ayer hubo un día hermoso. Tarde, anoche, ha entrado el vaporcito El Nuevo Cubano trayendo la correspondencia de La Habana, y supongo que me trae carta de U., máxime cuando han llegado a riesgo de las tormentas dos goletas y este mismo vapor la pasada semana sin que me llegara ni una letra. Si la hay y ruego por ello, la iré a buscar cuando lleve ésta que le escribo a Ud. Se ha fijado, Madre, en el nombre del barco, le juro que en verdad así se nombra y a nadie parece que le ha molestado. Vea que Cuba tan llena de curiosidades, o*

.....

*acaso es que esta ínsula no importa más al gobierno que como un moridero de hombres. Yo casi quedo ciego y muerto en las canteras por una carta que ni se envió. No me quejo, créame, que esto se lo escribo sonriéndome. ¿Y qué hacen mis chiquitas? ¿Por qué las niñas no escriben a su hermano el infidente? ¿Lloran mucho aún por su otra hermanita muerta? ¿Y U. y papá cómo sobreviven al dolor? ¿De qué fuerzas dispone el alma humana para resistirse a la muerte de un hijo? Ya ve que solo, y cómo me acorralan con sus dentelladas las preguntas que les hago, queman, ciegan más que la cal.*

*Versos, sí. Hago apuntes, palabras reverdecen como retoños junto con mi vista mientras leo, no mucho, y sí en calma divina. Amanece con tantos trinos de pajarillos y el rumor de un riachuelo nombrado La Magnesia que baja de la sierra con aguas limpias que ya vuelvo a sonreír y refresca mis dolencias. Cierro los ojos y vuelvo a mis días del Hanábana junto a papá con tanta naturaleza cerca de mí, son muchas las nostalgias. Pero temo olvidarme de todo y escribo notas para un libro. Tanto horror vi en presidio que cien años de vida no me alcanzan para contarle al mundo las historias que se me adentraron con cal en la carne y en mis ojos. Pregunta U. por mi infeliz pierna, tan llagada, que va cicatrizándose lenta, pero me curan bien. A veces pienso que si mi salud no estuviera tan quebrantada, tal vez hubiera intentado llegar a las filas mambisas. ¿Pero qué podría hacer en guerra un muchacho casi rengo, y con ojos lastimados? En el porvenir de la Patria sé bien que la utilidad no es el sacrificio vano. No se duela U. de mis ensoñaciones que acaso serán mi destino, de quién si no me viene esta vocación de darme a los otros. Y mi padre, tuve que verle con los ojos en cal viva para comprender su afán de justicia. La Cárcel me enseñó a ver detrás de donde atrincheramos la pobre alma humana. No me contenta eso, son ganancias inevitables que no se pueden comprar con oro. A Papá quíeránle, sonríanle para darle alivio que no hay cosa que humille más a un hombre que la derrota de sus sueños. Ojalá estas líneas les lleguen antes que Papá cumpla sus 55 años. Un abrazo le envió, solo eso. Mil palabras no me alcanzarían hoy para decirle a él, a U. y a las niñas cuánto les quiero.*

*Los reales me llegaron bien y los guardo. No hay muchas cosas en qué gastar aquí, a lo más un café en la villa; tampoco doña Trina permite que yo colabore comprando alguna cosa. Gracias a sus cuidados me voy poniendo bueno de los ojos y el tobillo que ya supura menos. Prueban en mí tantas hierbas y tizanas que cómo no sanar. Solo me falta mi familia y con tanto celo puesto sobre mi persona acabo por echarles más en falta, recordándolas.*

*No me dice U. nada de Fermín, si ha pasado a verlas y les dijo alguna nueva de cómo le va a Eusebio en España. Ni si podré con-tar con los dineros para*

---

*comprar la libertad de la muchacha que me sana. Dígame, madre mía, si abuso pidiéndoles tal cosa, pues bien sabe que todo he de pagar, y esto aunque no lo prometí más que a mí mismo no quisiera renunciar al regalo de esa sorpresa a Dolores que borra mis huellas de las canteras. Y su nombre hace que me recuerde de la difunta niña que jamás volveré a ver. Ya sabe que si me arrepiento de la Cárcel más que todo es por Lolita. ¿Se preguntaría ella alguna vez cuando la consumía la fiebre dónde estaría yo que no aparecía para mimarle desde que me llevaron los soldados? Y mi romántica Chata ha vuelto a verle, ¿se visitan alguna vez? Siéntense a conversar y resuelvan todo como una familia, ya sé, imagino con angustia cuánta falta les hago yo ahí y sufro. Quizá Manuel resulte ser un buen hijo para U. y mi padre. La Chata y Manuel se quieren y contra eso no hay poder humano, lo saben. Insístales a mis hermanas para que escriban un saludo, un beso con palabras a su hermano mayor que mucho las necesita.*

*Hábleme U. de la familia y de La Habana que por los periódicos que se reciben con atraso nunca se llega a imaginarla del todo. Aquí es como un país abandonado, sin teatros ni ferrocarriles donde recordarlos hace a uno creerse despierto en una pesadilla.*

*Quiérame madre, y no se guarde para si las penas que la afligen. Cuídese la vista, el ardor de mis ojos ha hecho que la recuerde a U. en sus costuras, tantas horas. Comparta con su hijo los pesares, deme a mí que soy culpable de su preocupación y lágrimas un poco de su carga. Toda si puede, pero ya sé que una madre nunca quiere eso. La abrazo con la vergüenza de no merecer tanto amor*

*su Pepe*

—Quédate a dormir aquí conmigo, mi niño —dice la mujer que lo abraza por la espalda cuando él acaba de anudarse el corbatín. Mira abajo y ve las piernas, muslos blancos trigueños por el vello y la penumbra.

—No puedo —dijo él mientras busca los rostros en el azogue del espejo empotrado en la puerta del alto armario—. Quisiera quedarme, pero ya es tarde y mi madre se preocupa mucho.

—Tu padre el celador te apura, ¿eh? Pero no sabe la señora que ya su hijo es un hombre —dice la mujer muy cerca de su oreja derecha provocándole un leve mareo que distorsiona el rostro de la dama en el azogue.

¿Quién es? ¿Doña Adolfina? ¿Acaso doña Micaela Nín?

Cierra los ojos, pestañea y quiere volverse, pero la lengua de la mujer le lame la oreja. Se acalambra todo:



—Espera otro poco —susurra junto con un aliento húmedo, abrazador, que le secuestra razón y sentido. La sangre, pedregosa, retumba en sus oídos, en el pecho y más abajo en el pantalón que cae hasta los tobillos.

—No, no puedo —repite él, como en letanía, sin saber que niega lo que ya es imposible. Y el corazón galopa, estalla la cabeza. Su madre va a salir a buscarle de noche, en medio de las balas como días antes. En su cumpleaños que fue la víspera no quiso, se negó a disfrutar de una ópera en el teatro Tacón. Mendive estaba en una fría celda del Castillo del Príncipe en ese enero que finalizaba. Iba a verlo siempre que podía con la esposa de su maestro y prometía ayudar, cuidar de todo, ocuparse en ausencia de su benefactor. Amenazaban con cerrar el colegio San Pablo como escarmiento. Y su padre le recriminaba por todo, lo veía a los ojos con rara mezcla de vergüenza, rabia y temor.

—Vas a matar a tu madre, mal hijo —le decía el padre con rudeza.

Y él no hallaba puerto seguro en la mirada temerosa de sus hermanas, hasta la Chata le imploraba que anduviese con cuidado por esas calles de voluntarios bravucones. Pánico había en los ojos marchitos de lágrimas de doña Leonor. ¿A todos traicionaba?

Las fiebres del cuerpo, la sed de la piel lo condenaban. Quería ver aquel rostro de mujer en el espejo, adivinar en las manos de quién eran los senos que lo apuñalaban por detrás como espadas al rojo vivo con ciega pasión de hembra.

—Quédate Pepe —insiste esa voz femenina en un tono familiar, pero distorsionado por la respiración, la sangre agolpada del deseo.

Y aunque quisiera escapar, salir en carrera a la calle, ya entran en túnel tibio, en bracerero, los pocos años de su cuerpo. Cabalga en vida y muerte, es un guerrero entre las piernas y esa fragancia marisquera de mujer. Es feliz como nunca, aunque se siente desfallecer cual moribundo, pero lo peor pasa a ser que no sabe, no puede saber quién es ese cuerpo de hembra que con mortal amor lo hace hombre. Y arde allí abajo, en su lanza de matar algo termina por desgarrarse con un poco de escozor y sangre que se coagula como plomo.

Huele a ciruelas maduras, a pulpa de caimito en la entropierna húmeda, pegajoso como almidón para buñuelos. ¿Quién era la mujer? ¿Adolfina o Micaela? ¿Acaso las dos...?

Otra noche de esas primeras, con las ventanas entreabiertas de su cuarto doña Trinidad lo vio cruzar al patio de enfrente con la camisa empapada en sudor y los brazos en alto, sujetándose la cabeza. A ella le había dado por asomarse porque sintió el alboroto de las pajareras, el revoloteo y entrechocar a ciegas de las alas contra las paredes de alambre de los jaulones y creyó que podría ser ese gato jíbaro que no atrapaban aún y ya había muerto unos azulejos y dos sinsonetes de entre los más cantores. O era ese majá de Santa María traga pollos que

---

otra vez burlaba a los perros. ¿Perros dormilones...?, se dijo. Y en ese instante de espiar a través de la ventana con cautela, por si era el gato o quizá el majá, casi frente a ella atravesó la oscuridad una mancha blanca, renqueante y nerviosa, sin rumbo. El camisón como una luz, en banderola. Doña Trinidad pegó un respingó, poco faltó para que dejara caer su lamparita de aceite al suelo, retrocedió ante la aparición casi fantasmal de su huésped, persignándose. Y con la mano libre apretada contra su boca que no sabe cómo enmudeció y no pegó un grito, que la oyeran allá en el cuartel de la villa. El muchacho había salido del cuarto en la esquina del cobertizo a la noche de luna opaca por nubarrones a refrescarse, sudoroso y agitado por un mal sueño. Y se quedó junto al reloj de sol, sentado en el suelo hasta muy tarde bajo las estrellas y la rociada. ¿Y los perros por qué no ladraban al muchacho? ¿Qué raro don tenía que iban como cachorros a lamer sus manos y olisquearlo tan mansos como ovejas? ¿Un muchacho tan lastimado e instruido en la ciudad que no parecía temer a los perros?

—Son las llagas, doña Trina... —dijo Venancia, muy seria—. Los animales saben, los perros son guardianes de San Lázaro y van mansitos a él que es hijo suyo. El señorito no alberga miedo, él es toda compasión. ¿No lo ve, usted?

La señora se agarraba en los dedos el crucifijo de su cadena en el cuello, incrédula, y dudaba por unos segundos de las palabras de sus esclavas viejas.

—Yo lo dije desde que llegó el señorito Pepe, que el negro Saturnino sabe cortar las secas como *naide* por aquí. El señorito camina así porque la llaga del tobillo le hace secas en las verijas y eso da fiebres de noche. Pregúntele usted doña Trina y ya verá... Yo sé bien lo que duele una seca cuando se revienta y como tumba el pie. Si dan ganas de morirse el dolor de las secas, yo sé bien eso.

—¡Ustedes siempre me salen con cada cosas, negras! Mejor, qué apuren ese café a ver si me despabila que no tuve buena noche yo tampoco. ¡Ay, mi Dios! José María ya va a hacer que lo vea un médico en Nueva Gerona, no me digan más que ese negro tiene mejor remedio haciendo cruces con un machete en la tierra.

—Bueno, doña Trina, hay medicinas de Dios que no la saben los blancos y los doctores, y *uté* sabe eso, por Dios Santo —dijo Venancia muy seria y convencida de lo que ella decía para el bien del señorito. Saturnino podría aliviarlo mucho, deje que vaya a verlo, que sé que si lo cura un poco. Si e una seca, Saturnino se la corta y ya. *Ná* cuesta que vaya a ver a Saturnino, que pueda ser que no sea, ¿eh?

Y asentía en un murmullo de oraciones. Las cocineras agradecían que las escuchara a ellas también que deseaban la cura del muchacho.

Después a media mañana doña Trinidad lo requería con suavidad:

—El sereno no es bueno, Pepe. ¡Vas a acatarrarte...!

Entonces sin convencimiento sobre ella, él le negaba su padecer esquivándola agradecido, con respeto.

—Estoy bien, doña Trina. No se inquiete usted, por favor, que hace con su preocupación que recuerde más a mi madre. Estoy muy bien, de verdad. El agua de pétalos de vicaria y llantén me ha refrescado mucho la vista. Ya me cansa menos leer y no lloro de ardor en los ojos. Qué rico desayuno. Gracias.

Y unos días después, viéndolo caminar ya mejor por la cochera cuando venía con los hijos del cuarto de lecturas y hablando en inglés con la profesora Nora, los interrumpió por la agradable sorpresa:

—¡Me prometí que curarías, Pepe! Y no solo la apariencia y ese tobillo terco que tienes. Me ocuparé de que Dolores triplique sus cuidados y los ungüentos y ya veremos si te resistes a sanar, ¿está bien?

—Pepe es un cabeza dura, doña Trina, es una lumbrera, pero solo quiere saber de París este *franchute* habanero —dijo Nora, y sonreía admirada de lo inteligente que era el muchacho—. No quiere creerme que en New York está el futuro, que es la ciudad ya más importante del mundo. Y aquí entre nosotros —y moderó el tono de voz como si anduviera por la principal calle Pinillos de la villa o a la salida de la iglesia donde pudieran escucharlo gente que no convenía—, le digo que Cuba va a depender mucho de lo que se decida en Estados Unidos. España, sin rey y sin república, ¿qué país es? España ha envejecido y Norteamérica es el progreso, el desarrollo. Una nación joven y pujante. Vivir para verlo, ¿eh? Ah, niños —les advertía muy seria mirándolos a la cara y sin dejar de abanicarse en el cuello—, de lo que me oyen a mí nada de esto deben comentar con nadie y menos que nadie con la señorita Blanca Pantoja que esa nos manda a presidio sin chistar. Que entonces sí que me hago una anciana en esta isla... *Oh, my God!*

Y siguió risueña, camino a la cocina rodeada de los niños para la merienda.

A Pepe le agradaba Nora, y ese acento neoyorquino para pronunciar su inglés y repasar el suyo ya sin práctica; apreciaba su conversación de mujer que ha visto mundo y veía la realidad desde tan alto como ese puente colgante que uniría la isla de Manhattan a Brooklyn y del que les habló muy entusiasta esa mañana. Pero no estaba cómodo con todas sus opiniones sobre el porvenir de una Cuba yanqui. Nora resultaba muy anexionista para su gusto, tan bilingüe que se olvidaba de sus raíces hispanas. Esa mañana además de hablarle del puente de New York y Brooklyn —Nora no decía nunca Nueva York y él esperaba en cualquier otra ocasión oírla decir New Gerona—, les había ejemplificado cómo a su buen ver el futuro y la civilización del continente pasaba por la industriosa influencia y el capital yanqui. Le habló de esas pequeñas aldeas de la América española donde la migración de colonos norteños había llevado progreso y bienestar. Pepe recordó la hacienda que visitara en Honduras Británicas junto a su padre cuando

---

era niño y la satisfacción de don Mariano por la organización y funcionamiento, por la constancia laboriosa. Nunca vio tanta leche y variedad de quesos más que allí, y cultivos tan saludables, jardines tan floridos y parejos en su cuidado ahí al borde mismo de la selva. Aquella propiedad no podía compararse con El Abra, ni con todas las fincas del Hanabanilla donde siempre se respiraba atraso y haraganería, y todo dependía del trabajo esclavo. En cavilaciones andaba por su memoria y análisis cuando Nora, como si diera un portazo más con esos juicios de mujer sofisticada, le habló de un ejemplo más cercano para todos.

—Anda si puedes un día a Los Colonos y mira cómo viven esos morenos libres de San Agustín de La Florida —le dijo envuelta en una sonrisa amplia y satisfactoria de no saberse equivocada ni en un ápice—. Son negros y vaya si da gusto ver lo que han construido allí. Si no han logrado más es por falta de recursos y por la escasez y el abandono de esta isla que también les afecta. Ah, y dicen que ya un ciclón en 1844 les arrasó con todo lo que habían logrado esos floridanos. Ya quisiera la villa de —y volviéndose hacia Pepe, dijo con marcado acento y sonrisa—, New Gerona tener la mitad de lo bien organizado que está aquello en ese barrio. ¡Las buenas influencias, Pepe, son el progreso! Pregunta a nuestro amigo el señor Bellido de Luna que de seguro te tiene buenas nuevas. España insiste en desangrarse con Cuba en una guerra que ya antes perdió en toda la América, ¿para qué? España, que ahora mismo no tiene ni rey ni república, ganaría mucho más por el tiempo que le queda acá, pues vendiéndole Cuba a los Estados Unidos. Todos ganan si por fin eso ocurre.

—¡Cuba lo que necesita y por lo que lucha es por su independencia! —Dijo Pepe, en un tono radical y muy serio—. Cuba quiere ser una república y no depender jamás de otro imperio. ¿Cómo podría el pueblo cubano gobernarse con las leyes y la política de otro país que habla hasta otro idioma y que tiene la mente tan fría? Donde va el corazón no puede ponerse una alcancía.

—¡Ay, este poeta insurrecto...! Me recuerdas tanto al triste de mi esposo que ahora se muere desengañado. El presidente Grant ha prohibido las expediciones armadas para Cuba, ¿me quieres decir cómo va a ganarse esta guerra sin el apoyo de Norteamérica? Anda tú a ver a los floridanos, si por ser más prósperos han dejado de ser cubanos. Y luego hablamos que ya demoré mucho, ¿sí? Me voy a New Gerona, donde mi amado Míster Leopold, *by, by...*!

Pepe, cejifruncido por el comentario alegre y de verdad aparente, casi rotundo de la profesora Nora, se retrasó para escuchar órdenes de doña Trinidad sobre sus curaciones. ¡Un día de estos en que Sardá estuviera para La Habana debía convencer al calesero Casimiro para que lo llevara a ver Los Colonos! ¿Sería tan diferente de la villa y esos floridanos valdría la pena ir a verlos?

---

Una vasija cayó al suelo allá en la cocina y su retumbar metálico se escabulló por el pasillo que unía el doble cuerpo de la casona, similar a un perro pateado que aúlla de manera exagerada. Los tomeguines enmudecieron sus trinos en la pequeña jaula de güines a un costado y sobre la puerta de su cuarto. Todavía doña Trina no le decía todo sobre sus curaciones a la negrita, y ahora le insistía también a él que se le acercaba:

—La inflamación, Dolores me ha dicho que ya casi desapareció, ¿no me mienten?

Y ellos movían las cabezas a los lados, negando, y sus gestos lucían ensayados, hacía sospechar no sabía qué a la señora de El Abra.

—¿No me engañas para que me tranquilice? En verdad, te alivió el remedio de ese guardiero; me dijeron que el negro Saturnino corta las secas con un machete haciendo cruces en la tierra y humo de tabaco. Ha de ser remedio de Dios, si hacía la santa cruz, digo yo. Bueno, pues ya veremos si te pones bueno de una vez.

—Si me permite, doña Trina, voy a la cocina que desde aquí ya siento el café, ¿me disculpa usted?

Lo dejó seguir, sonriéndole. ¿Qué ocurre aquí cerca de mí que no me acabo de dar cuenta...?, pensó Trinidad Valdés y tragó saliva para quitarse aquel repentino picor en la garganta que le ocurría cuando no sabía en cuál dirección la debían llevar sus pasos. Lejos, del cuarto llegó el llanto del niño Domingo y entonces con un gesto de cabeza y labios indicó a Dolores que parecía muy nerviosa que se ocupara ella de ir a cambiar los paños y consolar el gemiquear de su hijo más pequeño. Fue a ver a Casimiro que comenzaba a enganchar el caballo a la calesa para llevar a la profesora Nora hasta la villa. Y la espiaba desde ayer, el calesero procuraba un momento a solas como si quisiera decirle todavía alguna cosa.

—Casimiro, dime, ¿qué más dijo ese Saturnino de la dichosa seca de Pepe?

—Bueno, lo santiguó con sus rezos y con el machete haciendo cruces en la tierra, ya se lo dije ayer y el señorito salió andando que parecía magia. *Uté* ve eso y e que lo puede creer, doña. Pepe, el señorito Pepe, tiene que ir dos viernes más a su bohío para poder curarse completo y...

—Habla Casimiro, ¿qué fue lo que no me dijiste tú ayer, eh?

—Es que no podía decirle delante del señorito y las mujeres de la cocina, doña Trina. *E* una cosa que da vergüenza, *uté* discúlpeme ahora, ¿quiere?

—Pero qué es eso, ¿por qué tanto misterio y melindre, negro?

El calesero culminó de estirar y apretar los arreos del caballo a la calesa y se acercó con la cabeza baja para cumplir con su deber de contarle todo lo referido al señorito Pepe:

---

—Saturnino le dijo que debía reposar mucho y no hacer por gusto caminatas ni subir la loma. Reposo, y más que todo reposo de hombre, ¿*uté* me entiende? ¿Ah, no...? Pues de cosas de hombres, *naita* de mujeres.

—Pero..., ¿Pepe frecuenta mujeres de esas en la villa? —y se persignó muy rápido con el crucifijo en los labios y los ojos muy abiertos—. ¡Tú, negro sinvergüenza lo llevaste a la casa de esa tal María de las Yaguas y sus hijas! ¡No puedo creer que te atrevieras, Casimiro...!

—No, no. Es Saturnino para advertirlo, ya sabe. Le dijo que ni gallinas ni puerkas y el señorito se puso *coloraó muy mucho* cantidad. Hasta yo, a mí me dio vergüenza, doña, yo no soy lo que me dijo *uté*. Pero Saturnino dijo que él ya era viejo, pero que se *arrecordaba* muy bien cómo e la sangre de los muchachos que están aún sin casorio, que son potros *desmandaos*. Dijo que no podía en estos días ni tocarse su hombría, que *naita* de embullos ni calenturas de sangre de ese tipo. ¿Sabe *uté*...?

—Ah, nada de onanismo. Ya comprendí, cero pecado —dijo Trinidad ya con voz serena y respiró hondo antes de suspirar para regresar a la casona y verificar que anduviese bien la merienda. La criatura en paños secos, y alimentada. Besó el crucifijo y asintió agradeciéndole al calesero la información, y parpadeó como disculpándolo por lo mal que había pensado de él.

—¡Cero pecado...! Doña Trina, ya se lo dije, perdóneme *uté* a mí si la confundí. Yo ni sabía cómo iba a contarle de eso, pero como dice siempre que *to e* por el bien del señorito Pepe, ¡sí...!, y mío también es que yo debo contárselo *toíto*. Ya..., fue eso. ¡*Ná*, y de lo otro, por esta! —y se besó los dos índices en cruz con sus bembos gruesos y sonoros—. Yo nunca voy *pa* el rumbo de la casa de esa tal María de las Yaguas, ¡*ná*...!

—¡Más te vale, Casimiro, más te vale...! Que si me entero te mueres haciendo ladrillos y tejas...

El calesero negó moviendo la cabeza a los lados con desespero, y volvió a besarse los índices en cruz, con la vista allá al otro lado del río. Y sacudió las manos como si así espantara más lejos la amenaza del trabajo rudo en el tejar de Brazo Fuerte.

Entonces ella retornó de prisa por el sendero, y todavía asintiendo Casimiro la perdió de vista entre la casa y el cobertizo. Iba a decirle él mismo a la profesora de inglés que la calesa ya estaba lista para salir a Nueva Gerona, en un momento. Allá seguro habían preparado una naranjada o café para despedir a la profesora y a él, pobre negro de *muy mucho* apetito ni le avisaban, se dijo el calesero y marchó a la cocina con un incontenible brote bucal de saliva. ¿Tenía ya mucha hambre de esa o fue la otra hambre del pecado cuando escuchó mencionar a las hijas de María de las Yaguas? Se alisó el pantalón, dos veces, sacudió las malas

ideas de la cabeza e imaginó unas frituras en almíbar o ese dulce de leche multo cuajado en ese azúcar moscabado melcochoso y que Venancia no paraba de hacer en los últimos tiempos con la leche que se cortaba para complacer al señorito Pepe. Tragaba, aspirando hondo en el aire, a ver si adivinaba lo que daban de merienda esa tarde en la finca. ¿Se acordarían de Casimiro el calesero, eh? Y mejor iba él mismo a avisar a la cocina y ver si así no se olvidaban de brindarle:

—Doña Nora cuando *uté* quiera irse a Gerona ya *etá* la calesa *aprepará*...

—dijo en la puerta del comedor y en la mesa todos rieron porque ya se esperaban que apareciera. Y Venancia señaló para los fogones de la cocina con los brazos en jarra.

—Allá tienes lo tuyo, negro. Junto a los fogones *etá* tu raspa, ve, y no vayas a comerte también el caldero.

Y él iba, complacido de que no se olvidaran de él, y murmuraba conmovido por el cariño:

—La *comía* e lo mío, ¡y si hay raspas de los dulces *pue entoavía* más rico!

Trinidad no se conformaba con la mejoría de Pepe y a la hora de acostarse le hacía preparar cocimientos de hierbas apaciguadoras, casi siempre una tizana de manzanilla con mucho tilo. Necesitaba dormir bien y en santa paz, como un ángel, para que siguiese por buen camino su cura.

—La manzanilla bien endulzada que el tilo amarga bastante. Y compresas de otras hierbas, Dolores, como el llantén con el cogollo de túa túa para la cicatrización de ese tobillo que me dices funcionó muy bien en su ingle después de esos raros remedios de Saturnino. Dios me ampare que yo no creía que eso fuera a dar resultado, pero como Venancia le tiene tanta fe a ese Saturnino y sus santos negros... Dios me ampare y reciba confesa.

Las magulladuras, recuerdo del grillete, se empeñaban en supurar. Una vez le dijo a Dolores mientras lo curaba que aún despierto se sentía la mordida del grillete en el pie.

—Pero se hace nada mi dolor cuando me curas, Dolores —dijo una mañana con los ojos llenos de lágrimas y la negrita pensó que debería poner más cuidados en sus ojos maltratados por la cal viva en la cantera, pero entonces él le confesó—: Te llamas igual que mi hermana más pequeña, la niña que se nos murió al final de agosto. Dolores y la llamábamos Lolita. Pero tú...

—¿El señorito está temblando? —dijo Dolores y quiso retirar las manos.

—Tiemblo, sí, me descubriste —dijo él con la voz entrecortada y le acarició las blancas sonrosadas palmas de las manos a la negrita y ambos parecían contenerse de mil suspiros—. Dolores, mi dolor de pronto se hace liviano, desaparece cuando me rozas las llagas con tus manos.

---

Y a Dolores le volvían los escalofríos, un voraz apetito por el joven blanco, le sudaban las manos y las axilas junto a un hormigueo en los pezones por querer abrazarlo de nuevo. Apretaba los muslos, suspiraba a medias y se obligaba a pensar en el agua fría del manantial que venía de la montaña entre cafetos, mangos y caimitos al aljibe del patio. Frotaba con suavidad, a punta de yema de dedos el sinuoso surco de sangre cuajada en la espalda del señorito Pepe, la piel crucificada y seca que volvía a la vida tras el masaje. Lo dejaba allí cubierto de hojas de salvia, de hojas buenas para desbaratar el verdugón, la carne zanjada por el cuero del látigo que lo despabiló en las canteras, el día en que el niño Lino Figueredo se apoyó en su hombro porque no podía sostenerse en pie. El ancho cajón cargado de cocó fue a parar al suelo y rodaron las piedras en ese camino estrecho y lleno de recodos por los que mal pasa un hombre en las excavaciones de las canteras.

—Señor, yo estoy malo; casi no puedo andar.

El brigada apaleó a Lino por decirle que se creía enfermo, que no se podía menear y tenía aquel cuerpo de doce años lleno de manchas por la viruela.

—¡Ay, señor...!, gimió el muchacho desde el suelo y no sé, doña Trina, si decía señor al brigada de su cuadrilla o clamaba a Dios ya sin aliento.

Y cuando él fue en ayuda del huérfano de doce años que se había desplomado y no tenía culpa probada más que apellidarse como el que daban por autor del himno insurrecto de Bayamo vino a la carrera un cabo de vara. Y le pegó un puntapié en las costillas no fuera a ser fingido el desmayo del muchacho. Y el bravucón se encolerizó más cuando lo vio de rodillas a él tratando de revivirlo, levantándole la cara pálida y cadavérica de la tierra blanca. Y no bien escuchó las blasfemias del apaleador, el ruido de las cadenas de tantos hombres hostigados y aturdidos que se hicieron a un lado imaginó su castigo. El cabo con un látigo y mucho odio le descargó fuerte en la espalda.

—Y eso fue Dolores, como cuando un trueno estalla en el cielo y relampaguea detrás de ti. Así, yo creí que me había rajado la espalda en dos el dolor. Aunque sentí uno solo como de ida y vuelta el rayo. Ya sé que hay infiernos en la tierra, la cantera es uno...

Allí, tras el velado naranja y líquido de los ojos cegados por la cal y el dolor orgulloso que no grita, ve como si fuera a un fantasma a otro cabo nombrado Jacinto que se reía vengativo. Ese pícaro que buscó siempre en vano por su visto bueno a una zarzuela desvergonzada de su composición, inspirada en esas mujeres que atienden complacientes los cuerpos de guardia. ¡Qué te aproveche, escritorzuelo decente!, dice o solo parece que le dicen los ojos del tal Jacinto o como se llame ese mercenario palabrero que prostituye con la literatura. Y una arcada de la bazofia que almorzó en una tina de madera, acucillado un par de

---



horas antes le viene rancia y ácida al gástrico, el vómito queda al sol mientras él se retuerce de rabia y congoja. Y soporta un ay terrible que muerde con dientes y ojos cerrados, las manos aferradas a la madera del cajón. Como puede, ya sin ver a Lino desfallecido, se incorpora con la nuez de Adán que lo asfixia a mitad de garganta. Pero no grita y vuelve a ver sobre las piedras y el sol que los calcina el montoncito de arroz picado con patatas agrias que acabó de arrojar su estómago. Piensa en los huesos raspados y hervidos del almuerzo que royeron como lobos sin caza, carroñeros; imagina los huesos de la espalda, sus costillas raspadas y sin carne como las que apenas si comió con asco, ahora cuarteadas por el azote del cuero atronador. Y se retuerce de ira contenida.

El cabo recogió el látigo diciéndole con brusquedad mientras el samaritano apartaba el rostro aún con los dientes apretados para que no le viesan las lágrimas:

—¡Anda! Ahí tienes para que te sigas haciendo el médico y el cura. ¡Tonto que vas a contagiarte también!, así me dijo y escupió con asco de mi compasión. ¡Tú no vales para cabo de vara que mañana iba a ser tu turno! ¡Tú eres flojo niño, ya le dije yo al brigada que me diera el turno tuyo si no quería que fuese día de descanso!

Aquel día, tras un velo de lágrimas, rabia e impotencia comprendió a los que se dejaban caer de las alturas, simulando un accidente, para que les sacasen de la cantera unos días o para siempre. ¡Cristo, Cristo...!, farfulló entre dientes dándose fuerzas, resignación y suerte para seguir adelante con la carga de su madero.

—Y eso, doña Trina, me lo decía el cabo porque ese puesto de cabo de vara se rotaba entre todos los que eran blancos y es un cargo que envilece y hacía creer poderoso al caído en ese moridero. Y yo solo pedía al cielo un aguacero que me refrescara el cuerpo y la sed, un chaparrón de lluvia como estos que deja la tierra húmeda y olorosa. Una lluvia como las ocurridas por mayo que fueron casi a diario y que durase más de media hora para que detuvieran las labores y pudiéramos guarecernos a descansar un poco bajo las excavaciones de las piedras, en los boquetes de cocó y cascajo caliza y rezando porque no se derrumbaran con nosotros dentro. ¿Yo, cabo de vara...?

Había ocurrido varias veces, que tras un aguacero fuerte y repentino los reos se refugiaban en un boquete o boquerón abierto en las laderas, donde se excavaba el cocó blanco: pequeños túneles que servían como cuevas. Y de pronto el deslave provocado por las aguas que venían abajo, correntosas y desbocadas, en un alud de agua lechosa provocaba el derrumbe en alguno. No todos estaban apuntalados, ni bien hechos. Y allí quedaban enterrados en vida, y otros asfixiados, los sacaban a pico y pala, muchos muertos ya. Aparecían los grilletes y jalonaban ya sin esperanzas por el desdichado.

---

—¡Ah...! ¿Qué no querías ser cabo de vara? ¡Pues listo, este debió ser cura y no laborante!, y se rio de lo que decía él mismo mirándome con mayor desprecio que a un perro sarnoso. Parecía no tener nada ese hombre latiéndole en el pecho. Tampoco el médico del hospital que había mandado a Lino de regreso a las canteras certificando que ya estaba sano. Pero peor que todos los días, doña Trina, fue ese primer amanecer que vino mi padre a verme. Se arrodilló ante mí a ponerme unas almohadillas que hizo mi madre para que me molestasen menos los grillos. Ya era tarde. Puso como pudo los vendajes en las aberturas purulentas, mezcla de sangre y polvo, y mi padre rompió a llorar abrazado a mi pierna, de rodillas en la tierra como un penitente ante mi horror. La tierra con mi sangre y sus lágrimas de padre que no puede hacer más. ¡Día amarguísimo aquel! Más amargo que si ese cristal de sábila que pone Dolores en mi llaga lo tuviera aquí saboreándolo en mi boca. Tampoco cicatrizo de aquel día y ya ve se los cuento, pero no sé odiar. Ya es hora que vaya haciendo estos apuntes para ir sacándome los del alma y de raíz dejarlos puestos en papel. Todavía así, pudieran ayudar a que se divulgue la verdad de lugar tan siniestro quizá ignorado por el gobierno de ultramar.

Y doña Trinidad y la negrita Dolores se miraron con brillo en los ojos de escucharle esa historia de las canteras.

—Pero no deben preocuparse ustedes, nunca. ¡Jamás saldrá de mí una palabra sobre El Abra y ustedes que les puedan traer represalias o el más mínimo mal! Bien sé yo el enorme riesgo que hago correr a don José María con mi presencia acá. No seré yo quien conlleve pérdidas económicas ni embargos con mi fatuo y peligroso agradecimiento. No hay palabras para tal, y a mí me bastará con pensarlas, solo con Dios. Él, su esposo don Sardá, es juez y parte de un sistema macabro y tiránico que yo con mis pocos años no pude combatir, y a él le debo respirar aún. Pero un día llegará tras otro y...

¿Y su José María sabía de esos horrores?, pensó ella con la cruz del Jesucristo de su rosario entre los dedos, muy nerviosa. Respiró hondo, despabilándose. La vida solía ser tan complicada cuando se le mezclaba con la política y lo que parecía bueno y legal para unos resultaba trampa mortal para otros.

—Mejor ya no te acuerdes de esos días, Pepe —dijo doña Trinidad y Dolores, agachada, continuó frotándole con suavidad sobre la llaga del tobillo el cristalito de sábila—. Pero mi esposo te sacó de allí a la cigarrería, ¿verdad? Él me lo dijo que fue y te sacó, que en La Cabaña hay más descanso y limpieza.

Él asintió avergonzado de la pena de doña Trinidad por él y por los que se quedaron en la cantera. ¡Seis meses en aquel infierno blanco que pasaron como si fueran largos y lentos años! A don José María Sardá él le debía mucho, sí, pero su esposo era el mayor beneficiario en aquel rudo trabajo de hacer dinero con

---

pedras. Igual España estaba lejos para saber la verdad de El presidio político en Cuba. El día que fue y lo llamó por su nombre completo y poniendo una mano en su hombro como hace un amigo le dijo que dejara el cajón de cargar piedras para el horno de cal que se iba con él. Y entregó al oficial la orden del traslado para la cigarrería departamental. Esa mañana de milagro, él, más que ver, pudo percibir cómo el brigada estuvo silencioso y los cabos de vara sin dar palos ni látigos comportándose como buenos. ¿Igual España no sabía o no quería saber? Que en Cuba se dicen cosas que no se hacen bien y hacen cosas bárbaras que nunca nadie dice y entonces es como si no ocurrieran nunca. Infortunio insular..., ¿acaso saben en La Habana y Madrid los disparates que ocurren en esta Isla de Pinos? Menos...

—*Las leyes desgraciadamente se humedecen, debilitan y aun se borran atravesando el inmenso Océano, y a ellas se sustituye la voluntad del hombre, tanto más terrible cuanto más se complace en los primeros ensayos de su poder arbitrario, o en su antigua y consolidada impunidad.*

—Y eso que casi recitaste, ¿es tuyo Pepe?

—No, doña Trina. Así decía el padre Félix Varela cuando fue diputado de Cuba en las Cortes en el año 1823.

—Pues qué memoria, hijo. ¡Qué memoria tienes tú...! Doña Leonor lleva razón contigo y debes hacerte abogado.

Pepe suspiró; mucho o poco podría explicarle a doña Trinidad. No deseaba indisponer su bondad cristiana con los negocios de don Mariano. Nada lograría desde aquel fin del mundo, se dijo, y mientras iba al cobertizo a descansar un rato, murmuró para sí:

—La verdad anda y yerra con grilletes, por túneles oscuros que se desbarrencan con lluvia, con la misma lluvia que también puede calmarte la sed. ¿Qué sabe la sociedad civil de lo que amordazan bajo su mando los militares en su afán por cumplir órdenes? ¿De qué patria hablan los Voluntarios con ofuscada españolidad y sin ser cubanos de raíz cuando marchan y apedrean cualquier opinión nueva y libre? Hacer patria es otra cosa muy diferente, patria que nace de las ideas y no se deja imponer por la fuerza.

*2 de noviembre de 1870  
El Abra, Isla de Pinos*

*Hermanas:*

*Para nombrarlas una a una omitiendo a la niña aún me tiembla la mano y algo peor que la cal viva arde en mis ojos que ya nunca más la verán en busca de*

*mimos y una historia para dormirse de boca de su hermano mayor: su Pepe. Hoy cumpliría cuatro añitos mi párvula y fiel difunta, ya he asistido a misa esta mañana con doña Trina y recé oraciones por Lolita. También por Pilar. A ellas, como a mi pequeña Antonia y a ustedes sé que les gustarían mucho las historias que tengo para contarles de esta isla donde tanto y tanto llueve, y pasan ciclones sin que allí en La Habana se tengan noticias siquiera o importe algo de lo que aquí ocurre o no. Antes de ser yo enviado acá, ¿sabían ustedes de la existencia de esta isla? No, solo los piratas y los pineros que son bien pocos. En esta isla casi nada acontece en verdad, ¿pueden imaginarse que en Nueva Gerona, una ciudad que hace llamarse tal, además de los deportados no hay ningún teatro ni ferrocarril? He descubierto que como no hay óperas ni vida nocturna para sanar el alma con algazara y festín, hay entre sus habitantes la extendida manía de mentir, y son muchos los que lo hacen con mucha gracia y don. Hay mentirosos increíbles, pero de todos destaca uno que en concurso de boca en boca aventaja por mucho a los demás y yo le he conocido en persona. Es un pescador de esponjas y bote a velas que cuando viene a la orilla me tiene atento y respetuoso como exige él para poder escucharlo. Lo llaman el Barón Herrera, más su nombre entre los marineros que lo acompañan es Antonio. Para que me crean a mí y respondan les enviaré cada vez que les escriba alguna de esas historias que quiero me comenten su parecer. Yo escribiría de ellas para darlas a conocer en La Habana si fueran tiempos nobles y si verdades horribles ya no bastaran para hacer infelices además de mí a quienes más me quieren en la vida. Por ello, de estas mentiras tan maravillosas solo las contaré a mis niñas, imaginando que en recompensa me escriban y sonrían que es tan bueno para el alma joven que les anida en sus pechos.*

*Sean siempre buenas como son con mamá y papá, háganles descansar, y escribanle pronto a quien tanto sueña con abrazarles juntas y muy fuerte*

*su Pepe*

*Cuento número uno:*

*El Barón Herrera llegó a una ciénaga y amarró su caballo en una palma. Echó a caminar y oyó un ruido, cuando miró atrás, palma y caballo se habían ido. Corrió y no muy lejos de allí los encontró caminando como una pareja de enamorados en un sendero. Sus ojos no podían dar crédito a lo que veían: la palma había crecido en el carapacho de una jicotea muy vieja de la ciénaga.*

*Cuento número dos:*

*El Barón Herrera llegó a una laguna llena de paticos de La Florida. Se lamentó no llevar la escopeta para cazarlos. Ya se iba cuando se encontró un bosque de*

*majaguas, un majagual. Y con tiras de la corteza de las majaguas fue nadando por debajo del agua y les amarró las patas a todos los paticos que de pronto se espantaron y al salir volando se lo llevaron hasta La Florida. Allí bajó y vendió los patos que eran más de doscientos a muy buen precio. Luego con una ínfima parte del dinero ganado se compró un pasaje de barco y regresó a la isla.*

*P.D: Mi querida Ana, el vapor que llegó ayer en la tarde trajo tu carta y una de mamá, mas no las recibí hasta ahora que vine al buzón. A ti voy a escribirte muy pronto, estas líneas ya las había escrito muy antes de que me llegara tu miedo hecho carta, no te preocupes, pienso que más pronto de lo que pensamos me verás llegar a casa. Aquí no tengo posibilidades de hacerme un retrato, pero imagíname sonriendo para ti. Solo tuve tiempo de escribirles en este espacio que siempre dejo para avisos de último momento. Les envió estos cuentos que espero disfruten como fantasías muy graciosas que son y que no puedo como quisiera hacerles en propia voz. Muchos abrazos*

*Pepe*

*2 de noviembre de 1870  
Villa de Nueva Gerona*

*Padre:*

*Qué bueno que Ud. esquivó las indagaciones de ese supuesto cobrador de la Fábrica de Papel. Por lo que sé, hace más de un año que dicho dinero, 109\$, fue entregado por D. Alejandro María López al Sr. D. Pedro Mendive. Para que repose en frío su cabeza en la almohada puede U. ir en mi nombre a preguntarle por el asunto a Fermín, que él con igual responsabilidad que yo sabrá decirle mejor. No padezca, que el poeta que tiene por hijo ahora solo escribe versos en el aire porque dice bien U. que no tengo ni para papel; y ¡ay, de mí, tampoco alma de tendero! Pero mejor poeta que cerebro pastelero. Ya he sabido sufrir y he resistido las ofensas a buen recaudo y sin quejas solo para ser digno de U. Su Pepe, el infidente, tiene por orgullo nuevo ser el hijo de un artillero valenciano que por única vez ha puesto rodilla en el suelo para llorar abrazado a mí su vergüenza de bravo español. España tiene gloria en hombres como U. y yo no sabía, Padre mío, cómo iba a adivinar yo a mi poca y soberbia edad las luces sin pompa de su carácter de acero. No, yo necesitaba vivir mi lección con ese dolor que usted siempre trató de impedirme a costa de su bondad oculta y escudándome en su pecho. Mas, palabras huecas para U. no puedo.*

*Ya sabe por lo que escribo a su canaria virtuosa como son mis días acá y lo fácil y cariñosa que hace mi estancia esta familia. Ni preocuparse, cada día trato de ser justo y reciprocarme el bien que recibo, ser útil es mi aspiración luego de las curaciones, y hasta ahora solo recibo quejas porque ayudo en la cocina para ganarme el café. He pensado con tanto gozo en nosotros, en el tiempo que estuvimos en el Hanabanilla, y viajando para esta isla en el vapor, recordé mucho el viaje que hicimos a Honduras Británica. Aquí también bebo mucha leche, ya sabe cuánto me gusta a cualquier hora un vaso de leche fresca. Reciba mi abrazo, papá.*

*Leo mucho y escribo en mi cabeza un libro del que U. pueda estar algún día orgulloso. Cuídese mucho y sepa que tiene un hijo que cuando estalló el látigo en su espalda, igual que el ciego que tras un relámpago recuperó la vista, ha descubierto con retoñado amor cuanto le admira,*

*su Pepe*

Teresa, su novia, antes de embarcarse también por el Mariel para La Florida, lo había hecho acompañarlo durante la última navidad a conocer a su abuelo, internado en un asilo para ancianos.

—Anda Mandy, que te cuesta ir conmigo —le rogó Teresa y confesó—. Así mi abuelo Fermín te conoce. Ustedes son los hombres que más yo quiero en mi vida.

El asilo se nombraba Manuel Le Font, estaba casi en ruinas en la ya no menos ruinoso calzada del Cerro. Mandy comprendió que Teresa deseaba darle una sorpresa a su abuelo. Que ella tuviese novio fue una gran novedad en medio de su familia prejuiciosa y mal llevada. A Teresa la agobiaban en casa diciéndole que se-ría una solterona o peor, una marimacha. Es una lástima, Teresa, que con esa cara tan linda y a tu edad, nada te entusiasme más que andar en reuniones y con tus amigas oyendo esa música en inglés. ¿Tú no te piensas casar y darme nietos, chica?, le decía a diario su madre con las manos en jarra a la cintura y la mirada sin ilusiones. ¿Tú no me quieres dar esa alegría, chica? Pero ella solo quería a su abuelo Fermín, bibliotecario jubilado y el ser más complaciente en su niñez. También el más vilipendiado en la familia desde que fue descubierto en brazos de otro hombre, un conserje nocturno, por la difunta abuela Eloísa allá por 1944. ¡Ay, Teresa *mija*, tú no vayas a salirme como tu abuelo Fermín! ¡Que me matas muchacha si te da por ser invertida, chica qué vergüenza! Y ese novio por qué no lo has vuelto a traer por casa, ¡si es tan bueno como tú dices, chica! Un

poco callado, sí, pero es que no lo has a invitado más, ¿por qué no le dices que venga este domingo, eh, anda chica? Aunque a ti no te importe la fecha, cosas comunistas, estamos en navidades ya casi y la familia debe unirse para celebrar. ¡Anda, qué lo vas a llevar a conocer a papá..., chica! Yo no sé ni para qué hablo contigo muchachita... siempre haces lo que se te da en ganas. Aquí es donde tendrías que volverlo a traer para que hablemos de tu casamiento, de sus planes contigo...

A Mandy lo disgustó tanto el interrogatorio con que fue bombardeado la primera vez que visitó la casa de Teresa en Luyanó, que aceptó acompañarla a visitar al abuelo Fermín. Esa tarde, el viejo bibliotecario, viéndolo retraerse para leer en la biografía que Mañach escribiera de José Martí, le comentó como la cosa más normal del mundo que allí en el asilo estaba internado quien debía ser el último descendiente legal de la familia de Mariano Martí y Leonor Pérez. Mandy levantó los ojos del libro, incrédulo, y se encontró aquellos ojos chispeantes y risueños como los de Teresa.

—Ah, mira... qué casualidad... es aquel viejo flaco al que no se le arrima nadie luego del almuerzo. Se llama Raúl García y Martí, y es hijo de...

—De Rita Amelia y José García... —dijo Mandy, y sin dejar de observarlo le comentó al abuelo de su novia que andaba buscándole un jarrito con agua fría—. ¿Usted está seguro de eso? ¿No se-rá un impostor que se hace pasar para...?

—Negativo, muchacho. Es el sobrino legítimo de Martí y no hace alarde de eso, al contrario. Fíjate que yo soy el único en todo este basurero de almas, así le dice él a este asilo, que puedo acercármele y conversar. Tiene muy malas pulgas... ah, y un catarro que no se le cura. No es muy agradable con nadie, tampoco estar al lado de un viejo que tose y expectora casi en todo momento.

Cuando Teresa llegó con el jarrito de agua fría para el abuelo vio que a Mandy le brillaban mucho los ojos.

—¿Qué...? Seguro descubriste ahora mismo en el libro un dato interesante para tu investigación sobre la finca esa de Isla de Pinos... —y como vio al abuelo Fermín sonreír a gusto—. Y mi abuelo ya lo sabía...Yo te dije que él era bibliotecario, Mandy... Ah, ¿qué es entonces?

—Algo mejor, Tere... —dijo Mandy sin apartar la vista del portal donde se balanceaba aquel señor blanco en canas, tan solo, que no podía creérselo aún. ¿Será que iba a tener la suerte de hablar con ese viejo? ¿Cómo es que nunca oyó hablar a nadie en la facultad sobre su existencia?— Y señor Fermín... —se volvió al abuelo de la novia de la manera en que sabía a este le agradaba, llamándolo señor y no compañero como ya hacían todos en el país—. Este, el sobrino de Martí... está cuerdo, no ha perdido la mente, ¿no?

---

—Chico, hasta ayer estaba tan claro como yo... ya vas a ver que sí. Tú déjame a mí darte entrada. Porque es un cascarrabias y si se huele que solo quieren sacarle información familiar... te planta ahí mismo.

El viejo Fermín tragó rápido un par de sorbos del agua fría que le había traído su nieta y salió andando sin su bastón para el portal lateral en que se veía al tal sobrino de José Martí. La gestión le devolvió una vitalidad y sonrisa que estaba muy encima de su habitual buen carácter.

—Así es mi abuelo Fermín, muy atento —dijo Teresa, alegre, y bebió un trago de agua—. Va como si fuera a brindar un servicio de bibliotecario a un usuario, a decirle que ese libro lo tiene y pueden prestarlo para llevarlo a casa. Mira, tú, es que ni cojea... ¿Y quién es ese viejo que mi abuelo quiere que tú conozcas, chico?

Mandy aspiró hondo y la abrazó fuerte. Será que el destino acababa de cambiar para él. ¿Y lograría salvar su carrera de Historia? ¿Su investigación hasta podría ser publicable...?

—Mandy..., oye, mi abuelo nos está llamando. ¿No vas a decirme nada...?

—Por Dios, ese viejo de allá puede ser mi salvación, Tere. Sí, en la facultad. Tu abuelo Fermín va a presentarnos. Oye, flaca, estoy tan contento ahora mismo que si me pides que nos casemos, pues te digo que cuando tú quieras, mimi...

Teresa no acaba de comprender qué podía saber aquel otro viejo, ¿quién era? Pero le daba igual, su novio era feliz en ese instante y ella también. Así que no pudo más que abrazarlo también, y sin darle aún fecha de casamiento, reprimirlo un poco.

—Ya ve el compañero historiador. Y eso que estuvo dudando si venir o no a conocer a mi abuelito Fermín, ¿eh?

Mandy asintió, sonriente, sin saber qué decirle, y volvió a abrazarla, y la besó en una oreja resoplándole tibiamente que eso la erizaba toda, siempre.

Pero la sangre se le agolpaba en la cabeza a Mandy mientras más se acercaba. ¡Es una oportunidad única, no la eches a perder!, se repetía sintiendo que cada vez se le hacía más lejos llegar hasta los sillones de los ancianos.

—Mírate, Mandy... estás como un tomate. ¡Relájate, anda chico!

Y pensó en los documentos familiares de Rita Amelia, la hermana Amelia de José Martí. La Amelia con quien conversó Mañach, el autor del libro que sostenía entre sus manos que ahora le sudaban mucho. Esa biografía, su favorita de todos los libros biografías de José Martí. Pero allí también se referían a finca El Abra y al catalán José María Sardá en apenas dos líneas. De ello quería saber él, cómo habría sido esa estancia allá en Isla de Pinos. ¿Por qué no había nada aún? ¿Por qué ni el mismo José Martí que tanto escribió de casi todo...? De eso, que nadie había escrito, quería descubrir él algunas luces en medio de tan grande oscuridad.

---



El mar reverberaba como cientos de espejos, puñales de luz grisácea que le entraban por los ojos. Los ojos cocinados por la cal viva, las manos y el tobillo despellejados por el roce del grillete. Los ojos rojizos, a medio abrir para divisar la mole terrosa de la cárcel. Ese odioso edificio de dos pisos al que no querían llegar sus piernas, y arrastraba la del grillete. Una pierna llagada en el tobillo, con la carne mordida por el hierro y la cal, el pus sanguinolento enchumbándole las almohadillas que le envió la madre con don Mariano. Aún sentía el abrazo del padre cuando se las colocó y se aferró con lágrimas a sus piernas. Aquel era el español, el militar y el celador de policía de rodillas en su vergüenza de padre. Qué difícil andar con los pasos acompasados la distancia de casi una legua entre la cantera y la cárcel por el pedregoso camino de La Chorrera. Vaya ánimo el de ese número ciento trece que viene casi al principio de la fila, en la Primera Brigada de Blancos que salió rumbo a las canteras mucho antes de salir el sol, a las cuatro y media de la mañana. Y no levantaba la cabeza en su caravana doliente que retorna al penal, no vaya a encontrarse con los ojos de un antiguo condiscípulo del colegio o peor, los ojos de un familiar. Les ha pedido que no vayan a verlo pasar por el camino, que carga su cruz desde las canteras de San Lázaro como un leproso porque sería como empujarlo a abrirse las venas. No quiere verlas a la vera del camino, con los ojos repletos de lágrimas y los labios apretados de impotencia; no necesita que le lleven nada que luego no hay alivio para nadie, menos para él cuando lo ven sufrir de regreso del suplicio. *Dejadme solo, nadie venga a asomarse a mi dolor que mi penar se ahonda como un pozo en que no se encuentra agua.* Aun así una tarde se le acercó un joven, el Manuel, novio de Chata y le dio unos reales para café junto con un ejemplar del *Diario de la Marina*. Lee aquí, Pepe, le dijo una silueta que con el sol se le volvió borrosa. A la izquierda del diario se hablaba de fincas expropiadas y compradas, un total de seis, al este de la loma de los jesuitas, en un sitio conocido como San Antonio Chiquito ya se tenía un rectángulo de unas cuatro caballerías para la construcción de un nuevo cementerio para San Cristóbal de La Habana. Otra vez volvía la disputa entre el obispado y los concejales del Ayuntamiento de quién acometería la obra para la ciudad. El camposanto se llamaría Cristóbal Colón en homenaje al Descubridor de América, y allí reposarían sus cenizas, era el único acuerdo hasta el momento. Las familias de bien se apresuraban a desenterrar sus muertos para el cambio de morada. ¿La isla en guerra y la Iglesia y el Ayuntamiento construyendo un gigantesco cementerio para La Habana? ¿Cabrían allí todos los cubanos y españoles en contienda? Culminaban las demoliciones de las viejas necrópolis del Cerro, el de los Molinos y de Atarés, y luego vendrían los traslados de restos de difuntos y los huesos sin dueño regados por doquier, se quejaba ya el periodista. ¿Y qué podría interesarle de esto? Nada, salvo que él mismo podría ser de los primeros

---

cadáveres para cuando se inaugurara el nuevo cementerio, pero entoncesladeó su mirada, con cansancio, a otro titular de la prensa, allí donde le señalara el Manuel pretendiente de su querida Chata. Era ocho de mayo de 1870 y la víspera había muerto en el patíbulo el habanero Domingo Goicuría quien enfrentó la muerte exclamando: *¡Muere un hombre, pero nace un pueblo!* Y ese valor de cristiano en coliseo romano le dio fuerzas para sentirse vivo cuando se cruzaron con otro entierro de difunto. Sí, amén de las pompas de grandeza de los habaneros y el *Diario...*, la ciudad clamaba por un cementerio inmenso y en Cuba se moría ahora más que nunca antes. Las brigadas de condenados que volvían al paso de las canteras en el esqueleto, andando sin fuerzas ni esperanzas, ¿acaso no estaban ya muertos...? ¿Qué clase de seres vivos eran ellos que volvían de los hornos de cal, del látigo y los palos, de picar piedras? ¿A qué sepulcros llevarían a esos pobres difuntos que ya no iban al abarrotado y ya muy chico cementerio de Espada? Qué náuseas por las flores que van a campo santo, flores mustias al cementerio. Miró a los baños marinos, para respirar mejor. También difícil, sino más fue la tarea de antiguos presos que tallaron en la roca costera aquellos baños. Hubiera preferido ser uno de ellos, pensó Pepe cuando el aire limpio del litoral entró en sus pulmones cual brisa arrulladora, por la bocacalle de una callejuela de la ciudad de intramuros. Sí, mejor uno de esos infelices que esculpió en la roca, se dijo y pestañeó pues el salitre hizo que le ardiera más la cal en los ojos. Quiso correr a refrescarse a esos techados baños de mar, desolados a esa hora trémula en que el sol se ponía. Se dejaría zambullir con el grillete como ancla de barco y vestido para que le limpiara el mar. ¿Cómo sería abrir los ojos bajo el mar? El agua medicinal del mar le haría morir lento, escapar de su difunta vida. Mejor que morir de cólera, reventarse en escupitajos de sangre negruzca que volver cuando amaneciera a la cantera. Una zambullida en el mar y no emerger nunca... ¿Qué mejor y más inmenso cementerio que el fabuloso mar? Muerte marinera, que no había peor suerte ni duro bregar de un grumete que la suya de picapedrero. Pero Dios sabe que me duele, mas no me arrepiento. Entonces el jalón de la cordillera, la voz de aprisa que ya estaba ahí a la vista la cárcel hizo que recordara palabras suyas, versos escritos cuando le comunicaron en juicio de su inmediata reclusión en la cárcel:

*Voy a una casa inmensa en que me han dicho  
que es la vida expirar  
la Patria allí me lleva.*

Y otra vez sintió la premura de quien viene a la vida con grandes sueños y muy poco tiempo. Y adivina, espantado de su propia visión, la existencia breve

---

que ha de tener. Meses después mientras releía una carta de su hermana Ana se acordó de ese aciago día en que intuyó lo corta que sería su vida. Y muy cortas, brevísimas, ya habían sido las vidas de dos de sus hermanas, ¿acaso Ana iría a morir también joven...?

—Es asombroso, doña Trina, tengo esa rara sensación de traer el grillete aún conmigo sujeto a la faja de mi cintura.

¿Acaso iguala la bofetada en el rostro con que premió mi padre que yo escribiera *Abdala*? Hasta acepto que no me comprendan y sientan que los martirizo, mis padres, ellos que son los que más se duelen de mí, pensó agravado por hondo suspiro.

Doña Trinidad entristecía si su inquilino despertaba ojeroso; solía fijarse en las máculas de sudor de su camión de dormir cuando Dolores lo llevaba a lavar. Bastaba ya que siendo casi un niño hubiese recibido tal castigo. Andaba por los alrededores de la finca como el que visita camposanto: pausado y con las manos ocultas en los bolsillos, a veces, miraba el reloj de sol y comprobaba con el cielo, cual si entendiera la hora en la blancura de las nubes. En más de una ocasión lo vio andar como si cargara aún las cadenas y el pesado grillete, recordaría los malos días mientras escuchaba con mansedumbre bajar el agua del manantial hasta el aljibe. Después de almuerzo se retiraba, para leer la Biblia y otros libros. Cómo leía de rápido y tanto, aún con sus ojos lastimados por la cal leía esa novela *Los miserables* que parecía de páginas infinitas y había traído de la villa, cada vez un tomo grueso en préstamo de la casa de Juan Bellido de Luna. Y les hablaba del protagonista Jean Valjean y la piedad del Cura Myriel devenido en Monseñor Bienvenu que le enseñó a ser un hombre de bien. Si alguien les pregunta por un escritor, un gran escritor, les decía a todos, tan nervioso que parecía afiebrado de entusiasmo por la novela, recuérdense del nombre de este francés, Víctor Hugo. Lo veían leer *Los miserables* hasta que la luz se empezaba a esconder hecha añicos por entre las yagrumas, que numerosas como no había visto él en otro lugar, descendían de la sierra con su hedor tranquilo de monte. Otras veces volvía de la villa, de visitar amigos, con la mirada encendida como quien venía de ver maravillas. O llegaba triste, y en su cojera que poco mejoraba, venía de recoger en el camino y las cercas de los conucos unos ramilletes de campanillas de campo y les obsequiaba las florecitas violetas, silvestres, a cada mujer que se encontrara en la casa vivienda.

Las niñas Rosa y Catalina enmudecían un momento, sonrosadas agradecían al joven que las hacía sentir señoritas y damitas de sociedad.

—Flores para quienes ya son las flores perfumadas de esta familia.

Las negras Juliana y Venancia casi palidecían, desacostumbradas a tales cumplidos:

---

—Una flor para las mejores cocineras... —y empinando la nariz para olfatear les decía con ojos pícaros de seductor en dirección al fogón—: Es café, ¿acaso huelo a café maravilloso...? ¿Hay café colado allá...?

—Ahora le mandamos su café.

Ya en la cocina, para que Dolores escuchara, se decían una a la otra:

—Tenemos flores de aguinaldo del señorito.

Y pensaba Venancia sin muchas ilusiones por lo que escuchó al amo Sardá sobre lo mal que andaban los negocios ese año: ¿quién sabe, si *pa* la negrada, estas flores van a ser el único aguinaldo de estas navidades, eh?

Y Juliana con las manos en la cintura, entornando los ojos hacia la flor que prendió del pañuelo de cotoní blanco que le cubre su cabeza:

—Sí, flores de un caballero que como siempre *tá* muy deseoso de café.

—Ya voy, ya le llevo yo su café... —decía Dolores, nerviosilla, que salía en busca del señorito y las flores que solía clavarse en el pelo para el resto del día.

—Ten Dolores, tus flores —dijo Pepe más de una vez a la negrita y la elogió por su premura en servirlo—. Tus manos son como los pétalos de estas flores, lozanas y sencillas. Ahora venga ese café, mi princesa de ébano, que ya me embriaga..., me embriago. ¡Gracias...!

De regreso en la cocina, más liviana que el humo, alardeaba delante de las negras viejas:

—Verdad que a mí siempre Pepe me da las más bonitas, ¿eh? Ah, y me llamó princesa de no sé qué, creo que un país, ¿dónde...?, o bien, lo que sea, pero me dijo princesa el señorito... —comentó Dolores ya de regreso con el tazón trastabillando en el platillo—. ¡Y también las flores más grandes y moradas...! Fíjate tú, Venancia, y no me hagas más pucheros... ¡Envidiosas que son...!

—A ver, muchacha sin cabeza que así tú *rompe to* la vajilla —reclamaba Juliana alcanzando la bandeja del café—. Trae acá, tú... Ah, y esas flores de aguinaldo la señora dice que son violetas, no *morá*. ¡Apréndete los colores que *morá* vienes tú cuando el señorito te da las flores, negrita *equivocá*...!

—Casimiro... —dijo Venancia con los brazos en la cintura, casi inclinada—, también tú *vay* quiere café, ¿no...?

—Sí, sí quiero... —dijo Casimiro y miró con odio a Dolores—. Esta negrita *relambía* se cree que porque al señorito le gusta mucho el café va a hacer café con leche con ella. Si él le regala flores a todas las mujeres, también cuando va a la villa...

—¿Y allá..., a quién si se puede saber, eh? Negro *pesao*...

—Pues a la hija de su amigo Juan Bellido, el artesano que hace las peinetas —dijo Casimiro y agregó para molestarla un poco más, ocultando que era apenas

una niña—. *E* una señorita *muy mucho* elegante y educada que sabe leer libros y no como tú...

Hasta la misma doña Trinidad suspiraba por sus delicadezas de caballero y reía de los celos que provocaba con las humildes flores.

—Las flores son para alegrar la vida, la vista —decía con su ramillete en mano que venía a buscarle agua de una tinaja para poner en un vaso sobre el altar de sus santos—. No quiero discusiones ni celos tontos, Dolores y Casimiro. A ver, Casimiro, ¿por qué usted no toma ejemplo de Pepe y nos regala también flores alguna vez?

—Yo, yo no, yo no tengo esa costumbre... —dijo el negro y se lo quedó pensando un momento para aliarse con la sugerencia de doña Trinidad—. Pero sí, *ta* bien... yo voy a ver qué hago... Flores hay por ahí *mucha* por el camino... Deja ver un día si yo me embullo y vaya, traigo unas..., unas flores *pa* acá, *pa* ustedes..., pero de otras. Sí...

—Va y lo hace... —dijo Dolores, descreída y sin entusiasmo—. ¡Un negro con esas finezas, tú...!

—Eh, y lo hago negrita...

—Un negro bruto, calesero y florista —dijo Dolores—. Eso no me suena bien, doña Trina.

—Pues a mí sí me parece que... —dijo Trinidad y cuando iba a seguir hablando fue interrumpida por Pepe que venía como ya era costumbre suya a pedir más café.

—Venancia..., para mí que este tazón se traga el café, yo no sé por qué se me termina tan pronto. ¿Qué será...?

—Mucho café lo va a *hacé* prieto a usted, señorito —dijo Venancia, sonriéndose.

—Dar a otros lo que no se tiene es de buen cristiano... —dijo doña Trinidad tomándose del pequeño crucifijo que colgaba de su cuello y agregó—: Hablábamos sobre ti, Pepe, de cómo enamoras a todas las mujeres de esta casa con tus flores silvestres.

El muchacho pareció que iba a sonrojarse cuando dejaba el tazón en una esquina de la gran mesa, pero de repente como si le hincara una espuela bajo la lengua su voz abarcó todo el ámbito nuboso de la cocina.

—Regalar hace poderoso al que da —dijo el huésped de El Abra—. Y las flores aunque marchiten siempre hacen sonreír a las mujeres. Las flores silvestres en su corta vida relumbran más que el oro. En el alma de una mujer no entra el oro, pero sí el perfume y la lindura de una flor. Las flores son llaves... llaves para los ojos de las mujeres. Han visto como estas flores colman las cercas, hacen enredaderas y lo encaraman todo, crecen aún encima de la manigua y florecen por

---

decenas y decenas; y solo se cierran cuando atardece. Son como una gran red de pescadores tejida por bejucos verdes que lo intentan cubrir todo durante el día. Vean cuando hay muchas florecidas que parecen ojos, como si muchos ojos de mujeres hermosas te observaran. A mí me recuerdan la bella cola extendida de un pavo real, ya sé que son color violeta, pero a mí me hacen pensar en la cola de un pavo real y en los hermosos ojos de las mujeres cuando miran desde un rincón en un salón de fiesta, en la penumbra del baile y tras los abanicos. Eso son las flores silvestres, la fiesta de la vida. Por algo les dicen flores de aguinaldo y solo se les puede ver en los meses finales del año. No tengo como pagarles sus sonrisas y cuidados, así les doy estas flores en agradecimiento. Ustedes son flores, tan flores como estas maravillas silvestres y de hermosura tan simple.

Las mujeres, conminadas por doña Trinidad, aplaudieron el discursillo de Pepe y a Casimiro se le alumbraron los ojos.

—El señorito habla *muy mucho* mejor que un cura, ¿eh? —balbuceó el negro, emocionado y observó con fingido desdén a la esclava joven que apenas si volvía a respirar.

También Dolores acabó por batir palmas, aunque rezongó solo de imaginarse al calesero con flores en las manos para ella.

—Café para el poeta, Venancia. ¡Todo el café que quiera este don Juan dadivoso y palabrero! —ordenó doña Trinidad a la cocinera y acotó a su huésped—: Pero señor poeta, antes de dormir no vayas a olvidar tu tizana que luego de tanto y tantas tazas de café te me desvelas mucho de noche, ¿sí?

Y él asintió complacido por toda la bondad y la paz que allí le rodeaba.

*9 de noviembre de 1870  
Finca El Abra, Isla de Pinos*

*Mi buen Fermín:*

*Qué tanto ocupa a tu vida que no recibí letra alguna de ti en más de seis meses. Estarás ocupado, no digo que no, ¿pero más ocupado y triste que yo? Vuelvo a imaginarte en tu calle Industria y me acuerdo haber comido en casa de los Domínguez los mejores dulces. ¿Cómo van los asuntos del abogado Eusebio en la península? ¿Qué hace un cubano reyoyo como tu hermano para no morir de pena por su Habana? ¿Allá, tan lejos, tiene amores o acaso solo le consuela estudiar su doctorado? Escíbeme. He visto con gozo y profundo alegrón, pero en carta de mi madre, que ya habías salido en libertad. Y ahora por qué no recibo noticias tuyas de propia mano me pregunto siempre que voy a buscar el correo que trae a esta pobre ínsula un barco llamado El Nuevo Cubano. ¿Acaso me*

.....

*consideras tu Napoleón por la carta requisada en tu casa que nos envió tras las rejas? No, bien sabes que nos iban detrás desde ya mucho antes de que escribí al apóstata Carlos de Castro por mis asuntos con el otro, el buen Carlos. Y quién más que yo sería el Edmundo Dantés en esta desafortunada causa que nos involucró por destino, tú y yo no estuvimos en ese balcón... Ya sé que te hirió en el costado donde late tu corazón y es que temo, me aseguro de que no te lo hayan muerto en La Cabaña, tu castillo de If.*

*Yo sobreviví a las canteras y heme en este islote con ansias de nadar hasta Cuba, aquí muero, Fermín. Espero puedas contarme qué ocurrió con los 109\$ que adeudábamos a la Fábrica de Papel. Por mi padre supe que un hombre fue a mi casa pretendiendo cobrarles esos dineros. Pero aunque mi padre no me dice señales yo infiero no se trate del Sr. Pedro Mendive a quien escribí de la cárcel culpándome del insumo de La Patria Libre autorizándole que mi carta sirviera para juzgarme ante la ley como un pagaré; así buscaba librarlos de más culpa a ti y Eusebio junto con Alfredo y Micaela. A ella, que tanto y más quiero por la manera en que ha disculpado con bondad mis muchas imprudencias le hice depositaria y dueña de mi Diario; ya sabes tú que por mis secretos confesos allí bien que yo podría envejecer en un calabozo. A buen recaudo estoy en sus manos; mas cuánto han mellado en mi maestro esas habladas contra su corazón...? No sé si llegaré a saberlo, a disculparme de rodillas por mis flaquezas como un mal hijo.*

*No me abandones con tu olvido, ni castigues, por los crueles supuestos con que apuñala este hermano tuyo en tu alma en busca de verdades y que te abraza cuando dice tu nombre y es bueno. Tú volverás a serlo cuando me escribas y aclares el gris corazón del que con ansias espera carta tuya en cada vapor que arriba a esta orilla de tristes y desventurados.*

*tu J. Martí*

—¿Y cómo les fue? Pepe, ¿se dio los baños? Vengo de la cochera y está profundamente dormido. Anda cuéntamelo tú, Casimiro. Dolores dice que Pepe llegó triste, sin palabras.

—Sí, doña Trina. Ayer el señorito se dio dos baños en esas aguas medicinales que a según dicen lo curan to, pero hoy solo quiso darse un baño. Sí, ya sé que el plan era que volvíamos pasado mañana, pero doña Trina fue él quien no quiso estar más allá en Santa Fe. A mí el lugar me gustaba mucho...

—¿Pero algo ocurrió? —dijo Trinidad Valdés separando un taburete para sentarse allí en la cocina. Las especias se sofreían en el fogón de carbón y la negra Juliana de espaldas a ellos ventilaba los carbones para atizar el fuego.

Ahora debía hacer más comida con el inesperado regreso de Pepe y Casimiro—. ¿Y lo viste tú poner ese fango en sus llagas, untarse bien?

—Que sí, doña. Yo *taba* allí cerca de él, todo ese tiempo y después también cuando fue a hacer sus averiguaciones sobre la señorita.

—¿Qué señorita..., eh? —dijo Dolores que entraba y no se había percatado de la presencia de su ama en la cocina. El rostro cambió de su acostumbrada sonrisa y picardía a un semblante lamentable—. ¡Ay, doña Trina, discúlpeme yo no sabía que usted estaba aquí!

Doña Trinidad no le dio importancia a la intromisión, quería saber de prisa lo que debía contarle Casimiro para detenerse en los errores de Dolores. Así que volvió su atención a Casimiro, repitiendo la interrogante que lo detuvo un instante anterior:

—Sí, ¿qué señorita dices, Casimiro?

El negro respiró hondo la humareda vaporosa que salía de los calderos y contuvo el retortijón de su hambre en el estómago antes de contestar:

—Bueno, esa amiga del señorito que hizo viaje junto a él en el barco. Adelaida, se llama Adelaida, ese es el nombre.

—¿Adelaida...? —musitó Dolores y Juliana la reprendió con un cucharón de madera amarilla en alto, como dándole a entender que merecía que la zurraran duro en la cabeza por esa lengua suelta que tenía. Pero doña Trinidad lo dejó pasar y comentó:

—Ah, sí, es la muchacha a la que dedicó la fotografía. ¿Y la encontró? ¿Pudo verla y hablar con ella?

Casimiro se alisó el frente de su pantalón con los ojos bajos y dijo:

—No, esa señorita Adelaida parece como si se la hubiera tragado la tierra. El señorito Pepe debió mencionar su nombre cien veces cuando íbamos *pa* Santa Fe. Fue él quien condujo la calesa hasta allá, quería hacer correr al caballo todo el tiempo. Al llegar nos fuimos derecho al hotel más barato que nos dijeron y de allí a esas aguas. Había mucha gente entre los que se bañaban y él buscó y procuró, preguntó y nadie sabía decirle. Habló hasta con unos señores de la Francia, rubios como mantequilla y lo hizo muy bien el señorito, así hablando en francés ayudó a entenderse a los peliamarillos con el médico. Luego ese mismo médico le miró las llagas y dijo que estuviera un rato remojándoselas y al sol, y después que se las enfangara un poco. Ah, y que se diera unos cuantos buches de esa agua en un mostrador donde la servían directo de un manantial y había que pagarla. Allí habló mucho con el que cobraba el agua, un hombre llamado Joaquín Soto, muy sabedor de libros que interesó mucho al señorito Pepe y *to* lo decía *cantao* en décimas. Hablaron de poesía y poetas que venían al sanatorio en busca de cura. En especial de uno, creo que también de nombre Joaquín, pero

---



de *apellío* Luaces que se murió hace tres años, enfermo de los pulmones y que vino a Santa Fe muchas veces durante casi diez años. *Las aguas alargaron su vida y con mucha voluntad escribió sonetos*, dijo el aguador, canturreando siempre: *Santa Fe fue su guarida y su cárcel en catorce versos*. El señorito Pepe le dijo a Joaquín el cantador que a él también le gustaba escribir versos. Y le dijo algunos, así bajito y *colorao* de vergüenza y el hombre le dio *de grati* unos vasos de agua. *¡Ves Casimiro que la poesía sí paga!*, me dijo alegre el señorito, y yo no sé *entodavía* qué quiso decirme con eso, ¿eh? El que lo rimaba *to*, ese Joaquín que vendía los vasos de agua le dijo al señorito Pepe que su arte lo había aprendido del mejor poeta:

*Un misterioso poeta, hacendado de Las Tunas, que vino a morir allí en Santa Fe; que ese tal señor poeta era un sinsonte sin par en lo de rimar con décimas. Y que el doctor Hernández lo llamaba el señor San Lope. Que así firmaba sus papeles y las facturas médicas. Que dieron aviso mortuario a Las Tunas. Y como al cabo de los meses aún no sabían, entonces mandaron a su esclavo ya sano de la piel con los papeles que el amo emborronó allá en el cuarto del hotel Ceballos. Papeles con manchas de sangre y pústulas de piel que se podría en humores, como de quien se deshacía en pedazos con sus poemas... todo lo escrito en una caligrafía ya muy mermada por la enfermedad y jamás supieron respuesta de esa finca suya El Cornito. Que a derechas no saben si existe tal finca o se la inventó en su cabeza de hombre de versos. Pero por sus modales era seguro que venía de buena cuna, y también tenía los reales para sus cuidados aquí. Que el doctor con su mucho trabajo no ha tenido hasta hoy oportunidad de averiguar cosa nueva que esclarezca qué fue de sus gestiones y de tal suceso ahorita ya se cumplen casi diez años. Escuchen esta décima que solo digo en confianza.*

Acodándose en el tablero tras apartar unos vasos, recitó en voz baja cual confidente:

*Tolera y sufre bien mío, / de tu fortuna el azar, / pues también sufro al dejar / las riberas de tu río, / siento dejar tu bohío, / silvestre flor de Birama, / y aunque mi pecho te ama, / tengo que ser ¡oh dolor!, / sordo a la voz del amor, / porque la patria me llama.*

—El señorito quedó muy *conmovió* con el poema y esa historia del poeta San Lope, fíjese doña Trina que buen nombre tenía: ¡San Lope! A mí también me *luce* importante, ¿eh? Que a todos los poetas se les dice la extraña historia para ver si un día apareciese quien pudiese aclararla. No, del negro tampoco se supo si cumplió bien la encomienda del doctor o se perdió en el regreso. Un misterio, sí doña Trina. Antes de almorzar averiguó por la familia Gómez, por dónde vivía la familia de don Juan Gómez y allá nos fuimos con la *comía* dándonos tumbos en la barriga por el camino. Con el señorito no hay reposo, tiene mucha sangre. Hay

que ver cómo son esos caminos de Santa Fe. Los santafecinos dicen que se ponen así de peor por la lluvia, pero yo creo que es porque no les importa mejorarlos. No sé..., allá hay más hoteles y todos *muy mucho* mejores que el hotel Fargas en Gerona, mucha fiesta que hacen *pa los extranjeros, no falta un guitarrero con su rumbita a la entrada*, haciendo rumbitas en el portal de los hoteles y en la plaza que hay un establecimiento para copas. Allí me dijeron que no hay rumbitas mejores que las de Bruna, una mujer que canta en un conjuntico una rumbita que habla de un melón y otra de una campana que le escuché a otros músicos. Hay muchos que ya le dicen las dancitas de Santa Fe, y esa de la Campana que me la aprendí, más o menos decía así:

—¡Campana... campana..., campana sube la loma! ¡Si no fuera por campana «naide» subiría la loma...! —cantó Casimiro tan sonriente y feliz que por ese momento parecía habersele borrado todo el estropeo del viaje.

Todas las mujeres se le quedaron mirando como si el que hablara fuera el señorito Pepe que lograba siempre ese silencio y atención que Casimiro disfrutaba ahora casi sin poder creérselo. Doña Trinidad lo atendía, Venancia paró de pelar las yucas y Juliana había dejado de mirar adentro de las calderos y cacerolas con el cucharón de madera de remover suspendido en el aire y mejor que todo, Dolores con la mano en la cintura y un no sé qué, un brillito en los ojos lo veía de arriba abajo interesada desde que cantó y habló de Campana, y de Bruna que ahora lamentaba más no haberla podido escuchar. Pero no podía detenerse ahí cuando más alelados los tenía, debía decirles más como siempre hacía el señorito Pepe aunque no conociera la manera de atontarlos con un serón de palabras. Hablar y hacerlo bien como Pepe que parece un sinsonte cuando se va a los trinos y el pecho amenaza con estallarle de jubileo. Piensa Casimiro, piensa, y aprende a hablar con muchos alrededor, se decía el calesero muy satisfecho.

—Esa de *Campana* es la rumbita que allá más le gusta a la gente y la que más cantan, pero eso sí, ¡dicen que nadie mejor que la tal Bruna!, que esa mujer es la que lo hace *muy mejor* que todos. Yo quería quedarme a escucharla cantar, pero no se pudo... Hacen rumbita con la guitarra y unos machetes que suenan, dándole con una lima vieja, y en un cajón. A mí esas rumbitas me gustan doña Trina, le mueven a uno los pies del suelo *pa* hacer dancitas. Y no es cosa de negro *na má*, yo vi allí bailar a señores de esos países que vienen por los manantiales y parecía que esos blancos estaban aporcando maíz, jajajaja. ¡Tienen *muy mucho* dura las cinturas...! Sí, hay mucha gente de otros países en los baños, tan rubios y en lo suyo que casi nadie se fijaba en nosotros cuando llegamos, gentes que vienen enfermos a curarse. Más forraos en ropas que un tamal de maíz. En los baños vi muchos de esos rubios con la piel *podría* de esa enfermedad que llaman la lepra, doña Trina, y a uno le da por apartar los ojos, de la lástima que

---

da parecen perros con sarna en carne viva. *Güelen* de una manera rara, a frutas muy maduras, pasaditas, pero no sé a qué frutas. El olor no es de mangos ni guayabas..., los extranjeros esos *güelen* a un no sé qué..., aunque no tengan la lepra, doña Trina, ellos *güelen* muy diferente, un aromita como de pomarrosa con caimitos y hostias de la iglesia, pero no igual y muy *desconocío*. Un olorcito de esos países que se le queda en la nariz a uno jeringándole como una guasasa. Pero a los rubios también se les queda en la cabeza la rumbita de *Campana*, pasaban rumbo al hotel cantando: ¡*Campana... campana... campana sube la loma...! Si no fuera por campana «naide» subiría la loma. ¡Campana, campana...!*

—Sí, sí, Casimiro, pero ya deja la campana que tú no eres campanero de la iglesia para estar con tanto campaneó, ¿eh? —lo interrumpió la dueña de El Abra interesada en volver a lo ocurrido con Pepe en el viaje a Santa Fe.

—Es que me gustó mucho esa musiquita y ser musiquero, doña Trina, discúlpeme usted. ¡Si yo tuviera una guitarrita de aquellas me ponía a hacer dancitas...! Casi ni dormí con las rumbitas esas *metías* en mi cabeza, tratando de inventar unas nuevas que me venían a la mente. Ser musiquero e bonito *muy mucho* cantidad.

—Tú eres calesero, Casimiro, no se te olvide, negro —lo requirió Venancia con una cuchara de madera para remover adentro de los calderos y levantada como si fuera a darle en la cabeza—. ¡Casimiro musiquero...! ¡Jejejejeje...! ¡Con esa garganta de búho con gripe que tú tienes, negro!

El calesero se encogió de hombros, todavía un poco sonriente por la contagiosa melodía que zumbaba en su cabeza y volvió a tararear:

—¡*Campana... campana...!* —y esta vez arrastró los pies de manera muy rara para los que lo rodeaban y sus alpargatas de tela en un par de giros apenas rozaron el piso. Quiso tomar de las manos a Dolores para que lo acompañara en el baile que había visto en el portal de los hoteles de Santa Fe, pero la negrita dio un respingo hacia detrás rechazándolo y asegurándose tras Venancia para decirle:

—¡Eh...! Pero a este negro habrá que darle un cucharonzazo para que caiga aquí de nuevo. ¡Suénalo, Venancia, dale duro en la cabeza! A ver si le gusta tanto que lo suenen como a una campana que él va a saber.

El calesero tropezó con los ojos fijos de doña Trinidad y en un instante se paralizó.

—¿Y en la casa del señor Gómez qué le dijeron a Pepe? —dijo Trinidad, ansiosa y muy seria—. ¿Pudieron dar con la muchacha?

—No, no, doña Trina. El señorito Pepe no llegó a bajarse de la calesa, sentado estuvo *to* el tiempo en el pescante. Figúrese usted que salió un señor muy elegante y gordo preguntando que para qué y por qué procurábamos por la

señorita Adelaida Sandoval. Ah, sí, era una gran casona y *levantá* sobre pilotes, pero no más bonita que esta de aquí. Las paredes las tiene de madera y palmas, pero más grande sí que es.

—¿Pero qué les dijo, Casimiro? —insistió Trinidad—. ¿Estaba allí Adelaida...?

—Bueno, el señorito Pepe le explicó que la conocía del viaje en el barco, que se habían hecho amigos en la travesía y el hombre bajó los escalones con una sonrisa en la cara sudada y dijo con su boca que olía *muy mucho* a vino que ella en el barco del domingo se había ido muy repuesta y más hermosa a cumplir con su matrimonio.

»¿Está para casarse en La Habana...?, preguntó el señorito Pepe y el gordo, el tal señor Gómez, asintió viendo lo triste que se puso y lo invitó a bajarse y entrar a la casa con sus otros invitados a la mesa de juego del portal. Comenzó a darnos la vuelta en la calesa, siempre mirándonos *muy mucho*...

—¡Qué curioso ese hombre, caray! —dijo Trinidad Valdés—. Casimiro, ¿y qué más les dijo el tal señor Gómez?

—Allá en el portalón se veían unos hombres riendo, entretenidos en sus asuntos. Pero Pepe se disculpó diciéndole que debía ver al médico y darse un baño medicinal. El señor Gómez se acercó para insistirle, dijo que estaba faltándole un compañero de juego:

»Quédese a jugar con nosotros una partidita...

»Llegó al lado del caballo y lo acarició, pero se le quedó mirando al tobillo enfermo del señorito. Pepe enrojeció primero, pero enseguida estaba blanco, paliducho. En el portal llamaron al señor Gómez los que lo acompañaban en la mesa de juegos.

»Joven, nos falta un jugador en aquella mesa —repitió el señor Gómez y preguntó de improviso—. ¿Eso ahí es de llevar grillos, verdad? ¿Tienes tú permiso del Comandante para salir de Nueva Gerona?

»Sí, lo tengo conmigo en el hotel Ceballos —mintió Pepe—. Un salvoconducto firmado por el Capitán General Fernández Caballero de Rodas. Allá..., estaré una semana hospedado en el Ceballos, hasta el sábado dándome baños. Santa Fe es una delicia, si lo llego a saber vengo mucho antes y así hubiese podido visitar a la señorita Sandoval.

»¿Estás en el hotel Ceballos? ¿Y tienes un permiso del mismísimo Capitán General? —dijo el señor Gómez y los revisaba con la vista de los pies a la cabeza—. Muchacho, yo creo que no sabes que...

»No, no sabía que la señorita Adelaida estaba para casarse y ya ve. Pero si usted duda de la gracia que se me concedió puede visitarme en el Ceballos. Pase mañana y almorzaremos juntos. Ya he invitado al Doctor Hernández, así que no habrá inconvenientes para que usted se nos una.

---

—¿Pepe se atrevió a tanto...? —dijo Trinidad con las palmas de las manos juntas muy cerca de su busto—. ¿Pero ese muchacho...?

—¿Así que en el Ceballos, eh...?, le dijo el señor Gómez.

»Doña Trina, y lo repitió así como que no creyó *to* y sin dejar esa sonrisa de gordo *sudao*. Y yo figúrese que *asustao*, doña Trina. Se hizo un silencio y pasaron unos chinos culíes que venían de la faena en unas vegas de tabaco que hay por allí cerca.

»Venga a almorzar con nosotros. Será un almuerzo de negocios y usted va a estar muy contento de conocer a mi padre que está en la exportación de tabaco en rama y azúcar. Mi padre hace traer de Jaén el mejor aceite, allá tiene unos olivares.

»Pepe, sin mirarlo de frente, y dándose importancia de señorito rico que no ha visto nunca a un chino, le insistió en lo del almuerzo. Nosotros miramos a los chinos como iban en fila, vestidos de ropa blanca y *sudaos cantidad* y hablando bajo en su lenguaje que no se entiende *na* a ninguno. ¿Y *entodavía* mi señor Sardá quiere traer más chinos a El Abra, eh doña Trina?

—Casimiro, yo no sé de esos asuntos y no me gusta que me pregunten por ellos. ¡Ni siquiera al Padre cuando fui a misa le hice comentario! A fin de cuentas los chinos no son católicos y por eso hacen sus *cosas*, sí, sus *cosas* tan diferente. Ya sé, yo reconozco que son almas de Dios, pero yo nunca llegué a hablarles a aquellos que..., pero siempre les rezo oraciones para sus almas... ¡Oye negro y dime ya sin dar más vueltas!, ¿qué ocurrió después?

—Bueno que los chinos pasaron en fila, doña Trina, mirándonos como si no nos vieran y eso... Nosotros sí, el señorito se les quedó viendo con mucho interés o en verdad él lo que trataba fue de que el gordo ya no le dijera más cosas ni preguntara viéndole al tobillo. Pepe se hizo que estaba *maravillao* con los chinos.

»¿Y son buenos trabajadores, eh? ¿Esos hombres?

»Son culíes, hombres de la China que yo hice venir para que trabajen en mi propiedad —dijo Juan Gómez dejándose disociar por el vino en su cabeza y la atención prestada a la cuadrilla de chinos—. Son cumplidores y comen menos que los negros, tampoco se enferman mucho y vienen por su cuenta. Los chinos son el futuro de este país, son muy productivos. A los chinos no les gustan los mayores ni el látigo, saben hacer lo suyo muy bien mientras no se emperran de tristeza. Porque sin mujeres acá y viendo que no van hacerse ricos ni a regresar a su país les da por matarse en grupos, ellos mismos. Se cuelgan como racimos de los árboles los muy herejes. Ahí van con sus murmullos, son más sediciosos y levantiscos que los vascos. Pero de que son productivos lo son, y también saben mucho de hierbas que curan.

---

»Ahí el señorito Pepe se lució de actor de teatro, ¿saben lo que le dijo? Ay, doña Trina, el señorito piensa más rápido que lo que una gallina guinea atraviesa un trillo. ¿Qué, que dijo...? Ahora se lo digo y no me cierre los ojos, doña Trina, que yo no invento cosas; si quiere pregúntele usted misma si fue mentira que le dijo:

»¡Oiga señor Gómez eso yo sí que se lo creo! —dijo Pepe y señaló a su acompañante en la calesa—. Este negro aquí a mi lado es más comilón que catorce chinos de esos. ¡Nunca es suficiente la comida y muy poco lo que sí trabaja! Ahora, disculpe la interrupción y que no pueda quedarme, señor Gómez, pero tengo un horario de baños y ya debo irme —dijo Pepe y arreó el caballo un poco nervioso. Dejemos la partida para otro día, ¿bien?

»Le dijo que yo comía más que *to* esos chinos juntos y trabajaba menos que uno solo, doña Trina. Lo que es criar fama de comilón, ¿eh? ¡No! Y ahí no se acabó la actuación que yo no tenía ya saliva que tragarme. No, que va, el señorito me *cambeó* mi nombre por el tuyo Venancia. ¿Que cómo es eso...? Figúrese usted, doña Trina, que él fue quien le soltó las riendas al caballo para salir de aquella encerrona y entonces me gritó: ¡Arrea Venancio, arrea que llego tarde para mi baño! Y lo invitó a almorzar otra vez a ese otro hotel en que no tenía ni cuarto:

»Vaya al hotel Ceballos y pregunte por mí, voy a esperarlo para que almorcemos juntos.

»¿Cómo dijo que se llamaba usted? —dijo el gordo seguro de no haber escuchado antes su nombre.

»¡Ay, doña Trina, qué sofocón, qué enredo...!

»¡Eusebio Domingo! ¡Marqués Eusebio Thénardier...! ¡Lo espero mañana en el Ceballos! El dueño del hotel y la compañía de barcos han organizado el almuerzo para mi padre. ¡Hasta mañana...!

»La calesa terció a la derecha, lentamente. El señor Gómez sacudió la cabeza para desperezarse y dio la vuelta adonde sus amigos invitados reclamaban por él para continuar un juego que parecía ser de cartas. Ellos, apenas sin mover un músculo ni respirar, dejaron de verlo por encima del hombro. Uno de los convidados vino hasta la escalera y apoyado en las barandas lo apresuró mientras vociferaba:

»¡Vamos, Gómez, qué pasa...! ¿Por qué demoras tanto...?

»Ha llevado grillos y dice que..., ¿unos marqueses aquí...? —balbuceó el señor Gómez con el traqueteo de la ruedas demorado en su cabeza y se cubrió con una mano del sol que le dio un ramalazo de vapor en pleno rostro.

»¿Algún problema, Gómez?

»En un par de bandazos subió la escalera y se encogió de hombros antes de exclamar:

»¡Venga, vamos a esa otra partida y no salgáis de la sombra que ahí fuera caliente mucho!

—¡Un marqués, dos marqueses de visita en Santa Fe, oh, por Dios...! —dijo Trinidad muy apresurada y se persignó de solo imaginar que esa historia llegara a oídos del esposo que ya estaba por arribar de La Habana en el próximo vapor del fin de semana—. Mi Sardá nos manda al tejar a todos. Sigue, Casimiro, acaba ya de una vez con tu historia que no me he muerto aún.

—Entonces fue ahí, doña Trina, que vimos que ese hombre que voceaba desde el portal vestía uniforme del ejército. El susto nos puso más amarillo que esos chinos que pasaban por el camino y que yo no los veía así amarillos como les decían.

—¡Locos..., locos..., Dios mío! —farfulló Trinidad besándose el crucifijo del rosario de cuentas que traía del costurero.

—Casimiro, no vayas ni a mirar para atrás, me dijo el señorito y cuando salimos de esa finca al camino de Santa Fe, me palmeó en el hombro. Disculpa que te haya hecho pasar este susto, ami-go mío. Ah, y también eso de llamarte Venancio.

»Hoy ha sido usted más mentiroso que Eugenio Duarte y *muy mucho más...*, y perdóneme, eh, que el Barón Herrera, señorito Pepe. *Uté ta contagiao*, señorito. Yo no sabía cómo íbamos a salir de ese hombre.

»Yo tampoco, Casimiro —reconoció Pepe y expulsó una andanada de suspiros.

Más adelante, en el regreso, supieron que las barracas que dormitaban y que habían dejado atrás en el camino entre el embarcadero del río Santa Fe y un pobrísimo caserío nombrado como la reina, La Isabel, era un campamento de recuperación de enfermos del ejército. Convalecientes de sífilis y escaras con pus en la piel que no sanaban fácil, troceados a machetazos y con vómitos incurables desde que se embarcaron a la América. Quintos que el sol ponía rojitos como camarones y los mosquitos, la disentería, los sacaba fuera de combate. Soldados que desterraban allí mientras se mueren o curan milagrosamente en el sanatorio de las aguas.

—Pobre Pepe —susurró doña Trinidad, compungida—. La señorita ya ha de haberse casado en La Habana.

—Sí, eso supuso Pepe y ahí mismo fue que por segunda vez se le descuajó el rostro en Santa Fe. Primero se enfadó cuando en el hotel le dijeron que yo no podía entrar a dormir en el cuarto, por eso fue que pasamos la noche *arrecostaos* a la calesa. ¡Matando mosquitos y al sereno de la noche!

»¡Un marqués habanero a la intemperie, Casimiro!, dijo el señorito y rio, antes de manotear los mosquitos con un *gajito*. Tuve que hacer una candela y un humazo *pa* que se espantaran un poco. Amanecemos con el cuerpo *molío*,

agolpeados de la mala noche. El señorito Pepe se *guelió na* más que *dispertó*, y con la nariz engurruñada me dijo:

»Huelo a marqués ahumado, Casimiro. Vamos bien temprano al manantial del hotel Santa Rita.

Y tomó otro baño de esas aguas benditas, se bebió un par de vasos de agua del manantial que se pagaba, pero ya no llegó a lo del fango y enrumbó el caballo *pa* acá. Sí, yo también me lavé la cara un poco. Yo creo que el señorito Pepe se *arrecordó* de la mentira y no quiso encontrarse con el gordo si venía a almorzar. ¿Se imaginan si topamos con ese señor? Hicimos *to* el camino *pa* acá, *enmudeció*, doña Trina, no hemos *comío na* desde el desayuno. Abajo del sol que hizo hoy, Santa Fe nos quedó *más muy* lejos de lo que está siempre. ¡Ay, doña Trina, yo no me *arrecuerdo* ya muy bien si le dije *to*...! Pero con el estómago de ternero *estragao* que me siento y el sol de *to* el mediodía que me tostó el moropo ya no puedo decirle *muy mucho* más cosas.

Doña Trinidad asintió indulgente y Juliana se dispuso a servir algún alimento a Casimiro que con la buena se confió y dejó descuidado el estómago. Las tripas le crujieron.

—Ay, disculpe usted, doña Trina. Es mi barriga que ya no puede más del tira y *jala* que tiene del hambre —dijo el negro y fue dejado allí solo mientras devoraba la comida.

—Cuando el susodicho marqués Pepe haya comido, Dolores, le dices que me vea —dijo Trinidad—. Por suerte no mencionaron a mi José María, ¿verdad?

—No, doña Trina, por *eta* se lo juro —dijo Casimiro y se besó con los bembos los índices en cruz. Allí *naide* habló ni dijo el nombre de mi señor Sardá.

—Pues mejor, pero aun así —dijo Trinidad Valdés y ya de salida acariciaba las cuentas del rosario y la cruz de plata—. ¡Su excelencia el marqués va a tener que oírme más de cuatro cosas...! ¡Ay, Dios mío, gracias que no fue ni sea después peor...!

La negrita asintió con media sonrisa en la cara y se volvió al calesero:

—Mira a ver si tú te atragantas con esos *buniatos* fríos del almuerzo, negro comilón ¡y lengüisuelto que eres *namá* que con doña Trina...! —dijo Dolores que retornó de preparar el agua caliente del baño para el señorito Pepe e intentaba averiguar alguna otra cosa—. ¡No pudiste parar a comerte aunque sea unas pomarrosas en el cruce de un arroyo, chico! Anda, dime...

—No. Y no voy a decirte *na*, negrita —dijo Casimiro muy serio—. Así que no vengas a sonsacarme... qué, qué... ¡Ohumm...ohummm...!

Juliana tomó un jarrito y lo llenó con agua de una tinaja para darlo a Casimiro con apremio y le sobó en la espalda luego de un par de palmadas. Le subió un brazo y eso junto al agua lo mejoró enseguida.



—Ve, tú, ¡negrita *relambía*, por tu culpa...! —dijo el calesero cuando la tos se lo permitió y ya estuvo tranquilo—. Dolores, no seas tan curiosa tú y quita tus ojos de arriba de mí que me haces mal de ojo.

—Ya quisieras tú, negro *engreío*, que yo te mirara mucho.

—*Engreía* tú. Sí, mejor vete a otro sitio con tu mal de ojos, negrita, que va a caerme mal el almuerzo.

Entonces Juliana comenzó a tararear una de sus canciones mientras revolvía adentro de los calderos lo que se cocinaba para la cena. Casimiro masticó los trozos de boniatos, saboreó la vianda dulzona y pulposa imaginándose que palpaba los pezones marcados en la blusa blanca de Dolores, entreabrió los ojos como un gato, satisfecho.

Dolores se aburrió de esperar porque le contara alguna otra cosa del viaje. Con los brazos en jarra puestos en su cintura salió por la puerta contoneándose y torciendo los ojos al negro Casimiro al que casi le vuelve la tos cuando se fijó en el ondular de las caderas de la negrita. El boniato se le hizo un mazacote en el gznate por un par de segundos y necesitó precipitarse otra vez el jarrito de agua. Dolores, con sus trampas de hembra, se meneaba un poco y él sufría mareos momentáneos, sudoraciones y un ahogo en el pecho que le subía toda la sangre en borbotones y la saliva se le desaparecía de la boca. Cuando ya volvía a recuperarse de esas ganas de bufar como un toro por una novilla en celo, la negrita de improviso asomó su cara por una ventana y le gritó:

—¡Ojalá y te empachen esos *buniatos*, negrón...!

Casimiro suspiró y con la cuchara comenzó a aplastar los trozos de boniatos que le quedaban en el plato y a mezclarlos con leche. Entonces cerró los ojos para masticar en calma y ya no verla más, pensó; que Dolores y las ganas que le tenía no lo dejaban ya ni comer tranquilo.

Juliana sirvió en un par de platos la comida del huésped para llevársela y su olor de muchas especias hizo volverse a Casimiro para mirar. En ese instante, entró Dolores y extendió los brazos a la cocinera para que le diera la bandeja con los platos y un par de jarros, uno con esa leche tibia que tanto gustaba al señorito.

—Dámelo a mí, Juliana, que eso ya lo llevo yo... —y torció los ojos altanera mirando a Casimiro por encima del hombro derecho.

El negro volvió a cerrar los ojos y apartó la cara de la puerta para no verla salir, se sacudió la nariz para no aspirar más el olor de esa otra comida rica en especias. Pero la carne aromaba cada vez más fuerte, su plato se movió, una cuchara grande que no era la suya chocó con los bordes después de echarle unos trozos humeantes. La voz de Juliana lo convenció de que no era una maldad de Dolores que nuevamente se burlaba como llegó a creer por un momento:

---

—A ver si revientas Casimiro... Dolores dice bien que tú eres, ¡muy comilón, comilón y *e verdá, mijo!*

Casimiro decidió no abrir los ojos y saborear la nueva ración que le habían servido adivinando qué carne era y qué especias aliñaban el buen sabor. Con la boca llena, y pensando en los pezones de la negrita Dolores, masticando con fresesí, farfulló agradecido a la cocinera:

—Ah, eso es que yo no soy chino. Muy... mucha... gracias, Juliana... ¡Qué *rii-ico etá ecto*, tú...!

Afuera anocheció de golpe, por las ventanas penetró una brisa tibia con la savia medio amarga de las yagrumas y la letanía de los grillos. Las aves gorjeaban melancólicamente en el follaje de las lomas. Se escuchó una lechuza y en las pajareras de doña Trinidad revolotearon nerviosos algunos pájaros contra la tela de alambres. La dueña de El Abra detuvo sus agujetas y se persignó mirando al segundo cuerpo de la casa. Por la ventana de alto puntal y barrotes del primer cuarto del cobertizo salía un resplandor suave de la lamparita de aceite que recién había sido prendida encima del armario. Un cono de luz de fosforescencia anaranjada ponía al descubierto como en un gran teatro el revoloteo seseante de los insectos y algunas ranas que saltaban para engullirlos. De solo recordar la piel húmeda de las ranas, precipitaron los deseos de Trinidad de ponerse bajo el resguardo del mosquitero de su cama. Imaginó al muchacho leyendo, como siempre hacía hasta muy tarde. Apartó la cesta de los bordados y se dispuso a entrar en la casa para cerciorarse de que sus hijos estuvieran bien abrigados, a su lado Dolores cabeceaba hacía buen rato. En el medio punto de la sala hizo una leve inflexión a un ardiente corazón de Jesús Cristo que vigilaba desde lo alto. A sus espaldas, la negrita cerró con prisa los pestillos de la puerta y dijo entre bostezos duerma usted bien, señora. Afuera, en la oscuridad que acechaba en el patio volvió a escucharse el amenazante krakeo de una lechuza que atravesó la noche como una exhalación, y su vuelo en picada rapaz por entre las ramas, que aun viéndolo parece imaginado, cual si fuera una camisa blanca arrancada por el viento de los tendedores de ropa.

Blanca Pantoja leía inspirada aquellos versos integristas y solo de vez en vez apartaba los ojos del rostro de Pepe para mirar por unos segundos a los de su prometido el teniente Rodríguez. La mirada de hierro, acusadora y envuelta en celos, iba de él al militar para suavizarse por la candidez del futuro casamiento. Los demás casi no existían para la declamadora que tomaba aire una y otra vez para proyectar su voz, adolorida, inquisitiva. Pepe trataba de escuchar la poesía, fingía no sentir el hincón de ciertos versos en los que el tono de voz de la Pantoja le anunciaban el ataque político de la maestra que se creía suplantada y sobrepasada en las materias que antes solo ella impartía a los hijos del dueño de finca El Abra.

---

Don José María parecía haber consentido en esa especie de tertulia con más de un fin a la vista. Quería demostrarle al teniente Rodríguez, que había venido como veedor del comandante, y a su novia la furiosa patriota en soltería señorita Pantoja, que su protegido era ya un joven manso. Y su casa y familia más integrista que el mismísimo Capitán General y el palacio de El Escorial, todos juntos.

—¡Te muerdes la lengua, Pepe, pero tú no respondas nunca a sus provocaciones! Simula y sonrío si quieres ver pronto a los tuyos y no dejarme a mí a la mala vista de las autoridades. Recuerda siempre que me la he jugado por ti, ¿bien? Yo sé, y de muy buen tintero, que Leopoldo Simoni ya casi tiene el indulto en el bolsillo. ¡La magia del dólar, querido Pepe, que cura muy bien los dolores, jejejeje...! Y unas buenas referencias desde mi casa, acuñadas por estos espías, y todos felices.

Ese día los acompañaban desde el banquete del almuerzo, la profesora de inglés y el esposo don Leopoldo Simoni. Y José María Sardá quería con aquel domingo de ambiente cultural propuesto por la señorita Blanca Pantoja transmitirle al cuartel que en su casa no se daban cita probados mambises, ¡majases...!, sino gente de bien que ya habían enmendado sus errores para con la madre patria.

—Deben ser muy inteligentes —les exigió Sardá—. Yo no soy ducho en la materia, los libros no son mi fuerte, pero les pido ser más inteligentes que ellos mismos, ¿eh? Está por llegarles la cartilla blanca y sin esa no hay viaje ni permiso de salida para vosotros. No lo estropeéis que cada día se nos hace más difícil la vida.

La señorita Pantoja fue la organizadora de la tal tertulia trampa para conspiradores y la carnada ese libro traído para la ocasión: *Cánticos del nuevo mundo* del poeta Fernando Velarde.

—El poeta de esta tarde pasó por nuestra Isla de Pinos hace años y se inspiró en uno de sus mejores poemas —les dijo después del almuerzo, mientras llegaban al cuarto de estudio donde habían sido dispuestas varias sillas más que las de costumbre y los ventanales daban de par en par abiertos a la más grande pajarera de doña Trinidad—. Pero no, primero les quiero leer otro de sus grandes poemas, titulado: «A la vista de Cuba». Un poema excepcional, sin dudas, muy necesario en estos tiempos difíciles para mantener la unidad. ¡Y comprender por qué debemos salvar la patria de tanto criollo inconforme que hay por ahí, que lo mismo quieren otro gobierno, que les da igual regalar o vender la isla de Cuba a Norteamérica! —y dicho esto miró en abanico al público expectante y dio las últimas reglas para todos, tomando a los niños como excusa—. ¡Eso es, niños, ahí sentados y abran bien las entendederas! ¿Se me escucha bien allá atrás...?

Y casi cuando comenzaba la lectura movió las orejas como solo ella podía hacer y con cierta malicia entrecerrada en sus ojos pequeños y grises, acotó algo más:

---

—El doctor Fernando Velarde, bardo de Hinojedo y poeta que homenajeamos hoy, es paisano de mi acá prometido el santanderino Ambrosio Rodríguez.

Pepe aprovechó para cruzarse de brazos y dedos, y mordió fuerte un trozo de nada que a ratos dejaba pasarse por su mente en ejercicio de ausencia. El uniforme del teniente lo incomoda, pero ha de simular muy bien como le pidió el señor Sardá: ¡es por el bien de todos! Nora ansía tanto que su esposo sea indultado para poder regresar a su apartamento de Nueva York. Ha de hacerlo más por ellos que por él, se propone Pepe. Los Simoni están desde hace muchos meses soñando con la vuelta; si no se han fugado en un bote es porque después del naufragio de la expedición don Leopoldo no expondría en el mar la vida de su esposa.

La señorita Pantoja carraspea, bebe un sorbo del vaso de agua que le ha sido servido enfrente del atril donde ha abierto el libro. Pepe, a ojo de halcón, ha visto la ilustración de portada: es un hombre fuerte, barbado y vestido a la usanza de los aedas griegos que sobre un lecho de nubes parece sostener un mapamundi. La imagen, de tan socorrida por los románticos, a Pepe se le hace poco menos que fastidiosa: ¿hasta cuándo vamos a estar escribiendo sobre Grecia o el renacimiento florentino? Por eso Víctor Hugo le parecía tan grande poeta en *Los miserables*, tan auténtico...

—«A la vista de Cuba», del genio poético de Fernando Velarde —dijo la señorita Pantoja ajustándose los espejuelos y dándoles una mirada de suficiencia por encima de los lentes a sus futuros oyentes—. Y el poema dice así:

*El piloto por fin nos ofrece  
Que hoy veremos las costas de Cuba,  
Cuando el zénit espléndido suba*

...

Pepe cierra los ojos, por un segundo se imagina de regreso a la luz y aromas de La Habana. ¡Ay, *las dulces costas de la patria mía*, piensa con los labios apretados. Y otra vez la voz de Blanca Pantoja cincela en su mente:

*Las montañas de Cuba se ven.*

...

*salve, salve! magnífica Antilla,*

...

Los señores Simoni y Zayas Bazán asienten ante cada imagen hermosa del poeta, y sorben de su vaso de limonada. En silencio, reparte la negrita Dolores

que va con la bandejita en alto, sin entender qué hacen todos esos blancos en círculo como si estuviesen en rezos, o en sesión de espiritismo, medio adormilados. Escucha elegancias, sí, y ya quisiera leer muy bien para intentar entenderlas como parece que puede la señora Trinidad.

*Isla hermosa tu ahuyentas del alma*

...

Hay versos que ensanchan el alma de Pepe, versos que no son integristas ni insurrectos: son poesía al oído y convocan a la belleza. Y otros, levantan las comisuras, confunden, cual grito de guerra y libertad, pero no son más que versos de un canto a la isla de Cuba, perla hispana. Y Blanca Pantoja de reojo comprueba entre las sutiles frases de versos ardientes y los rostros de sus oyentes:

*Cuba! Cuba! levanta tu frente*

...

Pero nada ocurre, ¡qué bien simulan los muy infidentes! Se le nota enojada. Nada más, nada, la escuchan con atención, mayores y niños por igual, nadie disiente. Incluso la negrita Dolores, que ya supo que aprende a leer y escribir con ese pichón de insurrecto, le atiende con envidiable prestancia. ¿Dónde se ha visto que haya que letrar a una negra esclava, eh? Pero, ahora la señorita Pantoja tuerce su labio inferior, y un brillito maligno centellea en sus ojillos para el teniente Rodríguez:

*Aún estás en tu infancia florida  
Y no hay nada que tanto te cuadre  
Como el pródigo amor de una madre,  
A quien debes filial gratitud.  
¡Harto pronto se pasan los años!  
Para qué, para que te festinas?  
Ya verás las punzantes espinas  
Que te brinda en su flor juventud!*

Doña Trinidad aferraba ya a su crucifijo para que la mala noche de su hijo Domingo y el arrullo de las palabras no fueran a hacerla cabecear de sueño. En la pajarera comienza a cantar ese azulejo que ella apoda mi canario añil, pero no puede atender a la floritura del ave. Debía mantener la vista alerta en Pepe con una sonrisa, y escuchar y sonreír, pero el poema la hacía creer que iba para largo.

Ahora Blanca Pantoja respiró hondo y endureció la mirada con que vigilaba cada músculo de Pepe y los Simoni:

*¡Qué! No has visto esos pueblos infantiles  
que al combate feroz se lanzaron,  
y el pendón más glorioso rasgaron  
en sus triunfos sangrientos después?*

*Pues bien! Torna los ojos serenos  
Y contempla esos pueblos ahora...  
Dónde está su fantástica aurora?  
Por qué tiemblas? Responde! ¿qué ves?*

Ella lo ha encarado, de frente con las palabras y la palma de la mano abierta. ¡Qué actriz pudo ser Blanca Pantoja en el teatro Tacón o el Villanueva! ¡Cómo la aplaudirían los Voluntarios! Pepe descruzó por un momento las manos, pero apretó los eslabones de hierro en el bolsillo de su pierna renqueante y tragó saliva. A su hospedador Sardá no se le mueve un pelo del bigote, ¿no respira? Los niños la atienden fascinados, boquiabiertos, sin burla, que no sabían que declamara tan bien. El estrañado vuelve a ese espacio de nada en que solo los versos pueden filtrarse a su cerebro, a la imagen perseguida por el poeta que felicitaba la belleza y fidelidad de la isla de Cuba a España, vuelve a escuchar:

...

*Tú serás el Edén de Occidente  
Tú serás de los mares la estrella,  
Y triunfante, magnífica y bella  
De los mares la reina serás.*

Todos presienten que Blanca Pantoja se desboca al final de la poesía que declama con patriotismo y sin igual entrega, los ojos cuajados en lágrimas porque su voz sube de tono. Necesita subir más la voz. Afuera de la casa hay un sinsonte libre, en la floresta, que ha entablado controversia al canto del azulejo y pareciera también que a la voz de la Pantoja que desgrana los versos de Velarde. Doña Trinidad, preocupada por la algarabía hermosa e inoportuna de las aves, ha abierto y movido los ojos a Dolores que está en la puerta; y la negrita corre al jardín. Una pedrada desgarró hojas al follaje de una guásima muy próxima a la pajarera y un sinsonte aliblanco se echa al vuelo. Entonces Blanca Pantoja aspira hondo para lanzarse a las últimas estrofas con renovado fuero como si en ello le fuera la vida. ¡Qué miliciana la señorita Pantoja!, piensa Pepe que ha visto esa mirada de ira que ciega en los batallones de Voluntarios cuando pasaban revista con bayoneta calada en el campo de Marte. Espera..., ¿y la bravuconada qué,

.....

viene por fin? Acaso les explicará algún verso como a párvulos, los llamará traidores, propagadores incendiarios del caos. Aguardan todos por la estocada, el gesto de fastidio y la palabra acusatoria. Tras la brevísima pausa, cuánto fuego e histrionismo contenido justo enfrente de él, ¡la mirada que acusa, lo acusa a él...!:

*Mi patriótico afán se gloria,  
Contemplando este mundo moderno,  
Cual glorioso padrón sempiterno  
De la audacia del genio español.  
Aquí están y estarán sus blasones  
A través de infinitas centurias,  
Y a pesar de falaces injurias,  
Mientras radie en los cielos el Sol.*

*Cien naciones al par eternizan,  
Noble España, tu nombre y tu gloria:  
Tus costumbres, tus leyes, tu historia,  
cien naciones comparten al par;  
Porque tú presidiste en los siglos  
El periodo más grande y fecundo,  
Cuando alzaste en tus brazos un mundo  
Del abismo insondable del mar.*

Es Pepe el primero en ponerse de pie y aplaudir. Rompe en aplausos. Ah, la sorpresa es de la señorita Pantoja que confundida olvida por un momento lo que perseguía con su lectura de entusiasmo e inflamado patriotismo peninsular. Y es él, quien puede ser un caro actor cuando se le acerca y besa su mano. Ella se sonroja, mira perpleja a su teniente Rodríguez con un mohín de dudas latiéndole en los labios. Él la felicita, el joven que ella venía dispuesta a desenmascarar como laborante y darle una lección de españolidad se le adelantó. Parece absolutamente sincero. Pero no la engañan con tanto elogio... ¿El castigo de la deportación los habrá enmendado? Ayudó el poema, el tiempo que llevan lejos de sus vidas anteriores o en verdad sus dotes histriónicas son pocas ante su inusitado talento, ¿están o se fingen impresionados con sus desconocidas cualidades en el arte declamatorio. El joven tiene miel en sus palabras para sus oídos, nunca fue nadie tan galante con ella. ¿Pero eran *majases*, son criollos pícaros? Lo mismo que los Simoni, que la rodean y dicen conocer el libro pues ellos ya vivían en Nueva York en 1860 cuando Fernando Velarde fue publicado.

—¡Qué coincidencia señorita Pantoja! —dijo Nora y la palmeó suave en los hombros en un gesto de proximidad que nunca antes le dedicara—. Fíjese usted que el poema de Isla de Pinos era todo lo que habíamos escuchado mi Leopoldo y yo de esta tierra antes de venir... ¿Cómo iba a imaginarme yo que alguien de aquí de nuestra humilde villa tuviese un ejemplar de *Cánticos del nuevo mundo*, de Velarde? —y volviéndose para el teniente Rodríguez—: ¡Quiero felicitarlo tanto más que por su paisano de Hinojedo, por la pasión de su prometida! No rompa usted su corazón y cátese con ella. No vaya a perder tan buena prenda, teniente.

Ella contiene a duras penas un mohín cuando Nora le pide a su prometido que no rompa su corazón y que no vaya a perderla.

¿Acaso Nora sabe lo que le ocurrió a ella hace años con el recién enviudado Felipe Blanco? Claro que alguien pudo contarle la historia, ¿o no? ¿Pero sabían también los Sardá que en ese entonces no habitaban Isla de Pinos de su infortunio amoroso? Claro, que ya hacía más de ocho años de aquel desastre en su vida cuando el apuesto padre de siete hijos, y criador de ganado y cerdos como no hay nadie más ni mejor en el rumbo de Santa Elena y Santa Bárbara la dejó sin usar el ajuar de bodas. Contra todo pronóstico casó con su prima la menor de edad Rafelita Pantoja. Ella que creyó iba a ser la nueva esposa de Felipe Blanco, ella que estaba en tardía edad de casorio soñó que el apuesto hacendado la elegiría y no a su prima que aún estaba por crecer como la hija Venturita. ¡Ay de mí, por Dios! Que siempre achacó a su fealdad, a sus orejas y delgadez que no encontrara novio; a su parentesco con *Toribio Pantoja que no hay cosa que no se la coja*, así cantaba la copla a su familiar contrabandista, corsario y sobreviviente de dos ahorcamientos. Y apareció un día Felipe Blanco en Nueva Gerona, y dijo en misa ante el cura y los feligreses con su verbo cálido y vivaz que ya venía siendo hora de rehacer su vida. Ella creyó que lo decía sin dudar y mirando en su dirección, porque Rafelita a su lado era apenas una niña y él, tan de buen ver con ojos tirando a azules, de esos que tornasolan y la gente llama color del tiempo, tan ensoñadores que no pesaban para nada los siete hijos, se dijo ilusionada, segura. Porque lo que necesitaba un viudo así era una mujer hecha para tomar las riendas de su casa y ayudarlo en el gobierno y contaduría de sus haciendas. ¡Qué fiasco! Peleó con la prima y no asistió a la iglesia a ver como se casaban; pero los gritos se oyeron a la redonda en toda la villa, a intervalos con las campanadas de la iglesia que bendecía la unión de su ladrona prima y el apetecible viudo que muchos comenzaban a llamar El Buey de Oro. Los lamentos por más que quisieron amordazarla retumbaban en los patios de las casas familiares, vecinos de la calle Pinillos y Vives, en el brocal del pozo de la plaza y el cuartel de la comandan-

---



cia. Y en un momento en que el cura se detuvo un par de segundos en continuar con la ceremonia, cuentan que el susodicho le espetó con mucho coraje:

—Vamos padre, no se detenga usted que esa se volvió loca dos veces: primero cuando creyó que me interesaba y luego hoy, que no para con esa gritería para molestar. ¡Y... boca abajo todo el mundo! Esto es cosa de hombres y al que no le guste ya puede estarse yendo a recoger yaguas, el tiempo está de lloviznita.

Y después de tiempo, apareció el oficial Rodríguez en su vida. Tan flaco, de rostro tan desencajado y figura desgarbada que muchos en el Cafetín Madrid de la calle Pinillos, reían de ellos dos llamándolos: Calamidad y su perro. Y a él, don Eulogio ya lo había apodado por el parecido con su novia como: el teniente Blanco Pantoja. Ya el cura en confesión, sin ánimos de rimar o hacer trabalenguas con su desgracia sentimental, la había aconsejado seguir adelante con su vida, y le dijo casi sin darse cuenta:

—Señorita Blanca, se quedó sin el señor Blanco y no por eso vaya a vivir hija mía lo que le resta de vida en amarga oscuridad de soltería —dijo el párroco, enredándose con las palabras, un po-co somnoliento ese acalorado mediodía dentro del confesionario y solo el portazo y el grito de su descarriada oveja lo despabiló.

—¡La señorita Blanca se fue en blanco con el señor Blanco!

¿O fueron los bromistas de la villa, los embaucadores y mentirosos empedernidos del Cafetín Madrid? El dueño del cafetín más popular, Eulogio el Mallorquín, echaba a rodar versiones cada día, las habladas más picantes de Gerona la nueva siempre que por culpa de un sermón le disminuía la clientela.

Un chisme de su pasado no iba por segunda vez a dejarla sin probar las mieles del matrimonio. No, no, pero todo parecía ser una casual coincidencia, algo en lo que pensó, fugazmente. Era ella quien no podía perder al teniente Rodríguez sino quería quedarse sola para toda su vida.

De pronto los que venían de cazadores de *majases*, ante el aluvión de cumplidos, olvidan la misión encubierta y agradecen el protagonismo de esa tarde.

—Una actriz de carácter, eso es usted —dijo Pepe, disfrutando cada elogio a su enemiga que vuelve a escudriñarlo sin adivinar la burla—. Como muy pocas que pude ver yo en el Villanueva.

—¿Era asiduo usted del teatro Villanueva? —lo interpela el militar que frunce las cejas, aprieta los labios...—. Ese teatro...

—Antes, hace mucho de eso —murmura José María Sardá, decidido a que la tertulia no vaya a alejarse de su propósito por esa brecha.

Pepe respira hondo para no dejarse contrariar, de refilón evalúa la mirada de su protector y se apura en continuar con la farsa. No debe perder tiempo y sí medir cada palabra que va a pronunciar. Mencionar el Villanueva ha sido una falla

---

suya, un mal pisar sobre terreno movedizo y evocador de lucha de contrarios. Lo niega con prisas, y arremete contra la señorita Pantoja con renovada andanada de elogios y voz más alta en su discurso de crítico complaciente que roba la escena para mantener a flote a la celebrada.

—¡Y se sonroja usted...! ¡Talento innato, virginal! Allá en La Habana, y lo mismo en el teatro Tacón que en los mejores liceos saldría cada noche con ramos de flores y cientos de admiradores. Usted, señorita Pantoja, si me lo permite aquí el teniente Rodríguez, claro está... —y lo mira en busca de su asentimiento al militar, que se encoge de hombros primero y acepta después, jubiloso—. ¡Usted es un diamante sin pulir, pero con luz de estrella! Una perla en este islote. ¡Ay, de los que en La Habana aman el buen arte de la oralidad y la declamación, semilla y vid del teatro y ni se imaginan de su existencia acá!

Ella, que lo más cercano del teatro que estuvo fue una vez que le dijeron que se movía como una marioneta. No lograba imaginarse aún cómo era La Habana, pero sí que su rostro refulgía ahora, como lo había dicho tan bien ese muchacho inteligentísimo: con luz de estrella. ¡Qué bienestar tan nuevo ese de ser tan elogiada...!

Doña Trinidad, del brazo de su José María, se acerca también, ya temen que la burbuja de seducción pueda reventar por exceso. Y conminan a sentarse a todos, pues aún falta el otro poema prometido por Blanca Pantoja. Tuercen los ojos con indulgencia a Regino y Juan de Mata que retroceden a los asientos, con bostezos y fatiga en la cara en la que se ven reflejadas las hermanas por igual.

—Ah, sí, claro que sí, el que Velarde le escribió a nuestra isla. Su meditación a Isla de Pinos que les adelanto es un poema de más longitud —anuncia la señorita Pantoja que goza de su éxito, y en el pecho la respiración la agita al punto de casi levitar. Nunca fue tan celebrada, y no recupera todavía su palidez. ¡Vaya sorpresa..., con la poesía de este Velarde! Nunca, la verdad, se creyó que podría sucederle algo así. Desconocía ella misma tener tal don para las artes. Sí, todos fueron muy sinceros... ¿o no?

—Entonces no perdamos más tiempo, regálenos esa otra joya de Velarde que aunque una vez yo leí, no será igual que escuchársela a usted —la apuró Nora.

Sí, todavía no se le acababa el ensueño por su representación tan recreada y vívida del poema. Imaginaba si en la villa existiese un teatro. Si el pichón de infidente no le mintió, y no se lo parecía, ni a ella ni a su teniente, ¿tenía dotes para el teatro? Pero ya a su edad, claro, lo mejor era no ilusionarse mucho. Su futuro era casarse, que ya bien tarde se le había hecho y... Si la oyeran recitar con más frecuencia, quizá deba fundarse una tertulia como esta en el nuevo Casino Español de la calle Vives, piensa observando de soslayo al teniente Rodríguez. Quién diría que no le salen otros pretendientes. ¿Más apuestos y solventes, eh?

---

Imagina con desagrado cómo han de nacer sus descendientes con el teniente Rodríguez si sacan las orejas suyas mal combinadas con la nariz ganchuda de su prometido. Jamás se le había ocurrido tal cosa, oh, mi Dios pero, ¿qué barbaridades vienen a su mente solo por un poco de suerte?, se recrimina.

Volvieron a hacer silencio y ocupar asientos. Ella se abstuvo un par de veces de morderse las uñas en público...

Cuando hubo terminado la declamación del poema, las nuevas felicitaciones no podían superar a las primeras. Todos coincidieron en la grandeza del poeta español que cantaba a las bellezas de América con lira y palabras tan románticas. ¡Qué bien describía este poeta errante a los atardeceres pineros!

*Y del sol los reflejos vespertinos,  
como un volcán el firmamento encienden.*

O ese otro verso referido al crepúsculo sangriento, de nubes amapoladas en la isla como las nombró Pepe:

*El sol cual globo de candente hierro,*

...

Pero hubo además otro verso que les hizo coincidir, críticos de la realidad insular de Isla de Pinos. ¿Por qué de Cuba, qué sabían más que una guerra de hijos contra padres, la desangraba? La realidad de Isla de Pinos sí que podía debatirse, tierrita soltera y sin futuro. De ese abandono de la corona que todavía no la sacaba de ser aún en aquel año de 1870 la más triste de las colonias hispanas, la más olvidada. Y nada que esperar en tiempos de guerra, de crisis. ¿Hasta cuándo duraría tal situación en Isla de Pinos? El verso de Fernando Velarde en franca ironía y presagio les decía:

*Y ves tu porvenir en lontananza.*

Esa fue una tarde de noviembre que a Blanca Pantoja no se le olvidó nunca y jamás. Cómo tarareó cancioncillas, coplas y hasta una dancita de Santa Fe mientras se bañaba y el agua le borraba el cansancio y el polvo del camino hacia la finca El Abra del fiel catalán José María Sardá. Fiel a España, mi comandante, y toda una institución en la reeducación de jóvenes dislocados y camagüeyanos vende patria. Ella, que el odio y la rabia la había llevado a ser usada como espía por su novio el teniente Rodríguez, descubrió de improviso su valía como declamadora y actriz de talento tan natural:

—¡Un diamante sin pulir, pero con luz de estrella...! Eso me dijo ese muchacho tan instruido. ¡Qué tarde tan especial...! Lo que se perdían de ella en La Habana. Y quien dice en La Habana, justo es darlo por hecho que también en Madrid.

La rememoró muchas veces como la más feliz de su vida hasta el matrimonio. Y mucho, muchísimo tiempo después, cuando ya viuda y amargada de nuevo por la soledad que le deparó no haber engendrado hijos, leyendo con atraso un *Diario de la Marina* a inicios de junio del año 1895 hablaban de la muerte en batalla de José Martí. El mismo que ella pretendió provocar con los versos integristas de un poeta español del que ya no podía siquiera recordar el nombre. ¿Y había sido aquella tarde una mentira? Mira, Saturnina, lo que dice aquí en este periódico viejo, y puso al corriente a su criada que le hacía la cama. Y tal esfuerzo por recordar, sospechar la burla que fue o pudo ser... Sintió un calambre en el brazo izquierdo, un dolor fuerte en el pecho que a medida que el orine tibio corría por sus piernas se le aliviaba para siempre.

—Se orinó con la noticia de la muerte del señorito Pepe y con el periódico ella se cayó al piso. Y eso fue todo, doña Trina. *Ansi mimo* fue que me lo contaron allá en la villa, *uté dicultpeme*, ¿está bien usted? *Ansi mimo* lo estaban diciendo allá en el Cafetín Madrid, el viejo chismoso de Eulogio que dice que se lo contó Nino, el hijo de la criada de la difunta Pantoja.

El viejo calesero de El Abra, Casimiro, tenía los ojos enchumbados en lágrimas como todos allá en la finca que junto a la viuda doña Trinidad se recordaron del señorito con mucha tristeza. Ya lo decía aquella negra cocinera, difunta ya, ¿era Venancia, no?, aseguraba que el señorito tenía en los ojos la marca fatal de los que por obsesión y por buenos se mueren temprano.

También la viuda Nora Simoni lo supo esa misma tarde de junio mientras leía un ejemplar de *Patria* en que se homenajeara póstumamente a su fundador, director y poeta. Cerró los ojos para intentar verlo a través del iris grisáceo de sus cataratas, un domingo de misa en Isla de Pinos cuando el aún muy joven Pepe Martí le dijo aquello de que ella era tan anexionista como capaz de nombrar a esa paupérrima capital: *New Gerona*. Y rieron mucho, pues tenían motivos para celebrar que ella y don Leopoldo pronto embarcarían en doble viaje de vapor, Nueva Gerona al puerto de Batabanó, y de La Habana hasta Nueva York donde al mes siguiente les aguardaba la nevada y bella navidad de 1870. ¿Cómo no iba a ser bella y recordada si fue la última que pasó junto a su Leopoldo? Gracias a la ayuda de aquel joven soñador, arrebatado y lúcido muchacho obtuvieron buenas referencias del comandante para el indulto, que sino enviuda allá en New Gerona. Se persigna pues nunca más hubiese visto la nieve, los tranvías ni la inauguración fastuosa del puente de New York y Brooklyn sobre el East River

---

que va a la isla de Manhattan. Isla de Pinos hubiera sido también su tumba de no haber salido a tiempo de allá, piensa Nora. Decide a mediados de 1898 que quiere invertir los fondos que tiene depositados en banco en la compra y reventa de lotes de tierra en tan desamparada ínsula ahora que acabó la guerra y por fin Norteamérica se hará con las riendas. Así tal vez llega el porvenir a New Gerona y no está más en lontananza como bien lo vio el poeta Velarde. Sí, eso va a hacer, se dice Nora. ¡Total, que tiene dineros que no va a gastar en vida!, y bien los merece New Gerona. New Gerona, que así se le ocurrió llamarla en chanza y por ella, esa inolvidable tarde de 1870, al joven Pepe en finca El Abra. ¡Cómo se le multiplicó su patrimonio en el banco gracias a aquella corazonada! Isla de Pinos la hizo, hacia el final de sus días, una mujer muy, muy rica. New Gerona le devolvía en dólares todas las angustias vividas allá en tan remoto sitio, cree que sí. ¿Qué sería de finca El Abra y la familia Sardá? Quiso contactarlos, pero no lo logró. Una sobrina en Camagüey heredaría todos sus bienes a mediados de 1911. Nora Simoni liquidó a tiempo sus acciones en Isle of Pines Land and Development Company, en 1909, antes que el negocio declinara y justo a un año de su muerte. Desde dos ventanas de su apartamento en Brooklyn podía ver un tramo del puente colgante más largo del mundo e imaginar esa isla al otro lado del agua y más allá de Manhattan, saboreando sus cítricos que recién llegaban a Nueva York. Los primeros pomelos, *grapefruits*, de la temporada, jugosos, dorados y rojos, y con ese raro amargor de yagrumas.

*Finca El Abra*

*19 de noviembre de 1870*

*Madre:*

*A mi salud nada le fortalece más que el orgullo por tenerla a Ud. por madre y soy fuerte desde mi mente. Las ideas no me faltan y son tantas, aunque no las suficientes como los abrazos que guardo para darle a Ud. y las niñas. ¿Y mi padre? Dígale que no sienta en su pecho la vana y falsa vergüenza por el hijo infidente del celador y bravo español. Pues soy criollo, pero de quién sino heredé yo mi hombría y rectitud. Me dice que el doctor le ha dicho que sus pulmones por estos meses que se acercan son tan resabiosos como él mismo y que sus gripes son por las madrugadas que hace. Cómo no me daba cuenta yo antes del gran hombre que tengo por padre, dígale que todo lo dicho por él: tanta su luz que me cegaba como si mirase al sol, pero él siempre estaba a mis espaldas y mi inexperiencia no me lo hacía ver en estatura y sacrificio hasta que fue a llevarme aquellas almohadillas que cosió*

---

*Ud. y que olían a sus manos y a hogar cuando se arrodilló mi padre ante mí. Aún me siento enano.*

*Piense que mi castigo pudo ser peor en la isla de Fernando Poo o en Ceuta, y no en esta donde me encuentro casi como en familia. Descanse un poco que le vendrá muy bien a sus piernas, no la quiero tan andariega en súplicas a personas sin corazón tan grande como el suyo. Descanse Ud. y yo estaré mejor sin imaginarla día a día escaleras arriba y abajo en busca del gobernador para mirarle a la cara y entregarle sus cartas pidiendo indulgencia para su hijo. Y no sienta pesar, madre, por los dineros que usted quisiera poder enviarme. Nada necesito ya, le repito que acá doña Trina me mimas como a uno de sus hijos. Ayer mismo, le cuento, hablé de ir a comprar para mi habitación otra lamparita de aceite pues la que tengo ya no da más lumbre para mi lectura y alcanza mal. Y casi los ofendo con mi necesidad. Ahora de noche tengo tres lámparas en uso pues me obsequiaron con una nueva y con otra que mudan de la cocina al anochecer. Ahora tanta luz quisiera que vea, Madre, cuántas invasiones de maripositas y abejorros atrae, tantos insectos que me encierro a buen recaudo y temprano.*

*He mejorado mucho de mi cojera, ya casi ando bien sin acordarme de mi renquear, y la carne del tobillo ha cambiado de coloración y recogido en sí misma tras un baño con agua de manantiales que doña Trina hace traer de muy lejos para mí en una tinaja de barro. Es un agua fría y milagrosa por la que vienen enfermos de muchas partes del mundo. Sigo instrucciones del doctor José de la Luz Hernández, un buen doctor al que fui a verle en la villa de Santa Fe y desde entonces hago abluciones diarias. Y créame, el agua me ha sanado tanto como el amor con el que me premian aquí en esta finca de El Abra. Dígame Ud. a mis niñas que las pienso siempre, yo aquí rodeado de trino de pajaritos y algunas florecillas silvestres me las imagino y comparo lo que habrán crecido en este tiempo cruel que no les he visto con mis ojos que ya están muy buenos. Pero en mi corazón no hay día que pase sin que yo las vea alrededor de mi padre y usted como mariposas primaverales.*

*Estoy bien. Muy bien y mejoro más cuando me la imagino a usted en casa atendiendo a las niñas y a mi padre. Buscando un poco de tiempo como hacía siempre para leer un periódico, una revista o contestar carta a una amiga. Y no haga Ud. ahorro para su hijo que nada pide o ambiciona más que saberla descansando. No hay ni puede haber ilusión en mí de recibir mayor regalo que saber que están muy bien de salud. Echándome de menos en la mesa y al atardecer cuando debía llegar de mis deberes, sí, como no. Pero sin sacrificios ni más privaciones por mi causa. Nunca me confortaría cosa alguna que provenga de limitaciones tuyas porque sería para mí un socorro amargo. No desistí de conseguir la libertad para Dolores, no. Pero a largo plazo hay una forma más legítima y*

---

*valedera de agenciarse la libertad para los seres humanos y está en el camino de La Demajagua. Disculpe que le diga así. O ser abogado de un gran bufete como sueña Ud, si así lo quiere. No me dice nada en su última carta de Mariana, de cómo está por allá la familia. A todos déle mis expresiones y que los recuerdo mucho.*

*Hoy he subido a la cima de la montaña que guarda las espaldas de esta finca de El Abra hasta donde nace un arroyuelo que abastece la casa de buena agua de manantial y me sentí muy bien, casi feliz. Bajé con mi ropa oliendo a yagrumas y caimitos, con mis pulmones plenos de aire y naturaleza. Subir una montaña parece hacer hombre diferente al joven y tiende puentes de razones, con los seres y las cosas más sencillas de este mundo, Madre.*

*Doña Trina le envía saludos y que confíe en ella que hace todo por mí como si fuera Ud., agradece su cariñosa carta y se disculpa por no tener tiempo para responderle en esta ocasión. La cocinera Venancia me manda decirle que he mejorado mucho en mi apetito y también que dónde se ha visto un señorito blanco (así me llama ella) que guste tanto de café. Y es que solo las muchas tazas de café me avivan el ánimo para leer y hacer apuntes de un libro que puja en mi cabeza por nacer de pies a cabeza.*

*A mí ya casi se me cierran los ojos esta noche ruidosa de insectos, apagaré las lamparitas para irme a soñar que estoy en casa con familia y las abrazo tanto que todas quedan como un ramillete de flores contra mi pecho.*

*Déle la bendición a su hijo que muy bien la quiere:*

*Pepe*

*P:D: Aquí va como adelanto de esa fotografía que me piden mis hermanas y que no puedo hacerme acá en esta isla, este dibujo caricaturesco de mí. Poco me acuerdo ya de mis clases en el colegio de San Alejandro. Aciagos días de cuando quería ser yo uno de esos grandes pintores que conquistan el mundo a través de exposiciones. Doña Trina, las niñas y Dolores dicen que ahora estoy mejor mozo, más recuperado, que aquí no me parezco a mí, cierto que no me acompaña buen pulso aún. Mas sirva este Pepe hecho con trazos torpes para que mi dulce Ana pueda verme y también ustedes, que no haya celos. Un beso a todas mis chiquitas, que muy pequeño es este corazón mío para hospedar el enorme amor que les tengo:*

*su Pepe*

Mandy se embarcó en aquella investigación sobre la estancia pinera del joven José Martí y a ratos el rumbo en zigzag lo dejaba sin fuerzas, confundido. Era una búsqueda intensa, a ciegas, y lo que un día llegó a creer como un hallazgo al otro se transformaba en una contradicción. Por algo, se decía Mandy, todos sus biógrafos e historiadores resolvían con un par de líneas huecas el episodio de Martí en finca El Abra, cuando no lo pasaban por alto. Solo existía un camino para rellenar tal vacío en la biografía del poeta, del héroe nacional de Cuba, recolectar todos los comentarios de época y cotejarlos, confrontarlos y no esperar nada más que eso. El rechazo, la duda o aprobación dependería de sus lectores. Total, los vacíos se multiplicaron cada vez que intentó rellenar aquellos días que nadie creyó entonces útiles para la historia nacional. Eso, e imaginar a partir de los apuntes de Carmen, fue su consuelo. ¿Quién me mandó a mí a meterme en camisa de once varas? ¿Por qué tengo que dudar de todo y tener este carácter descreído, Dios mío? Todo esto y más se repitió en esas noches en que a oscuras en el apartamento se le nublabla la cabeza y no acertaba más que a releer los apuntes de Carmen, las conversaciones con Raúl García y Martí, y sus conclusiones no concluidas sobre aquellos días pineros de un joven entonces insignificante para Cuba nombrado José Julián Martí y Pérez que estuvo en finca El Abra. Se fatigaba en serio, ahora más. Llevaba cuatro días seguidos comiendo chorizos o jamón Vicky, y vasos de agua contra una acidez estomacal cada vez mayor. Y el teléfono nunca sonaba, era como si lo hubiesen desconectado. Se acercaba y verificaba que tuviese tono, y volvía a esperar una llamada. Estoy más solo que el gran gorila de King Kong. Teresa no acababa de aparecer para ir juntos al cine. ¿Qué otra cosa puedo hacer que rescribir una y otra vez estas páginas en la Remington de tío Alfredo? ¡Otro día más así y me vuelvo loco! Sí, esa noche tenía que salir a la calle a despejarse o enloquecía. Nadie le telefoneaba, y a nadie él tiene que dar cuentas. Me he quedado en Cuba, eso es mi medalla o mi castigo, ¿a quién carajo le interesa más que a mí? Bañado y con ropa limpia, decidió que comería fuera alguna comida decente que no fuera chorizos o jamón, hasta una pizza cuando lo pensaba le parecía alta cocina. Y luego ir al cine a ver la película otra vez, ahora sin Teresa. En toda La Habana ese único filme de estreno. Eso y las salidas por el puerto del Mariel de miles de cubanos. Las marchas habían cesado, nunca más las escuchó pasar por la calle, tampoco las agresiones personales. Todo parecía volver a la tranquilidad. Cuando salió del cine, La Habana le pareció tan pequeña y lúgubre como pudo serlo la Nueva Gerona de 1870 al joven estrañado que fue allí por infidente. Quería volver al apartamento y encerrarse, tampoco la noche estaba como para pasear y ser confundido con uno que quiere colarse en una embajada. Mejor regresar. Y no tenía otro ánimo que volver a releer lo escrito y los apuntes de Carmen, comparar a La Habana de 1870 con esta de 1980, más

---



de cien años después y en Cuba aún andaban las familias a ciegas, separándose a gritos, abandonándose sin decir siquiera adiós en nombre de una guerra civil no declarada, de un hipócrita patriotismo, de un cotidiano imaginario de creernos los más sublimes de este planeta, y nada... ¿Cómo sería andar por las calles de Nueva Gerona una noche como esta, se dijo Mandy en medio de la desolada calle 23, allá en 1870 luego de la hora permitida y temer encontrarse con la ronda que lo llevaría a palos hasta La Prevención?

Ahora dentro del apartamento, luego de comprobar que el teléfono mantenía en buen estado su tono, volvió a teclear en la vieja Remington de su tío Alfredo. Quería dejarlos en limpio, en letra de máquina, la mayor parte de aquellos apuntes de Carmen y los fragmentos de conversaciones que mantuvo con el sobrino anciano de José Martí. Quería dar a revisar una copia de lo ya escrito a Fermín, el abuelo de Teresa, tener la opinión del viejo Raúl. Y otra vez volver a casa y esperar que de una vez por todas sonara el teléfono y fuera la llamada de la tía Cuca. Una llamada que lo hiciera salir como deportado a unirse con la familia... Unos timbrazos que lo devolvieran a la realidad y lo sacaran de recordarse todo el tiempo del día en que supo que sus padres habían muerto. No, no quiero volver a quedarme solo, se decía una y otra vez cuando se miraba al espejo y no le alcanzaba el ánimo ni para afeitarse.

#### Apunte de Carmen: abril de 1980

La herencia de doña Leonor se gastó en el viaje y estancia en España, años 1857-1859, lo del hijo fue desde octubre de 1869-1870. Vivían en la estrechez por la poca habilidad e instrucción, terquedad de carácter y honestidad a rajatabla del padre. Ya don Mariano respiraba muy mal, se fatigaba por muy poco. La madre cosía para la calle y el padre hacía pequeños negocios y trabajos: remate de lotes de tela, venta de algún esclavo (don Mariano tuvo dos y por un tiempo los daba en alquiler). Intentó también el negocio de una cafetería donde vender helados y dulces con un asociado, un pariente que le dio la mala; intentó el negocio de las canteras y también se sabe que poseía dos casitas de alquiler, en fin, mucho y nada. La penuria, estrechez, que no miseria, fue siempre, toda la vida, no solo tras la condena de su Pepe.

Otra cosa es en la que te refieres, Mandy, en la visita de Pepe al sanatorio de aguas mineros medicinales de Santa Fe. Sanlope era el seudónimo literario de Manuel Nápoles Fajardo, también poeta y hermano del Cucalambé. Si esta leyenda pinera sobre el poeta tunero fuese verdad, ¿por qué el Cucalambé, Juan Cristóbal Nápoles Fajardo habría querido hacerse pasar por su hermano? De qué escondía su verdadera identidad, ¿acaso de la ley? ¿Qué ocurrió con

---

esos últimos poemas que según afirmas mandaron con el esclavo a su finca en Las Tunas? ¿Otro misterio más del Cucalambé? Su primer libro, *Rumores del Hór-migo*, fue publicado en 1856, en La Habana por la imprenta El Tiempo, ¿en qué año fue que pudo estar por la Isla de Pinos y morir allí? ¿En 1860 o 1861?

Decirte que bueno, alguna coincidencia hay en los recovecos de la existencia humana... este hermano del Cucalambé, Manuel Nápoles Fajardo, que es quien firmaba como Sanlope, llegó a ser el primero de que se tiene noticia en publicar en letra de imprenta un poema del joven José Martí, es decir de Pepe. Lo hizo en Guanabacoa el domingo 26 de abril de 1868, en *El Álbum*, periódico local de ciencia, literatura y anuncios, fundado y dirigido por él, el verdadero señor Sanlope. Es decir, hasta que no se pruebe lo contrario fue el primer editor de poesía de Pepe. Había muerto por esos días el primogénito del matrimonio de su maestro Manuel Mendive con Micaela Nín, y así tituló el poema: «A Micaela», que como sabrás también fue una dama guanabacoense. Hasta aquí mi apunte de hoy...

A mediados de diciembre el dueño de El Abra fue avisado por el comandante de la villa de Nueva Gerona que el estrañado José Julián Martí y Pérez había recibido el indulto.

—El muchacho poeta que usted hospeda en su finca tiene permiso para embarcarse al puerto de Batabanó y de allí en tren a La Habana.

Muy pocos deportados lograban abandonar la Isla de Pinos en tan breve estancia, el comandante dijo que podía contar esos casos con los dedos de una mano. Don Sardá, sin mencionarle otra vez su buena amistad con el saliente Capitán General, le alcanzó un par de tabacos extralargos torcidos por su cocinera y así finalizar su visita al cuartel. En el rostro del militar asomó una sonrisa de agradecimiento mientras aspiraba aquel aroma que pronto convertiría en humo. Con una mano palmeando en el hombro del hacendado catalán y un deje de ironía, le dijo acompañándolo a la puerta:

—Don Sardá, ese criollito bocón podrá salir en el próximo barco si así lo desea.

Venancia mandó también un par de tabacos grandes al negro Saturnino apenas la noticia arribó a El Abra. Torcer tabacos en la noche se le daba tan bien como cocinar, torcedora de puros era cuando la compró su amo hacía muchos años ya en una vega que había quebrado allá por el rumbo de Yaguaramas. La compró sin saber lo útil y fiel que iba a serle, el remate no supo bien por qué, pero fue convoyado con una joven mulata de ojos socarrones que la llamaba tía Venancia.

---

Dolores escuchó el asunto del regreso de Pepe a La Habana mientras servía un café esa tarde en la sala de la casona; le temblaron los pies y corrió a la cocina, furiosa.

—Eres una bruja, Venancia, tú ya lo sabías, negra. No, no me digas ahora *ná* de tus santos de negros. El señorito Pepe va a irse..., sí, se va a *Labana*...

La cocinera, sin inmutarse ni apartar los ojos de los calderos que vigilaba en los fogones, le indicó que saliera fuera. Nunca, ni de niña soportó lloriqueos a Dolores. Negrita, ¿tú *ta sabé* tu lugar, eh? Solía decirle sin el más mínimo temblor en el rostro.

Juliana, la otra negra que entraba a la cocina con una olla de viandas ya peladas, quiso consolarla cuando oyó de lo que hablaban.

—Ay, *mija*, ya sabes que el señorito Pepe se va...

Pero Dolores salió a la carrera, no quería que lo vieran llorar. Decidió acercarse a la sala, a escuchar oculta o mientras recoge los tazones lo que más le preocupa, ¿cuándo es que se va el señorito a La Habana...?

—¿Entonces usted pagará mi pasaje de barco, don José María? —dijo Pepe, un poco apenado por no contar en ese momento con el dinero para su regreso a La Habana.

—Claro que sí, Pepe... —dijo doña Trinidad con un poco de escozor en los ojos—. Mal que me pese verte marchar, eso sé muy bien que es lo que quieres. Además que nunca te hemos pagado tus reales por las lecciones a mis niños...

El catalán entornó los ojos a su esposa, ¿de qué lecciones ella hablaba? Acaso de esas lecturas francesas que hacen a la gente revoltosa y respondona. Mejor no hablar de esos dineros y se apresuró en recalcar a su inquilino:

—El Capitán General de la isla ha cambiado. Mi buen amigo Fernández Caballero de Rodas ha cesado en su cargo el pasado día trece. Has tenido suerte que se acordara de tu caso, Pepe, porque si no te pones viejo aquí con nosotros.

—Ni que eso fuera tan malo, José María, por como lo dices cualquiera diría que Pepe ha sido una molestia para esta familia...

—Qué dices, Trina... Bien sabes que este muchacho está feliz de irse al mundo —y dirigiéndose a él en complicidad mientras tomaba asiento en su extremo de la mesa como patriarca—. A Madrid, a Madrid que espera por ti, ¿verdad, Pepe?

Él asintió con pesar sabiendo que también les iba a echar en falta porque ya se había acostumbrado a sus cuidados y compañía familiar. Halaba una silla y levantaba la vista para mirar a sus pupilos que se acomodaban en la mesa, atónitos por la inesperada noticia de su pronto adiós, cuando todos comenzaron a lamentarlo:

---

—¿Pepe se va...? —dijo Catalina, sorprendida y palideciendo—. ¿Y por qué...?

—¿Pero cómo, cuándo es que va a irse...? —dijo la niña Rosa y el habla se le quebró al insistir—. Pero..., ¿y por qué no puede quedarse más tiempo, papá?

—Ay, las mujeres de esta familia no quieren dar el indulto a Pepe. Así que deberás escaparte pronto antes que escriban al nuevo Capitán General y le pidan que revoque tu permiso. Yo creo, mirándolas así como están a punto de echarse a llorar por ti que serían muy capaces, sí, Pepe, volverían a acusarte de infidencia para mantenerte aquí con nosotros.

Todos los mayores de edad sonrieron muy a pesar de la tristeza que les quemaba en el pecho. José Regino quiso amordazar al hermano más pequeño que él para que no lo dijera, pero no pudo:

—¿Y eso puede hacer que Pepe no se vaya...? —dijo Juan de Mata, ingenuo y apartando el brazo de su hermano, agregó—: ¡Yo, yo mismo voy al cuartel! ¿Y qué digo, eh...? ¿Que Pepe es un mambí..., y qué más? ¿Que lo dejen seguir viviendo aquí con nosotros que es más seguro para todos, eh?

El dueño de El Abra, por más que lo intentó, no pudo atajar que se le escapara una carcajada antes de quedarse casi perplejo. Doña Trinidad, temerosa por la tristeza de sus hijos y la propia, amplió su desacuerdo:

—¡Por Dios...! Ya ves tú José María que no son solo tus mujeres las únicas que tanto aprecian a Pepe en nuestra casa. No, no mi Juanito, ¿cómo irías tú a denunciar a un amigo, al buen Pepe que te enseñó a querer los libros? Tu padre bromea con algo que no debía... Y yo que planeaba para tu cumpleaños, Pepe, un gran banquete de arroz con yaguasas que ya se las había encargado a Juan que las fuera cazando vivas para ir echándoles maíz en una jaula que eso les mejora un montón el sabor de su carne.

—No puedo esperar, doña Trina, pero en mi cumpleaños los pensaré a todos ustedes y seguro que echaré en falta, a ustedes y también a esas yaguasas en arroz que son tan sabrosas... —dijo él, en un intento vago de bromear, y no sabiendo por esa vez qué decirles para contentarlos comenzó a hacer dobladillos en la parte del mantel que quedaba enfrente suyo y reposaba sobre sus piernas. A los ojos le vino un ardor que subía del pecho; es un poco de esa cal que todavía guardo de las canteras, pensó en justificarse, pero de inmediato volvió a pensar en La Habana, en los padres y sus hermanas... Ya casi volvía a estar tranquilo y sonreír por tan intensas muestras de ser bien querido cuando regresaron las quejas a la mesa:

—Pero Pepe prometió que nosotros mismos íbamos a poder leernos el libro de Jean Valjean y si se va... —dijo Juan de Mata—. Entonces ya no podremos ir mañana a cazar azulejos con Casimiro que dice que ahora sí hay añiles...

---

—Si se va ni libros ni tesoros de piratas, nada... —dijo José Regino que también enmudeció entre la rabia y el sollozo.

—Sí, *Los miserables*... —dijo Catalina—. Esos seremos nosotros que nos quedaremos sin saber qué ocurre con el amor de Cosette y Marius...

—No, no, pero eso no va a ocurrir... —dijo Pepe y respiró hondo para anunciarles de mejor ánimo—: Porque resulta que mi amigo Juan Bellido de Luna me dio su permiso para que dejara el libro aquí en El Abra en tanto ustedes lo van leyendo. Luego ya se lo harán llegar después que lo lean. Casimiro sabe dónde vive mi amigo...

—¡Igual Pepe!, es que nadie quiere en esta casa que te vayas —dijo Rosa y su mirada recorrió el rostro de los convidados saltándose el de su padre al que esquivó de reojos. Sardá, con las manos acodadas en la mesa, parecía disfrutar con sorpresa el encariñamiento de sus hijos para con el joven en tan poco tiempo.

—Rosa y Catalina querían casarse con Pepe, sí, casarse con él dentro de unos años y ya no va... —dijo Juan de Mata, ahora en son de burla, pero la mirada severa del padre lo hizo enmudecer.

—¡A callar...! —dijo Sardá carifruncido y observando al hijo como si se tratara de un insecto—. ¿Pero, qué dice usted? Respete a sus hermanas, ¿quiere?

—Bueno, ellas en juego decían eso de que a ver cuál se casaba con Pepe cuando fueran grandes y...

—Eso es una calumnia —dijo Rosa y miró a su hermana mayor en busca de apoyo, pero se la encontró tan enrojecida y temblona que supuso rompería a llorar en solo un instante—. Dile tú Catalina, anda chica, que este niño es un grandísimo mentiroso. ¡Dile...! Que nosotras lo que queríamos es ir con Pepe a ver uno de esos enterramientos de tesoros; que dice Venancia que esa lucecita que sale para la loma son los dueños muertos que andan averiguando a quién darles su fortuna... eso era...

—Unas niñas indagando por entierros de piratas, ¿quién les va a creer, eh? —dijo Juan de Mata—. Eso de buscar un cofre pirata era un plan mío con Regino y Pepe. ¡Que Pepe quiere comprar con su parte del tesoro una carta de libertad para Dolores!, ¿no es así Pepe...?

Hubo un silencio que duró solo segundos y que pareció inmenso a todos. Catalina separó los labios y no dijo, no pudo decir nada. Un par de lágrimas rodaron rápidas por sus mejillas tornasoladas de impotencia y aturdimiento. ¿Pepe, se marchaba ya...?

—Ven como Catalina llora y no dice nada —insistió el hermano pequeño y burlón alargando la chanza—. Ella lo que quería era...

—¡Juan de Mata Sardá...! —tronó la voz maternal, recriminándolo—. Haga silencio ya, señorito...

---

Pepe acomodó la cuchara junto al tenedor, imaginó que debía decir alguna cosa que volviese a relajar el ambiente tenso que había surgido en un momento por el ánimo pícaro del menor de los varones. Conocía del coqueteo de las muchachitas en las clases de inglés de la profesora Nora cuando desandaban en juegos las grandes tiendas y heladerías de Nueva York; de sus sueños de niñas que jugaban a verlo como el protagonista de esas historias de los libros que él mismo les leía como antes hacía a sus hermanas o recomendaba leyesen mucho para que fueran jóvenes inteligentes.

—Pero yo nunca voy a olvidarlos, nunca. Y de Madrid voy a salir en viajes, y un día visitaré en París a ese gran poeta que es Víctor Hugo y les voy a contar de ustedes, les diré de las horas tan amenas que su libro nos regaló en esta isla —dijo Pepe, con los ojos muy brillantes de la emoción del que descubre que es bien querido—. Para mí es también muy difícil marcharme ahora... No me imaginé que podría ser tan pronto, por eso los planes se nos quedan ahora en el aire. ¡Ustedes dos...! —y habló directo a las niñas que lo miraban muy tristes—, van a casarse con unos hombres muy apuestos y que las van a hacer muy felices. Ya verán que así será. Pero de algo estoy yo muy seguro, ¡segurísimo!, y es que nos veremos otra vez.

—¿Y dónde, Pepe? —dijo Catalina y volvió a preguntar con amargura—. ¿En París, acaso en la calle Plumet...?

—Yo soñé anoche, papá, que me iba a vivir a España, en Madrid... —dijo Rosa, en un momento de deslumbramiento al recordarse, pero apenas si logró que la escucharan y atendieran por un instante. Los otros seguían en las calles de París con Víctor Hugo.

—O en la calle Santo Denis, yo soy el pequeño saboyano —dijo Juan de Mata, eufórico.

—Sí, tú eres el Gervasille de Isla de Pinos —dijo Pepe al niño comparándolo con su personaje favorito para contentarlo sin desatender a la creciente melancolía de las hermanas a las que prometió—: Un día viajarán a La Habana, no sé, el mundo es tan grande como bien dice su profesora de inglés. Rosa, lo de anoche en tu sueño tal vez fue una revelación. Ya verán que sí, que nos veremos más pronto de lo que ahora no pueden ni imaginarse. Ustedes tienen toda una vida por delante, señoritas...

A la niña Rosa se le antojó un trago de agua, respiró hondo y ladeándose apoyó su carita en la mano derecha. Así trató de recordar más de ese sueño tan raro de la pasada noche donde se veía ya como una mujer y vivía en Madrid. ¿Será que voy a vivir allá con Pepe...? No, eso fue solo un sueño y como ya lo conté seguro que no se me cumple, así dicen, pensó la niña y cruzó dos dedos bajo el mantel de la mesa.

---

—Yo no, Pepe. Tendrían que deportarte de nuevo a esta isla —dijo Catalina y se mordió los labios, observando de refilón a Rosa que para entonces había palidecido y los ojos le brillaban muy rojos—. ¿Aquí, aquí quién viene sino así...?

—Yo tendría mucha suerte, si es que eso vuelve a ocurrirme, *mademoiselle*...

—Pues nosotros vinimos a esta isla —intervino el padre en la conversación para zanjar el aluvión de quejas y lamentos, y esos nombres de calles y personajes que a él no le decían nada razonable—. Y no nos ha ido tan mal acá que no hay el peligro de la guerra y sí mucha tranquilidad. Seguridad para...

—Estamos aburridas de tanta tranquilidad, papá... —farfulló Catalina—. En Bayamo, antes de ser quemada, las muchachas se soltaban el pelo en la ciudad y se lo adornaban con flores; y en Europa las muchachas usan camisas rojas a lo Garibaldi y nosotras...

—¡Camisas rojas a lo Garibaldi, pero...! —Tronó la voz de Sardá—. Y de Bayamo, entérate que ya solo quedan ruinas. ¡Trina...!, ¿qué me dices tú de esto?

—Sí, y muy aburridas si Pepe tiene que irse... —dijo Rosa y calló de golpe ante el gesto autoritario y de molestia repentina que hizo al dueño de El Abra levantar la mano como si fuese a golpear la mesa cual juez para imponer silencio.

Las muchachitas enrojecieron de miedo, pero en el pecho parecía querer estallarles el corazón y en los ojos arroyuelos de lágrimas.

—¡Camisas rojas a lo Garibaldi, qué bien! ¿Y Bayamo...? Sí que tienes talento, Pepe, para hacer levantisca y respondona a la buena gente que te escucha y aprende a quererte —dijo Sardá y agregó enérgico—: ¡La juventud de este país se pierde! Y se pierde irremediablemente hacia el caos creyendo que va a la luz, como insectos... ¡Ustedes vayan a su cuarto y saquen de sus cabezas esa moda Garibaldi! ¿De acuerdo? Y Pepe, ¡revolucionarios en esta casa ya me basta contigo...!

—¡Pepe es Gavroche Thénardier, el revolucionario, pero él insiste en querer ser Jean Valjean porque estuvo en presidio...! —dijo Juan de Mata dejándose llevar también por la comparaciones y previas escenificaciones que habían hecho de *Los miserables* cuando repasaban lectura en el cuarto de estudio. El joven Pepe los hacía vivir el teatro imaginando futuras puestas de la obra francesa en el gran teatro Tacón de La Habana.

Sardá pestañeó un poco confundido. ¿Otra vez de qué y quiénes hablaban sus hijos? ¿Su joven protegido se los estaba rebelando en contra de él...? Los enseñaba a hablar en claves secretas para evitar que los entendiera..., abrió los brazos en señal de, ¿qué está pasando aquí que no entiendo nada?

—Solo están mencionando personajes del libro con el que repasan la lectura —dijo doña Trinidad intentando responder a todas las interrogantes de su esposo—. Es un juego de teatro que hacían, querido, yo los entiendo, yo participaba con ellos...

—Pero don José María... —dijo Pepe, apenado por la discusión que había desatado la noticia de su inminente partida a La Habana.

—No, Pepe, tú no te disculpes ahora... —lo cortó Sardá muy molesto—. Sí, ya sé que esta pequeña revolución ha de ser ese libro francés que también ya supe, Trina, que fue excomulgado en una bula papal. ¡Para que veas qué lecturas! Ya no quiero que lo dejes por aquí, ese libro lo devuelves antes de que nos vayamos al embarcadero, por favor.

—No, yo no iba solo a disculparme, señor —dijo Pepe, y apartó el pañuelo de tela blanca—, pero los libros no tienen nunca la culpa. Y la juventud de este país no va al caos porque sueña y lee buenos libros. El caos viene de otros males que usted mismo conoce y cierra los ojos. Y el caos se engendra a sí mismo cuando no se le permite a los jóvenes soñar, participar del gobierno y los asuntos de...

—¿Qué saben ustedes de la vida...? —lo interrumpió José María y los ojos se le enrojecieron y las venas del cuello se inflamaron atemorizando a Trinidad con que fuera a darle un ataque a su esposo con esta nueva preocupación y disgusto—. ¿Qué...?

—José María, por Dios santo —trató de contenerlo doña Trinidad poniendo una de sus manos sobre otra de su esposo—, recuerda tu angina de pecho y no te molestes así.

—Dime, Pepe, ¿a dónde va a parar este país sin leyes ni rey? ¿A dónde vamos incendiando ciudades, ingenios y cafetales..., Dios mío? ¿Qué república es esa que según tú puede levantarse sobre las ruinas de un país? ¿Una república sin iglesias y con camisas a lo Garibaldi, sin economía, no te parece una pesadilla? Y pesadilla aún más grande ya puedes imaginarte tú que está por venir con Valmaseda, ahora que es Capitán General. ¡Ya verás que sí, que tengo mis razones para temer ahora más que antes, ese no le hace asco a la sangre ni un tantito así! —y de pronto vio a las hijas que no lo obedecían aún, retardándose ambas en la puerta del salón comedor que iba a los cuartos de la casona—. Pero, ¿y ustedes qué hacen ahí paradas...?

Rosa y Catalina echaron a correr del salón, rajadas en llanto, y la madre apenas si pudo contenerse. En un raptó por conciliar a todos y restablecer el orden acopió toda su buena voluntad y voz matriarcal para imponerse. Viendo que Pepe no iba a quedarse callado se le adelantó en desviar el rumbo político de la exaltada conversación:

—Te has robado el corazón de esas dos tontuelas de mis hijas..., y el mío también Pepe. José María, mi amor, recuerda tu corazón y serénate ya, ¿estás bien? Por Dios santo que estamos en la mesa como una buena familia católica. ¡Fuera la política! ¿Y ustedes dos a dónde iban..., eh?

---



Los varones se habían apartado con suavidad de la mesa; José Regino serio, indeciso, y detrás Juan de Mata que replicó muy triste:

—Yo no quiero que se vaya Pepe, y tampoco ya tengo hambre, ¡se me fue...!

—Pues yo sí voy a comer —dijo José Regino retornando a su lugar en la mesa a donde llegaban Juliana y Venancia con las fuentes de comida, humeantes y olorosas—. Es que yo tengo mucho apetito —explicó dirigiéndose a su hermano menor que con la cabeza baja siguió su camino muy decepcionado.

—¡Ay, José María...! No debimos hablar de la partida de Pepe hasta después o mañana, qué sé yo —dijo Trinidad y aspiró hon-do a ver si los ricos alimentos la convidaban a reconfortarse—. No se habla de cosas así en la mesa, por Dios, no de política antes de comer. ¡Fuera la tristeza y la política!

—Las muchachitas se han puesto igual de celosas que mis hermanas que en La Habana esperan por mí. Yo siento que por mi culpa se pongan tristes... Y lamento mucho ser la causa de este suceso, don Sardá —dijo Pepe—. Lo siento, doña Trina, jamás quise importunarlos, ni hoy ni nunca, se los juro.

Don José María Sardá, después de beber agua, se reacomodó en su puesto, asintiendo a su huésped y controlando con más pausas la respiración. Ya estaba calmo.

—No, qué dices Pepe —dijo Trinidad y agregó cariñosa—. Es que se te quiere muy bien en mi familia y no queremos que te vayas. Tú comprendes, ¿verdad? Esto no ha sido más que un de-sacuerdo familiar..., ¡niñerías! Ocurren en las mejores familias, ¿a qué sí...?

Por tales niñerías, una niñada de estas, Pepe, es que te ocurrió..., pensó decir don José María con rudeza a su huésped, pero optó por olvidarse del incidente.

Pepe asintió muy emocionado del cariño de doña Trinidad. Y a Venancia que acostumbraba a no hablar delante de los señores se le escapó:

—Ah, ya, *e* eso, Juliana, por eso *e* que Dolores tampoco quiso venir hoy a servir la *comía* a la mesa. *Ta tricte* igual..., por el señorito que va a *ircse delabra*.

Y Juliana, para no quedarse detrás en el sentir de la familia aseguró:

—¡*Toita* la gente de aquí va a echarlo de *meno* por acá, señorito Pepe!

—¡Bendito sea Dios...! Pero de este señorito se me ha enamorado todo el mundo en esta casa. ¡Eres un seductor, Pepe! —dijo Trinidad y fingió que sonreía en un intento estéril de hacer chanza de la novedad y contagiar a los que iban quedando sentados a la mesa—. ¡Vamos, vamos a comer que se enfría todo esto y...!, comamos en paz. A aquellos que *se fugaron* de la mesa ya les apretará el hambre un poco más tarde y se irán a destapar ollas en la cocina.

La cocinera todavía tenía que decir:

—Doña Trina, mañana bien temprano yo le hago para que lleve, *pal* viaje del señorito —dijo Juliana—. Ese arroz con yaguasas que quería regalarle *uté* doña

Trina. Ayer *mismito*, ¡qué suerte!, el viejo Juan trajo dos yaguasas y sé que las tiene ahí presas en una caravana *pa* que los pollos no las picoteen. ¡Pues ya *ectá!* Amaneciendo yo les *aretuerzo* el pescuezo.

Otra vez el ardor en los ojos y la garganta que se le quedó muy seca. Solo atinó a corresponderles a las negras cocineras, que lo miraron tristes, con una de sus más humildes sonrisas.

El dueño de El Abra había comenzado a mirarlo con ironía desde la indisposición de Dolores anunciada por la cocinera.

—Mi padre en La Habana ya le dará el completo para lo que falta de mi pasaje del barco, don Sardá... —dijo Pepe y en la garganta el agua que bebió no parecía querer rodar—. O si lo prefiere, me quedo a esperar que mi familia pueda girarme ese otro dinero.

Él creyó que debía insistir en el dinero que no le alcanzaba para el viaje en el vapor. ¿Por qué esa pícara sonrisa ahora en el rostro de Sardá? ¿De qué se estaba acordando el catalán que borró de su rostro las discrepancias de hacía solo un rato?

—Pues claro que no, Pepe, qué nos dices, chico —dijo Trinidad y dejó los cubiertos a un lado de su plato—. Nunca recibiste nada de dinero por las lecciones que impartiste a mis hijos. Completarte el pasaje de barco es una calderilla. Nosotros también tenemos deudas contigo. Además mi José María necesita ir a echar un ojo para ver cómo marcha lo suyo por esa San Cristóbal de La Habana, ciudad con nuevo gobernador y yo quiero que esté de vuelta antes de año nuevo. Ya bastante me he resignado a que en misa del gallo no podrán acompañarme ninguno de los dos, con la ilusión que me hacía. Pero, por favor, ya no hablemos más de ese asunto que nos roba el apetito y acalora, ¿sí...?

—Sí, comamos en paz. Ya todo está bien y Dios así lo ha dispuesto. ¡Comamos que se enfrían estas delicias! —dijo Sardá y echó una mirada colmada de júbilo al joven que era su protegido. Muy en el fondo de sí admiraba las gentes de carácter firme y con postulados para defenderse. Y ni siquiera refutarle su actitud e ideas independentistas lo hacían arrepentirse de darle cobijo, también él de cierta manera fue seducido. Incluso, lo retaba a mostrarle al muchacho sus carencias, a intentar un pulso en ese ajedrez que para sí constituía la vida. Después de todo y sin mayorearlo en talentos, se decía que él llevaba más tiempo encorvado y jugando en ese tablero.

Sobre el tejado de la casa, enclavada en la falda de la sierra, justo en el suave declive de dos cerros que daban paso a un abra, caía el manto de la noche plagada de insectos. A lo lejos, en el camino de la villa y los límites del valle por donde serpenteaba más alto que la espesura del monte el rastro de lentejuelas del parpadeante río Las Casas iniciaban su relumbrar de luciérnagas lejanos candiles.

---

Ahora tampoco, después de dos escurridizos meses, doña Trinidad sabía responderse cómo llegó a tomarle tanto afecto al muchacho. Las cartas de su madre Leonor le anunciaban que quizá muy pronto podría viajar a Madrid a hacer sus estudios y de solo pensar en su pronta partida, un nudo grande se deshacía en su pecho. Esa noche en la cama mientras esperaban dormirse volvieron a hablar del asunto.

—José María, ¿y no es posible que Pepe se quede aquí con nosotros?

—Irá a España, mujer. La familia espera que allá estudie para abogado y se olvide de sus locuras políticas. No, no puede quedarse, va a ser desterrado, ¿recuerdas?

Doña Trinidad ya sabía que iba a echarle de menos a la lectura de sus cartas. Total, nunca mandó decir en ellas nada que pudiera comprometerlos con las autoridades. Y a las pláticas de sobremesa donde él les hablaba de libros y personajes; las charlas con Catalina y Rosa, con Juan de Mata y José Regino que tanto le gustaba escuchar, muchas veces a escondidas para disfrutar del deleite de sus hijos. Incluso el menor, tan aquejado de tos y gripes en ese tiempo se mostró muchas veces curioso y risueño ante Pepe que lo moteaba con cariño: angelillo y príncipe menor.

—Señora... —dijo Dolores con nostalgia anticipada—, también usted piensa que el señorito Pepe habla más lindo que el señor cura, ¿verdad que sí?

Y doña Trinidad Valdés y Amador asentía cómplice de la muchacha que palidece y le sudan las manos cuando el protegido de su José María comenzaba a hablar. La veía admirarlo y susurrar entre risas y comadreo con las cocineras; recibirlo en el cuarto de estudio con la puerta abierta y deletrear en voz alta las sílabas de palabras que ya aprendía a leer y garabatear. Ya ni siquiera recordaba aquella pesadilla en que su José María visitaba a Dolores de madrugada ni a temer tampoco que cuando ella siguiera floreciendo él la encargaría como concubina en otro sitio o en la villa donde pudiera disfrutar de su juventud sin preocuparse de herirla. ¿Ya no la veía más como a una rival? No, rival en otro tiempo había sido su madre, la tal María Mercé, sobrina de Venancia. Pero de aquello ni ella misma podía acordarse, pues no coincidió en amores con su esposo y la preocupación por el fantasma de esa otra mulata ya no se le aparecía ni en sueños. Era una historia mal contada por Venancia y su José María que ya no le quitaba ni un ápice de sueño y tranquilidad. Dolores era ahora más que una posible hermana de sus hijos, una aliada y cómplice suya. Apartadas, ambas gozaban a su manera de tener cerca a ese muchacho y encargarse de restablecerle su salud. El mozuelo debilucho y maltrecho en menos de una semana las había robado para sí con la seducción gentil y en ciernes que albergaba con latente escualidez. Y, ¿cómo era posible que hubiera leído tantos libros a sus pocos años? ¡Qué bien

---

hablaba, casi de cualquier tema!, se comentaban una a la otra los primeros días.

—¿Y aprendes? —dijo doña Trinidad a la esclava—. ¿Tú le entiendes la lección, Dolores?

—Claro que sí, señora —dijo la negrita muy segura de sí—. Si con cada uno de los niños tiene una manera y para mí que tengo el coco duro —y se tamborileó la cabeza— el señorito Pepe también encuentra cómo explicarme y que me entren las letras y no se me salgan.

—Sí, ya veo que sí —dijo doña Trinidad yéndose satisfecha del cuarto de costura y plancha donde Dolores ponía en orden mucha ropa antes lavada.

Y al entrar en la casa buscó de prisa a José María para decirle casi sin respirar:

—Pepe es un chico listo y cabal, José María, nunca tendrás de qué arrepentirte. Hasta podrías instruirlo para que sea tu encargado cuando te vas de viaje a Batabanó y La Habana. Me dijo que ya trabajó en una bodega y sabe llevar las cuentas. Oye, estoy segura de lo útil que... ¿No podrías hacer algo más para cambiar la condena? ¡Pero si ya intercediste una vez para que se la conmutaran...!

—Trina, recuerda que aunque tengo buenas relaciones con el gobierno, sí y soy comandante, también soy catalán que no es lo mismo que castellano. Acaso olvidaste ya los sucesos del pasado año cuando aquellos muchachos catalanes se negaron a combatir a los cubanos que llamaron hermanos.

Ambos quedaron unos segundos haciendo memoria de la prensa de aquellos días y las habladurías: en 1869 habían llegado muchos Voluntarios catalanes republicanos como refuerzos para el ejército. Y fue llegar, y negarse a pelear una misma cosa. Un numeroso grupo de catalanes republicanos fue conducido preso a la Península porque hubo alguno que no quiso pelear contra sus hermanos cubanos y otros que se pasaron al campo insurrecto. Los odios y la chanza anticatalana se cebaron en esos meses. Los más recalcitrantes y patriotas pidieron que los fusilaran a todos por traidores. Otros, castellanos y cubanos fieles a España, se burlaban de los nacidos en Cataluña como peninsulares flojos y de poco fiar. Por esos días se quebrantó mucho al orgullo catalán... y se le calificó como lo peor y menos viril de la península. Mejor criollo fiel que catalán cobarde, decía una copla que se hizo popular en cantinas y bares cantada por borrachos y Voluntarios habaneros.

—Pero José María que ya de eso...

—No hay pero que valga, Trina, que yo lo recuerdo. Ya fue suficiente riesgo, ¿no lo crees? Tengo bienes embargados que no avisto a recuperar mientras continúe la misma situación de don Carlos y seguro que muchos ojos sobre mí, ni te imaginas cuanto envidioso hay por ahí esperando a que uno tropiece para caerte encima y quedarse con todo lo tuyo. Hay guerra, Trina querida, tenemos guerra y caos. Primero decías que traerlo aquí fue un mal negocio, que arriesgué mucho

---

por casi nada, ¿y ahora me sales con que quieres que el muchacho se quede?, pero ¡mujer, que en la política no se anda con juegos! La guerra en Oriente va para largo... Por el embarcadero del río Santa Fe me han dicho que desembarcan por decenas y decenas los soldados tullidos, cercenados a machete como si fueran cañas... Y hasta en La Habana que está lejos de la guerra todos los planes se aplazan para mejores tiempos. Dime tú, ¿cuándo llegarán esos mejores tiempos a esta Isla de Pinos? Deja que Pepe vaya en busca de su destino que no está aquí. Reza por él y por nosotros, porque nos vaya mejor en el futuro, mujer. Aquí nada endereza para bien, no lo veo venir ni en cien años, mujer. Ya ni siquiera cuento con el favor del Capitán General de la isla, ¿recuerda eso? Y que el nuevo señor Capitán General no me honra con su amistad y tiene la cabeza puesta en pacificar el país y eso ya es bastante tarea, ¿no crees tú...?

Ella volvía a insistir, a tientas, aferrándose a un auxilio que debía llegarles de algún sitio o de alguien bien posicionado y con venturanza.

—Pero no me dijiste que ibas a encargarte de la transportación de carnes y cueros, del tabaco de esos nuevos vegueros que también arriban a Isla de Pinos huyendo del desastre de la guerra —dijo Trinidad al esposo, insistiéndole—. ¿Y qué hay con la producción del ingenio La Esperanza de don Alejo Salas? Yo lo vi muy interesado en hacer negocios contigo y tú... Viniste diciendo maravillas de la caña que se daba muy bien y parecía muy azucarera, que tenía encargado a un americano como maestro de azúcar y una máquina de vapor como la de los aserraderos de pinos, tecnología moderna. ¿No iban a entenderse con esos contactos tuyos en el puerto de Batabanó para abaratar los gastos...? ¿Qué pasa, José María, por qué me pones esa cara?

—Bien puesto tiene ese nombre el ingenio del señor Salas, mi Trina —dijo Sardá con los brazos caídos y la voz de un hombre agobiado por las deudas e hipotecas—. Esa producción es de unas muy pocas cajas de azúcar blanco Habana. Hay casi más gasto en las contribuciones y en su traslado que lo que luego valen en el mercado. Sin franquicias no hay rentabilidad cuando se está tan lejos de todo.

—¡Caray, José María, y yo que me había ilusionado con que pronto podríamos hacer en casa muchos dulces! ¿Acaso no te lo ofrecieron?

—Bueno, Trina, no me animé ni a comprarles tu azúcar, es que... han tenido muchos problemas últimamente. ¡No imagináis cuántas desdichas en ese ingenio...! Por ello no lo había hablado contigo, mujer. El blanco Habana de don Alejo no ha salido de muy buena calidad, si vieras qué pinta... Ese míster Frazer, el americano, no ha podido dar todavía con el punto y los negros que pasan el guarapo cocinado de las calderas a los moldes, y después lo sacan al aire y el secado no... Ellos no tienen buen adiestramiento —y un mohín de asco apenas

---

si pudo atajarlo cuando el dueño de El Abra recordó las docenas de esclavos semidesnudos que bajo aquel sol ardiente que parecía querer rajarse las piedras goteaban sudor sobre las pailas y moldes de barro en los que se fundirían luego, con la melaza, los tan anhelados panes de azúcar.

—Pero ni un trozo, José María..., hasta las limonadas con el azúcar blanco son otra cosa. ¡Una delicia! Voy a tener bien pronto que enviar a Casimiro a la villa a por azúcar.

El catalán otra vez imaginó a los negros, de don Alejo Salas, grajientos y mal preparados en la sala de secado extrayendo los panes de azúcar de los moldes que salían de tres colores. En la parte superior de la horma se ponía una capa de barro fangoso de unas tres pulgadas, bien embebida en agua; a José María esto le recordaba con desagrado el trabajo en su tejár Brazo Fuerte, como los negros pisaban dentro de un hueco cavado en la tierra, a manera de pozo o mortero, todo el barro para amasarlo a pisotones antes de poder palearlo a los moldes de tejas y ladrillos. Una faena sucia, insalubre, pero al menos las tejas y ladrillos no eran para comerse ni preparar otros alimentos como sí lo era el azúcar. Al desprenderse el agua contenida en el barro, pasaba muy lentamente a través de los granos de azúcar, arrastrando consigo a la melaza y los iba lavando. Por eso la parte de arriba en el pan de azúcar, la mejor lavada, quedaba blanca; el medio era pardo claro, y la parte de abajo pardo sucio. ¿Azúcar blanco Habana? ¡Puahfff...! Después a otra cuadrilla de negros sucios y sudorosos, les correspondía trocearlos en tres partes con precisos golpes de machete, y así separarlos por los colores. Hacer azúcar, se le antojó a don Sardá que ya muchos años antes había visto su producción en ingenios de Cienfuegos, una tarea de selección como mismo estaba organizada la sociedad: blancos arriba, mestizos en la medianía y los negros en el fondo. Sí, los hombres acababan por parecerse a lo que hacen, se dijo. Era primitiva la manera de producir azúcar y no se adelantó nada en todos estos años. ¡Vaya al diablo con la tecnología y ese maestro de azúcar americano que hedía igual de mal o peor que los negros, ese colorado y pecoso Frazer! ¡Puahfff...!

—Trina, deberíamos moderarnos un poco en el consumo de azúcar blanco en la casa. ¡No, mujer, que no lo digo solo por economizar! El ingenio La Esperanza tiene sus zafras contadas con los dedos de una persona si es que no ocurre un milagro antes, y aquí tan al sur, ni los milagros nos llegan, mujer. Mira tú que ya estoy decidido a poner a tu nombre El Abra por lo que pueda ocurrir. Tenemos que conservar esta casa y la finca a cómo sea posible, por la familia. No son tiempos, Trina, no son buenos tiempos y los planes para desarrollar esta isla vienen sobre tortugas ciegas. La insurrección va llevando a la ruina el país, a la isla grande y aquí ya no estamos a salvo de la crisis. Por lo menos hay paz y nadie

---

te incendia la finca ni suelta a los negros en nombre de la libertad, pero... No ocurre nada, ni en bien ni en mal. No se mueve nada, ni las hojas de los árboles, ¡reconcholi...!

—Pepe cree que la independencia de España puede traer un rápido desarrollo a Cuba —dijo Trinidad en tono confidencial al esposo—. Nora cree lo mismo, pero solo si se anexa toda la colonia al territorio de la unión americana; nunca llegan a ponerse de acuerdo en todo.

—¿Pero ellos hablan de esos temas delante de los niños? Tú...

—No, ni siquiera de mí. Los he escuchado un par de veces, casi por casualidad. Cuando llego a donde están, me piden disculpas y culminan lo que conversaban en idioma inglés, que se entienden muy bien lo dos. En verdad es una maravilla poder comunicarse en otros idiomas, ¿eh? Pero de eso, del futuro de Cuba y esta Isla de Pinos con independencia o anexada, ¿tú qué crees de eso, eh?

—Ya estoy harto de creer, Trina, y nadie cumple. ¿Por qué los criollos sí podrían y nosotros los peninsulares no? Todos, tan dados al buen vivir acá en la sombra porque el sol es muy duro y quién en verdad trabaja... No sé, yo quiero ver. ¡Ver hace fe! Yo me callo mejor y espero. ¡Total, que lo que es bueno para Cuba nunca alcanza para Isla de Pinos! Esta no es una isla olvidada, no, ¡esto aquí es el olvido hecho isla! Y Pepe que vaya a hacerse abogado que bien le viene para que se defienda él de sí mismo, que él sí que es un caos, ¿no crees tú? Y que se mantenga a raya y no vaya a involucrarnos en sus tormentosos sueños republicanos. Que se cuide de no devolvernos con mal la cobija que le dimos en tan aciaga hora. No quiero leerle otra cartilla más... ¡Que nos tenga el cura en sus oraciones y que Pepe nunca nos incluya en sus escritos!

—También tú, José María, vas a echarle de menos aunque no lo digas.

—Mira Trina, mejor echarle de menos y no que vaya a enredarse en algo feo por acá. Todos esos deportados con los que se reúne los domingos al pase de lista frente al cuartel y visita casi a diario no son santos y les tienen el ojo echado en el cuartel y ellos lo saben. O crees tú que el comandante es bobo y Pepe y los suyos muy listos, ¿eh? Lo dicho, mejor que le echas de menos a Pepe y él se vaya a hacer sus estudios, a ver mundo y hacerse hombre que ya ha tenido mucha suerte y no sé de qué se queja entonces. ¡Ni tú...! No seáis tan quejicas, ¿eh?

—Es un joven con tanto talento y querible, José María, ¿no te parece?

—Sí, pero con mucha vocación para mártir, ¡qué desperdicio...! Que vaya a estudiar leyes a ver si eso lo ayuda a olvidarse de querer cambiar el mundo. Y cambia al menos la suerte de su familia que son muchas mujeres y un padre enfermo. Con la política no se juega, no señor. En tiempos de guerra la política es un juego donde se muere de verdad, y eso ya él lo sabe.

—Es un poeta, José María...

---

—Pues por eso, Trina, vaya Dios a saber qué suerte le toca o no.

—Calla esa lengua, ¿qué te pasa a ti hoy?

—No sé, ustedes que con tanta melancolía me han contagiado, ¿qué sé yo?

No volverían a verlo jamás, doña Trinidad lo presentía. Cuando lo miraba pasar y después ella cerraba los ojos para recordarlo como intuía muy pronto debería hacer, todo quedaba a oscuras y ni siquiera su voz podía recordar.

—¡Ay, mi Dios...! José María, que Pepe me asusta tanto como lo quiero; ¿es que no dejo de pensarle una suerte de esas tan tristes como las de los santos?

—¿Santo...? —y se encogía de hombros Sardá, cabeceaba incrédulo—. No vino aquí precisamente por eso, ¿recuerdas Trina? No estamos en tiempos de Cristo, mujer. Ya estabas dormida, para ya con esos rezos que es muy tarde y me desvelas. ¿No tienes frío?

Dolores quería agradecer al huésped, escuchar toda una noche su conversación. Algunas veces sintió celos de Casimiro que iba con él fuera de la finca. ¿Acaso ese negro parejero era mejor compañía que ella? No, el señorito Pepe la saluda con finura, la espía encogido, tembloroso, viéndole casi sin querer los senos cuando le toma la mano por detrás de ella para guiarle el lápiz. Lo escucha desbocar su respiración, y cuenta uno, dos, tres y cuatro para no reaccionar a su voz, a ese tibio aliento cerca de la oreja si él le susurra cómo enmendar su torpe caligrafía de carreta sin arriero cuando lo tiene detrás, atento sobre su hombro. ¿La olisqueaba...? Ella presiente que sí, que a mucha discreción respira con lentitud su olorcito de ajonjolí *tostao*, a ojos entrecerrados y con la portañuela queriéndole reventar. Otras veces lo descubrió de pastoreo por su andar de caderas en bamboleo cuando ella le puso los primeros emplastos de hierbas en el tobillo lastimado y en el *nacío* de la ingle que estaba feo y muy hinchado. En una de esas curas no se contuvo y le acarició con una mano más arriba del tobillo mientras la otra bajó en caricia por la ingle sana y el señorito Pepe enrojeció, se le trabó esa lengua llena de palabras. Y la garganta se le atoró con la nuez de Adán como si fuera un trozo grande de *buniato*. Dolores sabe lo que es gustarle a un hombre, y el muchacho *hablabonito* parece un señorito virgen de mujer. Todavía...

Por boca del negro Casimiro, doña Trinidad conocía los deseos de volver a La Habana que embriagaban a Pepe. Cuando el calesero conduce hasta el Ayuntamiento a entregar las cartas y al pase de lista a las nueve de la mañana, él va a su lado en el pescante. En Nueva Gerona muchos al verlo en ese puesto lo crearían familiar del mayoral o algo así como un pariente pobre, nunca un huésped de los Sardá. Las misivas se iban en la goleta del martes o el jueves a la isla grande y de Batabanó en tren a La Habana. Casimiro se apartaba a ponerse en la sombra y él era esperado para leer por tandas para otros deportados los diarios que arriban con cierto atraso en el barco. En círculos se leía *El Diario de la Marina*, en otro *El*



*Diario de Cuba o El Moro Muza.* Él era buen lector y casi siempre lo hace antes de contestar el pase de lista y subir a firmar en el Ayuntamiento el registro de deportados.

Casimiro dijo a doña Trinidad que al cabo de un par de domingos el círculo de oyentes alrededor del señorito Pepe ya era el de más gente y disciplina.

—El señorito lee y hasta de los otros grupos hay quienes lo atienden a él, y si no se mudan para su grupo porque habla muy bien y lee mejor que todos. Señora Trina, figúrese usted que apenas llegamos lo piden, todos quieren que él sea el lector. Ya lo quieren mucho allá todos esos hombres que cuando el señorito Pepe es el que lee todos lo atienden boquiabiertos. Si le diera por ser cura al señorito, ¡ay, ay, doña Trina!

Luego, si ese domingo los señores demoraban en la misa, algún otro asunto o visita en la villa, el negro embobecido por la verba fácil del habanerito, henchido de alegrías por el trato, lo dejaba guiar en la calesa el achacoso trote del caballo hasta las márgenes del río Las Casas. Allí, cerca del embarcadero, contemplando los balandros y goletas, las chalupas de velamen que salían o entraban, los ojos le brillaban como abejorros salpicados por la plata del rocío. El calesero, con más años y asombro, le escuchaba sus vivencias de la cantera San Lázaro, cómo recuerda con indignación y sin diferenciar razas, el infierno de aquel lugar donde sufrió en carne propia el dolor de ser esclavo.

Esa mañana el embarcadero que todos llamaban de La Guásima estuvo más concurrido que de costumbre por causa de un cañonero que había atracado en el muelle cargado de míseros deportados. La mayoría de los vecinos de la villa se acercaron para ver el magnífico barco de guerra. Muchos de ellos soñaban con uno así de tan imponente artillería para custodiar la isla de cualquier intentona rebelde.

—Si las repúblicas jóvenes de América se decidieran a cooperar con la independencia de Cuba ¿acaso la Isla de Pinos no resultaría perfecta como base de operaciones y territorio ya libre? —murmuró Bellido de Luna como si soñara en voz alta—. O mejor y más efectiva sería una invasión de los Estados Unidos de América —concluyó.

Muchos se preocupaban demasiado al decir del Comandante:

—¡Que no sueñe esa chusma laborante, esos majases infidentes con una rebelión aquí en esta isla! ¡Peineteros...! ¡Come barros! A todos los tenemos controlados y sabemos en qué malos pasos andan sus mentes. Atrévanse a levantar cabeza y ya sabrán de mi sable. Ah, y ni soñar con la ayuda de esas republiquillas de indios y negros, hambrientos y haraganes; todas están peor ahora que cuando eran territorio español. Ahí van todas desangrándose en corrupción y guerrillas civiles.

---

Un fermento de ánimos y voluntades cautivas subió de tono en la plaza. Al fondo de los congregados, un soldado con la culata del fusil golpeó en la espalda a un viejo que rezongó y había escupido en la tierra que pisaba. El grupo de estrañados políticos se volvió hacia la derecha murmurando queda y rabiosamente:

—¡A callar, silencio! Suban ya a firmar y no sueñen tanto que van a morir de desilusión. ¡Vamos, mantengan esa fila! ¡Silencio y que viva España, y viva Cuba y esta Isla de Pinos siempre española! ¡Haced silencio que estáis en la plaza Isabel II y no en la manigua...! Y aquí sí que no hagáis ilusiones republicanas, aquí todavía se venera a la reina y a Dios. ¡A callar filibusteros, desgraciados todos que no se escuche ni un mosquito! ¡Callaos de una buena vez o se van todos hoy a dormir a La Prevención! ¡Eso!, así que ya entendieron, ¿eh?

Ese domingo luego del pase de lista frente al cuartel casi todos los habitantes de la villa fueron a ver el barco y la triste carga de hombres de su bodega. Acababan de echar los tablones por babor para los cautivos mientras los marinos y oficiales desembarcaban por una buena escala.

—Escribiré un libro que denuncie esa otra esclavitud del presidio. Tengo cada palabra de ese libro, presa y gimiendo dentro de mi cabeza, pujando por salir. Va madurando conmigo, como una fruta amarga, así madura.

Agrupados y cercanos al muelle también había muchos deportados entre los que destacaba Juan Bellido de Luna. Llevan consigo cestas de frutas, panes y alguna ropa para dar a los más necesitados que fueran saliendo del barco. Era una comitiva de recibimiento muy solidaria para con aquellos infelices que asoman cubriéndose las caras con las manos, cegados por la luz después de tantos días a oscuras en la barriga del cañonero. Otros ya voceaban nombres, algunos portan retratos que poco sirven para identificar entre los desgraciados al que por encargo deben ayudar. Un vocerío ensordecedor para una villa tan tranquila.

El murmullo de los congregados en el embarcadero deja saber por los que voceaban y pasan junto a la calesa que el barco viene con muchos deportados desde Camagüey y Oriente, todos prisioneros de guerra. Ya bajaban los primeros, harapientos y sucios, barbados y pálidos, con caras desencajadas y cada-  
véricas, enfermos. Todos sin dineros y muy vomitados unos a otros durante la travesía en que fueron trasladados como esclavos en un barco negrero. Hedían como una manada, encadenados, alucinados reciben lo mismo insultos de la tripulación que de algunos caballeros con su familia muy hostiles y fieles a España que los vituperaban, gritándoles: ¡asesinos, traidores a la patria...!; que vueltos a la otra orilla de la gente forcejeaban ansiosos por los trozos de pan y botellas con agua fresca que les alcanzan sus partidarios de causa. No había espectáculo más abominable que ver en la isla que la llegada de esas cuadrillas y su traslado a como diera lugar a la plaza nombrada como su exmajestad Isabel II frente al

---

Ayuntamiento y el mismo discurso amenazador del comandante hasta llegar a sus absurdas palabras finales: ¡Podéis marcharos! ¿Podéis marcharos...? ¿Pero a dónde...? Se preguntarían de inmediato con la seguridad de que una nueva pesadilla comenzaba en sus vidas. Y para eso estaban allí los deportados ya instalados en la villa, para guiar y acoger lo mejor posible a sus infortunados hermanos. Los que no, a dormir en La Prevención igual que vagos y criminales.

—Pero usted... usted es blanco señorito Pepe, ¿cómo es eso que esclavo? Yo sí, señorito, yo sí soy negro y esclavo.

—Es que esclavo es también, Casimiro, quien no puede decir lo que piensa, quien se deja engrillar la mente, y no dice o hace sino lo que otros ordenan; quien calla la pena propia y ajena. Míralos y dime tú si en mayoría crees que el color de la piel los salva de ser esclavos. Esclavitud la de las ideas sin alas, esa sí es esclavitud. Dime, Casimiro, si todos esos ahora mismo no son más esclavos que tú, ¿eh?

Y Casimiro el negro calesero de El Abra asentía, maravillado de comprenderlo todo y de que las palabras del muchacho se quedaran fáciles dentro de su cabeza. Cuando debía repetir esas palabras su boca olía a pomarrosas maduras de arroyuelo.

—Cuando el señorito Pepe comienza a hablar, doña Trina, yo le digo que parece cosa de brujería, usted perdóneme su merced. Es que las palabras le salen una atrás de la otra por el mismo trillo, y se hace un silencio y no hay más que sus ojos viéndolo a uno de frente y él que parece que montó un muerto, un espíritu bueno, eso está claro. Ya vio usted como se le ponen los ojos como en blanco y alrededor de uno todo se hace lo que dice él, y uno ve o le parece que ve cosas de las que habla él y que uno a derecha ni conoce. Si yo le digo que él podría ser bueno como señor cura y se ríe o no de mí. Pero es que no para hasta convencerte, doña Trina. Yo no sé bien, pero el señorito tiene la cabeza llena, llenita de palabras. Que yo seré negro bruto y eso, pero lo que ya dije es *muy mucho* cierto. Y sí, ya no digo *má* ni me recuerdo de otra cosa que pueda interesarle del señorito. Sí, no se olvide de mandar a Venancia que le haga ese cocimiento *pa* que lo apacigüe cuando está *dormío* o si no va a salir hablando de noche, ya verá que sí. Hoy por el día él se emocionó mucho allá en La Guásima. Esa gente del cañonero venía *má* muerta que viva y lo dejó sin buen ánimo, cabizbajo y *almi-caío*, que él me lo dijo.

—Casimiro, hoy es el día más triste después de todos los tristísimos días que no voy a olvidarme nunca. Día de luto, de los que no hay palabras para pintarlo. De esos que dejan el alma seca como una teta de vaca después que ordeña Juan.

Y allá iba la última cuadrilla de confinados rumbo a la comandancia donde se les retirarían los grilletes después del discurso de bienvenida. Los soldados

---

bravucones dándoles palos y con las culatas de los fusiles en alto para el golpe. Advirtiéndoles ya que luego del toque de oraciones ya debían estar recogidos en La Prevención y ay del retrasado que no llegara en hora cuando ellos recorrieran las calles de la villa. A palo y garrote sería conducido a la galera que en estos días que hay muchos nuevos es cuando más se toman en serio sus recorridos y son más exigentes. Que nadie venga creído que Isla de Pinos es un paseo si se les compara con Ceuta o la isla de Fernando Poo. Aquí también hay que ser muy hombre y tener una santa allá arriba que vele por la vida. Y a Casimiro se le escapó la pregunta al señorito de si lloraba o estaba a punto de llorar por los ojos tan rojos y brillantes que se le han puesto de repente.

—No, Casimiro, es la cal que todavía me sale de vez en cuando, y como arde. O no sé, tal vez ese aire salado que hoy me hizo mal. ¡Vamos, arrea tú mejor!, que mira cuánto polvo se ha levantado con la marcha de mis hermanos, esos héroes que ahí van delante encadenados.

El calesero tomó las riendas del caballo viéndolo con los ojos cerrados y unas lágrimas inatajables que le rodaron por las enrojecidas mejillas de hombre con cara de niño. No le dijo nada más al señorito, salvo que necesitaba ajustar las ruedas mejor porque de ayer para acá andaban medio turulatas y con ese traqueteo. Casimiro no le miró a la cara en un rato para darle tiempo que recobrar su compostura y buen decir.

—Ay, doña Trina, pero de verdad que daba grima ver aquellos hombres desgraciados que bajaron del cañonero hasta medio desnudos y más enclenques que bestias en tiempo de seca. Nosotros íbamos al final, casi a dos calles del río y las cuadrillas que marchaban muy adelante de nuestra calesa y el aire olía malo *malo entodavía* de sus olores a vómito y muchos días sin jabón. Cada día llegan y llegan más presos a esta isla que ahorita mi doña Trina ya no la llaman más Isla de Pinos sino de los presos. Sí, y me voy ya a quitar los arreos de este animal que ya merece descanso igual que yo. Ah, y que hoy volvimos a topar por la calle de la iglesia con eso negros finos de Los Colonos y el señorito se les quedó mirando otra vez, a sus maneras. No, no esta vez no me comentó *na*, doña Trina, solo los vimos pasar, creo que rumbo al cuartel. Ya, sí, era solo eso doña.

—Sí, tú estás seguro, Casimiro, de que nada más ocurrió... ¡Anda vete!

—Venancia me habrá dejado lo mío por ahí, ¿verdad? Estoy *estragao* del hambre, doña Trina. Bueno, sí, como casi siempre. Adiós...

Y el calesero recordó que fue justo un domingo como ese en que la doña no asistió a misa que el señorito Pepe vio por vez primera a los morenos libres de La Florida. Así llamaban en Nueva Gerona a aquellos negros que vivían al noroeste de la villa en una comunidad nombrada Los Colonos. Pepe había oído comentar de ellos en La Habana a su padre cuando el cuerpo de Voluntarios comenzó a

---

recelar del peligro de entrenar nuevamente a las milicias negras y luego Bellido de Luna contó que esos negros *cuasi* elegantes e instruidos habían llegado a Isla de Pinos procedentes de San Agustín en 1833. Allí eran milicianos, pero cuando La Florida pasó a ser territorio de Norteamérica quedaron varados y sin recursos, entonces la corona les otorgó lotes de tierra para cultivo en la recién promovida colonia Reina Amalia, pero bien aparte de la villa. La Junta de Fomento soñaba con una inmigración blanca para Isla de Pinos, pero debió transarse con estas familias de morenos libres. La Isla de Pinos, tan al sur y olvidada, era el lugar ideal por sus fincas de ganado y piaras de puercos para el engorde del ya ilegal negocio de la trata negrera. Allí tomaban un descanso y curaban las partidas de negros traficados desde el África. Inglaterra había proscrito el negocio y España había firmado el pacto con tal de que los ingleses no ayudaran a las nuevas repúblicas en sus luchas independentistas; pero más que política, la trata negrera era una cuestión de españolismo. Se aseguraba que muchos de los esclavos introducidos por entonces en Nueva Orléans y en Cuba, eran entrenados y preparados para el mercado por los morenos libres de La Florida radicados en Isla de Pinos. Aprendían los africanos bozales a decir el nombre de un amo, a usar instrumentos y muchas otras palabras en inglés y español, antes de ir a subasta, de manera que si el negrero fuera interceptado en el mar por un barco británico convencieran a cualquiera de ser negros ladinos, disciplinados y acostumbrados a servir. Esa poca instrucción los condenaba, además de hacerlos negros legales les aumentaba su valor en oro en las tarimas. Pero puede que no sea más que otra leyenda o mentira en esta isla de famosos aburridos e inventa cuentos.

Ese domingo, tras el pase de lista, los deportados vieron como recibían en el cuartel a un par de negros que miraban sin bajar la vista. Tenían ademanes de propietarios e iban bien vestidos. A los que le fruncieron el cejo, españoles y cubanos por igual pareció como si las ropas y la confianza en ellos mismos los alentara a creerse una futura y posible muda de piel. Lucían orgullosos y suficientes, quizá demasiado...

—Son negros finos, señorito Pepe —le dijo Casimiro esa mañana de domingo, embriagado de admiración—. Mire cómo relumbran las botas, con qué brillo, y sus camisas. Figúrese *uté* que saben escribir, hablan inglés y *francé*, además de español. Ah, y tienen muchos cultivos allá en sus fincas: arroz, maíz y de *toas* las viandas y animales ¡ufss...!, yo los he visto cuando salgo en esos rumbos del arroyo de Los Muertos *pa* allá a cazar azulejos añiles a fines de diciembre para doña Trina. Nunca me llegué allá mismo a Los Colonos, que es *muy mucho* lejísimo, pero, bueno *vamo* a ir un día si se puede, *toos* dicen que viven como si fueran blancos de verdad. ¡*Pluguiera* a Dios que muchos blancos aquí en la isla vivieran tan bien! Pero ellos no vienen mucho a esta iglesia de la villa, salvo para

---

los bautismos y cuando alguno muere. *Pa* rezar dice doña Trina que tienen una allá con un piano y violín, que es para los negros así, *estudiaos* y que los dirige un negro de ellos *mismo* que no es cura, no, pero sí con *muy mucha cantidad* de saberes de cosas y de Dios, la Biblia y música de coro. Que *toos* conocen de guerra, que *lo* más viejos fueron soldados fieles a España y *entodavía* se mantienen *alistaos pa* si la guerra llega aquí que por eso el comandante los cita de vez en cuando para recordárselos. Pero los señores de la villa sé que dicen que madera sin cáscara es aún el *mimo* palo en el monte, que *toos* ellos se parecen a los mambises negros de Oriente que jalaron por el machete contra la madre patria. Y ya no confían más. Algunos de ellos son buenos albañiles, yo los e visto trabajando ahí en casas de la calle Pinillos. ¡Ah, mire *uté*, la casa linda de don Alejo Salas, el del azúcar, fueron ellos los que la hicieron *toita*, señorito, y la que le seguía la tuvo medio *comprá* el señor Sardá, pero no sé cómo va eso, a la señora Trina no le gusta mucho la calle Pinillos *pa* vivir: ¡*la villa solo para venir a misa, Casimiro!*, así me dice ella.

Pepe cree saber por qué la villa le disgusta a doña Trina. La ha acompañado más de un domingo a misa, y sabe cómo la miran a ella por no ser blanca. Doña Trinidad que es mulata bien lavada como esa virgen mambisa de la Caridad del Cobre. Ella suele sentarse en las primeras filas, cerca de las damas de la villa, que no hacen mohín de su presencia porque reconocen al esposo y sus posibilidades. Al inicio de venir a la isla todas la creían amancebada con el catalán, chismorrea-ban que seguro tenía otra familia blanca en La Habana. Y ella, sin que el padre lo pidiera se apresuró a mostrarle la partida de matrimonio. Sin embargo, ninguna se dignaba a más que saludarla, tan buenas cristianas de que presumen, ellas que llevan para arrodillarse a rezar su esterilla de colores que les proteja las rodillas y el vestido. A veces usan velo negro para cubrirse el rostro, y por detrás del velo cuchichean más que lo rezado. Usan para la ocasión vestidos de seda fina y terciopelos, encajes con muchos brillos y caras joyas. Pero tienen poca devoción ante el altar y la ceremonia religiosa, ellas son la principal ceremonia, el espectáculo para mostrarse a los otros, como no abundan los bailes ni el recreo en Nueva Gerona. Nunca han invitado a doña Trinidad a una limonada en sus casas y en el casino, todas saben que su crianza de convento nunca la lleva a ir en esas romerías. Y sus maridos la miran con disimulada lujuria, siguen cada contoneo de su cuerpo bajo el vestido sin escote y con largas mangas, sencillo y elegante, que realza su clase de mujer de ciudad que no gasta su tiempo en pequeñeces ni chismorreos. Aún se asombran en los misales de que los hijos vayan a recibir la ostia, elegantes y muy educados, que la primera vez que los vieron comentaron que la mestiza seguro que era la cuidadora. Y entonces los

---

niños a la salida de la parroquia la llamaron madre y el marido le dio su brazo. Aún quedan con las bocas abiertas de que las hembras, tanto como los varones, les hayan salido blancos y pelos lacios claros, más que algunos críos de pelo grifo de ciertas buenas familias. Vaya usted a saber si tan ilustres damas de la villa de Nueva Gerona no tuvieron una abuelita de piel mucho más prieta. Pues eso sí, casi todas, si eran nativas de Isla de Pinos, descendían por remoto que fuera su linaje de algún vago o mal entretenido que tiempos atrás fuera deportado a esta isla de castigados.

Y esa vez y esta otra el señorito Pepe le dijo de lo más serio que quería ir a Los Colonos a ver como: *la oportunidad y el decoro hacen a todos los hombres iguales, porque semejantes a Dios ya habían nacido*.

—Si *uté* lo dice, señorito...

—Ya no solo lo digo, Casimiro —dijo el joven estrañado de infidencia enrumbando la calesa a finca El Abra con los ojos de gozo de quien ha sido agraciado con descifrar un secreto humano—. Ahora lo creo, porque como bien dicen: *vista hace fe*. Y mi fe acaba de ser renovada desde el cielo. ¡Aleluya!

Se había negado, por años, a hablar con periodistas. En el asilo, todos sabían de qué familia provenía, pero eso no le otorgaba un estatus especial más que en el imaginario de los que lo rodeaban. Y allí a su alrededor, lo menos que duraba siempre fue la memoria. En las fechas patrióticas o aniversarios de nacimiento y muerte, los directivos del centro alguna vez le pidieron unas palabras, pero se acostumbraron a sus negativas. Enmudecía, no lograban sacarle una sola anécdota, ni una palabra.

—El joven estudia Historia, Raúl —explicó el bibliotecario Fermín, sentándose a un lado en un sillón, casi desilusionado, con pocas esperanzas de convencerlo—. Anda investigando sobre los días de tu tío Martí en Isla de Pinos, dice que no aparece mucho de eso en los libros. Nosotros sabemos que eso es verdad, pero que tú si sabes.

—Lo que yo sé me lo voy a llevar conmigo a la tumba, señor Fermín —dijo impasible y escupió una flema verduzca en una lata con aserrín al lado de su sillón—. En este país ahora todos quieren vivir a costa de mi tío y eso es una vergüenza a su memoria. Mi abuela siempre tuvo razón...

—El muchacho está a punto de perder su año en la universidad. Le cae mal a algunos profesores porque es medio problemático, como tú y yo, que decimos siempre lo que pensamos. Tal vez ni ayudándolo tú aprueba, pero...

---

—Es de los tuyos... ¿un amiguito o sobrino, eh? —dijo Raúl, sin mirar al bibliotecario que de golpe enrojeció. Entonces contuvo un estornudo con las manos huesudas puestas en el pecho y la boca.

—No, ni amigo ni sobrino —dijo Fermín con las manos juntas en súplica—. Es el novio de Teresa, mi nieta. Yo podría decirle algunas cosas que sé por ti, pero no. Quiero que sea de tu boca. El muchacho quiere escribir algo diferente, novedoso, sobre tu tío. Tal vez ni se lo publiquen, pero quiere conocerte. Habla con él y tú decides, mejor que le cuentes tú que yo.

—Bah, Fermín, no dices siempre que yo lo confundo todo ya. Para qué haría yo una confesión a estas alturas de mi vida, ¿dime tú? Ah, y no lo sabes todo, bibliotecario polilla. No te dije ni la mitad de lo que yo sé.

—Pues es por eso mismo que te lo estoy pidiendo, ¡ay, mira que eres cabeza dura, Raúl!

Fue aquí, mientras escuchó a su abuelo llamarlo Raúl, que Teresa no se contuvo más y tiró de Mandy para llegar frente a los dos ancianos.

—Hola Raúl, compañero Raúl... —el abuelo le hizo un gesto de que cambiara lo de compañero—. Digo, señor Raúl, este aquí es mi novio Armando Lizaso Medina que quiere hablar con usted sobre su tío José Martí.

—Buenas tardes tenga usted... —apenas logró balbucear.

El viejo carraspeó un poco, molesto, pero los apellidos... Esos apellidos del muchacho lo hicieron observarlo de arriba abajo.

—No vaya usted a decirme que es nieto o bisnieto del señor Félix Lizaso, ¿no? —dijo el viejo y lo miró fijamente.

—No, soy de otros Lizasos y tampoco soy familia de Waldo Medina... soy martiano por cuenta propia, créame, no por herencia familiar, señor Raúl —terminó musitando sin adivinar de donde le provenía el ánimo. Todavía temblaba como si estuviera frente a un claustro evaluador de su facultad.

El viejo Raúl se volvió al bibliotecario para decirle con aire de coquetería añeja:

—Me gusta tu nieta, Fermín, ¿sabes por qué...?

Fermín cabeceó afirmativamente.

—No, no solo porque es muy bonita. Es porque no me llamó compañero. Aquí todos me dicen compañero y qué voy a ser yo compañero de esos que aquí nos mangonean: ¡Compañero Raúl no debe fumar! Cómase toda la comida y deje de protestar por todo. Si es que estos compañeros me anulan las pocas ganas de vivir que a uno le van quedando en esta pocilga, ¿eh? Y se parece mucho a ti, Fermín —dijo volviendo a elogiar a Teresa—. No sé cómo se puede andar siempre sonriendo por la vida, de veras que no lo sé.

---



—Pues es un secreto... —dijo Teresa sin perder la alegría—. Se lo confieso si ayuda a mi novio, señor Raúl. Lo necesita mucho a usted para que no lo desaprueben en la universidad. ¿Verdad que sí, Mandy? Chico, pero dile algo tú también, ¿no?

—Ves, cuánto carácter tiene tu nieta, Fermín —dijo con una picardía que chisporroteaba por segundos en sus ojos. Unos ojos ya sin luces, blanquecinos de cataratas.

Mandy, apresurado por la impaciencia de la novia y el coraje que le provocaba su rocosa timidez, por fin habló:

—Mire, señor Raúl García y Martí. Yo lo conozco, no sabía que estaba vivo, pero lo conozco y es un placer. Usted es el único descendiente de José Martí que publicó un libro, lo consulté en la Biblioteca Nacional, ahí no dejan sacarlo. Y me gustó leer su *Biografía familiar*. Y yo creo que no es solo porque heredó su amor por la literatura de su tío, sino también de su señor padre don José García y Hernández que también fue poeta. Leí los versos que escribió a su mamá, doña Amelia: *Quién resiste a tu mirada? A ese mirar abrazante?* Y otro a su hermano José Emilio. Ah, y también la correspondencia con su cuñado Martí. Esas dos breves cartas de febrero de 1887 a Nueva York donde le avisa primero del estado grave y luego de la muerte de su abuelo Mariano son un par de poemas en prosa. Por la respuesta de su tío José Martí, imagino cuanto lo conmovieron. Su tío lo llama hermano cuando le responde y hace suyas las palabras del cuñado, su papá, cuando le dice que ha dicho bien en llamarle a don Mariano: *...un ángel pues un ángel (aunque con canas) era*.

Y Mandy calló, la voz se le había rajado y se le cortó aquel torrente de palabras con que fusiló al anciano, que tragó en seco. El viejo Raúl extendió las dos manos para saludar al muchacho y, casi sin voz, proponerle:

—Si mañana no me he muerto aún por esta emoción, carajo, creo que podríamos vernos temprano para conversar... sí, por las mañanas estoy más claro. A estas horas ya no sé ni lo que digo y hago, ya ve...

Y la tos le apagó el entusiasmo en su rostro. Mandy quedó estrechándole la mano derecha, agradeciéndole. Ahora con temor de que fuera a morir en verdad tras esos estornudos que le levantan los pies del suelo al anciano.

Al bibliotecario Fermín le rodaron por las mejillas sonrosadas de mozalbeta añejo unos lagrimones y la nieta se los enjugó, sonriente, besándolo mucho.

—¡Qué abuelo y qué novio!, eh comp..., señor Raúl... —insistió Teresa, rectificándose—. Eh, señor Raúl —y volvió a hacer énfasis en llamarlo señor y sonreírle:— ¡Qué me dice señor Raúl...!

—Pues que por la mañana nos vemos, muchacho... —dijo levantándose con disimulado esfuerzo y en su pijama a rayas que lo hacía lucir más alto y

esmirriado lo vieron toser nuevamente. Y fue entonces que se percataron que iba húmedo en su orine.

El desagradable olor a orine quedó en la asentadora sin barniz del sillón. Fermín se persignó, y viéndole a los ojos a la nieta y negando con la cabeza:

—Ojalá mañana no se haga de rogar ni se acuarle en su cuarto, es un viejo cascarrabias y verde... ¡Todavía le gustan las muchachitas! No puede contenerse, ni su vejiga ni lo verde que siempre fue, jejeje... Así que Tere, ven con tu novio, ¿sí? Y así yo también puedo verte.

—Claro abuelo —dijo Teresa y se volvió a Mandy que miraba perplejo aún la mancha de orine en el sillón—. Había quedado con tu prima Olivia en ir por La Habana, a las tiendas, pero lo dejamos para otro día, ¿no crees?

Mandy resopló, como si quisiera sacudir de arriba de su cuerpo el espíritu de alguien que no se reconocía en él. ¿De dónde había sacado tanta locuacidad? Teresa le estrujaba el pelo, lo besaba en la frente.

—Bueno, fue a memoria pura, tenía que ganármelo de alguna manera. Yo espero que mañana se acuerde de mí... Lo que no entiendo es como alguien así como él está aquí... olvidado, quiero decir...

—Eso no se lo vayas a preguntar nunca —le aconsejó el bibliotecario Fermín que miró con tristeza a su nieta y se encogió de hombros, pensando en sí mismo.

Teresa lo abrazó fuerte, lo besó en la cabeza sonrosada y blanca en canas.

—Tú eres mi ángel, abuelo Fermín.

Y Mandy, con el libro de Mañach aún entre sus manos, respiró hondo mientras pensaba qué bien había hecho en acompañar a Teresa a aquel sitio tan triste, ¿cómo iba a imaginarse él que allí vivía una fuente viva para su investigación? En la facultad tampoco debían saber de esto. Y no lo diría hasta averiguar todo lo que pudiera, si no, ya imaginaba la desbandada de alumnos que invadirían tan lúgubre asilo de ancianos.

Solía contar cada paso que daba entre los adoquines de la calle Industria hasta la casa de su compañero de colegio, Fermín. Allí, si tenía tiempo, y procuraba tenerlo siempre, era invitado a comer algún dulce. La familia de Fermín lo veía llegar con sus buenos modales, y tan formal, que si no fuera por su vestir humilde podía creérsele niño de alta sociedad.

—Deberías aprender de Pepe —decía la tía Consuelo y Fermín sonreía todavía con medio bostezo en el rostro—. Míralo tú qué puntual y apuesto siempre pasa a buscarte.

---

Doña Mercedes no solía decir más que una bendición compartida para ambos desde su pulcra elegancia, que siempre parecía a Pepe que ella iba a salir en breve para un baile. Y es que la señora Mercedes, como buena hija de la villa de Puerto Príncipe, deslumbraba a Pepe por lo bella y acicalada.

—Tu madre sí que parece reina, Fermín, y que viene de la corte, de París.

—Sí, de la corte del Camagüey como dice papá y ahí te va su consejo para ti: No vayas a casarte tú, Pepe, con una principessa sin antes no hacer fortuna y si con fortuna cuidado, ¡mucho cuidado también!

Y en un momento subían por la misma calle hasta el colegio San Anacleto, a la clase de Rafael Sixto. Y allí, el maestro lo pone de ejemplo de ortografía y cuidadosa caligrafía:

—Deberían todos esforzarse más y no copiarse de Pepe. Vergüenza tendría que darles que Pepe matriculó de último y los aventaja a todos.

Él palidecía para luego sentir que el rostro y las orejas se le afiebraban. Las manos le comenzaban a sudar, nervioso, ante los elogios del maestro y las envidias que despertaba en sus condiscípulos. Después sobrevendrían las burlas, suspiraba. La mirada de Fermín le devolvía aplomo, el amigo ya estaba acostumbrado sin importarle a que lo midieran desde su casa por debajo de sus talones.

Qué botines tan usados, pensaba él con los ojos puestos en su calzado. Cuando fuera un abogado, uno importante como quería doña Leonor, por fin podría disponer de ropa cara y zapatos de caballero solvente. Pero estudiar le agradaba, conocer lo que decían los libros era de todas su mayor ambición. Por eso se le daban fácil los deberes del colegio.

—Este niño es una mina, Mariano. ¿No te das cuenta? —Comentaba Mamá Joaquina, admirada, mientras le echa una ojeada a sus cuadernos escolares—. Tú dale un porvenir, invierte en él que va a ser tu mejor empresa. Hazme caso tú.

El padre suspiraba hondo viéndole serio a su esposa y cuñada que se aliaban en contra suya. Suspiraba otra vez y le confiaba escribir las cartas y poner en limpio sus cuentas. Pero los números no mentían, apenas si alcanzaba para que pudieran comer todo el mes. Mariano enfermaba, respiraba mal. Con tantas mujeres en casa y con menos suerte y fuerzas cada día. Desde hace mucho no recibía ya la mensualidad por los dos esclavos que rentaba en construcciones y en la demolición de la muralla. Los dos se ganaron su libertad en buena lid, así que Mariano correspondió a sus pagos con la palabra empeñada de hacerlos libres. Y la familia creció y luego menguó por la muerte de las niñas, y el pequeño capital se le hizo agua y sal con los malos tiempos. Ahora que no cuenta ya con la mensualidad de sus exesclavos, comprende por qué los ricos habaneros no quieren ni oír hablar de la abolición, así fuera indemnizada. En esta isla de Cuba las grandes fortunas se hicieron con sangre y sudor esclavo, mal que le pesara

---

saberse dueño de unos negros. La trata ya era ilegal, y la esclavitud siempre le pareció negocio inmoral y medieval. Cuando se ve sin dineros echa en falta la renta que recibía por los contratos de sus esclavos, pero siempre con algún recelo en su conciencia de hombre recto y respetuoso de la ley.

—Hay que sobrevivir ahora, Leonor —decía refunfuñando con la mano en la quijada, acodado en la mesa sin probar aún bocado—. Hay que ganar más dinero. El hijo varón es de ley que ayude a su padre. No, no va a morir por echarme una mano con su familia.

—Espera un poco, hombre —dijo Joaquina—. Tú, déjalo a ver, que el muchacho estudie un poco más.

A Mariano se le contrajo el rostro por ser contrariado hasta por la cuñada. Joaquina se encogió de hombros e hizo a un lado, y entró un momento al cuarto de los sobrinos para salirse de la controversia familiar.

—Pero Mariano, que mi hijo tiene en su cabeza para mucho más que para ser tendero. ¿Tú no te das cuenta de eso? Es listo, tiene ideas, va a ser un hombre de bien, gente de mundo —dijo Leonor—. Además, que con las costuras ahí vamos tirando...

—Si te oyeras, Leonor, es que... ¡hablas como una criolla, mujer! Parece que sintieras poco orgullo del trabajo honesto, de los comerciantes..., ¿te avergüenzo yo acaso?

—Mi Pepe con estudios logra lo que se proponga en esta vida. No lo condenes a estar detrás de un mostrador, porque no nació para bodeguero, sino para abogado. Si lo condenas a tan poco nos condenas a todos, Mariano.

—Lo dicho, Leonor, ya piensas como cubana —dijo Mariano, ofuscado—. Tienes la cabeza llena de cocuyos.

De trabajar en una bodega solo le agrada por los dulces. La boca se le hacía agua por los cusubés y las cantúas, por aquellos dulces vidriados de boniato y naranjas de los chinos. Pero el olor de las ristras de ajo y el rancio olor del aceite junto con la harina y los granos le daban náuseas cuando no estornudos.

—¡Más polvillo tienen las bibliotecas! —dijo Mariano, enfadado—. ¡Y este muchacho no suelta los libros, Leonor! El trabajo no va a matarlo.

Y estudiar lo hacía diferente de los otros, a veces con sus molestias.

—¡Sabihondo..., sabihondo! —le gritaban a la salida del colegio San Anacleto—. ¡Sabihondo..., sabihondo!

Todo un coro de muchachos vengativos y Fermín no lograba siempre dispersarlos.

—Envidiosos, dejen tranquilo a Pepe.

En ocasiones él enrojecía y otras fingió no importarle la chanza mientras apuraba el paso. Pero el más pesado, ese Ramón, tan gordo y grande como pequeño

---

tenía el cerebro que además de gritarle sabihondo lo empujó un par de veces y le tumbó al suelo enlodado sus libros y cuadernos. Fermín se interpuso y lo hizo caminar de prisa, entrar a una casa ajena donde un calesero los salvó escondiéndolos en un carruaje de arreos brillantes con muchos adornos en plata. Ramón era un bravucón y ese día más porque reprobó un examen de gramática española, el muy grasiento lo llamó con mayores ofensas.

—¡Marica, dónde está tu Fermín, párate ahí...! ¡Sabihondo... Bijirita! ¡Bijirita...! —le gritó Ramón con furia y Pepe sintió su aliento, los sobacos de cebolla podrida del grandulón cuando forcejeó con él para que no le arrebatara los libros y se los tirase en la calle. De pronto adivinó entre los muchachos que pasaban por la esquina el rostro de Eusebio, hermano de Fermín.

—¿Y tú crees ser mejor que yo porque naciste en España?

Ramón se asombró de su reacción y miró hacia la esquina. Un grupo de jóvenes entraba al bar y él también reconoció al hermano mayor de Fermín. Estaba lejos, quizá no adivinaba que lo acorralaban y moderó su ataque con palabras pausadas:

—Te envalentonas cuando ves a esos huérfanos raros de los Valdés, ¿eh? ¡Yo soy un gorrión, y tú un bijirita! También esos son...

Pepe levantó su voz, y los secuaces de Ramón se callaron de golpe:

—Un gorrión bruto que reprueba gramática española no le hace ningún honor a la patria, prefiero ser bijirita a mucha honra. Yo que fui a España cuando más niño y mis padres son españoles, yo bijirita, y cubano. Mi orgullo es haber nacido en esta isla. Mírate tú, gordo y gorrión, ¿de qué te vale? Vergüenza das a España..., tú sí que manchas la patria...

Ramón se había quedado mudo ante el discurso de su amenazado que lo rebatía valeroso. Y ya no asomaban en la esquina los muchachos que acompañaban a Eusebio. Los dos se dieron cuenta. Pepe palideció y Ramón ya no pudiendo responderle, y sin el coro que antes lideraba en el acoso, decepcionados todos. Resopló con rabia y lo golpeó en la cabeza. Y Pepe como un resorte rebotó del suelo con los puños en alto, decidido a contraatacar. Una sirvienta de don Rafael Sixto se interpuso diciéndoles que daría las quejas al maestro: les aviso que yo los conozco de cara a todos. Ramón vio en los ojos húmedos del bijirita sabihondo que se defendería y comprobó si en la esquina otra vez asomaban los muchachos, el tal hermano de Fermín. Pero la calle quedó semivacía en ese momento, la sirvienta del maestro aún esperaba amenazante, y desistió. Rabioso, siguió camino mientras la ne-gra que iba con naranjas y plátanos en una cesta de hojas de palma ayudaba al agredido a recoger del suelo y acomodar sus libros que le importaban más que todo.

---

Ese día Fermín ardía de fiebres y no asistió al colegio, pero Pepe prometió llevarle a casa los cuadernos para que copiara las clases. Pero la tía le pidió que no: —Tú, Pepe, es mejor que no vuelvas hoy por casa.

Un brote de cólera azotaba la ciudad, la señora se preocupó de que fuera a ser ese el padecer del sobrino. Y no hizo caso, regresó para saber de la salud del amigo, y en la pelea se le desgarró la camisa y se ganó un golpe en la sien derecha que le raspó la piel.

Al día siguiente no deseaba encontrarse a la salida al tonto de Ramón, así que tomó por otra calle que no fuera la calle Industria. Y fue a dar por sus pasos, retraído, hasta lo que había sido los límites de su amada San Cristóbal. Varias cuadrillas de negros, polvoreados, y con picos y palas tras los estruendos de la caída se encargaban de los escombros. Era mediado de octubre y la demolición de la muralla que antaño guardaba La Habana parecía no acabarse nunca. Pepe pensó que destruir era muy fácil, aun cuando todo ese material volvería a emplearse en hacer una ciudad más moderna y grande. Un nuevo estruendoso derrumbe levantó una polvareda enorme, y él se alejó con perplejidad. Parecía, tras cada derrumbe, que miraba una guerra y los ojos le ardieron, estuvo a punto de toser por lo mal que se respiraba por ahí. Ramón era en ese momento su muralla y no iba a dejarse vencer por un montón seco de piedras, decidió. Con el idioma de Castilla y sus puños lo vencería siempre que bruto viniese a él. ¡Pobrecito gorrión que no gorjea y no canta más que un bijirita orgulloso! Respiró hondo un poco de aire limpio y enrumbo los pasos a Industria 122, con los cuadernos de clases, a ver a Fermín si mejoró de la fiebre. Ansiaba contarle de su pelea con el grandulón de Ramón, sobre la frente cual trofeo aún visible el rasponazo que se hizo con la pared cuando fue golpeado y se repuso en pie con mucho coraje. Lo mostraría como una medalla a Fermín, sintió hambre y las meriendas en casa de los Valdés Domínguez eran muy sabrosas. ¿Qué dulces ofrecerían a Fermín para reanimarlo de sus malestares?, se iba preguntando cuando escuchó a mitad de cuadra el ¡senserenicooo... senserenicooo...!, de la bijirita valiente de Eusebio que desde el balcón de la familia y en su jaula de güines y palillos de coco no paraba de trinar. ¿Cualquiera diría que tan feliz de su encierro?, se dijo Pepe y buscó en la inquieta cabecilla del tomeguín verdeolivo la máscara y el parche negro del pecho que lo separaba un collar de color amarillo, entre las balaustradas y ventanales de la calle.

—¡Mira tú quien acaba de aparecer, Yaíma! —Dijo la muchacha que ya anotaba en su libreta el pan y viéndole las cuadrículas en blanco de muchos días, agregó—: ¡Oye, chico, pero hace un montón, más de una semana que de tu casa no vienen a buscar el pan!

---

Mandy se encogió de hombros, afirmando. Llegó hasta el mostrador de la panadería con el miedo de que supieran ya del escape de la familia por el puerto del Mariel. Creyó que iban a darle solo su magra ración personal. Que lo mirarían mal, con sospechas. ¿Tú cuándo vas a irte, pronto, verdad...? Por unos segundos intensos y largos, quedó esperando le preguntaran, pero no, allí no sabían nada aún y tampoco en el edificio. Si no, el Comité ya se hubiera encargado de avisar a la oficoda, esa oficina del racionamiento controlado habría pasado el dato a la panadería para que le eliminaran la cuota de sus fugitivos familiares. Entonces guardó el pan entero en su bolso de tela gris. Haciendo justicia estaba tomando tres pedazos de más. A él le tocaba solo un pedazo. Ahora ya tenía con qué acompañar los chorizos y el jamón Vicky de la Isla que todavía le quedaba. Padeecía una acidez tremenda por esos embutidos, el estómago se le hacía un ocho ya de asco. Se había traído una buena cantidad por encargo de la tía Cuca. Ella tan previsora, ¿lo había pedido para su planificada travesía por mar o para la sobrevivencia de él si se quedaba solo, como le ocurrió?

—¡Ay, Yaíma, pero el Mandy se nos quedó mudo...!

—Hola... ¿cómo les va...? —dijo él por fin y forzó una sonrisa apartándose a un lado para que pudiera comprar la señora que le seguía en la fila de la panadería. Luego fue otro cliente más, y ya estaban solos. Desde atrás de los anaqueles de pan, apareció otra muchacha que él recordaba muy bien y cómo no hacerlo por Dios santo. Una mulata, casi una trigueña, preciosa, una mujer bella y tímida que a medida que salía de las sombras del fondo de la panadería él sentía que su corazón volvía a desbocarse. Ella le sonrió, y se estiró por encima del tablero de cristal para besarlo en la mejilla. Mandy comprendió que era su olor leve de ajonjolí tostado el que describió cuando se inventó e imaginó el aroma que habría de tener la negrita Dolores de El Abra. Pero Yaíma es diferente y casi blanca, trató él entonces de explicar a su tía Cuca cuando los vecinos fueron con el chisme a la familia de que se estaba viendo y romanceando con una muchacha de la panadería donde les tocaba comprar el trozo de pan de cada día. Tenía las manos más finas y suaves, el cuerpo más adorable del mundo y unos ojos tímidos y grandes que lo derretían, se afiebraba de solo mirarla. Cada oveja con su pareja, Mandy, respondió su tía y advirtió: ¡aquí no se te ocurra traérmela! Evítame ese mal momento. A partir de ese día trató de ser ella misma quien fuera a comprar el pan o enviaba al tío Alfredo a la panadería. Él no discutió con la tía Cuca, sabía de sus imposibles. A escondidas, creyó que podría continuar viendo a Yaíma, en el parquecito de la calle 23 donde paraban las guaguas que iban para La Rampa y La Habana Vieja. Allí abordaban la ruta 64 hasta el final, a un costado de la estación central de ferrocarril donde se veían en una posada oscura y desagradable, de las pocas que sobrevivían en la ciudad. En un cuarto húmedo y de paredes

---

desconchadas y mal pintadas con cal, con un bombillo en lo más alto del techo para que nadie lo pudiera robar, que desparramaba una luz sucia, manchada, sobre unas sábanas percutidas que se podía suponer habían sido blancas. El sitio parecía más un calabozo, porque tampoco nunca alcanzaron un cuarto con ventana a la calle o a la noche, pero Yaíma, con su desnudez maravillosa, relumbraba, y aromaba con su inagotable y frutal vagina. Ahí, ellos descarrilaban de pasión, escuchando el chirriar de los rieles y el traquetear de los trenes que bulliciosos partían a los confines de la más alargada isla del Caribe. Sin cerrar los ojos, podía verla una vez más...

—Estabas *perdíó*, yo creí que tú también andabas dentro de la embajada del Perú... —volvió a decirle la amiga de Yaíma de la que él se sorprendió ya no recordaba el nombre, y lo hizo dar un respingo—. No te pongas *colorao*, ¡niño, que es jugando contigo!

—Yeisi, no juegues así con él —dijo Yaíma, con el rostro fruncido a la amiga, comprobando que nadie pudo escucharla y murmuró—: Tú con nadie, no juegues más con eso. No está la cosa bien *pa* bromas tan pesadas. Y si te oyen, ¿eh...? En mi barrio un chiste de esos le salió bien caro a una familia, créeme. Los maduraron a golpes y empujones, a huevazos y ellos no se iban a ningún lugar... Ni de permuta.

—Sí, sí, discúlpeme. ¿Fui pesada...? —Dijo Yeisi, fingiéndose molesta consigo misma—. ¡No, no me di cuenta, chica...!

—Tú nunca te das cuenta... —le reprochó Yaíma, que tomando una de las manos de Mandy y encontrándolas húmedas, agregó—: ¿Te asustó esta...?

—No, ¡qué va...! —dijo Mandy con voz insegura. Llevaba varios días sin conversar con nadie, encerrado igual que un animal de zoológico. La calle, el bullicio y la luz de esa tarde calurosa de finales de abril lo hicieron sentirse aturdido—. No es nada...

—Ahora, si te digo —murmuró Yeisi, con picardía y zalamera—, que si fuera a mí, a quien este caballero deja *plantá*, tú me las pagas, papito. ¿Me oíste...? Salgo a la acera y grito: ¡aquí hay una escoria que se va...! Jajaja...

—Ya no le hagas caso, Mandy... ¿Dime algo? ¿Y la tesis, la terminaste...?

Mandy negó con un movimiento de la cabeza, estaba muy pálido, y sonrió a la muchacha. Agradecía que no lo odiara ni reclamara nada. Era bueno verla y que le sonriera. No recordaba otra exnovia que fuera tan de buen carácter y le transmitiera paz, y su dulzura. A él que andaba acosado por los demonios de los libros que leía y la soledad que siempre lo intentaba acorralar. La miró a los ojos y se le escapó decirle:

—Nadie es como tú, nadie... Fíjate en mí. Yo te miro y eso me deja limpio, casi me siento transparente enfrente de ti...

---



Yaíma se dio la vuelta, y atrajo a Mandy a un costado del mostrador, pero aún tuvo que escuchar la ironía de su compañera que los hizo reír a ambos.

—Ni que fuera un jabón esta niña, ¡eso quisiste decir, poeta! Yo me voy al fondo y despachas tú sola, Yaíma —dijo Yeisi, pero se quedó, la entrada de unas mujeres y un hombre mayor la hizo volver a apuntar en las libretas y despachar los panes. Cortaba con un cuchillo que tenía dientes de serrucho y entornando los ojos, mortificada e inquieta, los veía a los dos, mirándose embobados cuchichear...Y ella con unos indecibles deseos de opinar.

Yaíma era un poco callada, modosa, incluso esas tardes cuando hacían el amor en la posada vecina de la terminal del ferrocarril. Gritaban, con un olor a rieles y chirrido de trenes que partían o arribaban a La Habana y Mandy salía del sombrío lugar en que pagaba un par de horas sintiéndose el más feliz de la ciudad. Luego en sus clases de Historia de la universidad la recordaba, tan diferente a las estudiantes universitarias y se decía que también José Antonio Saco y Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, debieron haber gozado de una hembra así. O no. ¿Renunciaron a yacer con negras y mulatas? Entonces comprendía por qué, ambos allá en el siglo XIX, temían que Cuba acabara siendo otra isla africana y pensaban que debía —a como diera lugar— deshacerse de la población negra y mestiza, importando blancos de Europa, industriosos y cultos. Una Cuba soñada, ¿española o gringa? ¿O blanquear significaba también para los criollos amancebarse con mulatas y negras hasta que el pigmento negro desapareciera de la ínsula? El concepto de adelantar la raza debió haber sido sembrado en el negro. Y fructificó. ¿O acaso don Saquete y don Gaspar, tan criollos, se abstuvieron del tan sublime pecado insular de la concupiscencia con las excitantes razas antillanas o africanas? Saco, víctima de su progresiva ceguera y escritura de tesis que no fueron nunca bien escuchadas en la Corte, y tan amante de la ciencia química, acaso nunca experimentó esa otra química de piel ni siendo joven. Y El Lugareño, allá en el Camagüey pastoril donde se dice había menos negros —y por ende también menos negras y mulatas—, empeñado en desarrollar la llanura con un ferrocarril al puerto de Nuevitas y mirando admirado al norte anglosajón. De seguro, gustaba más de las mujeres rubias. Yaíma era la mujer que él, de haber vivido en el siglo pasado, no se hubiera perdido jamás, así tuviera que haberla comprado para su servicio y placer. ¿Pero en qué meditaba a estas horas y época...? ¿Y aquellos quinientos mil blancos que, según sus muy admirados don Saco y don Gaspar, necesitaba Cuba para salir de su condición de país atrasado e industrializarse...? Ahora se iban, alternativamente, otra vez la menstruación de las revoluciones apartaba y hacía huir de la isla a buena parte de sus hijos que se anexaban ellos a cambio del país... ¡Ay, don Saquete y don Gaspar, qué iban a imaginarse ustedes...!

---

—¿Y tú en dónde estabas todo este tiempo? —dijo Yaíma, haciendo un esfuerzo por no delatarse cuánto le había echado en falta todos esos meses de no hablar ni compartir. De encontrárselo apenas un par de veces en la parada del ómnibus cuando él llegaba o venía de paso de la universidad y ni un hola, Mandy, ¿qué tal te va? Solo esa mirada de soslayo y triste entre ambos. No saludarlo porque andaba acompañado de esa muchacha muy bonita y blanca que solía llevarlo de la mano caminando con prisas. Mientras Yaíma tragaba en seco, educada, y se resistía a silbarle, gritarle alguna ofensa o reclamo pues ella no era de tambores ni rumba, ni siquiera de alzar la voz porque tenía un alma refinada, y tanto o más que su piel.

—Sí, dinos algo de la flaca esa de *caminao* marimacho que tienes de novia... —dijo la otra dependienta inmiscuyéndose de nuevo entre la mirada de él y Yaíma, mientras despachaba a otra señora que Mandy no reconoció de su calle y suspiró aliviado. Aunque ya, ¿a quién iban a dar las quejas? Él vivía solo en el apartamento de los tíos que ahora era suyo.

—Teresa se fue... —murmuró Mandy a Yaíma con un gesto que dejaba en claro que había abandonado Cuba—. Yo, yo estoy aquí...

La dependienta Yeisi, ahora poniéndose un poco más hostil porque no podía escucharlos, meneaba su cuerpo por la música que recién llegaba de la trastienda oscura de la panadería. Mandy la imaginó pieza clave en una turba caliente, aleccionadora, una mangomachomachadista de 1933 de aquellas que se vieron resurgir por esos días. Después Yeisi no los miró más y comenzó a tararear una canción de Los Van Van: *¡Seis semanas llevan ya, seis sin rumbo...!*

—Te invito hoy al cine —le dijo él a Yaíma, apenas sin darse cuenta, alzando la voz por la música, entusiasmado. Sin dar importancia a los comentarios de la compañera de trabajo que le resultaban más que pullas, estacas contra vampiros de una negrita de lengua viperina y solariega como él sabía que no era Yaíma. De pronto sintió que había echado de menos a Yaíma, un poco no, bastante. Y ella parecía que también, eso le decía ese silencio manso tan suyo en que parecía reverenciarlo siempre y desearlo con una sonrisa incontenible, sin reparos.

—Sí —dijo Yaíma, sonriéndole—. Vamos a ver a King Kong, ¿sí? Dicen que está buenísima esa película. ¿Tú seguro que ya la viste, no?

Mandy negó, mintió, sabía que después del cine podría traerla al apartamento y dormir y no, pero juntos. Siempre había querido eso...Pero antes, no tuvo un apartamento ni hotel para llevarla, y además apareció Teresa en su vida, y la tesis en que no se le ocurría una palabra y menos un tema. El profesor Wilfredo, que le hizo la vida imposible en la facultad pidiéndole presentar ya un proyecto de tesis con: buena factura y acorde a los principios de nuestra sociedad, estudiante. Quiso decirle: acartonada, inverosímil y con el mal aliento del realismo

---

socialista. Fue por esos meses que comenzó a viajar a Isla de Pinos rebautizada hacía muy poco Isla de la Juventud por la cantidad de escuelas internacionalistas en el campo fundadas para estudiantes africanos, latinoamericanos y hasta árabes. Llegó a finca El Abra en busca de un rastro, una huella difusa y zigzagueante, de cuando el Apóstol no era más que un muchacho. Tan similar a él de enamorado y respondón.

—Voy a estar aquí antes de las siete para recogerte, Yaíma. Si quieres tú también estás invitada —dijo a la otra dependienta de panes que lo miró extrañada y negó, queda y sin palabras, sorprendida por la invitación de Mandy, que sonriente le insistía—: Mira, podemos ir a comer a La Roca y después también tomar helados en Coppelia.

—¿A La Roca y vestidas así...? —Dijo Yaíma y rectificó—. Al cine y al Coppelia sí. Y tú Yeisi, ¿te embullas?

La dependienta volvió a negar con la cabeza y con una mano sobre los labios para no soltar un disparate quizá. Mandy apreció su negativa y justo cuando iba de salida la escuchó decirle a Yaíma:

—¡Vaya tu pepillo blanco se desencadena...! Oye, teníamos que haberle contado del día que vino aquí la tía, esa vieja picúa y me dijo a mí, ¿tú te acuerdas, eh?, con los ojos echando chispas me preguntó que si yo me llamaba Yaíma. Ah, y se nos olvidó también preguntarle por la novia flaca, si se pelearon o qué. Tú no seas tan boba y averigua, niña...Ya sé, ya sé bien que eso es cosa tuya. Ah, pero mimi, cuando él se pierda de nuevo yo no quiero llanto conmigo, ¿oíste?

—No tiene novia. Y yo sé que me dijo la verdad —dijo Yaíma, y sonrió acercándose a la amiga, para que un panadero que surgió del fondo acomodara un carro lleno de bandejas renegridas con panes olorosos y calientes.

Mandy alcanzó a respirar el aroma tibio de la panadería y se apresuró a morder un trozo de pan. Entrecerró sus ojos y recordó. No, ni siquiera el maravilloso olor del pan recién horneado y aún antes el de los rieles calientes por el paso del tren que le sabía a meladura de caña y nostalgia podía compararse con la fragancia de la piel de Yaíma. No, no la había olvidado.

La tía Cuca le había contado de su indagación en la panadería y le insistió: Mandy, hijo mío, ¡cada oveja con su pareja! Luego él sintió mucha vergüenza de aparecerse a comprar el pan y que las mulatas dependientas lo recriminaran por tener una tía tan racista y entrometida. Pensó en dejar pasar un tiempo, y entonces comenzaron sus viajes a la Isla de Pinos y a finca El Abra, y Teresa irrumpió en sus días buscándolo para pasear y llevarlo a comer a su casa en el reparto Luyanó. Teresa, a quien él había conocido gracias a la prima Olivia que los presentó una mañana ya casi mediodía en La Rampa, ellas eran vecinas y estudiaban juntas en la Facultad de Letras. ¿Solo eran eso...? Mandy siempre sospechó que es-

---

taba salvándola de la familia y hasta de Olivia, ¿o no? Mira, Tere, este es el primo mío de quien te hablé... ¿te acuerdas, no? Teresa asintió, y sonriéndose: Tú eres el famoso Mandy. Y lo abrazó igual quasi se conocieran de muchos años. ¿Pero famoso de qué...? Y todos se encogieron de hombros, sonrientes, porque lo de famoso no era más que un decir, uno más de los muchos decires de Teresa que sonreía todo el tiempo y contagiaba con su alegría y sus ojos pícaros. O bien que Olivia, ya seguro le había hecho el triste cuento del accidente de los padres y la adopción por sus tíos y abuela y que ella no era prima carnal, sino la sobrina del tío político Alfredo. Desde niños se conocían y cenaban en familia por navidad y fin de año haciendo el amargo recuento de cada vez ser menos. Él las invitó y subieron juntos a la heladería Coppelía que estaba a punto de abrir. Teresa tan delgada y era capaz de tragarse una veintena de bolas de helado de almendra y chocolate. Rieron mucho. Ese inicio de tarde de viernes se cayeron bien enseguida y el sábado siguiente ya salían solos. Sin Olivia, pero a cada rato la mencionaban, después de todo por ella se habían conocido. Y Mandy dejó de recelar y ya no desconfiaba, ¿cómo iba a pensar mal de la prima Olivia? La única prima que le quedaba en Cuba, porque las hijas de la tía Cuca y los cuatro varones del tío Felipe, de tanto tiempo verlos solo por fotografías, ya casi ni los recordaba. Y de su madre que fue hija única e igual que él, huérfana temprana, no le quedaban más que algunos parientes no muy allegados en Guanabacoa.

Los días de encierro y de no ver a nadie apenas si lo dejaban conversar, socializar. Su mente funcionaba similar a una cinta grabada, y él rebobinaba una y otra vez los acontecimientos más recientes con el pasado que investigó e imaginaba. No paraba de compararlo todo y a todos en otra época, ya no sabía bien en qué año vivía, en qué tiempo le estaba tocando existir. ¿1870? ¿1980? Sí, tenía que pasear y despejarse o iba a enloquecer de vigilar el teléfono y el trozo de calle que divisaba desde el balcón al que no salía por miedo a que le preguntaran por su familia los vecinos. Leía día y noche libros de Historia, encerrado en el apartamento, hambreado y solo igual que un convicto confinado y en espera de condena, con temor de que vinieran a interrogarlo los vecinos o la policía. Ya un par de veces observó por el ojo de buey de la puerta que le tocaba el timbre insistentemente la vieja chismosa de los altos. Y no le abrió a Norma, hizo silencio, ¿qué podría querer esa infeliz mujer con muletas que con sus espejuelos fondo de botella se acercaba a la puerta, sino indagar en busca de informaciones? Necesita de ese paseo y unos besos, y del cuerpo de Yaíma para reflotar y volver a vivir. La acidez de los embutidos pineros y la espera de un no saber qué mientras leía y barajaba hechos y épocas con personajes de la historia nacional le achicharrarían el cerebro. Se propuso vivir, continuar adelante, darse una oportunidad consigo y para sí mismo.

---

Y sí, Teresa, se había marchado ya con su prima Olivia por El Mariel. Incluso, y esto le dio mucha risa, y también quedó conmovido y complacido, ella tuvo tiempo de ir a visitar a su abuelo Fermín en el Hogar de Ancianos del Cerro. El viejo Raúl se lo contó a Mandy, bajando la voz, que la sin par de Teresa lo conminó a que también se fuera con ellos y él le había respondido que gracias, que ya no tenía salud ni años para una aventura de tal magnitud, y tampoco una familia. ¿Con quién se imaginaba ella que podría vivir él allá en Florida...? ¿Con... con tu abuelo Fermín? No, gracias, ripostó gruñón, ya estoy muy viejo para todo eso *mijita*. Mandy sospechó que después Raúl cuando nadie lo veía se echó a llorar. Por eso le insistió Raúl, y había tanto cansancio en su voz cuando Mandy le daba en préstamo su versión de tesis para que le echara un ojo si podía: ¡Tú sí deberías irte detrás de esa muchacha, bien lejos de aquí! Mandy ya se había enterado, haciendo algunas llamadas, que Olivia su prima invertida —así cruelmente la llamaba por lo bajo la tía Cuca para no ofender al tío Alfredo que lo sabía, pero jamás quiso escuchar hablar mal de su sobrina— y su novia Teresa semanas antes de embarcarse a Florida decidieron vivir juntas y reconocer al mundo su atracción mutua. Eso sucedió durante la última estancia de Mandy en la Isla, por eso no recibió ni una sola de sus llamadas al hotel La Cubana, cero recados con la recepcionista de carpeta que una noche le dijo: ¿Qué, te peleaste de la novia en La Habana? Y él negó, extrañado de esa pregunta y la confianza de la mujer con la que apenas había conversado del calor y los mosquitos en esas noches tediosas de La Cubana en que lamentaba no fumar y estar ahí, recluso desde tan temprano que se sentía igual a un deportado de 1870. Es que, como ya no lo ha llamado más... Le dijo la mujer del hotel algo apenada de haberse inmiscuido así, sorpresivamente en la vida privada del joven huésped. Y solo ahora que repasaba todos esos recuerdos conseguía comprender por qué todos lo descubrieron antes que él. ¡Distraído entretenido...! Teresa dio el salto de adentro del closet, a no esconderse más y ser feliz, disfrutar del sexo, no con obediencia como con él, mojigata y pidiéndole que fuera muy suave que le dolía y mucho cuando él la penetraba y sin abrazarlo jamás mientras dormían. Siempre le parecieron raras sus maneras, y el entusiasmo que se dejaba influir por la madre y abuela para no reconocerse igual, aunque en cuerpo diferente, al abuelo Fermín.

Ya se enteraría Mandy, a los meses, que vivían felices con el abuelo bibliotecario en Nueva Orleans, en el viejo barrio francés. Teresa le escribió a West Palm Beach una carta, disculpándose por su cambio de pareja y por su intempestiva escapada, tanto que no pudo avisarle siquiera, y agradeciéndole por todo lo que hizo por ella y el gran regalo. Porque tú no me odias, ¿verdad que no Mandy...? Que en breve sería madre de un hijo suyo. ¿También ella...?, pensó él eufórico de la racha efectiva de sus espermatozoides. Fue el vómito y los mareos del barco,

---

las náuseas que no desaparecían ya en tierra firme —Lo mismo, eso le ocurrió a Yaíma, qué casualidad...— cuando zarparon del Mariel que la pusieron sobre aviso del embarazo. Ya se verían algún día y le avisaría del nacimiento e inscripción del bebé, un ciudadano norteamericano. ¿Qué familia tan singular iba a tocarle a ese hijo suyo...? Tendría que conversarlo con Yaíma, no quería guardarle secretos. La prima Olivia y el abuelo Fermín enviaban para él un gran abrazo y le deseaban mucha suerte y salud. Terminaba la carta, preguntándole algo que ni él mismo en ese entonces podía saberlo: Mandy, ¿tú vas a seguir estudiando acá, verdad que sí...? Abuelo Fermín dice que, ¿qué hiciste tú con la tesis? Jamás le respondió ni volvió a saber de Teresa y Olivia. No había tiempo para nada más que mirar al futuro si quería hacerse de una vida digna y próspera. Los años pasaron de prisa, tanto que parecían empujados por un huracán. Así era la vida... La vida de la isla y la de los isleños, huracanada, hecha a como se podía en medio de la ventolera. Otra historia...

#### Apunte de Carmen: abril de 1980

Aunque se desconoce si volvieron a verse, la familia Sardá debió saber de él por los periódicos. Tras el Pacto del Zanjón de 1878, José Martí regresa a La Habana ya casado con Carmen Zayas Bazán y nace su hijo José Francisco. Venía de dar tumbos por Guatemala donde había sido cesanteado en el colegio en que impartía clases de filosofía y literatura y una joven llamada María García-Granados y Saborío moría de amor por él. Llegaba a su ciudad, haciendo escalas de barcos, y en La Habana la prensa se vanagloriaba del fracaso de los criollos que solo habían conseguido hundir en la ruina a la isla después de diez años de guerra. Está casado y aunque no lo acepta, no es feliz, lleva en secreta contabilidad más de un año de mala suerte. Trabaja en dos bufetes como pasante. Lo invitan a officiar como orador en los Liceos de Regla y Guanabacoa. En marzo de 1879 es encargado de las palabras de elogio al violinista Rafael Díaz Albertini en el Liceo de Guanabacoa, allí, se dice que a punto de comenzar le avisan a Martí de que está presente el general Ramón Blanco, quien había sustituido a Martínez Campos, *El Pacificador*, y al Capitán General interino. El militar ya había escuchado por sus espías del joven orador, de su lengua con filo. Martí no se censura ni teme ante el poderoso oyente. Blanco queda maravillado ante la audacia y verbo del poeta orador y exclama: *Quiero no recordar lo que yo he oído y no concebí nunca se dijera delante de mí, representante del Gobierno español: voy a pensar que Martí es un loco... pero un loco peligroso.* En agosto estalla la que fue llamada la Guerra Chiquita, Martí conspira, organiza un comité de apoyo a los alzados en armas de Oriente. Integra el Club Central Revolucionario Cubano con el cargo

de Vicepresidente en marzo de 1879 subordinado al Comité de Nueva York que dirige Calixto García; en junio de ese año es Subdelegado del Comité de Nueva York desde La Habana. En septiembre lo aprehenden y es nuevamente deportado a España. Pero en 1880 todavía algunos periódicos habaneros publican versos y artículos de Martí. ¿Acosado por sus ideales independentistas y por dar el frente a su familia se descuidó y nunca le escribió una carta a la familia Sardá, al maestro Mendive que para ese año de 1879 volvía a vivir en la isla, en la ciudad de Matanzas?

Para cenar aparecía aseado y fresco, en su silencio de bambúes transpirando simpatías, con su mirada tristona y humilde. Pero su callar de bambú era crujierte. Siempre con las manos en los bolsillos del pantalón, acariciando algo que no podía ser una moneda o una medalla de santa porque larga y gruesa se notaba, cuando el muslo contraído adelantaba su paso.

Dolores se involucraba más con él pues lo creía varón bien dotado como los negros del barracón que la deseaban como perros y ella, a veces deseándolos, los rechazaba por ambiciones para mejorar la raza, el color de la piel de su descendencia. Los negros apestaban peor que el mayoral, a sudores rancios y el señorito Pepe olía a campanilla silvestre o flor de aguinaldo. Desde que él le regaló la primera florecita se la prendía en la cabeza para traer su perfumito siempre con ella. Las mañanas ya frías de ese diciembre se acercaba a las cercas donde ahora cundía aquel bejuco montaraz por doquier y se extasiaba recolectando esas campanitas blancas, como deslavadas de morado que nunca antes le interesaron, húmedas aún de rocío para adornar su cabeza y poner sus pétalos dentro de las fundas de las almohadas.

—¡Muchacha, pon la pata en la tierra y mírate bien al *epejo* de la señora, que tú *ere* negra! Tú lo que va a conseguir e' manchar to'a la ropa e' cama con eso invento tuyo de flores. ¡Ah, y *toiticós* los blancos *güelen* así, a leche agria...! —le dijo Venancia, una de las cocineras esclavas, molesta ya de sus frecuentes vagabundeos y ligerezas—. Tú sino pregunta a doña Trina cómo *güele* el amo Sardá. ¡A queso viejo, mija! ¿Tú, averiguaste ya...? ¡Ah, pues bájate de tu nube y ayuda *má* que tú no *ere* blanca, y *pega a trabaja*, mija!

El señorito Pepe huele a campanilla de campo y leche desparramada en la hervidura, pero no agria. Si ella lograba parirle hijos a un blanco quizá tuviera la dicha de doña Trinidad, y si no, esa suerte sería para una hija suya, por eso sueña adelantar la raza, blanquearla. La negrita Dolores, cuando cambia la ropa de cama, se deleita oliendo las camisas y prendas interiores, revolcándose en las

sábanas de la noche e imaginándose en cabalgata de hembra sobre el señorito Pepe. Aspiraba sus calzones a escondidas ya que el señorito insistía en lavarlos él mismo cuando se bañaba. Una vez retuvo un calzón que le encontró oculto y que tenía unas manchas dulzonas. Y era mentira, no le parecía leche agria o queso rancio. Olía el agua con jabonadura de la palangana de aseo, la bacinilla del orine, le gustaban todos sus olores. En una ocasión se limpió con su camión de dormir la abundante humedad de su sexo y debió ir a lavarlo con el calzón cautivo diciéndole a doña Trinidad que eran manchas almidonadas del señorito. Luego se le ocurrió dejar su olor de hembra, aquel aroma de ciruela madura y viscosidad de caimito, sobre las fundas de sus almohadas y así el señorito Pepe comenzaría a desearla como un jíbaro a una perra en celo. Se bañaba y en su agua del cubo echaba muchos retoños de vencedor, abre caminos y albahaca morada, todas esas yerbas y un par de gotas de miel de abejas para que su piel oliera perfumada. Reía nerviosa de sus atrevimientos que cada día iban a más. Ni los baños de agua fría en la noche con peligro de agriparse, desnuda detrás del aljibe, ni tocarse ella misma hasta desfallecer le borraban el sueño de que una noche el señorito entrara a su cuarto a hacerla su mujer. Peor todavía, que se le ocurriera a ella ser la que entrase en su cuarto. Pero el señorito disimulaba muy bien no darse cuenta y a Dolores le gustaba imaginar que él se acariciaba por ella desde dentro del bolsillo. La piel del joven había cambiado y la melena lo hacía hermoso comparado con ese otro flaco y *cabecirapao* del que casi dos meses atrás ella se burló; y cuando suele cojear le gusta imaginar que ya no era culpa del tobillo y la ingle lastimada sino de ese falo tieso que el señorito Pepe tiene para ella.

En el almuerzo de ese diecisiete de diciembre, doña Trinidad, indetenible de curiosidad, le preguntó delante de su esposo que igual observaba cejifruncido la caricia escondida, continua, que él barajaba en sus pantalones:

—¿Qué manoseas tanto en el bolsillo, Pepe? Si se puede saber...

—Sí, ¿qué te traes ahí siempre? —preguntó también José María con una sonrisa confiada, sobre la oculta comisura de sus labios. Las canas del bigote en el catalán refulgieron dándole una temprana apariencia de abuelo consentidor—. Déjanos ver, hombre.

El muchacho sacó el puño cerrado del bolsillo y lo abrió cuando estaba a la altura del pecho. Los Sardá vieron en la palma de su mano, pálida y firme, un eslabón de hierro negruzco de humedad y óxido. José María reconoció el eslabón, pero creyó que Pepe podía haberlo recogido cerca de su barracón de negros esclavos donde el mayoral hacía las veces de herrero siempre que un negro necesitara de apaciguamiento.

---



—Es un recuerdo del grillete que usé en presidio, lo ven. ¿Recuerdan que lo traje aquí conmigo? —dijo el joven y de golpe, por detrás de él, percibió el grave hálito de ajonjolí tostado de la negrita—. Quiero hacerme un anillo para llevarlo siempre conmigo —dijo Pepe.

Dolores, mientras preparaba la mesa, creyó verle germinar bajo el pantalón una hinchazón en la entrepierna y se mordió el labio para no suspirar de anhelos. Rápida, antes de que fuera a cometer una de sus torpezas y se percataran de cuánto le sudaban las manos, salió para la cocina.

Los dueños de El Abra, don José María Sardá y doña Trinidad, temieron por la salud del muchacho, se preguntaron si su pacífica estancia habría contribuido a dilatar el odio y no a calmar su espíritu. Pero al volver la vista sobre él, se sosegaron un poco. De su rostro sereno, emanaba el alivio, por confesar, por compartir su obsesión. Su alma seguía siendo como ese atardecer aún transparente que surcan las bandadas de aves perseguidas por el restallar del trueno.

Se disponía ya a guardar su pesado talismán cuando don José María, vuelto a su acostumbrada parquedad, gesticuló, encogiéndose de hombros y abriendo las manos, algo muy parecido a un ¿para qué lo guardas? Y José Julián Martí Pérez, como buen entendedor de las pocas y las muchas palabras que aún es, les explicó a sus hospedadores:

—Para que nunca se me olvide la grandeza de ser libre.

Los Sardá se miraron cómplices y decidieron que ya era hora de sentarse a disfrutar del banquete de despedida, el vino les picaba en la garganta y acaloraba las venas. Ya estaba bien de parloteo y se arrimaron a comer de aquel aromático potaje de frijoles negros, y de la gran fuente de malangas y yucas cocidas, aliñadas con dientes de ajo y jugo de limón, avocindada de una bandeja de carne asada de vaca, humeante. Así, como esos alimentos, se creía arder la negrita Dolores que regresaba y de pronto volvió para la cocina para enjuagarse la boca porque un buche ácido le subió del estómago sin aviso y todo, todo a su alrededor daba vueltas: No tengo hambre, pero el olor de la carne me dio un vuelco en el estómago. Entonces qué me ocurre, y este sofoco, como espiritada, ¿eh? y por qué estas lágrimas. Estoy emocionada, se dijo, iba a echar en falta al señorito Pepe.

Alguna vez creyó que su propósito de mejorar su vida lo lograría con el señor José María, aun a costa del sufrimiento de doña Trinidad que era mestiza más clara, pero también ya más vieja. Era eso o casarse con Casimiro. Pero el señorito Pepe apareció como provisto por el cielo. Ido él, ¿qué otras esperanzas le abrigaban?

José María, azuzado por el vino y el buen comer, le comentó en el reposo de su cuarto a doña Trinidad, rojo como un camarón desde el nacimiento de su calvicie:

---

—Al Pepe tendrías que haberle visto tú en Batabanó en la casa de los Pardiñas donde aguardamos por la salida del barco mientras se recomponía el clima. ¿Qué hizo? Nada mal, se desvivía por esa señorita Adelaida que vino a casa de la familia Gómez en Santa Fe. Lisonjero como el que más, tanto que en presencia de la muchacha apenas si lo vi cojear. Sí, muy enamorado y a ella le agradaba hablarle. Buena perla esa señorita Adelaida que nos dijo que estaba presente la noche de los sucesos de sangre y la balacera en el teatro Villanueva. ¿Qué señorita hace tal cosa, dime tú, Trina? Iba a un hotel, pero luego ya no, y mencionó al tal Juan Gómez. Sí, era una habanera de esas con mucho lucir y atrevimiento en los ojos, bajó en el embarcadero del río para irse directo a Santa Fe, a darse baños de agua para la piel. Sí, vestía muy elegante y siempre muy cubierta de sombrero y sombrilla, con mangas largas a toda hora, no importaba el calor. ¿Y Pepe, ya no ha vuelto a mencionarla o a escribirse con ella?

—No, solo le llegó una, aquella carta anunciándole que solo se demoraba en Santa Fe lo que unos baños termales y saldría para La Habana a casarse —dijo doña Trinidad y agregó interesada—. La carta venía del hotel Ceballos, de eso me acuerdo muy bien. Esa muchacha yo creo que estaba más enferma que comprometida, se moría... Pepe siempre lo supo. ¿Tú crees que sigue triste por eso?

Sardá negó con gesto pícaro y suspiró con familiar complicidad a su mujer:

—¡Bah! ¿Qué dices...? El muchacho lo que necesita urgente es una mujer que le aligere la sangre —dijo recostándose al espaldar de la cama a mirar las curvas firmes de su compañera que se ponía cómoda de ropa para echarse a su lado—. Una hembra así como tú, Trina, que le haga sudar y gritar todo ese resentimiento. Ese ahogo que lo da la edad que tiene y mal lo invierte en lecturas y en política: las dos, una total pérdida de tiempo y dinero. Hace frialdad, ¿no crees?

—Sufrió mucho en presidio...

—No tuvo más que lo que se buscó, Trina. Uno lo ve así tan tranquilo...

—Pero José María, qué dices...

—Que me haces falta, mujer. Venga a lo nuestro, dame un calorcito, ¿si...?

—Pero después, descansemos un poco esta molestia de estar con el estómago repleto. No deberías, recuerda tu angina de pecho, tu corazón..., pero José María...

—¡Sí que debería y puedo! ¿Ves?... Mi corazón hoy está que trina, mejor que nunca, Trina. Mírame acá, mi Trina..., mírame...

—Sí, mírate *pa* eso, José María...

—Ay, Trina, venga dame un calorcito, ¿si...?

Un rato después los señores de El Abra, todavía jadeantes y sudorosos, determinaron un plan.

—Ya no parece el casi difunto que recibimos, Trina. Es joven y le haremos un gran favor, claro que lo creo muy en serio. Dile tú misma a Dolores que sé que lo agradecerá que tiene como tarea sacarle el mal de su edad que es la fiebre por falta de mujer. Ya verás como yo tengo razón.

—¡Ay, José María, ustedes los hombres nada más que piensan en eso...!

—Sí, Trina, y mucho más si no tenemos eso. Nos ponemos sangripesados por las tantas ganas, ¡créeme, mujer, que ustedes son el problema y la solución! Te lo digo yo que sé y veo más que tú de lo que se mueve en esta finca.

Un tiempo atrás el señorito Pepe, mientras él cotejaba cuentas de gastos, lo había interrogado de manera muy reservada:

—Don Sardá, ¿cuánto dinero cuesta una negrita así como Dolores? ¿Por cuánto la vendería usted?

Él ni siquiera le respondió, esquivándolo con una sonrisa que al muchacho hizo sonrojar y mascullar:

—Le pregunto porque me gustaría saberla libre, darle ese derecho en pago por sus cuidados. Quiero decir que algún día, ahora no tengo medios, pero quizá... No vaya usted a pensar mal de mí que mi propósito es noble. Y como estoy sin reales, no pasa de ser un sueño que se me ha ocurrido al vuelo. ¿Qué me dice de eso, eh?

—Es de Trina, Dolores no es de mi propiedad —dijo Sardá que hacía bien poco había transferido a su mujer la finca El Abra con todo lo que tenía dentro y continuó revisando papeles de viejos contratos, y agregó desentendiéndose—: Ella es casi parte de la familia... No sé... no sabría decirte cuál es su precio, está en la flor de su edad. ¿Verdad que sí...?

—Yo..., solo averiguaba porque ella ha sido muy atenta en su trato y en aplicarme las curaciones, don Sardá... —dijo Pepe y las últimas palabras se le atragantaron, la cara le ardió antes de murmurar—: Sí, por eso...

Era para él como cuando Jean Valjean les paga por Cosette a los Thénardier. Algo así de noble desearía hacer él por Dolores, pero no tenía el dinero. Tampoco los Sardá eran despreciables como los posaderos Thénardier ni Dolores era una niña inocente como Cosette; pero él sentía que todo hombre llevaba dentro de sí un héroe como Jean Valjean y eso lo impulsaba...

—Sí, ya sé eso... —dijo el dueño de El Abra sin levantar los ojos de los documentos que escudriñaba, buscaba uno en especial que no le aparecía—. Pero tú no te ocupes de libertar a nadie, Pepe, que la abolición de la esclavitud, eso sí, con indemnización, es muy posible que ya esté ahí. Para el año que viene todos los negros van a ser libres —y se saboreó al agregar de coletilla—, ¡y claro las negras también! —Después continuó hojeando entre los papeles, pero aún muy conversador—. ¡Muchos cambios, Pepe, nos aguardan! Si supieras, ah, lo que

---

yo mismo he visto y hablado en sus oficinas con el Capitán General... Si es que apenas duermo desde entonces, pero no me fío del todo... Cuba es un misterio indescifrable que se complica a sí misma. A ver, dime tú, a vuestros habaneros aristócratas del azúcar quién los comprende, ¿qué quieren? Los hay, y muchos, eh, que sueñan con nostalgia trasnochada por que vuelvan los ingleses a tomar La Habana, la bendita isla entera. Y lo mismo echan espumas por la boca clamando por la anexión a los Estados Unidos que de pronto son más españoles que el rey. Y bueno, sí, ya sé, que más español que ese Amadeo I de Saboya, sí, hasta vosotros los cubanos.

—Macaronini I, así lo llaman ya en Madrid y todavía no llega, lo he sabido en la villa por los periódicos. En el café de don Eulogio la gente para molestarlo lo saludan: ¡*Bon giorno, Eulogini...!*, y él echa chispas. Nadie quiere un rey italiano, don Sardá, ni monárquicos, pues mucho menos los carlistas o republicanos.

—¿Y los cubanos querrán bien algún día a un gobernante come beicon, eh Pepe? ¿Uno que hable inglés...? Tus paisanos criollos a no más de cinco meses en el monte y ya, sin ganar un pedazo de isla, han firmado sendas cartas de anexión a Norteamérica. ¡Y Grant ni caso, que no se da ni por enterado aunque lo lea en sus periódicos! ¿Tú también crees que son rumores? Te cuento Pepe, que si prosperan los planes del presidente de gobierno, el gran negocio del general Prim con el presidente Grant, ¡hasta se acabará la guerra de un día para otro! La campaña de Céspedes va a desmovilizarse así, en un santiamén, y tú, tan tranquilo, que vas a quedarte y hacer tus estudios en la mismísima Habana...

—Pero don Sardá..., de qué usted me habla si...

—¡Nada, de nada, Pepe, tú olvídate de todo cuanto dije! Caramba, que aún no encuentro la copia de este dichoso contrato y me fui contigo de lenguas... Tú espera, que como ya te dije, Cuba es un misterio, sí, un misterio... —y diciéndole esto con voz pastosa y enrevesada, se empinó de una copa de vino.

El muchacho vio con asombro lo sonrosado que tenía el rostro ese hombre tan comedido para hablarle y que en Isla de Pinos era su garante y hospedador. Sobre las sienes y la frente se le veía el sudor, en diminutas gotitas como el rocío. Pensó que quizá debía avisarle a doña Trinidad porque su esposo no acostumbraba a beber, según él sabía, solo en las comidas de celebración, pero algo lo preocupaba y mucho. ¿Qué documento era ese que tanto procuraba? ¿Qué significaba todo aquel embarazoso plan del general Prim con el presidente Grant? ¿Qué plan era ese que podría hacer libre a Dolores, finalizar la guerra y dejarlo a él tan tranquilamente en La Habana...?

Don Sardá volvió a barajar las carpetas con muchos papeles que tenía abiertas sobre su buró. Se vació la copa de un nuevo y apresurado sorbo, y entonces de repente lo avistó, leyó rápido y tamborileó sobre esos pliegos, complacido.

---

—Ya está, los encontré por fin —dijo, y otra vez como deletreándose a sí mismo pues se encontraba un poco torpe por consecuencia del vino.

Debía aprovechar la situación ventajosa en que el vino abre los secretos del hombre, pensó Pepe. Nunca antes José María Sardá se había confiado así, tan abiertamente con él. ¿Y si además de preguntarle por el presunto plan de Prim con Grant que involucraba a Cuba, y el precio de venta de Dolores, también lo interrogaba por lo que tal vez él había acordado con su padre y sus amigos comerciantes en pago por ayudarle por su indulto con el Capitán General...?

—Yo solo deseaba conocer cuánto valdría Dolores, don Sardá —dijo, sorprendiéndose a sí mismo de escucharse que ante tal oportunidad priorizaba el asunto de Dolores por encima de los otros—. Pero bueno, cuénteme usted más si puede de ese plan de Prim que parece preocuparle tanto, ¿puede usted? ¡Tantos cambios así... es interesante!

José María Sardá suspiró, e intentó otro sorbo, pero viendo por un instante su reflejo en el cristal de la copa donde se escurría en rojo sangre mate los restos de vino tinto, resopló con pesadez y cansancio. Y como percatándose de que no le había prestado suficiente atención en el último momento, le dijo a su huésped con voz de hombre experimentado y sagaz. Apuntaba con su dedo índice izquierdo sobre la fecha del documento tan buscado que no era otra cosa que una carta de liberación, precisamente a nombre de la esclava Dolores.

—Pepe, yo también tuve tu edad y te comprendo. Fíjate tú qué piel tiene mi Trina, a nosotros las negras y las mulatas nos amorcillan la sangre en las venas con ese caminar y ese son de curvas, qué hembras así. No me niegues que la negrita te gusta, y mucho. Mira, si quieres te digo lo que cuesta Venancia o Juliana... ¿Estás interesado también en las cocineras...? ¿A qué no, eh...?

Pero para cuando levantó la vista tras sus interrogantes con ironía, se dio cuenta de que hablaba solo y que la timidez de su protegido lo puso en fuga.

Estuvo varios días sin cruzar palabras con el muchacho. Pepe se escurría a su cuarto a hacer lecturas y apuntes o pretextaba desgano para no encararle de frente en una conversación. Su presencia, desde que respondió con malicia a su manifiesto sueño de comprar la libertad de Dolores, sabía que le incomodaba y provocaba recogimiento. Lo vio muchas veces leer, obnubilado, de ese grueso libro francés con que se refugiaba bajo los árboles del patio y que luego comentaba sobrecogido de entusiasmo en las sobremesas de las comidas. Él miraba en derredor suyo, percatándose, a veces sorprendido, de la atención que lograba incluso en los esclavos. Los niños también lo escuchaban alelados contar con apasionamiento de párroco en púlpito las peripecias y desventuras de ese exconvicto Jean Valjean y su adoptada hija Cossette al que París y toda Francia quedaba pequeña. En verdad, el muchacho tenía gracia para imantar con

---

la conversación suya a los que le rodeaban. También él, sino andaba fino, muchas veces sucumbía al atractivo del parloteo que manaba del hijo de Mariano Martí. Él se adormecía muchas veces y cabeceaba aun acodado en la mesa o su sillón... Verdad que Pepe cuando se soltaba a hablar sin que nadie lo parara ni miramientos era un verdadero orate. Sí, y la madre lo tenía bien medido y claro que sí pudiera estudiar abogacía, con esa lengua lograría ser buen leguleyo. Solo faltaba que le llegase el indulto para que se fuera a estudiar la universidad en la península. Él movió los hilos de ciertos favores que le adeudaba el notable, su cercano y estimado Capitán General de la Isla de Cuba en su favor. Y el general Caballero de Rodas le sugirió aguardase un tiempo favorable que aplacase el caldeado ambiente provocado por los criollos. A los Voluntarios y su mil veces socorrida unidad por la patria no podía socavársele dejando sin castigos ejemplares a los infidentes. Lo tomó de un brazo para que lo acompañase cerca de un balcón a tener un poco de vista de la ciudad. Por una de las callejuelas que desembocaban a la Catedral se escuchaban las pisadas de un batallón que marchaba, al redoble de un tambor y bajo un sol que cegaba. Allí le confesó en íntima proximidad de amigo:

—Los Voluntarios, mi buen Sardá, esos apasionados criollos y peninsulares cuando se agrupan en milicias me dan más miedo que los que se fueron al monte. No tienen ni idea del límite, créeme. Yo he llegado a imaginarme que son cubanos, al menos gente que hizo fortuna en esta isla, y por ello están bien avisados, los que mueven los hilos del gobierno en Madrid, los que cuchichean al oído de la junta provisional de Prim qué hacer y cómo, la manera de resolver el asunto de dar vuelta a la monarquía y solventar el polvorín que es esta isla hoy mismo. Ahora, te envidio esa tranquilidad tuya allá en Nueva Gerona, sin guerra ni presiones, centrado a por tus negocios y esa familia que tienes con tu hermosa mulata. Podrás llevártelo contigo, y es mejor que persuadas a ese mocoso para que se aleje de la política, saca de su cabeza si puedes los sueños locos que tiene y tiempo al tiempo para el indulto. Ya lo salvaste de las canteras, ¿qué más quieren sus padres por ahora? ¡Oye, este puro está tan bueno como los de Vuelta Abajo, hombre! No entiendo por qué la prosperidad no cuaja de una vez en esa islita. De verdad, hombre, te agradeceré con creces cada puro que me obsequies de este buen tabaco que se da en la Isla de Pinos, yo no sabía. Ojala pudiera visitarte una semana al menos, yo estoy preso de mi cargo y funciones. Que no daría yo por un poco de tranquilidad, amigo mío, esta guerra está devastando el oriente del país. Si pudiesen ustedes abastecer al ejército de todo lo que tenéis por allá de bueno como tabaco y carnes curadas sería una oportunidad única. Sí, ya sé que los costos de viaje... pero si ahora mismo tuvieran para vender todas o la mitad de las cajas del azúcar blanco Habana que le es imposible a

---

la zona en guerra por la quema y destrucción de ingenios, podría ser el despegue económico de la Isla de Pinos. Sí, también ya me has dicho que no cuentan allá con suficientes ingenios, y que no es vuestra culpa, pero deberían impulsar esos proyectos en la Junta de Fomento... Sí, claro, que es imposible con más de media Junta presa o en el destierro... ¡Ay, la aristocracia cubana que se dice española y ahora resulta que quieren ser libres y hablar en inglés! Disculpa, pero he tenido hoy unas conversaciones en la mañana que tengo el cerebro frito. Los criollos se creen que La Habana puede ser París porque tienen esa acera del Louvre frente al hotel Inglaterra. ¿Cómo son de creídos, por Dios? Les dejáis comprarse la Biblia y te apuesto que en la próxima edición de las escrituras se ponen ellos como el pueblo elegido del señor. ¡Pero qué buen puro este...! Fíjate en esta carta lo que me pide el mismísimo Prim, el jefe de gobierno en España me manda a ponerme en inteligencia con los representantes de los Estados Unidos para que se arregle la venta de Cuba. Cosa ya vista en el Congreso de julio, eh. Ves mi querido amigo, que podría ser yo el último español que sea Capitán General de Cuba. Ya andan en estos asuntos gente de toda la confianza de Prim... ya sabes, la *magnifique* nobleza cubana, nuestros aristócratas del azúcar que temen que los mambises no dejen en pie a un solo ingenio. Ahora tienen pánico de su propio engendro. Por otro lado, si España abandona a Cuba a su suerte, perderíamos por igual a Puerto Rico y adiós por completo a lo poco que nos queda en América y este mundo. Nuestra querida España no quiere perder a Cuba, pero también teme que nos la saquen de gratis entre los insurrectos y los cabronazos yanquis que es sabido que la boca se les hace agua por agenciársela. ¿Te sorprende que te lo diga así, tan tranquilo? Pues ya quiero irme, temo hasta por mi propia vida. España ya no tiene reina, pero tampoco es república, ¿qué quieres, eh? Pues se ve venir que a la larga o a la corta España se quedará también sin Cuba. Mucho que ha costado mantenerla fuera del contagio de los Bolivarianos, y de sus poderosos aristócratas que se compran no un título nobiliario con el azúcar, sino también el paraíso si pudieran, para que ahora vengan estos sofisticados y renegados ingleses criollos a ganársela sin disparar un solo rifle. Ya ves tú, el nuevo mundo ya no cree necesitar de la vieja Europa, los hijos mandan al destierro a sus padres y hasta al mismo Dios. ¡Ay, América... América...! ¡Y pensar que toda, toda fue nuestra y la comenzamos a perder no bien llegamos! Vamos para cuatrocientos años en esta isla de Cuba y ya no valen para nada...

—Yo te digo en confianza, mi apreciado caballero... —dijo Sardá, sin quitar la vista de la firma de Prim de aquel documento prueba de que su amigo no le mentía ni era exagerado su temor y pánico en su futuro—, que hace mucho que debimos aceptar que Cuba fuera vista como una provincia de ultramar. Acaso eso, no nos hubiera evitado entrar a este callejón.

---

—¡No, qué dices..., ah, mi caro Sardá! Yo también, en un tiempo, me imaginaba que eso vendría a ser como la solución definitiva y merecida para Cuba. ¿Cuba: provincia española de ultramar? Pero en las Cortes se comenzaron a figurar que eso podría desembocar que a la vuelta de unos pocos años hasta el rey acabaría siendo un cubano. Un rey cubano, entre las muchas barbaridades, instauraría la trata negrera en la península para que produzcan los viñedos y olivos, y todo el pueblo español comenzaría a cruzarse de brazos, a darse a los juegos de azar y creerse de la nobleza, todos los días serían noches de baile y carnaval, suplantarían las corridas de toros por las vallas de gallos. Si los diputados a Cortes creían saber más de España que los ministros, ¡y sabían...! Te imaginas como rey a uno de nuestros acaudalados e intelectuales aristócratas del azúcar. Ni el Rey Sol Luis XIV de Francia sería equiparable en ínfulas y opulencias a un cubano coronado. El azúcar de esta bendecida isla lo puede comprar todo en este mundo. Ah, y el tabaco... Oye de verdad, Sardá, ¡pero qué buen puro este que me has traído...!

Y el Capitán General exhaló una alargada nube de humo por el ventanal de su balcón desde el que se divisa un pedazo de mar, y la cúpula del faro del Castillo del Morro a la entrada de la bahía de La Habana y adentrándose a la derecha la escarpada colina amurallada de la fortaleza de La Cabaña. La ciudad, allí parecía inexpugnable, y tras el humo del tabaco la mucha luz se filtraba como si volviera a amanecer en aquella tarde bochornosa de finales de agosto.

—Mira, José María, deberías fumarte uno de estos puros —dijo Trinidad, saliéndose del abrazo de su esposo que parecía andar lejos, sudoroso y extasiado, pero recordándose de alguna cosa. Y arropándose con premura la desnudez que le miraba su señor, agregó—: Suelta a tu mulata un instante, ¿si...? y dame un momento para ir a ver cómo le hablo a Dolores. ¿No es eso lo que quieres? Pues voy y así hago mi ronda y veo qué tal duermen los niños...

El esposo asintió e incorporándose en el lecho se hizo de uno de los puros. Al día siguiente iba a negociar el traslado de unas cajas de azúcar en sus goletas. Alejo Salas, el dueño del ingenio La Esperanza a cuatro millas del embarcadero del río Las Casas, quería que hicieran negocios juntos, utilizar la coyuntura de la guerra y sus conexiones para exportar el azúcar a través de sus relaciones en La Habana.

Cerca de allí, Dolores se mordió muy suave los labios y cerró los ojos cuando doña Trinidad le dio la orden que más bien era un permiso:

—Ve, negrita, vete a dormir esta noche con Pepe que te lo manda tu amo, ve..., anda... Y sé muy cariñosa, tú sabes...

Los indultos andaban a la orden del día, pensó doña Trinidad que acababa de escucharse a sí misma como a alguien ajeno. Este raro indulto lo hacía a nombre del esposo y sin mirar a la cara de la negrita Dolores, pues sufría la sensación de

---



actuar como una matrona de casa para citas. Dolores se mordió los labios llenos de solo imaginarse las orejas muy cerca de la voz del señorito Pepe y apretó las manos.

—¡Dios mío, qué hago...! —se dijo Trinidad de regreso al cuarto, y besando el crucifijo que llevaba al cuello rogó—: ¡Señor, apiádate de mi alma hasta el domingo que voy a misa y confesión!, ¿qué he hecho? Ay, estos hombres que siempre logran que una pierda la cabeza con sus ocurrencias pecaminosas, ¡Dios mío...!

Tras empujar la puerta de su habitación todavía se lamentaba, con las manos heladas y la espalda muy sudada bajo su bata de noche:

—¡No sé cómo pude...! ¿Con qué fuerzas le dije? Y mira tú, ¿con qué facha fui hasta allá? Es tu culpa José María que siempre piensas en eso...

—Es por su bien, mujer. Ya verás que mañana ninguno de los dos te reclama por nada.

—Bueno, ya lo hice —suspiró doña Trinidad, resignada—. ¿Y puedes creerme que Dolores ni chistó la muy...? Quisiera que la hubieras visto, si hasta parecía que se tragó la lengua, ella que lo protesta casi todo...

—No te dije, Trina. ¡Eso fue un doble favor! ¡Los dos van a debértelo siempre! Estarán mudos, y hasta el mismo Pepe que es tan palabrero, nunca va a tener suficientes palabras con que agradecértelo. ¡Ley de vida...!

José María había encomendado aliviar la carga y la seriedad del joven, una mujer lo salvaría de ese laberinto oscuro y fangoso que es anhelar lo femenino.

—Mujer, ¡el sexo ablanda el seso...! —dijo el dueño de El Abra y, tirando de los hombros de su mujer hacia él, rio—: ¡Caramba, si hasta yo hoy me siento poeta!

—¡Ay, José María..., estás vicioso...! ¿Qué comiste hoy...?

—Carne mulata, voy a comerme a mi mulata que está muy apetitosa...

—Para el domingo ya debo un millón de Ave Marías y Padres Nuestros... ¡Ay..., mi Señor Jesús...!

Dolores estuvo asintiendo de gusto hasta que los pasos de su señora dejaron de escucharse. Quedó en el mismo lugar, paralizada, tratando de asimilar la sorpresa y decidió que en medio de la noche saldría al baño y luego entraría en el primer cuarto. A Dolores la concesión le llenaba de gozo, pero ella también se lo había planificado como regalo de despedida. ¡Pura casualidad!, se dijo, y rio nerviosilla de que ahora se supiera lo que en breve sucedería entre ella y el señorito Pepe. Lástima que el permiso lo hubiesen dejado para el final, más de un mes llevaba aguardando y tan ilusionada por una noche completa.

—Te ofreces para ayudarlo a doblar su ropa para el viaje, tú le insistes —le aconsejó doña Trinidad.

Una jarra grande de vino del señor, de las que a media compartieron alguna vez, daría riendas sueltas al muchacho. Ya sospechaba Dolores que esos señoritos educados y formales enloquecían cuando tenían la oportunidad y el vino. Y el señorito Pepe hablaba tan bonito que ella se humedecía toda de escucharlo. Ahora iba a vengarse de su verbo, a hacerlo su alumno en lo único que suponía que pudiera enseñarle muy bien.

Un rato después y ya en su cuarto junto al niño Domingo que no llegaba al año de edad, doña Trinidad no lograba conciliar el sueño. Su hombre roncaba a piernas sueltas después de tantos calorritos, ¿y ella? Debía estar durmiendo también, satisfecha y en hondo relajamiento, sin embargo, se le había pasmado el sueño. Miró a su pequeño hijo y sintió envidia sana de su inocencia y dormir profundo. Suspiró, pensó en ir a la cocina por un poco de tizana con que doblegar su desvelo. Sin farol y descalzada para no hacerse sentir salió del cuarto doña Trinidad y caminó hasta el patio y de allí a la ventana casi abierta de la esquina de la cochera. No había luna, pero la luz del farol del cuarto anunciaba que el huésped estaba despierto. ¿Tal vez leía...? Ya amanecería con los ojos muy rojos por los dichosos libros, pensó, y lo esperaba un viaje en barco, ¿pero quién lo hacía reposar de los libros? ¿Reposo de hembra y pecado?, le había aconsejado el negro viejo de Saturnino a su llegada a la finca cuando renqueaba por las secas en la ingle y el guardiero lo santiguó con rezos, humo de tabaco y cruces en la tierra con un machete. ¿Y Dolores se atrevería a cumplir sus órdenes? ¡Pobre Dolores, quizá no debió forzarla a tanto! Ya estaba arrepentida de su falta, rezaría tantos Padres Nuestros y Aves Marías por cada cuenta de su rosario. ¡Ay, José María, que hoy me has hecho pecar tanto! Tanto que perdió el camino del sueño y eso era muy raro, porque ella después del sexo con su hombre dormía como borracha. Pero hoy no, tenía en su cabeza tantas preocupaciones que le ahuyentaron el sueño. Sí, tal vez una tizana lo resolvía todo, se dijo yéndose al fogón. Desde sus años en la Casa de Beneficencia la mulata Trinidad Valdés y Amador no se aventuraba así en medio de la noche, como una ladronzuela, fuera de su habitación para ir al baño. Esa tarde había hecho mudar los perros al fondo, allá detrás de la barraca de los trabajadores con el pretexto de que el pequeño Domingo tenía muy frágil el sueño por las noches. Juan Echeverría, padre del calesero, cumplió la muda de los perros sin decir palabra, pero en el rostro lo vio dudar. Claro, si siempre que un majá se comía algún pollo o el gato daba cuenta de unos de sus pájaros ella era la primera en reclamar por esos perros dormilones. Escuchó unas voces y el miedo casi no la hace percatarse de un escalón y caer. Pero hizo equilibrio con las manos y se aventuró despacio, muy despacio cual si pisara sobre vidrios hasta buscar la cama que divisó vacía. Los jadeos le aseguraron que casi llega tarde a la consumación del hecho. José María estuvo tan halagador y

---

ávido que ella también se dejó vencer unos momentos por el sueño reconfortante en la alcoba de su hombre. Después fue a la suya, dormían separados, pues creyó escuchar un llanto de bebé y allí se le aligeraron los párpados solo de imaginarse con insistencia lo que ya estaría sucediendo acá. ¡Pero qué raro, no crujía la cama! La luz del farol caía desde el alto armario sobre el piso de lozas de barro como un diminuto y enrojecido sol. La cama estaba sin la colchoneta, sus ojos pasaron por encima de la tensada lona de Rusia. En el piso de lozas de barro destacaba la blancura de las sábanas que mal cubrían la colchoneta. Las almohadas servían para levantar la pelvis, y de calzo también para las rodillas. Los cuerpos relumbraban de sudor, diferentes y lustrosos. Dolores proponía posiciones y la silueta de su piel oscura se diluía a veces en la penumbra y resurgía por las curvas de ámbar en movimiento, y las manchas blanquecinas del sudor que sobre su piel oscura y charolada formaban un rastro de sal tras un breve soplo de aire. La piel de Dolores relumbraba igual que alas de cucarachas. Él la seguía devoto y cumplidor de esos caprichos de hembra también suyos en medio de semejante regodeo. Las manos y todo su cuerpo eran el guante blanco que gesticula en la noche de un escenario de mago.

Doña Trinidad se llevó una mano a la boca para apagar cualquier gemido que el placer de ver lo que disfrutaban los jóvenes le viniera sin aviso como un eructo. O un susto, la vergüenza de ser sorprendida o la picadura inesperada de un insecto. ¿Y si una rana le saltaba arriba? Ese contacto viscoso sobre su cuerpo que ardía. Tembló sobrecogida por las muchas que imaginó a su alrededor, no soportaba la piel fría y húmeda de las ranas. Se persignó arrobada. Allá en la villa refulgía la claridad humosa de unas fogatas extintas de la celebración por el cuarenta aniversario de Nueva Gerona, algunos fogonazos de fusilería; pólvora le crepitaba a ella en la piel. Miles de hormigas calientes le caminaban por el cuerpo a doña Trinidad, ¿por Dios y esto qué es...?, pensó. La sangre se le alborotaba a pesar del clima fresco de esos días de otoño, nubosos y de poco calor. Las palabras del joven huésped, los reclamos de la esclava Dolores le hicieron bullir la sangre en las venas. Tenía un *tic tac*, un latir seguido en su sexo que otra vez se iba humedeciendo como brote de manantial. Se amordazó la boca apretando fuerte sus labios carnosos, saboreándolos. Se abrazó a sí misma para no sentir frialdad, y ser lo que necesitaba, una sombra, la testigo oculta. Casi sin respirar se dio a escuchar y afinó el oído:

—*¡Flor oscura, a ti, para morir, el alma ansiosa. Negra. Flor del campo, ay, no sepas que no aplacas mi sed! ¡Campo de lava en que el jardín expira!*

—Dale Pepe, sigue así, ahí Pepe y háblame, chico.

—Ay, deberías llamarte pecado, maravilla...

---

Doña Trinidad se estremeció con su cuerpo apoyado contra la pared fría de cal y noche, las hojas de un helecho le rozaron una pierna. Un vientecillo repentino la refrescó en las mejillas perladas de sudor cuando pensaba que ya de tanto calor se desmayaba, creyó también que ese aire jalonaba las tejas del techo. O eran ideas suyas, por Dios, qué picor galopante en los pezones y mordió las palabras: pecado, maravilla... Y volvía a escucharlos hablar:

—Anda Pepe, dime más. Háblame más si esta noche estoy autorizada y no tenemos que hacer mucho silencio. ¡Ay, qué rico...! Aaah... aaah... yo quiero parirte un hijo, mi blanco. ¡Ay, qué fiesta la mía, mi virgen! Ay, mi Obatalá que me lo diste *pa* mí... ¡Háblame...!

—*Ni una gota siquiera, ni una gota. Del bálsamo perdí que hubo en tu beso!*

—Sí, mi señorito... esta noche si puede. Dime, dígame cosas así que vea como me pongo de calenturas. ¡Dale anda, dame, dime...!

—*Tras de ti, asido de tus dulces bordes. Me remontaba! ...el joyador cincela: en grupa de ébano y miel, la danza. Mi potra de noche y deseo... que la muerte nos alcanza...*

Dolores parecía de penitencia y poseída por sus dioses negros y la voz de un muerto. De rodillas en una almohada blanca y en la colchoneta ya sin sábana sobre el suelo de barro enladrillado; en cepo invisible de gozo, su desnudez, sus curvas de animal ámbar. Pretendiente, anhelando suplicio y mayor ofrenda de varón.

—*También una voz del cielo hoy ha resonado en mí* —declamó ya en éxtasis, pronto a una carcajada y a un llanto—. *¿Viste algún ángel en el triste suelo? ¡Y respondí que sí!*

Pepe, que la cabalgaba, y ella era una perra, una potra, arreció sus balanceos sobre su grupa rotatoria igual que un garañón. Abrazado a su espalda, agarrado a los senos triangulares de cabra joven que los masajeaba casi con rabia, casi sin resuello, como quien resbala de sus manos en un acantilado:

—Ay, aaay... ¡qué sí, qué síí!

Cayeron en convulsiones, los dos embrujados; acoplados en un solo cuerpo rodaron al piso irregular y frío de las baldosas de barro del cuarto, en ese diciembre. Exhaustos, resbaladizos, vacíos y plenos de ellos mismos.

—¡Ay, tú, que mareo volvió a darme! —dijo Dolores y tal vez creyó que se había enamorado—. *Ná...*, no es nada. *Ya...*, ya se me pasó, mi hombrecito.

Pepe suspiró hondo, se ensancharon al límite sus mandíbulas y pulmones. Esa noche él y el mundo habían cambiado totalmente, y la suerte adversa que lo acompañara por fin se alejaba dándole tregua. La vida, de pronto, le pareció maravillosa, más aún si cuando amaneciera estaría listo para viajar a La Habana. Y después, ¡a Madrid, a Madrid...! A Madrid era más fácil llegar que a Yara

y Bayamo. ¿Y París...? Respiraba, aspiraba a todo pulmón el perfume natural de caimitos y ajonjolí tostado de su hembra. Acaso para retenerla en su recuerdo ya que no pudo comprarla para sí y libertarla, que eso soñó en voz alta cuando ella lo curaba con tizanas y risas, con sus manos tibias que lo afiebraban. Sintió los pulmones henchidos, fuertes. ¿En qué gemido se le salió esa hormiga trepadora que solía andarle en el pulmón, adónde aquel vacío, ese soplo con patas de araña que no paraba de tejerle cuando mal respiraba acordándose del mal de su padre? Apenas reparaba en ese latido a intervalo en uno de sus testículos, callado y con honda desazón. En las carnes de su tobillo e ingle derecha que de repente, no deseaba advertirlo, parecía herida cerrada en falso por el escozor, esa picazón ligera que circundaba la piel frágil de sus cicatrices.

Después hubo un silencio de segundos, y la que los espiaba, aún de espaldas contra el muro de mampostería, se limpió la saliva que se le había escurrido sin darse cuenta de la boca apretada. Chasquearon besos cortos, mimos, risitas alcahuetas de las acostumbradas por Dolores. Entonces doña Trinidad comprendió el placer de la esclava cuando les servía temblorosa las limonadas al tiempo que el señorito Pepe le leía una carta, evocaba un poema o comentaba un fragmento de libro. Las palabras, el lenguaje sonoro, excitaban a la negrita. Dolores temblaba de memoria por esas noches secretas que compartía con el huésped. ¿En el altillo de la cochera, en el cuarto de estudio, cerca de los caballos o detrás del aljibe? ¿Dónde...? ¿Pero desde cuándo? ¿Cómo no lo había sospechado? Por eso ahora la escuchó pedirle que le hablara, que esa noche sí tenía autorizos. Casi siente rabia, pero sonrió. Tenía ganas de entrar y competir con Dolores a que ella no era menos mujer por sus años. Pero no. ¡Dios mío, borra de mi cabeza este pecado que me arde en el pecho con que amamanto! Dolores sí que aprovechaba la noche desde mucho antes. Pero claro, por eso las llagas de Pepe no acababan de sanar y volvían a supurar de un tiempo para acá, se despertó tan estragado en los últimos días. ¡Mujer tonta...!, se llamó a sí misma, que no ves que ahora estás rodeada de tramposos y ya no de monjas. Dolores es pícara, una mentirosa tremenda. ¡Negrita pelandusca...! La envió al cepo bajo el resistero del sol, a otra finca, la vendo y lejos de donde pueda una noche descubrirla encaramada sobre mi José María, en pecado de incesto. ¡Dios mío...! Y de puntillas regresó a su lecho. ¡Dios mío perdóname, se dijo de rodillas luego de varios Aves Marías y Padres Nuestros que no la apaciguaron! ¡Virgen Santa, tú que fuiste mujer...! Nada, no podía conciliar el sueño, apartar de adentro las garras del deseo; lava volcánica tengo por sangre. ¡Qué noche!

La finca reposaba en un hondo sopor, dentro de una nocturna y espaciada sinfonía de grillos. El niño Domingo dormía, un ángel, por primera vez en meses. Sus hermanos también en otras habitaciones. De pronto un gemido que pareció

---

de niño, pero no, rasgó el silencio. Era una rana atrapada por un majá, lo aprendió del viejo Juan Echevarría y resultaba muy frecuente de noche. La infeliz rana se inflaba en las fauces del majá en un intento horrible para solo demorar ser devorada. Así la consumía la pasión a ella. ¡Dios mío, Dios mío!, ¿pero qué pienso? La noche, una selva allá fuera, y ella se creía rana, manzana, Eva pecado de Adán. Esto es más fuerte que yo, reconoció sin resistirse más y volvió a entrar al cuarto de su hombre para despertarlo de la manera que más le gustaba.

—Pero Trina... mujer mía qué... —emergió José María Sardá del sueño, perplejo de goce—. ¿Qué tienes hoy...? ¿Qué comimos?

—Es mi Santo Patrón, José María... —murmuró afiebrada—. ¡Me resucita, tengo la sangre llena de ladridos! Soy una jauría de jíbaros, mi amor...

Y volvió a copular feliz, sintiéndose que ella también tenía menos de veinte años y su esposo era un amante de músculos, de cuerpo joven y nudoso. Un toro bramador del potrero en busca de novilla en celo.

#### Apunte de Carmen: abril de 1980

No, Mandy. Después que se cerraba la puerta, doña Trinidad no saldría ni muerta. Por decencia, una señora no haría eso, salvo en un caso de incendio, asesinato u otro extremo. Puede ser que Dolores sí, pero de noche, nadie decente se atrevería a deambular. (Tampoco Martí, que apenas si podía caminar). Y ese tener sexo con luz en esa época, solo en los burdeles. Te repito que la gente de bien no lo hacía. Esas cosas las trajeron a Cuba las prostitutas francesas en el siglo xx.

Y doña Trina mirando, viendo todo por la ventana... ¡Mmmmm...! Me parece que si lees esto a los familiares te vas a tener que ir de Isla de Pinos, a huevazos y pedradas como si pretendieras abandonar el país. ¡Te linchan en público, Mandy! Doña Trinidad, aunque mulata y te lleva a imaginar esto un cliché, no podía o debía ser tan «apasionada». Por la tarde sexo y por la noche también... ¡Lo dicho, te van a matar los descendientes y los martianos más conservadores! El diálogo erótico está bien, Mandy, pero es sin dudas demasiado atrevido tratándose y siendo quien es.

El anillo que se hizo hacer del eslabón donde grabó la palabra Cuba, se lo llevó a Nueva York muchos años después su madre. En noviembre de 1887. Y de ahí lo usó hasta morir. Nunca se pudo recuperar, hoy está perdido.

A finales de mayo llevaban ya tres semanas durmiendo juntos Yaíma y él en el apartamento. Tres semanas de ser felices ininterrumpidamente, cuando cinco

timbres largos y metálicos lo sacaron de su ensueño del siglo XIX. Mandy, con el pasar tranquilo de los días, había dejado de vigilar el teléfono y tecleaba, revisaba sus notas y los apuntes de Carmen en busca de un nuevo detalle que hubiera podido pasarse por alto. Creyó haber sanado del estómago y no porque se hubiesen terminado los chorizos y el jamón Vicky de la Isla. Algún fin de semana quiso embarcarse hasta Nueva Gerona y visitar a Carmen, a Yaíma le encantaría el viaje.

Una madrugada soñó que estaba a las puertas de Sevilla muy fatigado de la tremendísima caminata. Los pies le dolían, bajo la planta de los pies y molestando a las llagas llevaba bien ocultos en las botas veinte ducados para pagar el embarcarse al nuevo mundo. Tenía en la bolsa una ristra de chorizos secos con un centenar de galletas agrias y una pata de jamón. También un fajo de documentos necesarios para el viaje: una carta reclamo de un tío materno ya instalado al otro lado del Atlántico en tierras de la Nueva España, un certificado de limpieza de sangre, el autorizo de la esposa para tres años y su partida bautismal. En la Casa de Contratación debía aún escribir una solicitud de viaje con todas sus señas familiares al rey. El aire salino le azotaba la cara y sonreía con los ojos bien abiertos y deslumbrados, nunca antes había visto el mar ni tampoco había salido de su pueblo. En el sueño, quería regresarse pronto para vivir con su Inés de Torres, hija de una mujer medio marrana, pero conversa al catolicismo, que su familia prometió cuidarle a regañadientes. Amaba perderse entre las piernas huesudas de su Inés, acurrucarse en sus grandes senos y entrechocar su nariz con la ganchuda nariz de su mujer que él adoraba lamer y también besar sus grandes ojos celestes. El mar ahora era los ojos de su Inés, a la que pudo salvar del destierro de Girona, desposándola y bautizándola, y ahora no se conformaba con dejarlo atrás. Quizá en el nuevo mundo la vida lo premiaba con una vida mejor y sin tantas leyes absurdas y miedos. Pero se equivocaba aquel antecesor suyo y él, comunicados por un sueño casi quinientos años después: siempre habrían leyes y funcionarios, prejuicios e intolerancias y adioses irreparables. De pronto el navío de blanco velamen se transformó en un lanchón soviético, y Sevilla en Batabanó. ¿Cómo sería el yate del tío Felipe y el puerto del Mariel...?, se dijo Mandy despejándose después de tan vívido viaje al pasado.

Erich Honecker, presidente de la Alemania comunista, visitaría el próximo primer domingo de junio una escuela de estudiantes de Namibia en la Isla de la Juventud; y las vacas pineras sobrecumplían con tres ordeños los trece litros de leche diarios, eran las mejores del país y ya una vaca que debieron nombrar Ubre Roja y no blanca, la recordista del mundo. Ubre Blanca, una vaca comunista, la vaca más lechera del mundo. Y vea usted, mi don Gaspar Cisneros y Betancourt, qué lejos de su comarca pastoril de Puerto Príncipe es que vino a nacer

---

esta vaca cubana, se dijo en voz alta Mandy y tamborileó encima del periódico. Todos los editoriales hablaban de triunfos y logros, de obreros de avanzada que celebraban el llamamiento del Partido al II Congreso de los comunistas cubanos en diciembre próximo. Los trabajadores vanguardias eran premiados con la invitación a las próximas Olimpiadas de Moscú, las primeras que iban a celebrarse en un país socialista. Los Estados Unidos boicoteaban las olimpiadas soviéticas con la no participación de su delegación de atletas y de otros países, potencias deportivas mundiales, y Mandy se decía que por eso había que llenar el graderío de los estadios a como diera lugar. ¿Llevarían también a Ubre Blanca a pastar allá y darles toda su leche a los deportistas? Quería reír. En una página interior podía verse una foto con dos carteles. Uno decía: *¡Que se vayan los vagos!* ¿Acaso quería alguien despoblar a Cuba? Y el otro cartel, sostenido por un hombre de cara vaga, sí, una cara muy vaga en la muchedumbre enfurecida dejaba leer algo con inminente doble sentido: *¡Abajo los homosexuales!* Así, sin s al final, cual si se refiriera a un género de hombres involucrados o de terminación defectuosa en la escala humana. A Mandy le pareció chistoso eso de *¡Abajo los homosexuales!* Cualquiera diría que los mandaban, los exhortaban e incitaban a colocarse en una posición sexista, esa, que pa-ra nada, tal vez a ellos, les incomodaba. *¡Abajo los homosexuales!* ¿Cómo para qué...?, seguro se habría preguntado más de uno de los que él conocía, conteniendo la carcajada al pensar en la literalidad del mensaje. O no, esas semanas en verdad habían sido difíciles también para los homosexuales. Quería reír, sí, gozar con su desbordante mordacidad, pero una noticia lo hizo quedarse muy serio. Pronto, anunciaban a mitad de página y enmarcado en un rectángulo de color rojo, quedaría conformada por barrios *la Comisión que atenderá la entrega de viviendas abandonadas por los elementos antisociales que actualmente emigran de Cuba*. Pensó en las leyes coloniales de confiscación y embargo de propiedades a los que fueran acusados de infidencia y traición a la patria. Recordó a don Carlos Castillo, Cirilo Villaverde y muchos otros benefactores de la Junta de Fomento Pinero... El pánico de los hacendados y propietarios criollos a ser despojados de sus bienes por una acusación del gobierno. Tales prácticas de embargo y despojo, repetidas y perfeccionadas hasta el detalle contra el más simple cubano que decidiera emigrar. El que se iba, por traidor y mal cubano, no podía llevar consigo ni una cuchara o alhaja personal.

Prefirió estarse quieto, gozar de su romance y reconciliarse con la vida. Vigilar a los vecinos que él sabía lo vigilaban cuando adivinaron su soledad, y estar atento a las noticias de la prensa y la televisión y la radio que informaban a medias y sin margen para explicaciones. La emigración seguía aconteciendo, pero ahora de una manera más fluida y tranquila. Seguían apareciendo pequeñas notas ofensivas contra los que emigraban de cualquier rincón del país, calificándolos de lumpen y

---



escorias que no tenían cabida ni resultaban necesarios en la construcción de la nueva sociedad, pero las marchas del pueblo combatiente habían amainado. Los atropellos y escarmientos callejeros con franquicia policial parecían haber cesado de pronto. La prensa no había hecho un solo llamado a evitar esos excesos patrióticos, tampoco había criticado el abuso y las golpizas en centros laborales y estudiantiles. Impunidad fantasmal. ¡La calle y la universidad son para los revolucionarios! Ese volcán de pueblo que había hecho erupción patriótica a través de la convocatoria oficial de sus organizaciones sociales y políticas se enfrió por lluvia y desgaste y ya no se alcanzaba a ver ni la humareda. Desaparición espontánea, igual que había surgido. ¿O resurgido, pues acaso la intolerancia es ese raro y espinoso cactus que toda sociedad cultiva en sus adentros? Las granjas avícolas estabilizaban la producción de huevos después de un alza en las ventas y el consumo cuasi recreativo y múltiple. Todavía podía verse en cada barrio de la ciudad y pueblo del país, alguna fachada jaspeada en amarillo y cascarones por doquier. ¿Qué guerrita tan repulsiva y humillante fue aquella de apedrear con huevos a tu vecino y familiar por avisar que emigraba? ¿Qué trauma aquel de recibir un ataque a huevazos contra tu casa y tu cuerpo, incluso por los que hasta un momento antes dijeron ser tus amigos o compañeros de la vida? ¿Qué macabro juego de guerra para humillar fue adoptado por desfiles multitudinarios de pueblo encabezado por sus líderes juveniles o sindicales? No, no podía compararlos... o tal vez sí con las marchas, revistas militares de los llamados Voluntarios de España. Qué crueldad tan infantilmente ideada. Qué pueblo tan fácil de manipular por los hilos invisibles del falso nacionalismo para salvaguardar la Patria. Se restaba importancia al hecho, esas noticias no se leían en primera plana, pero decenas de barcos que arribaban de las costas de Miami partían sobrecargados a diario del puerto del Mariel hacia La Florida con autorización del gobierno revolucionario. Otra vez y siempre a Cautix, tierra primigenia, antes, ahora y después, tras la ruta de los ancestrales habitantes de esta isla de Cuba y la brújula rota de don Hernando de Soto con la Giraldilla y los ojos tristes de doña Isabel de Bobadilla, apuntando a un río entre la mar oceánica. Allí, subiendo por el Estrecho, emulando con un gran cardumen de salmones que remontan la corriente de las aguas, en busca de la fuente de la eterna juventud. Las cárceles y sanatorios estaban quedándose vacías de sus más terribles huéspedes. Saneamiento nacional. Por esos días ya habían rayado el nombre de los familiares de Mandy con un lapicero de tinta roja en la libreta de la bodega, pero gracias a Yaíma no echaba en falta el pan extra ni tampoco la comida caliente.

Debía ir por el asilo de ancianos Manuel Le Font que se derruía acuciosamente en la calzada del Cerro y recoger su proyecto de tesis. Preguntar su parecer a Raúl García y Martí a quien, ya intuía, no vería nunca más. Buscarla, tener consigo

---

ese borrador de tesis ahora que no paraban de ocurrírsele nuevas cosas, pero siempre se decía que mejor mañana. Tampoco asistió mucho a la universidad en busca de tutores o condiscípulos de clase, le bastaba recordar ese ambiente de desbandada que respiró en su última asistencia. No se animaba a volver, ni siquiera a la biblioteca, su sitio preferido. Tal vez porque nunca había sido tan feliz y pleno, se quedaba todo el día en el apartamento leyendo y esperando a que fuera la hora del almuerzo y luego las siete de la tarde para que volviera Yaíma. Le había prestado una llave de la puerta del edificio y otra del apartamento para que entrara sin llamar la atención y sin demora. Desde el primer día la dejaba llegar cómplice, igual que si permitiera pasar a un ladrón. Con ella a su lado había parado un poco de echar en falta a la familia, por ratos se decía que así podría ser su vida por venir y ya más inmediata. Se le desapareció su acidez estomacal y nerviosismo, dejó de espiar a la calle por el ventanal del balcón, temeroso de que apareciera justo abajo una turba de gente gritando los peores insultos, agraviando a su ausente familia o a él. Yaíma se iba al amanecer a la panadería, todavía oscuro, y volvía a prepararle unas comidas que le sabían a gloria, no solo por el sazón que aunque diferente al de su tía Cuca consideraba muy bueno, sino por el sexo que improvisaban a deshoras y en todos los sitios. Un mediodía en que volvió con prisas para amarse con Mandy, un vecino de los apartamentos del fondo, los más chicos y humildes del edificio, no la reconoció de la panadería y se le quedó mirando en la puerta, atónito e intrigado. Aún no vivían allí más que familias blancas y con caché. ¿Y ella, quién era que tenía una llave? Hola, le dijo Yaíma por cortesía y siguió a la escalera. Subía, cuando el hombre le dijo: Hey, ¿tú...tú, eres la nueva repartidora de los periódicos a domicilio...? No, y pensó un segundo en bromear, decirle que ella repartía panes. Venía de buen humor, dichosa y anhelante, así que apuró el paso saltando de dos en dos los escalones para evitar las explicaciones. Mandy no se preocupó del incidente cuando le contó, solo ansiaba quitarle la ropa y bañarla, enjabonarla lentamente para al final hacerla sudar y gemir hasta las lágrimas y la risa. Devorarla igual que quería el lobo a Caperucita, devorarla de mentira, jugando a quedar morado por unos instantes. Igual de morado que los labios morados de su mulata. Era feliz, se decía eso desde el mismo instante en que ella dentro del cine y asustada por el gigantesco gorila King Kong se acurrucó en su pecho y cerró los ojos y lo respiró. Qué tajo abrazador entró limpiamente bajo su esternón y boqueó sin oxígeno. La besó salvajemente, y la película acabó por serle indiferente también a Yaíma. Volvió con ella al apartamento y esa noche le dijo que su familia se encontraba fuera de La Habana por unos días. Que no regresarían de sorpresa, podía sentirse dueña y señora en su casa. Yaíma no sospechó, y sí comenzó a soñar, a experimentar lo buenísimo que estaría vivir allí con él para siempre y tan cerca

---

de la panadería. En el barrio, a dos calles y media, ya no necesitaría más del irremediable transporte público para llegar a tiempo al trabajo. Todavía soñolienta, sudada y con la ropa estrujada de los empujones y el roce mañanero con gente de axilas y bocas que olían a cebolla. Y lo mejor, ahí mismo en el Vedado, a un pasito de todo lo mejor que existía en la capital. ¿Qué otra cosa podría ser mejor?

—¡Quedarme con tu apartamento...! —Repitió Yaíma que no salía de su asombro y quedó casi mareada cuando Mandy le dijo que él también se iría, fue luego de un orgasmo que sacó a ambos las lágrimas y las ganas irrevocables de confesárselo todo. Que su familia lo estaba esperando, que en verdad ya estaban todos en Miami y no en Holguín de vacaciones ni en espera que mejorase la salud de la abuela María hospitalizada de imprevisto. Que él no quería volver a sentirse un huérfano, un naufrago dentro de aquel apartamento, ciudad y país.

Yaíma tendría eso sí que hacer uso de la fuerza, buscar de testigos a su amiga Yeisi de la panadería y a todos los panaderos. También él presentarla al comité de vecinos, decirle que era su novia. O mejor casarse de urgencia. No era legal la venta ni dejación de inmuebles como un hogar. Además Mandy no figuraba en ningún documento de propietario y de quedarse en Cuba, debería comenzar a pagar una mensualidad por el apartamento igual que si le hubiera sido asignado por la providencial bondad del estado y agradecer por ese derecho a techo. No iba a dar tiempo para trámites más legales en las oficinas de Vivienda ni en la oficina de la libreta de racionamiento para incluirla por traslado en la libreta de la bodega ni hacer cambio de dirección en el registro civil y su carnet de identidad. Algo así no se podría lograr en un día ni en dos, pensaba, ni ella podría con su carnet de joven comunista. Los traslados y altas estaban demorados, congelados hasta nuevo aviso en las correspondientes oficinas de la capital y todo el país. Y más aún en el pretendido Vedado. Demasiada burocracia, Mandy sabía eso. Pero algo que nadie sabía, tampoco en esos días Yaíma, fue que su madre era muy buena amiga y la amante de un escolta personal de un comandante. Y por esa vía llegó a solucionarse el problema. Mandy creía —también lo apreció así el misterioso ángel guardián que nunca conocieron— que para que fueran a agenciarse el apartamento unos desconocidos mejor se lo quedaba ella que era su novia. ¿No le había contado Yaíma que vivía allá por La Lisa? A la izquierda del puente, en un barrio que crecía desmesurada y descaradamente con emigrantes de toda Cuba. Su ofrecimiento del apartamento era lo mejor que la fortuna le había deparado en su vida, sin dudas. Y él se confiaba con ella un poco calmado, pero a veces también temeroso de que lo dijera en la panadería, a uno de sus camaradas de la juventud comunista y se le aparecieran frente al edificio para darle un fusilamiento por huevazos y un concierto de gritería. Temía y mucho,

---

ganarse una rechifla de insultos y una despedida intensamente acalorada por sus vecinos y paisanos.

—Ya te dije que yo no soy así —dijo Yaíma, aún perpleja. Mandy no se saciaba de olerla y acariciarla, la consideraba tan perfecta que se felicitaba viéndola dormir desnuda y saliendo mojada de la ducha para seguir amándola. ¿Acaso no sería pecado, el peor de los errores que puede cometer un hombre abandonar a una mujer así? ¿Tendría siete años de buena suerte... y el resto de la vida para lamentarlo? Acababa de descubrir esa mañana que despertaron abrazados, muy cómodos, y él con la nariz acoplada entre sus senos.

Yaíma, sopesando todas las ventajas de quedarse en ese apartamento donde no faltaba ni una aguja de coser a mano o un electrodoméstico y qué lujo mi Santa Bárbara bendita. Gracias mi San Lázaro divino. Claro que pudiera dar la pelea y cuidarle el apartamento, y al final quedarse con todo para ella y su familia que apenas si cabían en la casita destartalada y pobre de la abuela. Ya esto ocurrió al inicio de la Revolución con menos leyes, claro que resultaba más fácil, le decía el mismo Mandy, y los otrora propietarios de apartamentos y mansiones nunca volvieron, jamás pudieron regresar a Cuba. Muchos choferes, cocineras y criadas, parientes de medio pelo que hoy son gente de Miramar y el Vedado. Sí, se traería a la abuela y su hermana menor para que vivieran juntas y aun así sobraría espacio en el apartamento. Sus otros familiares, incluyendo a la madre que ni las había criado a derechas, se podían quedar allá, jamás habían imaginado siquiera salir de aquel municipio arrabalero y distante. Jamás imaginó ni sospechó que fuera la madre, buena solo para darles su existencia en este mundo, quien consiguiera legalizar el apartamento. Gracias a su amigo guardaespaldas, bastó con que fuera nombrada miembro de una comisión de la vivienda que entregaría las casas abandonadas, allí mismo en el Vedado. Acotar solo que para ella consiguió otro apartamento mejor que en el que vivía Mandy. Sí, Yaíma, tú debes aceptar y no decirle a nadie, ¡a nadie!, que yo me voy, que me marcho en cuanto me avisen. Recibía un premio, el más grande de su vida.

A Mandy se le ocurrió que Yaíma lo merecía y más que todo por guardarle su secreto. También y más, por esos días tan incomparables que estaba viviendo con ella. Total, que en Cuba siempre había estado ocurriendo lo mismo y muy parecido. Pensaba invariablemente viniendo desde atrás, en los cubanos Saco y El Lugareño. En esa hora, no podía dejar de verlo todo a través de la historia nacional y sus personajes más ilustres y lúcidos. Lejos de blanquear el país, ¡ay mi apreciado Saquete y don Gaspar!, Cuba se estaba amulatando toda. La mayoría, casi la totalidad de la migración, era blanca. Y la política de la Revolución —y en eso sí que había que reconocer que estaba José Martí y su humanismo—, había declarado igualdad para todos los cubanos no importase su color de piel.

---

Si eras blanco, negro, mestizo o chino, las nuevas leyes solo te exigían ser comunista y revolucionario y eso lo habían mezclado de tal manera que ya no se podía entender de otra forma. Era ley y onceno mandamiento de San Stalin. Ya no habría nunca más —¿quién podría saberlo?— un José Antonio Aponte con su Conspiración de la Escalera de 1812 ni un Evaristo Estenoz y la Guerrita de los Independientes de Color de 1912, en la República de Cuba —decía la constitución socialista— se acabaron los linchamientos y los jarabitos de componte raciales. Ahora los correctivos iban a ser políticos. Lo había visto muy bien en esos aciagos días de abril de 1980 en que ya no bastaba sentirse cubano. Si no eras revolucionario, la patria nueva prescindía de ti, ya no te quería, ya no te necesitaba más. Resucitaba el fantasma, la sangre de la España católica de 1492, antimusulmana y antihebreay también la España franquista de 1939 contra la república roja y anarquista. La España monárquica e integrista del siglo XIX deportando de la Corte de Madrid y de Cuba a sus más iluminados hijos por el crimen de pensar y soñar un gobierno diferente. Por qué siempre se repetía la historia y la soberbia hispana, y solo cambiaba el color de los caballitos del carrusel y los Capitanes Generales y caudillos...

Yaíma lo tomaba por el mentón con suavidad y dulcemente, para que volviese de donde andaba con sus pensamientos e imaginaciones errantes que creía vislumbrar en el techo como en una pantalla de cine. Él deseaba dejarle todo... Incluso, esa nostalgia perenne de estar abrazado y cerca de ella que se resistía a reconocer o llamarle amor. ¿Lloraba? ¿Por qué lloraba así Yaíma, temblorosa igual que si tuviera frío, si él la abrazaba? ¿O era mucho miedo, ya pánico de no tenerle más, o ambas cosas, cuando le dijo...?

—Mandy, ¿y si yo lo que de verdad quiero es irme contigo...?

Un 18 de diciembre, tras el cuarenta cumpleaños de la fundación de Nueva Girona, se fue para nunca más volver el señorito Pepe. Iba pensando en su madre, qué buen regalo de cumpleaños y bálsamo al batallar de su amadísima Leonor.

Un domingo húmedo y de poco sol se embarcó rumbo al puerto de Batabanó. El vapor *El Nuevo Cubano* hizo una breve escala en el embarcadero del río Santa Fe donde subieron a bordo muchas personas que venían de los baños de aguas mineros medicinales. Seis días antes de la noche buena de ese año 1870 dijo adiós a Isla de Pinos, a la finca El Abra de los Sardá, sin saber que se quedaba en una simiente dentro de Dolores. En España, a poco de publicar su libro *El Presidio Político en Cuba*, compró un crucifijo con una cruz negra, de falso ébano, ¿por qué aquella cruz negra? Para doña Trinidad, hizo una carta en la que

---

le decía: *...a usted, que puso sobre mi vida cuidados y manos maternas. Y al dorso de una foto suya escribió esta dedicatoria: Solo siento haberla conocido a Ud. por la tristeza de tener que separarme tan pronto. ¿Esta foto acaso era para Dolores? Pero también pudo hacérsela llegar durante el tiempo en que volvió a vivir en La Habana durante 1878. A doña Leonor quizá escribió contándole de la negrita Dolores de El Abra. No se sabe. Se cuenta que fue don Mariano quien dio a Sardá estos recuerdos para doña Trinidad.*

Nadie se explica el silencio que guardó sobre Isla de Pinos en su obra escrita, fuera de las cartas que envió a su madre y que luego ella creyó quemar. ¿Fue solo por no comprometer a la familia Sardá? Doña Leonor fue una mujer de luces propias y quién niega que, por prejuicios, advirtiera tras las mamparas de su dolor de madre la fama que aguardaba para su hijo. Y pensó con resquemor en aquellas cartas escritas desde El Abra donde su Pepe le contaba de una negrita esclava llamada Dolores que parecía ser algo más que su enfermera.

El escritor Jorge Mañach, el biógrafo que prefiero de todos los que ha tenido el apóstol, tuvo como fuente viva para su biografía la colaboración de Amelia. La hermana Amelia, hasta que falleció en 1944, parece haber conservado estas cartas que intercambiaron doña Leonor y su hijo Pepe y que datan de su olvidada estancia pinera en finca El Abra.

Raúl García y Martí, hijo de Amelia que vivió en el habanero asilo Manuel Le Font que existió en la Calzada del Cerro, me contó una historia tan extraordinaria como difícil de verificar. Me permitió, eso sí, copiar páginas enteras de una correspondencia maldita, oculta por la abuela Leonor y luego por su madre Rita Amelia. Raúl creía recordar que su hermano José Emilio García y Martí alguna vez las mencionó antes de que se ahorcara en el hospital de Mazorra, en 1932. *¡Esas son las cartas que mi abuelita Leonor le prendió candela, pero que mamá rescató algunas!*, así decía, sin saber el porqué del misterio. Y Raúl agregaba aún más: *Y había otras cartas que mamá recibió de una señora. Sí, una señora mulata, bien vestida y con un crucifijo al pecho que tomaba en las manos para hablar, ella le trajo unos documentos de mi nunca bien llorado tío José Martí, Pepe para mamá, borradores de la época en que estuvo deportado en Isla de Pinos. Eran papeles ya muy amarillos, con borrones, y en ellos mamá reconoció de inmediato la caligrafía de nuestro tío cuando casi era un niño y la cal de las canteras casi lo ciega. Mamá le agradeció, la abrazó mucho. Yo tenía unos dieciocho años, y me acuerdo, sí, yo me acuerdo muy bien de eso. Y cuando esta señora, que vino con una hija que era blanca y que le servía de compañera y cuidadora, estaba para irse en la puerta le dijo estar muy inconforme con mi primo José Francisco por haber sido juez y parte en la guerrita contra los negros que se alzaron ese año de 1912. La hija pidió que disculpara a su madre, que estaba ya anciana y muy dolida con*

---

*los sucesos ocurridos contra los veteranos negros de la independencia. Mamá se encogió de hombros, llorosa, no dejaba de mirar en los papeles viejos como si de ellos brotara otra vez la voz de su querido Pepe. Y la señora balbuceó algo como que, Dios que es santo perdone a su sobrino porque su padre, nuestro Pepe, jamás entendería lo que hizo, ¡fue cómplice, caray! Después se fueron de prisa, por la acera de enfrente, la hija iba reclamando a la madre por sus comentarios sobre mi primo José Francisco que fue ascendido por tales actos a coronel, y la señora rezongando sin soltarse del crucifijo que colgaba de su pecho. Parecía como si fuese ella, la señora, tan devota, la que se sostenía de aquel crucifijo.*

Como ya había sido publicado el libro, tal vez Mañach se desentendió de ellas o pensó incluirlas en una versión definitiva que no tuvo lugar. Tras el triunfo revolucionario de 1959 el escritor regresó al país, pero al año siguiente volvió a partir, ya definitivamente, inconforme con los postulados que defendía la Revolución Cubana, y después murió en Puerto Rico el 25 de junio de 1961.

Fue el viejo sobrino de Martí, Raúl García, quien me habló y mostró una copia de aquellos originales chamuscados.

*Habana, 24 de octubre de 1870*

*Pepe, hijo mío: recibimos tu carta del 16 y qué inmensa alegría entró en casa, fueron tus palabras un bálsamo, una luz grande que iluminó nuestros corazones. Las niñas volvieron a reír y a llorar mientras tus palabras acariciaban con tibieza de beso. Ya no podíamos más estar sin saber de ti. Hice dos cartas antes de esta y por lo que entiendo al leer tus letras se perdieron Dios sabrá dónde. Supimos de los temporales que fueron antes de ti y luego para esa isla, y pedimos por ti. Qui-se escribirte al día siguiente de llegar tu cariñosa carta, pero me fue imposible pues amanecí con mucho dolor de reuma en las piernas, y yo nunca quise hacer caso, pero me debilitaron mucho unas fiebre-citas. Cosas de la edad, que ya me hago vieja. Para cuando estuve bien, entonces cayó tu padre con unas calenturas y una tos que no dábamos abasto en casa para atenderlo y llevar todo adelante, pero él también ya está enteramente restablecido.*

*Pepe, quiero que agradezcas en mi nombre, y el de toda tu familia a esa buena señora Trinidad que tanto hace para que sanes y su señor esposo don José María que con tanta amabilidad te recibieron en su hogar. Mucho oro quisiera tener para recompensarles por su corazón noble, y también para hacer viaje y abrazarte mucho. Las niñas no hablan de otra cosa, se preguntan cómo es esa finca El Abra en que se recupera su querido Pepe, cómo son las negras de la cocina y los hijitos de los señores Sardá; las montañas que cuentas que rodean la villa*

de Nueva Gerona y ese río por donde atracan los barcos que allá van. Si no fuera porque todos dicen que es villa pobre y sin porvenir nos mudaríamos para esa isla para estar cerca de ti. Y aun así ya veremos en qué acaba esto de tu causa, que yo sigo insistiendo en una clemencia para ti y porque no se interrumpan más tus estudios. Si no, ¿de dónde ha de venir nuestro socorro?, y el amparo para tus hermanas que dentro de muy poco estarán en la edad oportuna de sus vidas sin que la situación del padre ni su carácter les favorezca. Por ello no me cansaré de darte mis consejos y súplicas a ver si hacen efecto un buen día en ti.

Te enviamos unos zapatos que tu madrina ayudó a que compráramos. Marcelina tiene mucha fe en que puedas salir de ahí para irte a Madrid y estudiar leyes. Me dice que ella te envía un beso y un abrazo de don José, mis compadres. Sigo cosiéndoles y les escucho sus consejos para que nos amiguemos con la Chata y su Manuel, pero tu padre no cede. Ya ves que nos quedamos vestidos el año pasado para su boda y se nos hizo imposible asistir a la ceremonia. En los funerales de Lolita pensé que todo podría arreglarse, pero ya sabes cuán duros son sus caracteres y no recuerdo ya si entre los dos medió algo más que un beso por pésame. El domingo iremos al cementerio, y no tienes que pedírmelo más, una rosa blanca tuya siempre será para tu niña Lolita.

Pero ya aprovecho que hablamos de la Chata y paso a regañarte. Pues ves tú, que duros quebraderos de cabeza son mis hijos mayores. ¿Y llamas tú romántica a la Chata?, pues qué pensar de ti. Tú, Pepe, que procuras sin ser libre aún por la libertad de esa morenita esclava que ayuda a curarte. En vano insistes que yo descanse, ya veo por tus palabras cuán agradecido le estás y temo mucho por unos nietos oscuros. Pepe, ahora sí me convences de lo cubano que ya eres. Será que tú también acabarás amancebándote con una negra como ya suele ser costumbre en esta bendita tierra. Y para ello nos pides dineros. ¿Dineros...? Hijo mío, a tu padre le ha caído la mala y no le deja, y a nosotras quién nos hará libres. No sabes cuánto pienso en qué futuro tendrán tus hermanas. Ellas florecen en sus vestidos que zurcen como arañas y sueñan los mejores que hay en las tiendas. Tus hermanas arriban a tan dichosa edad de señoritas solo con dote de luto y escasez. Sueñan en sus juegos de niñas con conocer un buen muchacho que las quiera y ofrezca un matrimonio digno como Dios manda, pero quién va a venir a fijarse en muchachas que lucen, ocultas en su pobreza. Un padre viejo y enfermo, mal humorado no es garante de buen futuro y yo dejo mis ojos en las costuras hasta que se me nublan y el sueño me rinde sentada y con aguja en mano. ¿Y tú sueñas dineros para hacer el bien ajeno y recompensar? Qué más quisiera yo, mi Pepe, que darles todo. Las niñas esperan de su hermano mayor cartas a diario y yo me esperanzo, ilusionada y con fervor de madre que reescribas con tu talento el destino de tu familia que ya tan desdichado viene siendo. La mano me tembló

---



*cuando escribí la palabra destino, hijo mío, no es solo tu deber también tu cruz hacerte un hombre de bien por tu familia. No sueño, padezco pesadillas sobre el futuro que nos aguarda. No hace mucho me soñé sola y vieja en aquella casa de la calle Paula, y no veía muy bien, pero todos hablaban de ti como si ya no estuvieras entre nosotros y yo tan triste me preocupaba solo por un tremendo bulto, una cantidad de ropa que debía coser y lavar para la calle. Desperté llorando, Pepe, desconsoladamente, y no se aparta de mí ese pánico que nos dan los sueños raros como trozos de futuro que vislumbramos espantados. No harás caso de mí, y es lo que más me temo. El sueño parecía tan revelador que todavía siento escalofríos.*

*Es difícil resistir por muchos años más esta vida en este país. Tu padre habla a menudo de irnos a otro país, pero sin tu ayuda no lo veo bien ni buena idea. ¿Qué haríamos mujeres solas al lado de tu padre enfermo, sin ti Pepe? Digo mañana, futuro, destino, y esas palabras me atemorizan tanto que no sé qué decirte. No ves tú que ya bastante carga tienes en la vida para dedicarte a la política que es un don traicionero e ingrato. Y de ingratitudes anda mal cocido este país con toda su gente dividida, cansada, los de arriba pidiendo unidad por la patria y los demás confundidos, sin saber si la patria es España o una Cuba independiente. Son tiempos raros, Pepe, y uno se pierde si no pone su familia como faro.*

*No sabrás nunca de mi boca, que no es mi intención herirte más hijo mío, las puertas que tu madre y hermanitas han ido a tocar procurando un poco de alivio para tu desdicha. El dolor y mi fe en ti me hacen enjugarme las lágrimas, y volver a comenzar con el pecho en blanco. Los tiempos son malos y asusta cómo se le endurece el corazón a la gente. Todos fingen, se disfrazan de voluntarios para ir a trabajar a las oficinas, en los negocios los muchachos despachan de uniforme. Los porteros de los teatros están de uniforme y la gente viste a sus hijos de voluntarios para ir al colegio Santiago Apóstol. ¡Maestros de escuela en uniforme! Por las mañanas, música y clarines, tropas de recorrido marchan por las calles. Bandos del gobierno llamando a todos a la unidad por la patria. En la noche los parques son ocupados por bisoños que hacen ejercicios militares, se escucha el silbo de las cornetas, San Cristóbal, tu Habana hijo mío está llena de fusiles y ánimos inflamados por ser héroes que parece que esperáramos otra invasión inglesa. ¡Todo el mundo es voluntario! Todos se apuntan a esas milicias en el nombre de Dios y la patria. Y nosotros, preferimos salir lo justo a la calle y rezar en casa. Tu padre con sus gripes constantes de hacer madrugadas y tu madre con tus hermanas, sin bajar la mirada. Qué puertas nos van a abrir, Pepe, en medio de tanta euforia y teatro a los familiares de un muchacho acusado de infidencia.*

*La política enferma a tu mente, te debilita el maltrecho cuerpo que has logrado sacar de las canteras, hijo mío. Te pido concentres tus fuerzas e ideas en*

---

*nosotros alguna vez para que nosotros no nos muramos de hambre y pena. Tú no imaginas cuánto sacrificio hacemos por ti. Quizá algún día lo sepas, mas no será por mis quejas que yo siento ya no te conmueve la situación de los tuyos más que esa causa por la que mueres, creo yo que por mucho en romance suicida. Pepe mío, saca de tu corazón la política que es oficio ingrato y endemoniado para que por fin un día hagas con tu talento el bienestar de tu familia. La patria que clamoreas, apasionado y en roce ridículo con vocación de santo mártir es más de todos los otros que tuya. ¿Y tu familia, acaso tiene otro pilar si tú, hijo mío, caes en vano?*

*Escríbenos mucho, aunque mucho leer sobre todo en la tarde ya me cuesta esfuerzo pues repaso cuatro y más veces tus letras. Cuídate Pepe y no aumentes más mis penas, y recibe dos abrazos de quien más que sermones siempre desea poder tocarte con besos fuertes, tu madre.*

*Leonor*

Dolores había escrito una carta hacia 1873 haciendo saber de su hijo, pero la misma retornó sin ser abierta, devuelta por el correo. Al dorso se le avisaba que los actuales propietarios de esa casa aseguraban que la familia de Mariano Martí ya no residía en Cuba. Años después leyó doña Trinidad de un periódico un poema del señorito Pepe, eufórica. ¿Entonces volvía a vivir en San Cristóbal de La Habana?

Don Sardá les anunció con el propósito de desanimar a las mujeres que habían quedado entusiasmadas tras la lectura:

—Ese muchacho picapleitos ya fue otra vez desterrado por sus actividades conspirativas. Además es un padre de familia y ustedes qué van a sacar de esto, ¿eh?

Dolores movió los hombros y comenzó a recoger los tazones de la mesa, iba embarazada de su sexto hijo. El batilongo ancho sobre el abultado vientre y sus piernas hinchadas la hacían moverse lenta y tambaleante, no parecía tratarse de aquella muchacha. Doña Trinidad le sonrió a medias, torció los ojos al esposo y cerró el periódico para ver que la fecha del mismo tenía más de un mes de atraso y suspiró hondo. El aroma a yagrumas se le antojó amargo, nauseabundo. La vida tenía más decepciones que alegrías, pensó, y recordó que debía asegurarse que el primogénito de Dolores, el más claro de su camada, no perdiera su lección de lectura. Ella misma se encargaba de instruirlo, disfrutaba mucho escuchar al niño como se aplicaba y leía de corrido del único libro que tenían en casa. Caminó de prisa hasta la sala y allí estaba ese viejo libro de *Los miserables* que nunca

se devolvió a la familia Bellido de Luna. Escuchar mientras leía el niño le traía muy buenos recuerdos y la certeza de que el tiempo era como el humo. Su ahijado tenía la piel como ella y las sesiones de lectura le evocaban una época tan feliz que muchas veces cerraba los ojos y se olvidaba de los años que ya habían transcurrido.

Nadie recuerda en las memorias de la guerra a un joven mestizo, de unos veinticuatro años, que buscaba al presidente justo el 21 de mayo de 1895, dos días después de ser abatido por la fusilería española en el combate de Dos Ríos. Ese hombre dijo venir de Isla de Pinos solo para verlo. Cuando el generalísimo Máximo Gómez le preguntó para qué necesitaba conocer al Delegado, al presidente, el enigmático joven mulato le respondió con fatiga y atolondramiento:

—Pues *pa* decirle que soy yo, su hijo Víctor Hugo.

Una corneta hizo un par de toques que movilizó un bando de hombres y afuera se oyó partir a galope a varios caballos, un demorado brincotear de monturas y cinchas quedó en el aire. El campamento estaba bajo un rumor de voces y miradas apagadas.

¡Pero si no se hablaba de otro asunto más que de la muerte de José Martí! Andaba escondido, llevaría días de búsqueda por esos montes sin dar con el campamento de los mambises. Quiso sacar del bolsillo de la camisa una fotografía de su padre siendo adolescente, pero como la dedicatoria estaba hecha para otra mujer y no su madre, una tal señorita Adelaida, desistió.

—Afuera me dijeron que fue muerto y que aún no se ha podido rescatar el cadáver...

—Han salido varias partidas de hombres para el rumbo de Remanganaguas a ver qué se puede hacer... —dijo el viejo general y tachó con furiosos trazos en el cuaderno en que anotaba mientras leía en voz alta—: ¡Debí haber puesto bajo su mando a por lo menos veinte hombres y no mandarlo a la retaguardia como a un bisoño más! Eso no debió agradarle tampoco y... Por eso escribí en el diario aquello sobre..., bueno, ya eso está resuelto, tengo las páginas conmigo para que no vayan a hacer mal, mal uso de ellas. ¡Los poetas nunca van a saber qué es la guerra...! La guerra ya es otra cosa y no se puede ir haciendo solo con palabras. Más bien, muchas palabras pueden acabar con la guerra si alguien las interpreta o usa para mal... El Contramaestre fue muy duro de cruzar, tenía que haber hecho caso del práctico y hoy no estaríamos acá en tan difícil trance, ¡*carijo...*, *carijo*! Debieron pegárseme las novatadas de esta tropa.

El mulato percibió en el tono del militar un lamento y en el aire estanco de la tienda un olor a calambuco con miel de abejas que provenía de las palabras del general que se reprimaba casi en silencio, como si él no estuviera allí. Viéndolo sentado, adolorido de sombras le pareció mucho más anciano y endeble que

---

cuando montaba en su caballo encabezando la tropa. La luz que se filtraba lo hacía ver como un hombre derrotado, casi incapaz de ganar la guerra que recién iniciaba con mucho cansancio.

—¿Pero quién podía imaginarse que hiciera tal cosa? ¡*Carijo*...! He cometido el más costoso y grave de mis errores... —dijo el viejo soldado mesándose los cabellos canos, reorganizando las ideas y los recuerdos de dos días atrás entre cerrando los ojos luego de otro trago de calambuco al que no hizo muecas.

—Yo venía a que nos conociéramos... —dijo el muchacho.

El viejo dominicano asintió, como si de golpe recuperara el atisbo de otra persona en su presencia y apesadumbrado como andaba por la pérdida del arquitecto de la revolución le dijo en un susurro:

—Sí, todos los cubanos eran sus hijos. Vuelva después... —dijo tras una pausa en que miró con anhelo hacia la cercana hamaca, conteniéndose otra andanada de bostezos.

Continuó con las anotaciones en su diario de campaña sin registrar la inusual visita ni los ojos y la familiar frente amplia del visitante. *Los cubanos o no llegan, o se pasan*, tal vez pudo repetir el caudillo mambí que como dominicano no supo ver en el joven que salía de su tienda, el eslabón perdido que unía al difunto con el trozo de pasado del que Martí guardara el más estricto silencio o desconocimiento. Entonces aquel muchacho parece no haber insistido y decidió contarle en otro momento que él era hijo de Dolores, la negrita aprendiz de finca El Abra. Quién sabe si así lograba hacersele visible y un rápido ascenso en el ejército, pensó, pero en un próximo combate debió morir. Jamás volvió a saberse de él, pero no así de esa fotografía. ¿Cómo y quién la recolectó para la posteridad? ¿Quién conoció o qué fue de aquella señorita Adelaida que lo hizo dedicar un retrato que nunca llegó a entregar?

Al atardecer apareció delante del edificio una señora mulata que rengueaba un poco al caminar acompañada de una adolescente. No llamaron a voz en cuello, pero estaban a punto de hacerlo, escudriñaban nerviosas. Las dos vestían de blanco y Mandy pensó si eran panaderos todos en la familia de Yaíma. Venían azoradas y con un papelito en las manos verificaban el número del edificio. Mandy bajó para abrirles el portón de hierro y la puerta, luego de saludarlas les pidió que subieran rápido que Yaíma estaba ya por llegar. Sentadas en la sala no dejaban de mirar en derredor los adornos y muebles de la tía Cuca, y Mandy puso el televisor por si les interesaba la programación infantil de ese horario. ¿No querían un poco de agua después de llegar de La Lisa? Sí, pues mira que sí, respondió la señora con sofoco y hasta pidió un buchito de café si no le era

---

molestia. Mandy les sirvió par de vasos de cristal de una jarra de agua helada y coló un café que endulzó de más. Pero está bien muchacho, me gustó, le dijo la señora, disculpándolo.

Ahora Mandy se descubría preso de un nerviosismo que no había experimentado antes. ¿Y si la abuela de Yaíma había hecho comentario, denuncia antes de salir de su casa y planeado una marcha combatiente contra él, un blanco que quería llevarse a su nieta a Miami convirtiéndola en una gusana traidora? ¿Pero qué ganarían ellas con tal estrategia errónea...? Volvió a mirar con obstinación hacia el teléfono esperando que de un momento a otro sonase y le dieran instrucciones definitivas. La muchachita parecía casi blanca. Yaíma ya le había contado que no en vano se nombraba Cecilia, y era su Cecilia Valdés. Mi abuela es de confiar, le aseguró Yaíma. Todo lo que había hecho en la vida fue trabajar, luchar por la familia, adelantar la raza, que ella también tuvo dos maridos blancos y en la vida nada le salió gratis. La abuela era su héroe, contrario a la madre que no tenía cabeza y sí cada semana un negro nuevo después de tenerlas a ellas con un hombre blanco, Ramiro, que se ahorcó cuando fue traicionado aunque muchos dijeron que también debido a un faltante económico. Ella y Cecilia salieron al papá gallego que apenas recuerdan, un poco melancólicas y tímidas, así les han contado que era él. Adoraban a su abuela tanto como no confiaban y rehuían de la madre. Abuela Chela lo era todo y la única persona que nunca las había defraudado. Entonces Mandy confió en Yaíma, ¿y cómo no hacerlo después de esos días tan fabulosos? Pero no dejaba de pensar cuál sería la reacción de la familia y la tía Cuca cuando él llegara a Miami con una mulata. Una mulata blanconaza, gitana tropical, trigueña de Bayamo, pero con la tinta en su salsa como el calamar. Ya no se vendían aquellos títulos de blanco en La Habana, y aun así a muchos mestizos de tez clara similares a Yaíma les habían escrito piel blanca en su carnet de identidad. Si no se equivocaba la tía Cuca, Miami era una ciudad a imagen y semejanza de La Habana en 1950. Y si él se casaba con una negra o mulata —que para la tía no existía diferencia alguna—, no iba a lograr mucho allá. Quizá rentar en el *downtown* de Miami o irse al Bronx neoyorkino. Para eso, mejor casi se quedaba aquí con Yaíma y con los muchos niños que ya iban a tener con ese promedio adictivo de copulación desafortunada que habían desarrollado tras dormir juntos tantas noches. Ahora sin tener que dar explicaciones y con un techo encima de ellos, y unas camas gratis y un par de baños con duchas para refrescarse luego de un nuevo revolcón que lo dejaba exhausto pero deseoso de rápida recuperación para volver contra ella. Y Yaíma no se quedaba atrás, juraba amarlo y ser su mujer para toda la vida. A Mandy lo cautivaba esa determinación de irse con él y soportar todo lo que viniera para estar a su lado.

---

Mandy no paraba de reflexionar en como la vida, su vida, había cambiado en unas pocas horas y vuelto a cambiar en pocos días. Tenía miedo, sí, pero de pronto lo que más temía era marcharse solo a lo desconocido y dejar acá a Yaíma. Yaíma, la mujer de su nueva vida. Si Teresa acabó por aceptarse tal cual era y apostar todo, por qué él no debería hacer lo mismo y aceptar que su ideal de hembra era esta muchacha de piel café con leche que le hacía tan fácil respirar. Ahora que Yaíma había vuelto a entrar en su vida, y esta vez no por un par de horas en un cuarto maloliente de posada, no quería engañarse más. Le encantaba su mulata, y no iba a perder a Yaíma nunca más. Si la familia le daba la espalda en Miami o incluso allí al abordar el barco en el puerto del Mariel o por donde fuera que lo viniera a buscar el tío Felipe. Quería dejar en el apartamento a la abuela Chela y a Cecilia, hermana de su Yaíma, pero eso era un imposible. Aunque ellas fueran firmes y no cedieran a las amenazas, terminarían siendo desalojadas por la ley vigente. No les valdría de nada una carta haciéndolas herederas del inmueble, nada tendría valor legal. ¡Van a tener que sacarnos dándonos candela como a un macao, *mijo*, de aquí no me hacen irme por las buenas ni el ejército!, les dijo Chela, extasiada y decidida a dejarse matar por el bien de Cecilia y el suyo propio. Ya estaba bien de sufrimientos, también ellas merecían un mejor mañana, sentirse a partir de aquella tarde unas moradoras del Vedado habanero.

El apartamento, tal cual estaba por el gusto de la tía Cuca, les había encantado. Allí estaba lo mejor que tuvieron sus antepasados y los de su esposo Alfredo, lo que la tía Cuca salvó mucho antes cuando empezó a fraccionarse y escapar la familia y ella guardó y custodió: muebles, vajillas y adornos. Con las prendas más valiosas había marchado al exterior, en su mayoría fueron ocultas con mucho esmero en la vagina de la abuela María a la que en el último instante los milicianos de la aduana portuaria decidieron no revisar en detalle. ¡Sigan, sigan...!, dijeron contrariados tras un mohín de asco, y los apuraron en la fila que encabezaban para el abordaje al yate del tío Felipe. La abuela María, derrochando lucidez y agilidad mental, con la dentadura que apenas si podía sostenerla en la boca por los temblores del miedo a ser descubierta en tan difícil contrabando y haciendo uso del último recurso, se cagó encima. Mejor el ridículo de un momento, *mija*, que esos guardias querían robarme y toquetearme, ¡habrase visto sinvergüenzas! De esa manera consciente, ocurrió la primera embolsada en mierda de la abuela María y se salvaron de ser expropiadas para siempre de lo único valioso que pudieron llevarse al exilio.

Por ahí, por las gavetas y armarios con grandes lunas de espejo quedaron otras prendas menores en el apartamento. Y también unas sortijas muy queridas para Mandy, las de sus padres. Quería usarlas en la íntima ceremonia que realizarían esa noche Yaíma y él, firmando un matrimonio casi clandestino,

---

simbólico, pues la madre de Yaíma también se las ingenió para traer ya muy de noche a un notario con lo elemental para officiar la ceremonia. Mandy rezó porque Yaíma madurara igual que su suegra. Vaya mujer para conservar dura y en su lugar todas sus carnes. Ahora Mandy comprendía por qué la madre de Yaíma enloquecía a los hombres y los convencía de hacer cualquier cosa para darle gusto. Usaron las sortijas y después las dejaron bien guardadas. No quisieron arriesgarse a perderlas antes de subir al barco. Chela, ya más vieja, pidió autorización para poder venderlas en una tasación de joyas que se hizo a inicios de 1989 y que el gobierno llamó: La casa del oro y la plata... Mandy prefería decirlo con zeta: La caza, caza del oro y la plata. Allí fue a parar lo mejor, lo que restaba del buen patrimonio nacional en manos particulares en un trueque desigual e injusto que recordó a muchos la época de la conquista de América. Negocio de indios que entregaron pepitas de oro a cambio de trocitos de vidrio y toda clase de baratijas. Para esa fecha Cecilia estaba a punto de finalizar la universidad. Cumplía el sueño de Yaíma y la abuela Chela siendo la primera profesional de la familia y querían darle un merecido premio. Ellos no tenían forma ni medios de enviarle ni una muda de ropa para su graduación, así que le dijeron a Chela que sí, que vendiera aquellas alianzas de oro de veintidós quilates para que, con el cheque que obtuvieran, pudieran comprarse zapatos y un jean prelavado que tanto gustaban a la juventud y no se vendían en las tiendas normales para la población. El crédito alcanzó además para una pequeña radiograbadora Sanyo en que además de música Cecilia podría estudiar con los casetes de lecciones de inglés fácil que Yaíma iba a enviarle con una amiga para que estuviera lista a venirse un día con ellos.

Esa mañana había ocurrido algo tremendo que los sacó de su rutina de luna de miel. Amaneció con un aguacero, imprevisto, y el olor a lluvia los hizo demorar aún más en la cama. Dan ganas de quedarse aquí contigo, dijo Yaíma. Mandy comenzó a buscar por todo el apartamento un paraguas, el de ir a misa de su tío Alfredo. Alguna de las sombrillas de la tía Cuca que no aparecieron. ¿Debió llevarlas por si las necesitaron en el puerto del Mariel? Pero él insistía en buscar algo que protegiese a Yaíma de la llovizna pertinaz, no fuera a agriparse. Halló una caperuza de lona verde que le servía. Entonces fueron juntos a la puerta, despidiéndose. Acababa de bajar Yaíma las escaleras, cuando Mandy escuchó que otra vez crujía el llavín de la puerta. ¿Se te quedó el novio, eh? Le dijo, sonriéndole desde el pasillo y cuando llegó a la sala del apartamento allí se encontró con Yaíma que secaba con una toalla a Yeisi. La muchacha, temblorosa, estornudaba, había estado bajo el edificio mucho antes que comenzara a llover y no supo en qué timbre tocar. Solo conocía el edificio, no el apartamento, así estuvo esperándola, igual que un pollo sin techo bajo la lluvia, a que Yaíma

---

bajara para advertirla. Ayer no tuve el valor, perdóname tú también Mandy, dijo y Yaíma le acarició una mejilla. Tuve toda la noche en vela *pa* decidirme a venir. ¿Qué pasa?, se escuchó decir Mandy y tembló, presintiendo que iba a escuchar algo que no le gustaría ni un poco. Ayer se tomó el acuerdo en nuestro comité de base, dijo Yeisi, y carraspeó, aclarándose la garganta, incluía con «nuestro» a Yaíma y él comprendió que se refería al grupo de jóvenes comunistas en que ambas militaban. ¡Ay, y a mí que se me olvidó esa reunión...!, dijo Yaíma muy seria, rozándose con la yema de dos dedos la frente. ¡Claro, yo me lo imaginé...!, dijo Yeisi y confesó: Hoy en el matutino van a hacerte una amonestación pública, mi amiga; por estar noviando contigo Mandy y vivir en un apartamento de gusanos que se marcharon del país. Mandy resopló hondamente. ¡Disculpen...!, dijo Yeisi, y aclaró: Así, con esas palabras fue que lo dijeron. El miedo volvía a entrar en su vida, pensó Mandy. ¿Eso, quién lo propuso? ¿Fue Conrado, verdad que sí?, la interrogó Yaíma y se respondió a sí misma. Conrado la había estado asediando por meses: ¡Mulata, estoy *metío* contigo hasta la acera enfrente, tú pide por esa boca mamita...! La invitaba a la playa con todos los gastos pagados, y después que subió de panadero a administrador: Tengo de estímulo un fin de semana *pa* Varadero, ¡vamos conmigo anda! Ella se negaba con cortesía. Cuando él supo que había vuelto de novia con Mandy se enfureció y la llamó a la oficina. ¡Tú y ese habanero blanquito pecoso son un par de piolo! Parece mentira que te traiciones a ti misma, compañera, le dijo días atrás después que arribó el dato de rebajar el pan a ese núcleo familiar por abandono del país de la mayoría de sus miembros. ¡Él va a quedarse en Cuba, conmigo!, le respondió Yaíma y agregó palideciendo, con ardor en las pestañas: Compañero, y usted no debería ser tan racista. Usted que es comunista y también es negro. Y salió callada, en lágrima viva, imaginando que daba un portazo, y que algo malo podrían cocinarle en el trabajo, pero jamás pensó que fuera así de rápido. Esto último, la conversación con Conrado, no lo había contado a Mandy para evitar líos, y no deseaba preocuparlo ni que nada interfiriera en el buen momento de sus vidas. Yeisi asintió ya más seca y descongestionada de conciencia y vías respiratorias luego del aviso, dijo que ya debía irse, que no podía llegar tarde a la panadería y que daría un rodeo por la calle 14 hasta 23, para que no fueran a imaginarse que estuvo aquí para avisarlos. No, nopuedo esperar a que me hagas un café. Yo no estuve aquí jamás. Y perdóname, Yaíma, pero también yo levanté mi mano y estuve de acuerdo, tú sabes cómo es eso..., dijo Yeisi, en su papel de doble agente. A Mandy, que escuchaba atento y meditabundo, se le escapó: ¡1984!, ya casi estamos llegando, ya casi, ay, Orwell. ¿Qué...? ¿Qué dice él...? Preguntaron las muchachas confundidas, casi a la misma vez. No, no es nada, yo solo me imaginaba cómo sería este país en cuatro años más. Eso, en 1984. Ellas se encogieron

---



de hombros, no pensaban nunca en las mismas cosas que Mandy. Cosas de blanco, de gente que leía mucho y los libros los hacía diferente, un poco raro delante de los demás. Tú, sigue leyendo y leyendo cantidad de libros, *mijito*, ¡qué vas a quemarte el moroco igual que El Quijote!, le anunció Yeisi, complacida consigo misma de recordar en un santiamén la novela famosa del tal Cervantes que en tantos turnos de clase la hizo dormitar antes de trabajar en la panadería. Yaíma agradeció y explicó que aun así se presentaría a trabajar y volvió a mirar junto con la amiga a Mandy que entristecía, callado y sin opinar. No, ¿pa qué vas a ir...? Mejor enférmate hoy, muchacha, llama y diles eso, que amaneciste con fiebre de la garganta, no sé. Así hacen la amonestación sin que estés tú presente y sino la suspenden para el próximo matutino que no toca hasta el lunes que viene... Anda, no seas boba, tú... ¡Dale agua al dominó! Mejor espera a que todo esto se enfríe. Eso aconsejó Yeisi que desconocía los planes de su compañera de trabajo y soplándose la nariz se fue con prisa sin saber que nunca más se verían esa semana y tampoco en muchos, muchos años.

Fue bueno que Yaíma desistiera de ir a la panadería, mientras la lluvia tableteaba nuevamente con fuerza en los tejados y contra las ventanas del apartamento, ellos jugaron a perseguirse desnudos y acoplar muchas veces con la sed del carnero condenado a muerte o del carnero que deja el rebaño. Jugaron, igual que niños, gritando y ocultándose la cara tras la descarga de los truenos y rayos que relumbraban dentro, atravesando el cristal de los ventanales. Cuando cesó la tormenta de verano y volvió a brillar el sol, se asomaban de refilón a la calle, temiendo que al tal Conrado, aguerrido santiaguero, se le ocurriera trasladar la amonestación pública de la panadería para hacerla efectiva en la acera, enfrente del edificio y bajo el balcón, siguiendo la tradición de las serenatas políticas. Después del mediodía, Yaíma decidió que iría a avisar a la abuela y a Cecilia para que vinieran a conocerlo a él y al apartamento. Presentía que los acontecimientos se les venían encima. Juró a Mandy que estaría de vuelta antes de que anocheciera. Tú, espera a mi familia y cualquier noticia, ¿sí?, le recomendó cariñosa. Ella debía hacerle una promesa a San Lázaro en el poblado del Rincón, en las afueras de La Habana, en un viaje meteórico. No podía irse al puerto del Mariel ni del país sin hacer aquello. Compréndeme, ¿sí, mi amor? Él se encogió de hombros, quería sonreír, decir algo irónico, muy cáustico, ante esa muchacha, devota de un santo católico y asociada comunista que juraba amarlo para siempre. ¡Apúrate, y ven urgente, camarada...!, dijo besándola apasionadamente, tanto que casi no la deja irse. Él, tras la puerta del apartamento, recién comenzó a morderse las uñas y sintió un agrio retortijón de estómago. Yaíma fue directo a la casita de La Lisa y a dejarle al Viejo Lázaro del Rincón una promesa para que no la apartara jamás de Mandy. Allí, bajo la estatua del santo, llegó andando de rodillas, y largando la

---

piel y muchos sollozos, dejó una vela encendida con un ramo de rosas amarillas y rojas cubriendo su carnet de joven militante comunista.

Mandy no apartaba la mirada de la puerta del apartamento y del teléfono... Ya no sabía de qué iba a hablarles a los familiares de su novia. Entonces sintió el crujir del llavín y supo que llegaba Yaíma. Tramó darle la bienvenida y abrazarla, no importaban las visitantes. Así descubrían por ellas mismas, Chela y Cecilia, cuánto él ya quería a Yaíma. Pero a medio camino, y cuando ya solo le faltaba bordear el sofá y una mesita con fotografías de la familia enmarcadas en diminutos cuadros y Yaíma y él ya se sonreían con hambres y complicidad, sonó el teléfono. ¿Por qué traes esas rodillas en carne viva?, quiso decirle, pero comprendió enseguida que anduvo arrodillada y clamando sabía Dios qué milagros. Repitieron unos chirridos metálicos e insistentes que todos supieron de qué y quién se trababa y porqué lo requerían ya de manera urgente allá en el puerto del Mariel. Cerró los ojos. Sí, soy yo el que habla, ¿dígame? Y escuchó: ¡Ujumm...! ¡Ajá...!, gruñía con un nudo que se le apretaba más y más fuerte en la garganta sin apenas dejarle respirar. Sí, es que ahora somos dos, yo y mi novia. ¡Digo, yo y mi esposa! Sí, es que me casé, dijo adelantándose un par de horas al acontecimiento, y sí, aún tía Cuca no sabe nada. Allá estaremos mañana sin falta, gracias tío Felipe. Ah, que eres mi primo Felipe. Sí, yo esperaba que el que viniera fuese tío...No, no estoy apurado. Dime tú...Sí, puedes repetírmelo todo si quieres, te escucho bien.

Enfrente de él, tres mujeres se abrazaban y comenzaban a llorar bajito, a jimiquear contenidamente. A Mandy la escena que presenciaba, junto con las indicaciones que recibía del cariñoso y desconocido primo en un castellano salpicado de *iwows...!*, y el raro acento de su *spanglis*, de cómo presentarse en el puerto, pareció que el mundo se había quedado sin ruidos, y que de repente todo se le movía en un color sonrosado y un temblor acuático. De repente, tuvo la sensación de que estuvieran bajo el agua o viéndolo todo a través del cristal de una pecera. Comprendió que esa lentitud cuasi gelatinosa en las pupilas y el color rosa ardiente eran provocados por las lágrimas de todos. Sí, no soñaba. Las lágrimas, sí, porque él también había comenzado a llorar.

Apunte de Carmen: abril de 1980

En un reportaje de fotos para la revista *Carteles* en 1943 se encontraron con que el cuarto, o lo que había sido el primer cuarto de la cochera y donde durmiera el joven Martí, estaba en ruinas. Se dijo que era utilizado para la cría de cerdos. En las fotos no se ven y la familia Sardá lo negó siempre. Ya ese disparate, una semana antes, lo denunció el juez Waldo Medina en su batalla para que se

---

conservara finca El Abra y había dado a conocer el lamentable asunto al gobierno. Waldo llegó a la Isla en diciembre de 1942 y en enero 28 de 1943 crea junto a otros y Elías Sardá, el Comité Pro-Reconstrucción de la Residencia de José Martí en finca El Abra. Se trabajó todo el año 1943 y se publican artículos en *Carteles*, de Waldo Medina, Emilio Roig de Leuchsenring y Osvaldo Valdés de la Paz. El 28 de enero de 1944, todavía Fulgencio Batista presidente, se inaugura el museo. Pero el ciclón de ese mismo año lo afectó mucho. Para ese tiempo no existía la casa familiar, estaba en ruinas, los Sardá vivían en un bohío levantado sobre algunos lienzos de pared. La casa familiar se reconstruye, con presos en 1945, ya en el gobierno del Doctor Grau San Martín que toma medidas y cartas en el asunto. El presidente Grau visita la Isla y el museo ya restaurado y reabierto el 28 de enero de 1945, se creó por él una rebaja de condena para los presos que trabajaron en la reconstrucción de la casa familiar.

Uno de los descendientes de José María Sardá, nacido en 1874 y llamado José Elías, terminó por ser el heredero de finca El Abra. Elías, exalcalde de Nueva Gerona, jamás dijo que de niño él conoció a Dolores, ni que antes de terminarse la guerra escuchó que la cocinera de su casa recibió una carta del hijo mayor, nombrado Víctor Hugo, donde le decía que había llegado tarde a conocer a Martí. Esa carta debió perderse en la casa de tejas rojas de finca El Abra devastada tras el huracán de 1926. Igual que la identidad de la cocinera que nadie antes la mencionó ni apareció en la iglesia documento bautismal. Doña Trinidad murió en La Habana, en 1919, en la casa de su hija Concepción. Ahí Dolores debió irse con sus otros hijos de El Abra y ya nunca más volvió a saberse de ella ni de su prole junto al viejo calesero Casimiro Echevarría.

Y aquella fotografía con dedicatoria al dorso no se sabe cómo fue a parar a manos de una hija del general Lacret. ¿Quizá esa mujer visitó Isla de Pinos cuando el parque de Nueva Gerona fue bautizado con el nombre de su padre mambí? El hijo de Dolores combatió en la tropa del entonces capitán Lacret y llevaba en un bolsillo el recuerdo de su padre cuando corrió similar suerte... ¿Y así fue como volvió la fotografía a Isla de Pinos? Es otro supuesto.

Apunte de Carmen. 21 de mayo del 2014

No sé por qué fui escogida, sospecho que fue Mandy quien le habló de mí a Raúl García y Martí. No tengo pruebas, pero ninguna de esas cartas parece ser escritura apócrifa. Los borradores sí que no, esos nunca los vi. Me digo que fueron echados a la basura por gente que desconocía, por Dios santo, el valor de esos papeles...

---

Raúl García y Martí vivió en el asilo Manuel Le Font de la Calzada del Cerro hasta el año 1982 en que murió de contraer bronconeumonía bacteriana a la edad de ochenta y ocho años. Está en el libro *José Martí: Documentos familiares*, del historiador Luis García Pascual. Raúl García, hijo de Rita Amelia, aquel sobrino de José Martí, divagó los primeros días de su mortal enfermedad sin que lo asistiera un familiar y expiró el 21 de julio. Nadie reclamó su cadáver y como era común en esos casos fue sepultado en tierra en el cementerio de Guanabacoa. ¿Su papelería a dónde fue a dar, a la basura...?

En mayo de 1982 recibí un misterioso paquete por correo. Me fue enviado a mi nombre desde La Habana a finca El Abra, aquí en la Isla. El remitente en el sobre amarillo estaba algo borroso y con una caligrafía endiablada, como de quien ya no está acostumbrado a escribir. Pero eso sí, el nombre de Raúl García se notaba claramente. No pensé que fuera de él, había omitido el apellido Martí. Cuando lo abrí, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me percaté enseguida de que se trataba del proyecto de tesis de Mandy Lizaso Medina, aquel muchacho testarudo que yo había intentado tutorar por algunos meses a fines de 1979 y principio de 1980. Reconocí mis apuntes dentro del texto, y el ingenio fabulador de Mandy para inventarse los días pineros del joven Martí... ¡Pura blasfemia histórica...! Porque aquello no era una tesis, pero sí mucha ficción, digo yo. Ah, pero las cartas no, esas sí que no, esas cartas me las juego que el hijo de Rita Amelia se las acabó por dar al muchacho. Recuerdo que dejó de venir por la Isla, sus viajes se hicieron más espaciados. A mí me lo dijo que por casualidad tenía de fuente viva a un sobrino del gran hombre. Me invitó a conocerlo, pero yo... ¿cómo iba a poder visitarlo? Con cuidar de mi hijo y en aquel entonces vivía conmigo la abuela Eloína que pasaba ya de los cien años. Después Mandy se fue por El Mariel tras la familia y nunca más supe de él.

Pero ahora han venido a verme antiguos alumnos y amigos a decirme de un tal Armando Lizaso, profesor de la universidad de La Florida, que hace averiguaciones por mí en internet. Me dije, ¡tiene que ser él, Mandy! Y sí, era él. Mandó decirme que muy pronto quiere hacer un viaje aquí a Nueva Gerona, para volver a verme. Y visitar finca El Abra. Supongo que quiera recuperar lo que fue su malograda tesis. Supongo también que sabe que la tengo. Yo aquí lo espero. Tengo muy bien guardado su paquete, en el mismo sobre amarillo de manila. No he dejado de leerlo en estos años, sobre todo las cartas. Cada día me digo que sí, que tienen que ser auténticas. Ya todo en esa carpeta son papeles amarillos que hojeo con mucho cuidado para no romperlos. Y de lo otro, esa historia de la negrita Dolores y lo otro, ya me dirá Mandy si viene, si lo imaginó, o fue así de real aquello que le contó el hijo de Rita Amelia. El sobrino Raúl García fue el

---

único descendiente de José Martí que sacó algo de su vocación literaria. A buen recaudo de polillas y malos ojos, conmigo lo guardo como mi mayor tesoro.

Esa tarde, luego del almuerzo y las cartas que les entregaron muchos conocidos en la casa que ocupaba la familia de Juan Bellido de Luna, Pepe pasó a recoger sus documentos por el cuartel. El comandante le devolvió junto con su cédula de identidad acuñada con las letras VP —vigilado político— una carta autorizo que le permitía subir a bordo del barco que lo llevaría hasta Batabanó y de allí en tren a La Habana.

—Vaya usted con suerte y no vuelva —le dijo el militar con voz áspera y tono seco, pero el felicitado creyó advertir una luz diferente en la mirada del hombre que en su discurso de bienvenida les leía la cartilla de manera tan marcial—. Há-gase un gran favor y quédese, busque ser feliz allá en España.

Iba con su escaso equipaje, un bolso del que rezumaba aún tibia una cantina con comida para el viaje. Doña Trinidad le encargó a Juliana rebozar la cantina con ese arroz con yaguasas que tanto gustaba al señorito Pepe. Venancia agregó una botella con café porque seguro iba a antojarse por unos tragos en la travesía. ¿Y la negra Venancia por qué parecía haberlo despedido igual que el soldado?

—Ahí le puse de lo que más le gusta... ¿Y cuídese, quiere...? —le dijo Venancia con una voz temblorosa que no acompañaba a su carácter huraño. Y lo separó de su abrazo, tristonamente, lo despidió con una cruz en el aire—. *Uté e* bueno, señorito Pepe y lo bueno en *ete* mundo nunca dura... quédese allá en la España. Escriba libros y olvídense de la guerra. ¡La guerra no, no..., cuídese!

Y entró dando tumbos a la cocina, con el rostro azabache y la mirada mustia escondiéndola de los otros por entre la humareda. Dispuesta a culpar, si hacía falta, de húmedos a esos leños que ardían, como sus ojos, bajo los calderos.

Muchos. Quizá todos acudían al raquítrico muelle con el solo placer de ver partir a los que sí podían abandonar la Isla. Los estrañados políticos de condena cumplida o trasladado subían después de los pocos viajeros y eran despedidos con una rechifla, decenas de brazos en alto y voces de buen viaje, saludos a La Habana. En el muelle, a pies puntillas, los últimos en marcharse solían ser aquellos desterrados que los ojos se le iban tras la burbujeante estela de los barcos y goletas que surcaban el río Las Casas, entonces un río de aguas limpias.

—Yo quisiera mañana amanecer *convertía* en una tonina *pa* irme nadando atrás del barco en que va a llevárselo a usted —le había dicho Dolores sin respirar, con los ojos muy abiertos y húmedos.

---

A mitad de la escalerilla, sosteniendo su equipaje, ojeroso por el poco dormir y un hincón intermitente, muy reciente, en la entropierna, recordó que Dolores quería ser una tonina para seguirlo. Tantos que conocía le evidenciaban envidia buena por su partida. Tantos quedaban ahí sin esperanza de volver a La Habana antes que pasaran años. Sintió que era afortunado, y que su buena estrella lo avergonzaba delante de los penados a convivir en semejante paisito. *La petite île*. ¿Cuántos miserables Jean Valjean...?

Acodado en la baranda de estribor y ya con el vaporcillo separándose del muelle fue sobrecogido por una paz, un silencio que lo sujetó por los hombros desde su espalda. Una sensación rara, y con disimulo, viendo hacia los cerros de finca El Abra, se persignó. No vio aparecer la volanta conducida por el esclavo Casimiro que frenaba a la orilla del muelle La Guásima viniendo por derecha con una muchacha negra de vestido blanco, con campanillas silvestres de color violeta en la cabeza y muy llorosa. Una curva del río desapareció al barco de los ojos que en tierra llegaban con retraso. Allá por encima de algunos tejados rojizos como esa próxima puesta de sol y el torreón de la iglesia, Pepe divisó otra vez en la lejanía la sierra verde opaca donde había vivido sus últimos sesenta y seis días. Una cuchillada de sol le entró por el ojo derecho que se le resintió como por la época de los hornos de cal en las canteras. Cerró los ojos y al abrirlos el barco enfiló recto en la corriente mansa y navegable del río Las Casas y ya fue imposible que viera resquicio alguno del pequeño muelle y esa villa polvorienta, de urbanidad rala que iba quedándose atrás, como desdibujada y fuera de él para siempre. Cerró un par de veces los ojos que lagrimearon por la molestia y la isla quedó así en su memoria como una visión líquida y temblorosa, medio oculta cual ese sueño que al amanecer no se logra recordar del todo.

—Vamos a por un vinito, Pepe, que lo merecemos —dijo a sus espaldas don Sardá y echándole con familiaridad un brazo por encima de los hombros lo conminó a que lo siguiera adentro—. Tenemos mucho tiempo de viaje hasta Batabanó, muchacho. Y esta vez sí que no hay a bordo una señorita con la que conversar.

Entonces las palabras del dueño de finca El Abra lo llevaron a recordar a Adelaida, aquella joven habanera que hizo viaje de ida con ellos. ¿Qué habría sido de ella? Quiso recordarse con la joven, acodados a la baranda de ese mismo vapor y el rostro de Adelaida no emergió de su memoria con total nitidez. ¿Y la fotografía que no le pudo entregar dónde estaba, vendría entre sus libros...? La última vez, recordó a Dolores recelosa, deletreando con agilidad la dedicatoria al dorso de esa fotografía.

—Seguro que era una damita muy linda y elegante, ¿no? —dijo la negrita con los labios iniciando una mueca y los ojos muy grandes, los hombros inquietos.

—Era..., tan bonita como tú —respondió él.

---

—*¡Shuuuu...!* —Chirrió Dolores sus labios pulposos de mamey, los ojos esquivos y con los brazos detrás de ella se ocultó la fotografía de Pepe bajo la blusa.

—Acompáñame a una copa de vino, Pepe —insistió Sardá, ahora con una mano en un bolsillo del pantalón, equilibrando con disimulo el leve bamboleo del barco que maniobraba para abandonar las corrientes de agua y vientos que confluían en la desembocadura del río—. No es bueno beber solo. Un vinito ayuda a que nos parezca más corto. Yo mira que hago veces este viaje y nunca me acabo de acostumbrar.

Él suspiró, y dejó guiarse por la alegría de esos bigotes más bien delgados en los que pretendió imaginar a los de su padre. Cuando ya estaban a punto de entrar, Pepe se detuvo para rogarle a su fiador:

—Enseguida estoy con usted, don José María... Permítame solo un momento, por favor.

El catalán se encogió de hombros. Al muchacho le agradaba ir contra las barandas, aspirando a bocanadas el aire puro, inmune contra el mareo, pero no a las despedidas. Entendió que deseaba un tiempo para despedirse de su destierro en la isla, de sus días en la finca El Abra. ¿No bastaron acaso los lagrimones de ambos bandos allá en la casona de El Abra? A fin de cuentas se trataba de un poeta, se dijo, y todas esas situaciones teatrales de adiós le eran indispensables y de provecho.

—¿No vais a lanzaros al agua para ir de regreso a mi casa, eh?

Pepe ya iba a enrojecerse. ¿Qué le insinuaba don José María que le sonreía así...? ¿Qué él sabía...?

—Bueno, pero no demores, ¿de acuerdo? —dijo ya de espaldas y entrando al salón.

Una bandada de aves bulliciosas que otros pasajeros identificaron como cotorras pasó por encima del barco. Todos se las habían quedado mirando con entusiasmo. Él se acordó de la pareja de cotorras de doña Trinidad que aún no aprendían palabreja alguna por más esfuerzo que hiciera el calesero y todos en la casa. El barco corrigió rumbo, ronroneó como agripado, y su armazón crujió tenso, y ante Pepe, a por la derecha de proa, apareció una boca de mar y un cielo que se le antojó como un abra azul. Imaginó toninas mar afuera que escoltarían el barco y entre todas, una de piel endrina, bruñida como azabache.

—Báñeme usted señorito... —dijo Dolores y le puso el jabón en las manos—. Ande, enjabóneme, que yo voy a traerle muy buena suerte. Así, ya ve qué rico... —y el blusón de calicó blanco rodó hasta las losas de barro. Y desde el suelo, que de pronto ardía, le subió como un escalofrío, y la sangre como lava volcánica y con filo.

---

Pepe entrecerró los ojos y se sintió escultor que modelaba tan bella pieza de ébano. El temblor, ese cataclismo de nervios y tendones que le atravesaba la voz y en convulsiones, lo hacía desfallecer, casi no le permite hablar:

—Dolores, ¿de qué buena suerte...? ¿Qué espíritus buenos son esos...?

—Así dice Venancia, señorito, que a un blanco que se acuesta con negra le vienen siete años de buena suerte; que eso es una limpieza espiritual. Y que a usted le hacía falta una limpieza que aleje una sombra de maldad que lo sigue. Eso y...

Por encima de su hombro derecho cree escuchar la voz carrasposa del guardiero de El Abra. El negro viejo de Saturnino que le advierte cuando ella fue por hierbas y albahaca morada a su conuco de boniatos y plantas curativas para aromar el baño del señorito:

—¡Oye negrita Dolores que al señorito en las Españas lo espera una blanca! Yo ve a una mujer, una señorita Blanca que así se llama, negrita. Muchas mujeres... Pero tú no, tú sale mañana de su camino *pa* siempre.

—Sí, ¡báñeme, báñeme!, mi Pepe, ¡báñeme, báñeme!, para que deje aquí conmigo un poquito de suerte suya. Yo voy a ser la negrita de su buena fortuna por siete años, señorito, ya usted va a ver que sí.

—Y si yo hago dinero..., un buen dinero voy a mandarlo para tu libertad, Dolores.

—Báñeme, señorito..., así, muy bien... —dijo Dolores y lo acarició en los labios para que callara—. No me prometa *na* ahora y báñeme. ¡Está temblando...! Báñeme, bañe bien a quien va a ser su buena suerte por siete años, señorito.

—¿Solo siete años? —balbuceó gimiendo—. ¿Pero y después qué me hago, Dolores, penar y penar...?

Él quiso sonreír, decirle que eso que le dijo Venancia era un cuento de camino del viejo Saturnino, pero la suavidad del jabón en la que resbalaban sus manos y trastabillaba su lengua lo hacían sucumbir a una dulce fiebre. Todo se le agolpaba en la mente, las palabras y el temblor surgían como pompas.

—*Dolores..., ¿qué suerte...?, mi suerte de ébano y miel...* —balbuceó Pepe y bajo el agua espumosa que le mojaba sus pies parecía que la casa iba a caerse otra vez cuando esa voz le pedía, mimosa, demorada y entre suspiros—: Báñeme, solo báñeme. Así...

Cerró los ojos, la brisa y el salitre arrastraban de su paladar aquel sabor y aroma de ajonjolí tostado.

Sí, también necesitaba una copa de vino para adormecerse lo perdido. En lontananza, y frente a los playones escasos en arena, se veían barcasas de un solo mástil que exhibían sus ristras de esponjas que iguales a guirnalda de fiestas se dejaban batir por el viento como banderines. Barcasas al paio en la baja



marea con esponjas lana de oveja al sol que las secaba. Imaginó que una de esas barcazas era la del pescador Antonio, apodado en la orilla como el Barón Herrera. Recordó algunos de sus disparatados y maravillosos cuentos de mentiroso empedernido. Y don Sardá se percató con agrado de que Pepe sonreía. El joven respiró hondo, observó el horizonte que se abría enfrente de sus ojos mil veces más grande que el escenario habanero del gran teatro Tacón. Algo de proa hay en la vida breve de los hombres, pensó Pepe y ya no pudo volver siquiera su mirada a donde la isla. A sus espaldas quedaba para siempre la Isla de Pinos de los deportados y la familia Sardá en finca El Abra, la Nueva Gerona de los domingos más tristes del mundo con la Plaza Isabel II entre la misa de la iglesia que fluye al campanario y el pase de lista frente al cuartel; el Cafetín Madrid de don Eulogio y los otros comercios de la calle Pinillos, los solares yermos y las casuchas de cal y tejas en el calor de esa villa polvorienta. Al cabo de un rato, y una copa de vino con su hospedador, atracaron en el embarcadero del otro río, el Santa Fe. Allí, en ese muelle de tablones anchos y pilotes de júcaros, creyó ver a la señorita Adelaida cuando desembarcó y le hacía adiós con una mano, sonriente bajo la sombrilla inquieta de damisela habanera. Subieron, bulliciosos y casi ningún equipaje, un grupo de pasajeros que venían de tomar baños en las aguas milagrosas; no reconocía a nadie, pero muchos parecían ya curados, como él. Subió de último un joven soldado que aparentaba tener casi su edad, caminaba lento con una muleta y su atadillo, pujaba con su pierna buena para impulsar la baldada por las heridas de la guerra. Al abordar el vapor *El Nuevo Cubano*, él y Sardá le extendieron una mano para ayudarlo. El muchacho agradeció, asintiendo, disimulándose a sí mismo una mueca de dolor. Sardá observó que a Pepe le temblaba el labio inferior y tenía los ojos con mucho brillo. Allá, más atrás de unos arbustos de hicacos, que ralos y sin frutos subían custodiando el camino, quedaba la villa de Santa Fe con sus dancitas, extranjeros y aguas mineromedicinales que aliviaban de cualquier dolencia. La olvidada Isla de Pinos que había sido su hogar en el destierro y que incluso en el pensamiento, al cerrar los ojos ya se le hacía difusa en sus contornos.

El cielo lucía cada vez más azul. Y allá lejos, por el cayerío de manglares que parecían flotar a ras del agua, creyó ver que surcaban las aguas unas toninas, pero no era más que un cardumen de peces. Un manchón de peces al que el bullicio de una bandada de gaviotas lo sobrevolaba, piando y voraz.

Y acá, en el bamboleo de cubierta, después del vino compartido con su benefactor, al estrañado daba la impresión de que no pasaban las horas, de que la isla navegaba aún detrás de él. Pero pasó el tiempo y cuando a lo lejos volvía a divisarse la engañosa imagen de otro cayerío que flotaba a ras de agua, manglares como grullas, la sombra de un ave mucho más grande que un pelícano

---

los sobrevoló en círculos. Batía fuerte las alas, esquivando la columna de humo negro del navío. Muchos salieron a mirarla, le apuntaban con las manos, yendo de una baranda a la otra. Van a marearse, por favor, gritó un oficial a bordo para detener la carrera de los curiosos. Fue solo un instante, y luego el ave desapareció. Una niña que tendría ocho años, muy bien ataviada de sombrero y lazos en su vestido, preguntó qué era ese pájaro grande. Y el señor que parecía ser su padre dijo a la niña, casi sin darle importancia: pasó un águila por el mar. Y Pepe sonrió pues en el rostro de asombro de la niña acababa de recordar a todas sus hermanas. Respiró, y el aire olía diferente, sin esa leve vaharada amarga de yagrumas. Ya pronto, lo había avisado un marinero, estaba por asomar tierra cubana a la vista. Quería ser uno de los primeros en divisar: *las dulces costas de la patria mía*, y la silueta altiva de sus palmas reales recortada en el horizonte contra sus ardientes pupilas.

Nueva Gerona, noviembre de 1996  
y mayo del 2010 a agosto del 2014

## Sobre la autor



**Nelton Pérez Martínez** (Manatí, Cuba, 1970). Narrador y poeta. Entre sus libros publicados destacan *El Viaje* (1998), *Desvaríos Mágicos* (2001), *Soledades concurridas* (2002), *La puta y el poeta* (2005), *Un café en el París de entonces* (2005), *El enigma y el deseo* (2005), *Conteos nocturnos* (2015) y *Apuntes de Josué 1994* (2016). Ha recibido, entre otros, el Premio de la Ciudad de Nueva Gerona (2000), el Premio Alejo Carpentier de Novela (2015), además de reconocimientos internacionales como el Premio Eduardo Carranza (Colombia, 2011) y el Premio Dulce María Loynaz (Miami, 2017).